31761 08116147 3

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/n1n3elmaestrorev02mexi

EL MAESTRO REVISTA DE CULTURA NACIONAL

UNIVERSIDAD NACIONAL

POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU

TOMO 2º NUMERO 1

OCTUBRE 1922

DMEXICO

AP
63
M2
E.2
no.1-3

LIBRARY
DEC 27 1963
UNIVERSITY OF TORONTO

873620

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8.

MEXICO, OCTUBRE DE 1921

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

EL MENSAJE PRESIDENCIAL

LA prensa mexicana ha comentado con unánime satisfacción, especialmente la prensa capitalina, el mensaje del Ejecutivo leído al inaugurarse las sesiones del Congreso de la Unión, el primero de septiembre último.

El Universal alaba en primer término "la precisión y claridad" del documento presidencial en lo relativo a Relaciones Exteriores. "El Presidente de la República" —dice el editorial de ese diario— "ha pronunciado las palabras justas, sin añadir nada ni nada omitir, y ciñéndose al sentir popular, pues que el Gobierno, en este asunto, no ha hecho más que normar sus actos por los dictados de una opinión pública celosa del honor y de los intereses de la patria." **Excelsior**, aunque llama "conflicto" a la cuestión de las relaciones con los Estados Unidos, halla satisfactorio a ese respecto el mensaje presidencial; "pero no lo es tanto," —dice— "en lo relativo a la paz interior. No queremos significar con esto" —añade— "que la estabilidad gubernamental esté amenazada por alguna facción rebelde, cualquiera que sea su matiz." A lo que teme **Excelsior** es a la democracia, y así dice: "Lo grave, lo gravísimo, lo casi inevitable, si no lo es del todo, es que esa anarquía blanca" (refiriéndose a ciertos disturbios locales que enumera) "es resultado de la tentativa de ejercicio de la Democracia" cuyas prácticas —continúa — el pueblo mexicano "es totalmente incapaz de comprender."

Visión menos estrecha demuestra **El Heraldo de México**, y se regocija diciendo que "buena decepción se llevarán en tierras extrañas quienes imaginaron que el informe presidencial sería un documento empapado en demagogía comunista, adverso a la democracia y el republicanismo."

Del bien digerido artículo editorial de **El Universal** sobre el mensaje del Presidente de la República, copiamos los siguientes párrafos:

"Asienta el señor Presidente que la dificultad principal de nuestro problema internacional radica en lo anómalo de nuestras relaciones con los Estados Unidos. Como consecuencia de ello, algunos países han adoptado una actitud de abstención; pero otros, en cambio, siguiendo la regla de Derecho Internacional, no sólo han reconocido a nuestro Gobierno y cultivado con México relaciones cordiales, sino que nos han distinguido y nos distinguen con honrosas muestras de cortesía internacional.

"Deseoso de restablecer la armonía total de nuestras relaciones con el extranjero, el Gobierno la ha procurado por medio de una política ajustada a los dictados de la ley y de la moral. No aceptó, ni podía aceptar, el Tratado de amistad y comercio insinuado o "informalmente" propuesto por la Casa Blanca, como requisito previo para otorgar aquel Gobierno el reconocimiento al nuestro. Sobre que dicho tratado no era justificable a la luz del Derecho Internacional, dado que México es un Estado cuya existencia y soberanía jamás han sido cuestionadas durante un siglo; su no aceptación traíanla implícita la circunstancia de contener estipulaciones contrarias a nuestra Constitución y la no menos atendible de su inutilidad, dado que México tiene capacidad para cumplir espontáneamente sus obligaciones y compromisos internacionales.

"Que la tiene y sabe practicarla, dedúcese claramente de la actitud asumida por el Gobierno en cuanto a los puntos fundamentales a que se contraía el referido proyecto de tratado que presentó la administración de Wáshington. Tres son las cuestiones que principalmente interesan a los derechos de los extranjeros en México; a saber: la reanudación del servicio de la deuda pública; la reparación equitativa de los daños causados por la Revolución, y la no retroactividad del artículo 27. Y esas tres cuestiones, por lo que a la política internacional de México respecta, ya han sido resueltas; primero, invitando a los banqueros extranjeros para que vengan a nuestro país a arreglar los asuntos pendientes relativos a la mencionada deuda; segundo, invitando a los gobiernos extranjeros a la formación de comisiones mixtas permanentes encargadas de conocer de las reclamaciones de sus nacionales; tercero, definiendo por ejecutoria de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, el carácter no retroactivo del famoso artículo 27.

"La puerta está, de consiguiente, abierta; y de nuestra parte hemos puesto y estamos dispuestos todavía a poner cuanto sea compatible con nuestro honor y nuestros derechos, a fin de apartar toda sombra de mala inteligencia. Así se desprende del documento que comentamos, el cual destaca, al tratar el problema internacional, por su serenidad, por su sinceridad, por su elevación, por su reposo. México —expresa el Presidente Obregón— anhela 'trabajar empeñosamente y en perfecta armonía con los otros países, para su propio provecho y para el mayor bien de la humanidad.'"

LA CUESTION DEL PETROLEO

EL Presidente de la República, en sus declaraciones a la prensa del 17 de agosto, se refirió nuevamente a la cuestión del petróleo, que es, quizá, el problema más importante de nuestro país.

A propósito del nuevo impuesto sobre las exportaciones de ese combustible, dijo el señor Presidente que no se derogaría, a pesar de la crisis; pues las industrias que se agotan en más o menos años, no deben protegerse por exenciones de impuestos a fin de que rindan las debidas utilidades al Erario, mientras estén en explotación.

Es preferible, pues, que el petró-

leo permanezca en el subsuelo hasta que, resuelta la crisis mundial, sea costeable su exportación.

El Presidente añadió que de disminuir los derechos al petróleo, no obtendría ningún beneficio la nación, y menos tratándose de una industria transitoria. Al contrario, opinó que era de lamentarse el no haber establecido este gravamen seis meses antes, lo cual pudo evitar la baja de precios, que llegaron a ser irrisorios.

En nuevas declaraciones el Presidente explicó la publicación de un decreto que manda cobrar los impuestos al almacenamiento del petróleo. Dijo que era un decreto viejo que se ponía en vigor para cobrar los Derechos, ya no sobre la exportación, que es mínima, sino sobre el almacenamiento. Es decir, como no se exporta debido a la crisis petrolera, y se sigue almacenando, los mismos anteriores impuestos se cobrarán sobre el almacenamiento, como quien dice, se cobran por adelantado los derechos de exportación.

La cuestión petrolera que desde varios años es motivo de discusiones internacionales y de desacuerdo con los explotadores, ha venido a agravarse transitoriamente por el nuevo impuesto y por la crisis mundial en el mercado del aceite. Para resolver algunos puntos referentes a esta cuestión, varios prominentes petroleros norteamericanos vinieron a conferenciar con el Secretario de Hacienda. Según el informe oficial del Secretario "el resultado de estas conferencias ha sido satisfactorio: sin perjuicio de los intereses ni de la política nacionalista de nuestro gobierno, se ha llegado a determinar un punto, de acuerdo favorable para ambas partes. Se ha convenido en una nueva reglamentación en el cobro del impuesto de exportación al petróleo, creado por decreto de 7 de junio último, fijando como fecha de pago hasta el día 25 de diciembre próximo, y previniendo que, en lo sucesivo, el pago de esos derechos se hará trimestralmente y no mensualmente como lo establece el decreto."

El señor Presidente de la República dió a la prensa las siguientes declaraciones sobre el mismo punto: "Creo que los arreglos a que se ha llegado serán altamente provechosos para el país, y demuestran la buena voluntad de que estuvieron animadas ambas partes para resolver las dificultades existentes en el curso de las conferencias.

"Desde luego, el hecho de que se reanudarán los trabajos en la región petrolera, es un motivo de satisfacción, e indiscutiblemente beneficiará a la República en general.

"Por lo demás, esto establece el precedente de que, para lo sucesivo, cualquiera dificultad que se suscite será tratada directamente con el Gobierno. Fácil es comprender que esto constituye también un gran adelanto en lo que se venía haciendo anteriormente."

Mr. Edward L. Doheny, presidente de una importante compañía petrolera y que estuvo en las conferencias a que nos referimos, declaró por su parte: "En nuestras negociaciones con los funcionarios mexicanos, fuimos tratados con toda clase de cortesías y se nos manifestó la mejor buena voluntad. Creo que este cambio de ideas nuestras con los funcionarios

mexicanos acarreará una mutua inteligencia que hará más fácil la resolución de los futuros desacuerdos que pudieran sobrevenir.''

Como se ve, la situación creada por el nuevo impuesto a la exportación del petróleo, se resolvió de manera satisfactoria para los intereses del país y de las compañías. Y es de esperarse que con la misma buena voluntad se resuelva de una vez por todas este problema que es causa de malas inteligencias y serios conflictos.

EL SERVICIO DE LA DEUDA

EL C. Presidente de la República, en sus declaraciones a la prensa del 6 de agosto, se refirió a la reanudación del servicio de la deuda en estos términos: ''El Gobierno Mexicano cumplió un deber moral al invitar a todos sus acreedores para que vinieran a México con el objeto de discutir las deudas pendientes. Esta invitación ha sido hecha dentro de los límites del honor y la dignidad del Estado, pues con ella hemos demostrado que estamos en la mejor disposición de pagar nuestros créditos y, por ello, solicitamos la cooperación de nuestros mismos acreedores, para solucionar estos asuntos. Son ellos los que deben resolver si vienen o no, en la inteligencia de que una vez por todas, queda demostrada nuestra intención de liquidar nuestras deudas.''

Como es sabido, el impuesto decretado recientemente al petróleo y que ha causado numerosas disputas, será aplicado íntegramente a la reanudación del servicio de la deuda, según el propio decreto, y aunque la abundancia de la producción de petróleo y por ende su bajo precio, ha venido a reducir las exportaciones y a restar los ingresos que debería producir el nuevo impuesto, el gobierno se mantiene firme en su propósito de pagar nuestras deudas; pues, en realidad, nada significa la cantidad de dinero que pueda tenerse acumulada en el momento, sino la plena seguridad de que los ingresos por concepto de petróleo suministrarán las cantidades necesarias para cumplir con nuestras obligaciones.

Además, el precio del petróleo reaccionará de un momento a otro, haciendo costeable la exportación, y el arreglo de nuestra legislación petrolera, conforme a principios de justicia y a los intereses nacionales, harán factible el servicio de la deuda.

Al redactar esta nota, deben de encontrarse ya en esta capital algunos banqueros estadounidenses que, correspondiendo a la invitación de nuestro gobierno, tratarán de la deuda con funcionarios de la administración. Los pasos que da el gobierno para cumplir con sus obligaciones internacionales, borrarán las dudas que pudieran abrigarse en el extranjero acerca de sus sanos propósitos y de su capacidad política.

UN DISCURSO DEL PRESIDENTE OBREGON

PARA despedir a las misiones diplomáticas que concurrieron a las fiestas del primer centenario de la consumación de nuestra independencia, el Gobierno mexicano ofreció un banquete en los salones del Palacio Nacional, la noche del 30 de septiembre.

El señor Presidente de la República, Don Alvaro Obregón, dió lectura, con tal motivo, a un discurso que ha sido comentado calurosamente por toda la prensa del país, pues los conceptos emitidos definen con la mayor claridad las ideas que respaldan la política de nuestro Gobierno. Por otra parte, la robustez del pensamiento, su espiritualidad y nobleza, nos hacen pensar en el Presidente Obregón como de un intérprete de bellos ideales. Exceptuando las fórmulas de rigor, copiamos el discurso del señor Presidente. Dijo:

"Antes de separarnos, y con la solemnidad que reclama la magnitud de esta hora, os ruego, en nombre del Pueblo Mexicano, cuyos sentimientos y anhelos espero interpretar fielmente, que aceptéis el encargo de transmitir a los gobiernos y a los pueblos de vuestros países un mensaje sobre lo que México piensa y sobre los propósitos que lo animan. Helo aquí.

"La definitiva liberación del espíritu colectivo es la conquista más grande que ha realizado el hombre en los últimos tiempos, al desvincular en absoluto los poderes divinos, en nombre de los cuales se han cometido desacatos a la humanidad y tantos errores pertenecientes ya, por ventura, al pasado.

"Han llegado los hombres al convencimiento de que son ellos los llamados a regirse a sí mismos y que, para llenar tan noble misión, los elegidos por sus semejantes necesitan rendir el más ferviente culto a la moral y subordinar siempre a ella los intereses materiales, para hacer así posible la distribución equitativa de los bienes con que la naturaleza dotó a la tierra.

"Nosotros creemos que la humanidad asiste actualmente al derrumbamiento de un pasado caduco construído por tiranías sobre base de fanatismo y prejuicios, y que bajo los escombros de esas formas envejecidas quedarán sepultados todos aquellos que intenten oponerse al derrumbamiento.

"Nosotros creemos que la humanidad entera surge a una nueva vida orientada por la más amarga de las experiencias, la experiencia de la última hecatombe europea, donde quedó demostrado el fracaso de la fuerza bruta, incapaz de dar una victoria ventajosa y definitiva a ninguno de los combatientes, ya que vencedores y vencidos se encuentran todavía perplejos ante la magnitud de los problemas que la tragedia ha creado. Y en el desarrollo de esta nueva vida, en el proceso de transición del viejo estado al estado nuevo, México será uno de los países que menos habrán de sufrir, porque la lucha de que ahora sale airoso trae, justamente, como una de sus principales finalidades, libertarlo de arcaicos prejuicios y darle una posición avanzada, propicia a una mayor armonía y a una mayor equidad sociales.

"Nosotros creemos que la moral, la inteligencia constructiva y generosa y la cultura son las fuerzas llamadas a gobernar el mundo en la vida moderna, y que no serán por cierto los países que construyan cañones de mayor alcance los que realicen las más grandes conquistas, sino aquellos que den a la humanidad pen-

sadores cuyo genio permita ahondar el porvenir y señalar las catástrofes que podrían nacer de la imprevisión y el egoísmo.

"Nosotros creemos que en la futura organización política y social de los pueblos quedarán abolidos los privilegios creados por los hombres y que sólo imperarán los impuestos por la naturaleza al distribuir desigualmente sus dones, pues la realización de ese ideal social traerá como consecuencia lógica el que cada sér humano ocupe el lugar que le corresponda por su inteligencia y su voluntad y obtenga en la lucha por la vida las ventajas a que le dan derecho esos mismos dones.

"Para colaborar en la nueva organización del mundo con el contingente que sus propios deberes y aspiraciones le exigen, México se propone levantar constantemente el nivel moral y mental de su pueblo, cosas de que ya da señales evidentes, aunque modestas, reduciendo sus presupuestos de guerra, licenciando regimientos y batallones, aumentando sus presupuestos de educación pública, alistando maestros y abriendo nuevos colegios. Y, en esta noble labor, el esfuerzo de México no se encerrará dentro de los límites de sus fronteras, sino que se saldrá de ellas para ir a trabajar con eficacia cerca de todos aquellos países que se encuentren en condiciones menos favorables para desarrollar esa labor y que crean, como México, que son los factores espirituales los que darán cuerpo a la grandeza de los pueblos y harán posible el bienestar humano."

●

JUNTA DE GOBERNADORES

DURANTE el mes de agosto se reunieron en esta ciudad hasta ocho gobernadores de Estados, para resolver algunos problemas locales que se encuentran íntimamente relacionados con la Federación.

Las conclusiones de esta junta fueron transmitidas al C. Presidente de la República, quien conferenció con los gobernadores sobre los puntos culminantes de su memorial. La tendencia primordial de la junta era obtener que, mediante una distribución equitativa de los impuestos, las entidades federativas resuelvan sus problemas económicos dentro de más amplias perspectivas. Las conclusiones de la junta piden, a este respecto, una disminución del impuesto federal de 50 por ciento, que no perjudica a la Federación y beneficia a los Estados y, en general, a los causantes. El señor Presidente manifestó a los gobernadores que esperaba la opinión técnica de la Secretaría de Hacienda para resolver este punto.

En lo referente a petróleo, los Estados y Municipios participarán de los impuestos federales.

Habiendo ofrecido los gobernadores su cooperación para resolver el asunto ferrocarrilero, el Presidente aceptó en principio y les dijo que esperaba la opinión de la Junta Directiva de los Ferrocarriles sobre la forma práctica de utilizar dicha cooperación.

El C. Presidente y los gobernadores trataron aún de otro punto interesante: las Jefaturas de Operaciones Militares. Los gobernadores pretendían se reglamentara la capacidad de

los Jefes Militares para evitar algunas molestias que surgen, por fortuna con rara frecuencia, entre éstos y los gobernadores. El Primer Magistrado expresó que en casos semejantes se procederá a reemplazar inmediatamente a los Jefes de Operaciones. Algún gobernador aclaró que, al tratar este punto, se referían solamente a una cuestión de principio, pues ninguno de los presentes tenían motivos de queja contra los Jefes de Operaciones en sus Estados respectivos.

La junta de Gobernadores a que hacemos referencia en esta nota, ha logrado, contando con la buena disposición del señor Presidente, algunas ventajas que aliviarán la situación de las entidades federativas, que suele ser penosa.

LA APERTURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIANTES

UNO de los actos más importantes que se verificaron con motivo del primer centenario de la consumación de nuestra Independencia, fué la reunión de un Congreso Internacional de Estudiantes en esta ciudad.

Las conclusiones del Congreso se determinaron dentro de un espíritu libertario que hace honor a la juventud: pensamientos llenos de esperanza para la humanidad, conceptos de fuerte revolucionarismo y métodos educacionales adecuados a las necesidades modernas, animan los acuerdos de los congresistas.

En la sesión inaugural, el Licenciado José Vasconcelos dió lectura a un discurso, que reproducimos por su verdadera importancia, reservándonos para más tarde el comentar los diversos actos del Congreso. Dice el discurso:

"En nombre de la Universidad Nacional de México, doy la bienvenida más cordial a todos los jóvenes representantes de países extraños y de países hermanos nuestros; a todos por igual, porque en el seno de nuestra Universidad todos los hombres de todas las razas, merecen la misma atención y el mismo aprecio, tal como lo proclamó hace más de un siglo la boca inspirada del primero de nuestros libertadores, el insigne Miguel Hidalgo, libertador de esclavos y precursor de naciones. No sólo ante nuestras leyes, también conforme a nuestras costumbres, las diferencias de color, patria y lengua se funden en una viva fraternidad, que proclama semejantes y hermanos nuestros a todos los que vengan animados de espíritu de bondad y de justicia. Os hago esta declaración de que os encontrais en un país libre, porque habéis sido invitados para deliberar y tendréis razón de inquirir, primeramente si vuestro pensamiento ha de poder expresarse sin cortapisas. Los estudiantes mexicanos seguramente se hubieran abstenido de invitaros si no supiesen que nuestro país en estos instantes es igual a ese símbolo que ya habeis visto en nuestra bandera, del águila que se levanta destrozando entre sus garras la serpiente. Os halláis libres y por lo mismo sentiréis vuestra propia responsabilidad y tendréis que obrar sinceramente durante toda vuestra actuación en este congreso. Yo estoy seguro de que procederéis con cordura, porque mi breve contacto con la juventud de estos tiempos me ha de-

mostrado que sois capaces de abordar los problemas llegando a su fondo y buscando las soluciones que los resuelven radicalmente, sin pagaros gran cosa del lucimiento exterior del discurso o de las opiniones momentáneas que vuestros actos produzcan. Todos vosotros de cerca o de lejos, habéis visto los estragos de la guerra, todos sabéis cómo mueren los hombres por ideales, turbios o altísimos, y eso ha dado a vuestra generación una lucidez de criterio y una gravedad de resolución que os convierte en hombres aunque todavía seais extremadamente jóvenes.

No hay detrás de vosotros ninguna fuerza que respalde vuestros actos, pero en cambio el porvenir, que es el tesoro de los jóvenes, abrumará bajo su peso a todo el que intente oponerse a las resoluciones generosas que tengáis a bien adoptar. Toda la obra de los que hoy ejercen poderío será completamente vana, si no es bastante generosa para contestar los ánimos juveniles, puesto que ninguna empresa perdura si las nuevas generaciones no la secundan y desarrollan. Adelantáos, pues, a vivir y a meditar vuestro tiempo, esta gloriosa era presente, venerable porque ha librado magníficas luchas por la conquista del bien y la justicia, y porque los hombres de hoy no nos cruzamos de brazos ante el desastre de los pueblos, sino que buscamos y seguimos buscando el camino de su redención. Creo que en vuestro tiempo, y hablo del mundo entero, no sólo de México, se han resuelto, por lo menos teóricamente, los hondos problemas sociales que han impedido hacer de este mundo una morada de paz y bienandanza; y creo que estas soluciones, aunque todavía sujetas a rectificaciones de detalle, hacen de vuestra época una edad comparable solamente a la de los primeros siglos del cristianismo, cuando se resolvieron los problemas del alma y se dejaron sentadas las bases de una justicia social verdadera.

A vosotros os va a tocar seguir poniendo a prueba y corrigiendo los principios de organización colectiva que la edad nuestra ha descubierto, como las antiguas tablas de la ley, entre el fuego de la justicia vengadora y la luz serena de la verdad que triunfa. Si, desgraciadamente, os toca contemplar también hogueras, ellas serán las de la acción que realiza el bien, pero la lucha de las ideas no será ya tan intensa y quizá llegaréis a gozar de los triunfos que proceden del desprendimiento, el conocimiento y la generosidad. Vuestra época será tal vez mejor, pero cada alma es su propia misión en un momento activo, y no existe cuando rememora sino cuando crea; por eso no es cuerdo añorar tiempos pasados, ni permanecer inmóvil en espera del futuro, porque el instante pasa, y el yo pasa con él, y quien no se identifica con su misión y su instante, no conoce lo que la existencia vale en hondura y no puede apreciar tampoco el significado del conjunto infinito. Yo amo mi presente como vosotros amaréis, si sois activos, la hora vuestra; por eso, aun cuando vuestra suerte vaya a ser mejor, no os envidio, como no podréis envidiarnos a nosotros, porque el vivir sincero no puede renegar de sí mismo. Mi generación no os envidia; confía en vosotros, y confía porque presiento que así que llegue la ocasión viviréis más intensamente y combatiréis, no por nuestra verdad, ni por vuestra

verdad, sino por la verdad absoluta que es inmutable y eterna.

Hay aquí jóvenes de todas las partes del mundo. Dirigiéndome primero a vosotros, nuestros huéspedes, debo deciros que, según ya tendréis noticia desde antes de venir a visitarnos, México es un país turbulento, donde la guerra se sucede a intervalos y la paz se consolida dificilmente; pero quizás no todos sabéis cuáles han sido los móviles de esas extrañas guerras, quizás no se os ha hecho notar que la guerra de hace cien años que en estos días se conmemora, tuvo por objeto, no sólo constituir una nacionalidad más entre tantas que ya hay bajo el sol, sino hacer un país libre de esclavitudes de todo género, manumitido políticamente y también económicamente, como lo proclamó el genio clarividente de José María Morelos.

Vuestra rápida información acaso no os ha dejado observar que el triunfo de la causa insurgente no lo aprovecharon los héroes sino que muertos ellos en el más noble de los martirios, la Iglesia Católica y las clases adineradas, las mismas que habían sacrificado a los héroes, robáronles la bandera así que convino a sus intereses, y consumaron la Independencia sin acordarse para nada de la libertad y la justicia.

Acaso no sabéis que a raíz de la Independencia y a pesar de la guerra de la Independencia, el clero católico era el propietario de más de las tres cuartas partes de la tierra cultivable de toda nuestra patria y que esas riquezas le servían para multiplicar los conventos, donde ni siquiera privaba la devoción sino la holganza; y para sofocar todo asomo de libertad reduciendo a esclavitud efectiva no sólo las conciencias, sino los cuerpos. Acaso no sabéis tampoco que para destruir este negro poderío, hubo una guerra sangrienta hasta dejar vencido el lema funesto de religión y fueros, que quería decir el privilegio y el abuso del militar y el fraile. Las armas liberales lograron separar la Iglesia del Estado, arrancando a la primera todos sus bienes para convertirlos en propiedad individual; y expulsando al invasor extranjero que era el aliado de la Iglesia. El héroe máximo de esta lucha se llamó Benito Juárez, el hombre cuya estatua habréis visto en todas las plazas de nuestras ciudades y aldeas. Pero quizás tampoco sabéis que después de unos cuantos años de paz fecunda, durante la cual se construyeron vías férreas como la de Veracruz a México y obras importantes de todo género, un cabecilla afortunado, el general Porfirio Díaz, asaltó el poder para constituir una dictadura que destruyó todas las antiguas libertades, y consumó alianza de intereses materiales con la clase de los grandes terratenientes, enriquecidos con las antiguas propiedades del clero y con tierras quitadas a los indios por la fuerza o por la astucia. Creció de esta suerte el poder de una clase propietaria que por tradición nada más cultiva lo suficiente para pagar sus vicios, dejando al peón de campo en la miseria, y una gran extensión de las tierras sin cultivo. De esta suerte el sufrimiento y el oprobio llegaron a su máximo; las clases intelectuales, bajamente dispuestas, ensalzaban al Dictador y los miembros del clero católico lo bendecían; pero el pueblo, el bajo pueblo rural, volvió a lanzar el

grito de guerra, y acaudillado por Francisco I. Madero, el apóstol magnífico, reanudó la vieja batalla, la batalla del bien contra el mal, de la libertad contra la opresión y la injusticia. Pensad en el más alto ideal político, teniendo que desarrollarse en un medio de desigualdades económicas tremendas, de divisiones profundas de clase y de clericalismo siempre en acecho y tendréis la clave de la historia de México: virtudes excelsas, frente a crímenes horrendos; noches sombrías, y auroras de gloria y de redención. Tal es el terreno en que os encontráis, que yo considero propicio para las discusiones graves. Yo estoy seguro de que sabréis aprovechar vuestras sesiones. La época de superficialidad en que los congresos de este género servían sólo para conquistar aplausos tan vanos que no podían dejar huella ni en el alma del halagado, pasó para siempre. Las circunstancias actuales del mundo exigen que los hombres de pensamiento trabajen con pureza de propósitos y acrisolada buena intención. Aunque sois jóvenes, se os pedirán cuentas exactas del esfuerzo que vais a emplear en estas deliberaciones. En todas partes se observará con interés vuestra actitud, y todos los hombres rectos y los oprimidos de todo el mundo esperarán con ansiedad el fruto de vuestros empeños. No sé qué vago presagio nos hace confiar en que respaldaréis la obra más avanzada de la generación que os precede, en que nos exigiréis que vayamos todavía más adelante, siempre adelante, en todos sentidos. Aunque vuestro programa quizás os ciñe a determinados puntos, en realidad no hay asunto de interés social que no podáis tratar y difícilmente encontraréis ocasión mejor que la presente para formular el mensaje de vuestros corazones. Algunos de vosotros venís de países adelantados: no vaciléis en dejar aquí la semilla fecunda. Otros venís de pueblos que, aunque aparentemente rinden culto a la justicia, en realidad mantienen despotismos feroces. El mundo entero necesita reformas. Poned todo vuestro entusiasmo al servicio de esas reformas. No os sintáis como si os halláseis en un festín; toda fiesta es triste, y seguirá siendo triste mientras siga prevaleciendo en el mundo la injusticia. Esta tierra en que os halláis necesita del trabajo y la fé de todos sus hijos, pero también el resto del mundo necesita de la acción humana noblemente orientada. Yo espero que vuestros acuerdos serán tan generosos que las votaciones tendrán que ser unánimes; pero si surgiesen cuestiones opinables o graves diferencias de criterio, yo creo que vuestro deber es no tomar votaciones por nacionalidades, sino por razas. Con este objeto los hispanoamericanos harán bien si discuten y resuelven en discusión privada todas sus diferencias a fin de presentar después sus acuerdos en bloque. Esto por sí sólo sería un noble ejemplo para los Gobiernos de la América Latina que hasta ahora no han procurado lograr igual uniformidad de acción.

Hay una infinidad de cosas que nosotros no podemos hacer y que vosotros veréis realizadas; por eso van hacia vosotros, jóvenes congresistas, nuestros mejores, nuestros más altos votos. Nuestro paso hacia adelante no es todo lo apresurado que nosotros deseáramos, pero al fin parece

que marcha y no hay más recursos que seguir impulsándolo y esperar que vosotros también contribuiréis a su avance. Cuando volváis, jóvenes extranjeros, a vuestras patrias cercanas o distantes, decid a los vuestros que aquí se está abriendo paso, aunque lentamente, la justicia; si os lleváis esa convicción nos sentiremos alentados, y habréis contribuído a una obra benéfica. Y vosotros, los de habla española, que no sois aquí extranjeros sino dueños, tan dueños como nosotros mismos, de este territorio que el destino ha puesto en nuestras manos, quedaos o volved a vuestras respectivas naciones, pero hacedles saber en todo caso lo que es este girón del alma hispánica: una tierra en que el ideal ha librado y sigue librando rudos combates con la injusticia.''

LA UNION CENTRO AMERICANA

DESDE los tiempos de la conquista hasta su independencia, en septiembre 15 de 1821, el territorio centroamericano formó el Reino de Guatemala. Dividíase en provincias que gozaban de cierta autonomía, pero sujetas todas a la autoridad superior del Reino: un Capitán General y una Real Audiencia, residentes en la ciudad de Guatemala. Pocos meses después de lograda, sin derramamiento de sangre, la Independencia, el partido Conservador que representaba la aristocracia colonial, deseoso de conservar para los suyos los privilegios que el sistema republicano les negaba, logró unir, aun a pesar de fuerte oposición de parte de los centroamericanos liberales, el antiguo Reino de Guatemala al Imperio Mexicano de Iturbide.

Duró esta anexión forzada dos años, al cabo de los cuales, la provincia de Chiapas y el distrito de Soconusco, que los centroamericanos consideraban suyos, quedaron bajo el dominio de México, perdidos para Centro América. Las cinco provincias restantes, es decir, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, constituyéronse en una república federal, adoptando, en 1825, una constitución a cuyos defectos se debió en parte el que la federación durase corto tiempo.

Nominalmente la República de Centro América existió hasta 1840, pero ya en 1839 estaba disuelta de hecho. De haber obrado el partido Conservador con patriotismo, con honradez, aun a pesar de la defectuosa constitución la unión de esos pueblos hubiera prosperado. De entonces hasta nuestros días, aunque los conservadores hace tiempo perdieron toda esperanza de establecer la monarquía, y sus antiguos anhelos ya no tienen fundamento, ha sido ese partido funesto para Centro América, como para todo el continente, y la causa principal de que los centroamericanos en vez de tener la patria grande que merecen, con la que han soñado todos sus grandes hombres, y con que sueña tradicionalmente su juventud de ahora, tengan pequeños, dolorosos y despreciados paisecitos.

En 1842 se celebró un Pacto de Unión Centroamericana bajo cuyas bases, primero en Nicaragua y después, en 1844, en el Salvador, organizáronse débiles gobiernos provisionales. La oposición a estos gobiernos de parte del Presidente de Guatemala

y del de Honduras, frustraron los esfuerzos casi logrados de los unionistas de entonces.

En 1853, el General Trinidad Cabañas, Presidente de Honduras, hombre valiente, probo y caballeroso, a quien se ha llamado el Bayardo centroamericano, convocó un Congreso Unionista en Tegucigalpa, su capital. Allí se pactó otra vez la Unión, pero las rivalidades entre los jefes de las otras repúblicas hicieron imposible el cumplimiento de este pacto.

De 1854 a 1856, unióse en las armas Centro América para combatir a los filibusteros yanquis que, llamados por un bando de nicaragüenses para triunfar con su apoyo sobre los conservadores, se habían hecho dueños y señores feudales de esa república y amenazaban con posesionarse de las otras cuatro. Derrotados los aventureros norteamericanos, el momento era propicio para cimentar la Unión. Pero quiso la suerte que en todos los cinco estados gobernaran los conservadores, y Centro América siguió fraccionada.

Veinte años más tarde, en 1876, se reunió en Guatemala un Consejo de Plenipotenciarios para tratar de la federación, y por tercera vez se firmó un pacto, pero bajo tan malos auspicios que su único resultado fué una guerra entre Guatemala, El Salvador y Honduras.

En 1884 los presidentes de esos tres estados juntáronse en Mongoy, Guatemala, y convinieron en hacer común su esfuerzo para unir a los cinco países. Pero el Presidente de Guatemala, desconfiando del de El Salvador, resolvió proclamar él mismo la Unión y luchar hasta conseguirla. En 1885 invadió a El Salvador con un fuerte ejército, lo que hizo que Nicaragua y Costa Rica, separatistas, se alistasen a combatirlo. En territorio salvadoreño se libraron varios combates, y al morir en uno de ellos, en Chalchuapa, el jefe de la empresa, —el General Justo Rufino Barrios,— fracasó el movimiento unionista.

Cuatro años después, en 1889, siendo presidente de El Salvador don Francisco Menéndez, reunióse en esa república una Conferencia de Plenipotenciarios que decidió celebrar reuniones semejantes cada año, hasta llegar, por medio de pactos y convenios, a la unión efectiva. Este plan, aunque una de dichas conferencias llegó a tener lugar, en 1892, y aunque prometía resolver la cuestión, no tuvo buen éxito ninguno, debido, como casi siempre, al separatismo conservador y a los celos, envidias y rencillas de los gobernantes.

En 1895 el entonces presidente de Honduras, Dr. Policarpo Bonilla, invitó a los otros presidentes a una conferencia unionista en Amapala. Concurrieron los de Nicaragua y El Salvador, quienes pactaron un convenio, uniendo a sus pueblos y formando la entidad política que se llamó República Mayor de Centro América. Durante dos años se hizo cargo de las relaciones exteriores de la nueva federación una dieta que consiguió el reconocimiento de su república en los países extranjeros. En 1898 se convocó en Nicaragua una Asamblea Constituyente que creó un Consejo Ejecutivo Provisional y llamó a elecciones para un Presidente y un Congreso federales. Se instaló este Consejo en Amapala, puerto hondure-

ño del Pacífico, cercano a El Salvador y Nicaragua, pero pocos días después de su instalación, estalló un movimiento revolucionario separatista en El Salvador y quedó disuelta la República Mayor.

En 1917 el Presidente de Honduras, Dr. Francisco Beltrán, inició un movimiento unionista pacífico y logró que los otros gobiernos consintieran en enviar delegados a un congreso que se reuniría en Guatemala. Pero sobrevino el temblor de tierra que en ese año destruyó gran porción de la capital guatemalteca, por una parte, y por otra, Nicaragua, dominada por un gobierno conservador y vendida a banqueros norteamericanos, puso obstáculos insuperables a la Unión; de modo que nunca se reunió el congreso convocado.

Recientemente, en 1920, el Gobierno de El Salvador hizo suyo el ideal de Unión y a sus esfuerzos se debe que en enero de este año se haya reunido, en San José de Costa Rica, un Congreso de Plenipotenciarios centroamericanos que pactó la Unión de Centro América. Bajo ese pacto se formó un Consejo Ejecutivo Federal Provisional que convocó a la Asamblea Constituyente Centroamericana que acaba de reunirse en Tegucigalpa.

Según las últimas noticias recibidas en la redacción de **El Maestro**, Nicaragua y Costa Rica se han retirado del pacto, y Guatemala, El Salvador y Honduras se han unido formando otra República Mayor de Centro América, limitada así: Al Norte, México y el Mar de las Antillas; al Sur, el Océano Pacífico; al Este, Belice, el Mar Caribe y Nicaragua; y al Oeste, México.

Uno de los delegados por Nicaragua a la Asamblea reunida en Tegucigalpa, en vista de que su gobierno se retiraba, con más buen anhelo que buen juicio hizo una intentona de revolución contra los dominadores de Nicaragua, invadiendo el territorio de su patria con un grupo de cincuenta adictos centroamericanos. En un día apagó esa chispa revolucionaria el gobierno conservador de Nicaragua, pero se aprovechó de esa oportunidad para cerrar todas las escuelas de la República, pretextando considerables gastos de guerra que hacían imposible se gastase un centavo durante mucho tiempo en la instrucción pública de los nicaragüenses.

LOS TRATADOS DE PAZ ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y ALEMANIA, AUSTRIA Y HUNGRIA

EN agosto 24, 25 y 29 se firmaron los tratados de paz entre los Estados Unidos y Austria, Alemania y Hungría, respectivamente, por cuyos términos los países europeos otorgan al americano los mismos derechos que se vieron obligados a otorgar a los demás Aliados en virtud del tratado de Versalles; pero los Estados Unidos quedan exentos de toda obligación con respecto a la Liga de Naciones, a la fijación de las nuevas fronteras alemanas, y al reajuste geográfico y político de Bélgica, de la orilla izquierda del Rihn, de Checo-Eslovaquia, Austria, Prusia Oriental, Memel, la Ciudad Libre de Danzig, Schleswig-Holstein, Heligoland, China, Siam, Liberia, Marruecos, Egipto, Turquía, Bulgaria y Shantung. Así mismo que-

dan excluídas del nuevo tratado con Alemania las cláusulas concernientes a la culpabilidad y castigo del ex-Kaiser.

En la prensa norteamericana la discusión de estos tratados ha seguido, como de costumbre, líneas estrictamente partidarias: los órganos del partido Demócrata, el partido de Wilson, acusan a la administración de Harding de haber traicionado a los Aliados, debilitando su posición frente a Alemania, al permitir una paz separada en la que no se hace mención a los derechos de los Aliados, y de haber dado la espalda con egoísmo a los ideales que inspiraron a los Estados Unidos durante la guerra. Los periódicos favorables al partido Republicano, que está en el poder, saludan con entusiasmo el completo regreso de sus relaciones exteriores al reino del sentido común, y el éxodo absoluto de la diplomacia norteamericana de su cautiverio en el Egipto laberíntico del idealismo Wilsoniano. La prensa independiente se inclina hacia la oposición, y sus editoriales se expresan en el sentido de que ni la diplomacia ni la conciencia norteamericanas tienen de qué enorgullecerse en estos tratados.

En Alemania la oposición declara que la infamia de Versalles se ha repetido; los periódicos amigos del Gobierno opinan que, al contrario, el tratado de Versalles ha recibido un fuerte golpe y que ahora le será relativamente fácil a Alemania hacer que Francia e Inglaterra revisen sus arduas condiciones. En los círculos de negocios hay casi júbilo porque al fin van a reanudarse las relaciones comerciales entre Alemania y los Estados Unidos.

En Francia también hay gran diversidad de opiniones. La del **Temps** de París, órgano semi-oficial, es que los Estados Unidos han defendido hábilmente sus intereses particulares, pero dejando a Francia, que antes fuera factor principal de una alianza mundial, en un estado de casi aislamiento. Los diarios más populares (**Le Matin**, por ejemplo), lejos de quejarse con o sin dignidad, celebran que los Estados Unidos hayan tenido suficiente valor moral para declarar abiertamente que las cuestiones europeas no les atañen y que Europa queda libre para entenderse y arreglarse como pueda.

En Inglaterra la Liga de Naciones aún tiene fuertes partidarios, especialmente entre aquellos que aspiran a postular al General Jan Smuts, premier de la Unión Sud-Africana y, quizá más bien que Wilson, el verdadero autor del pacto de la Liga, para Primer Ministro del Imperio Británico, para substituir a Lloyd George, en las próximas elecciones; éstos lamentan que ya de manera definitiva queden fuera de la Liga los norteamericanos. La actitud del gobierno, sin embargo, tiende a aceptar cuanto haga Wáshington, con tal de sacarle partido a su buena voluntad en las Conferencias del Desarme.

PEQUEÑA REVOLUCION EN LOS ESTADOS UNIDOS

La prensa del mundo se ha venido ocupando de la "revolución industrial" ocurrida en el Estado de la Virginia Occidental, en los Estados Unidos, dando a veces noticias falsas o exageradas. Lo exacto, según reza en

los más autorizados órganos de información norteamericanos, es como sigue: Las condiciones impuestas a sus operarios, hace más de un año, por las compañías propietarias de minas de carbón de hulla, en los condados de Boone, Logan, McDowell y Mingo, en el Estado de la Virginia Occidental, no pudieron seguirse soportando sin la violenta protesta de los mineros de Mingo. Les era prohibido formar uniones o adherirse a la de los Trabajadores Unidos de Minas de América; quien lo intentaba era sumariamente despedido de su trabajo, echado de su casa, y expulsado del Condado por la policía, pues las compañías eran dueñas absolutas de toda la tierra, de las casas, de los caminos mismos, y controlaban el correo, la policía, el servicio de aguas, el alumbrado, las tiendas de todas clases y hasta los sitios de diversión.

En mayo de 1920 la protesta de los mineros de Mingo se había vuelto una guerrilla abierta entre éstos y la policía de los propietarios, y fué necesario que interviniesen el gobierno y la milicia del Estado. La lucha, sin embargo, seguía tan encarnizada como siempre, tan pronto se retiraban las tropas, y además, llegó a extenderse por los otros Condados.

Ultimamente, en 24 de agosto de este año, cinco mil mineros, individuos sin empleo y exsoldados, desde Marmet, en el Condado de McDowell, comenzaron una marcha armada hacia Mingo con el objeto de rendir a las compañías mineras. En agosto 28 tuvieron un encuentro con tropas del Estado, resultando cinco mineros muertos. Entretanto, en Marmet seguían formándose grupos armados dispuestos a marchar contra Charleston, capital del Estado, en vista de lo cual el gobierno federal, a petición del Gobernador amenazado, tuvo que intervenir. En vez de mandar tropas federales, el Presidente Harding lanzó una proclama a los mineros ordenándoles depusieran las armas y volviesen a sus hogares. Así lo hicieron los "revolucionarios" y aunque la situación no se ha resuelto, la revolución como tal ha dejado de ser.

HAMBRE Y PESTE EN RUSIA

LA noticia capital de las últimas semanas, es la que de manera melodramática, revela abiertamente la trágica situación de Rusia, donde reinan el hambre y la peste. Con fecha 20 de julio, Máximo Gorky, el escritor de fama mundial, en nombre de la humanidad y con la aprobación del gobierno ruso, se dirigió a "todos los hombres de buena voluntad" del mundo, pidiendo ayuda inmediata para su pueblo. Ampliando su mensaje dijo que de hambre, del cólera morbus y del tifo, estaban pereciendo no menos de 300,000 rusos diariamente; que 6.000,000 de personas desvalidas y presas de pánico y miseria, habían abandonado la región del Volga y en vano buscaban asilo en las provincias comarcanas, regando de cadáveres los caminos, abandonando las madres a sus hijos, y llevando la peste dondequiera; y que esa terrible situación afectaba una área de diez y ocho provincias con una población entre 20 y 30 millones de almas.

Hambres semejantes, aunque jamás tan espantosas, no eran desconocidas en Rusia: se recordará la de

1891; y con respecto a las pestes, siempre sufrieron de ellas los súbditos del Zar.

Así, pues, dicen los amigos del actual régimen político ruso, la tragedia de hoy no es resultado de la práctica de las ideas bolcheviques, como aseguran a viva voz los partidarios de los sistemas capitalistas. La situación de Rusia, explican, se debe: primero, a las sequías, como nunca severas, que en todo el Valle del Volga, desde el mar Caspio hasta Siberia, han arruinado por completo las cosechas de la sección agrícola más rica de Rusia; segundo, al pésimo estado de las vías de comunicación, que han impedido el movimiento de granos, de manera que se hacen necesarios no sólo el envío de alimentos a Rusia, sino también el de material rodante y de construcción ferroviaria, para aliviar la situación; tercero, al estado convaleciente de Rusia, debilitada por la mala higiene tradicional (debido a la ignorancia en la que por largas generaciones se había mantenido al pueblo), por las pestes anuales (el año pasado perecieron unos ..... 10.000,000 de tifo) y por la guerra con todos sus concomitantes; y cuarto, al bloqueo de Rusia impuesto por los gobiernos anti-bolcheviques, que ha tenido, entre otros resultados, el del relajamiento de la agricultura rusa.

Ayuda adecuada en un todo a las necesidades de Rusia, de ninguna parte puede llegarle. El único pueblo del mundo en condiciones para prestar algún alivio efectivo, es el de los Estados Unidos. Pero siendo el gobierno norteamericano enemigo acérrimo del de los bolcheviques, y temeroso de que, del socorro que prestara, pudiera fortalecerse Lenine, su primera respuesta a la urgente y desgarradora súplica de Gorky fué una serie de condiciones que los rusos debían aceptar. El gobierno bolchevique debía poner en absoluta libertad a todos los prisioneros de nacionalidad norteamericana; el alivio que prestarían los Estados Unidos sería sólo para los enfermos y los niños; los delegados estadounidenses encargados de la distribución de alimentos y medicinas gozarían de libre tránsito y sus personas y correspondencia serían inviolables; quedaba entendido que ningún comité bolchevique participaría en la labor caritativa norteamericana, sino que ésta sería llevada a cabo exclusivamente por los comités que organizara la misión estadounidense; y, por último, se declaraba que ninguna significación política podría deducirse de la ayuda prestada. Para hacer más evidente que el socorro al pueblo ruso no podría interpretarse en manera alguna como un comienzo de relaciones amistosas entre los gobiernos, los americanos decidieron también que no llevarían consigo su bandera a Rusia.

El gobierno bolchevique, ya antes de recurrir a extraños, había echado a un lado la política, en sus esfuerzos para combatir el hambre. Se formó un Comité Central, con este propósito, compuesto por sesenta y tres miembros, de los cuales sólo diez son comunistas, y éstos del ala derecha o moderada, como Kámenev, Krassin, Lítvinov, **Lunacharsky, Rykov** y Semashko; cinco son Cadetes, entre ellos Gólovin, que fué presidente del segundo Duma; Kishkin, antiguo miembro del Gobierno Provisional, y

Kutler, que fué Ministro de Agricultura del Zar. Los demás miembros son, en su mayor parte, profesores universitarios, artistas, escritores, intelectuales no enteramente Leninistas, como por ejemplo, una hija de Tolstoy. Pero ni con este comité enteramente nacional ruso, quisieron cooperar los norteamericanos.

"Con una mueca agria, pero sin vacilar,"—dice la prensa capitalista de los Estados Unidos— "el gobierno de Lenine y Trotzky aceptó las condiciones norteamericanas." La ayuda que los Estados Unidos prestarán estará bajo la dirección suprema de Mr. Herbert Hoover, miembro del Gabinete del Presidente Harding y jefe de la American Relief Administration, corporación que rige a la Cruz Roja Norteamericana y a otras organizaciones semejantes de los Estados Unidos, y que se formó, al terminarse la guerra, para ayudar a la reconstrucción de las regiones devastadas de Francia y Bélgica y en la lucha contra el hambre y las pestes en Austria, en Hungría, en Armenia y en el norte de China.

En Europa han ofrecido socorro a Rusia el Consejo Supremo de la Liga de Naciones, la Cruz Roja Internacional y otras organizaciones de esa índole; pero no harán un esfuerzo común con los norteamericanos, puesto que éstos no lo desean, en vista de que de ello podría resultar que los europeos alcanzasen la dirección de la empresa. Mr. Hoover ha pedido que las diferentes organizaciones se distribuyan el territorio azotado por secciones y que cada uña atienda separadamente a la suya.

Ya a fines de agosto empezaban a llegar a Rusia los primeros cargamentos de arroz y de azúcar de los Estados Unidos y el 29 de ese mes se distribuyeron en Moscou 600 toneladas de esos artículos para los niños.

LA CUESTION DE SILESIA

LA Alta Silesia, causa principal de la disputa entre Francia e Inglaterra, que ha venido dificultando en los últimos meses las relaciones entre esas dos potencias, es la segunda región continental de Europa más rica en carbón de hulla, hierro y zinc. Ahora reclámanla como suya Alemania, a quien había pertenecido desde la formación del Imperio, y Polonia, entre las cuales yace, siendo apoyadas, ésta por Francia y aquélla por la Gran Bretaña.

Con respecto a su población, más de la mitad es eslava, es decir, polaca. Acerca de esto no hay discusión. Históricamente, por otra parte, desde hace cinco siglos la Alta Silesia ha estado separada de Polonia, habiendo sido posesión de los Hapsburgos (Austria) hasta que Federico el Grande de Prusia, en el siglo XVIII, se la arrebató a la Emperatriz María Teresa. Sin embargo, tan polaca juzgaron a Silesia los Aliados, en la Conferencia de París (1919), que en el primer borrador del Tratado de Versalles le fué adjudicada enteramente a Polonia. Pero pasado el primer impulso de desmembrar completamente el Imperio Alemán, al dictarse definitivamente las bases de la paz, los ingleses insistieron en que se modificase el tratado en el sentido de que la Alta Silesia misma, decidiera, por medio de un plebiscito, su propio destino, estableciéndose, asi-

mismo, que el resultado se obtuviera por mayoría de distritos o comunas y no por el voto general.

Del plebiscito resultó que, en el área total, los alemanes ganaron un 60 por ciento del sufragio y los polacos sólo un 40 por ciento; pero esto se debió, dicen los amigos de Polonia, a que con anticipación y sigilo, los alemanes acumularon en Silesia un gran número de partidarios suyos, descendientes de silesianos, pero que hace mucho tiempo habían emigrado a otros puntos del Imperio Alemán.

Los polacos alegan que, faltos de fondos y ajenos a malas tácticas, no pudieron hacer otro tanto.

Los distritos norteños, limítrofes con Alemania, y que no poseen ni minas ni fábricas, dieron un voto decididamente pro-alemán; los dos grandes distritos de Pless y Rybnik, principalmente agrícolas, pero ricos en depósitos vírgenes de carbón, y que lindan con Polonia, se expresaron por ésta de modo concluyente. Pero entre estas dos áreas yace la región hullera en explotación y aquí el resultado fué indeciso, pues todas las comunas rurales votaron en favor de Polonia, mientras que las ciudades, donde estaban concentrados los elementos alemanes, se decidieron por Alemania.

Los alemanes declararon ganado el plebiscito por superior número de votos y suya la Alta Silesia. Pero esto contradecía lo estipulado en el Tratado de Versalles. Los ingleses propusieron que se les cediesen Pless y Rybnik a los polacos y lo demás a Alemania. Los franceses contestaron que más bien correspondía a Polonia toda la región minera, en vista de que, si no el mayor número de votos, sí más de las tres cuartas partes de los distritos o comunas habían votado por Polonia.

Discutíase esto en secreto, cuando Alemania publicó la propuesta inglesa. Entonces los polacos de Silesia, encabezados por Korfanty, que había representado a Polonia en la organización del plebiscito, se alzaron en armas. Las únicas tropas Aliadas que había en Silesia eran francesas, y los franceses abiertamente simpatizaban con los insurrectos; en vista de lo cual Alemania envió tropas suyas a Silesia, lo que alarmó profundamente a Francia entera.

Fué entonces cuando Lloyd George pronunció un discurso, obra maestra de la indiscreción, según los ingleses, de la duplicidad, según los franceses, censurando con fuertes palabras la parcialidad de Francia, amenazando a Polonia y hasta dando a entender que la Gran Bretaña podría llegar a favorecer la acción militar de Alemania en Silesia. El Primer Ministro francés, Briand, replicó categóricamente que Francia jamás permitiría el empleo de tropas alemanas en Silesia y les echó en cara a los ingleses que, de los Aliados, sólo Francia había enviado tropas a la región sublevada.

Después de un debate acérrimo entre las cancillerías, se convino en que Inglaterra también enviara tropas a Silesia, que con las francesas, lograron separar y desbandar a polacos y alemanes y poner orden. De esto ya hace varias semanas. En debates, acusaciones, recriminaciones y juegos del ajedrez armado de la diplomacia europea, se ha ido el tiempo sin que nada definitivo haya sido resuelto.

Francia favorece a Polonia porque teme a Alemania y prefiere dar a la

primera un territorio rico que pudiera fortalecer demasiado a su enemiga tradicional. Inglaterra favorece a Alemania porque sabe que, en caso de un conflicto anglo-francés, Polonia estaría de parte de Francia, mientras que protegiendo ahora a Alemania, ésta apoyaría a Inglaterra. Además, la Gran Bretaña quiere que la restauración económica de Alemania sea pronta y efectiva, pues la de Inglaterra depende en gran parte de eso. A los franceses les parece lo más egoísta del mundo que los ingleses ayuden a Alemania sólo por ventajas económicas, aunque esa ayuda sea una amenaza para Francia. Los ingleses replican que Francia, por su deseo de aniquilar enteramente a Alemania, demuestra estar poseída de un militarismo con el que no pueden estar de acuerdo los británicos.

No pudiendo llegar a ningún arreglo y a fuerza de palabrería, empeñando lo que llaman su honor, acordaron las cancillerías reñidas trasladar la cuestión de Silesia al Consejo de la Liga de Naciones. Al escribirse esta nota, el Consejo no ha obrado todavía.

LA SITUACION ECONOMICA DE EUROPA

SI sucesos como los de Silesia son aparentemente lo más discutido en Europa, lo que más preocupa a los europeos, en el fondo, es la situación económica de sus países. Recargadas de deudas colosales derivadas de la guerra, las naciones europeas están cara a cara con un problema quizás más serio que la guerra misma. Para resolverlo no parece sino que deberán optar entre la repudiación por lo menos de una parte de esas deudas y la confiscación de la propiedad y del capital, lo que en extremo alarma a los capitalistas.

El espectro de la confiscación es un hecho más bien que una amenaza, en Alemania. El gobierno que firmó el Convenio sobre las Reparaciones, impuesto por los Aliados, ha seguido una política económica que significa la confiscación de un 20 por ciento del capital privado. En el caso de capitales invertidos en negocios—empresas comerciales e industriales, bancos, etc.—el Estado reclama una hipoteca igual al 20 por ciento sobre el capital invertido. Estas hipotecas las venderá el Estado en el exterior para pagar lo que en calidad de reparaciones se le ha impuesto. En el caso de la propiedad raíz, ésta es valuada en lo que valía antes de la guerra, y el monto es convertido al actual papel moneda, a razón de 15 marcos papel por marco oro; y el capital resultante es la base de la hipoteca, de que dispone el Estado, de un 20 por ciento sobre la propiedad.

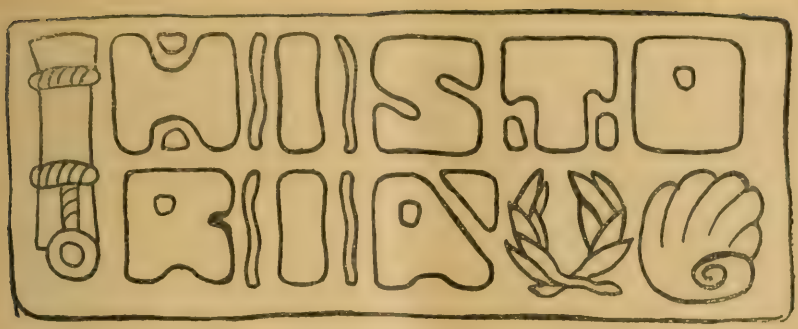
En Alemania han sido absolutamente necesarias estas medidas y tal vez lo lleguen a ser en el resto de Europa, aún en Inglaterra, donde los periódicos de finanzas y economías las discuten casi con obsesión. Pero después de Alemania, Francia es el país en situación más apremiante. El total de la deuda de Francia es de casi 100,000 millones de pesos mexicanos, tomando el franco al cambio normal, valor que por supuesto no tiene. De esta fuerte cifra puede restarse lo que Francia obtendrá de Alemania como indemnización. Pero lo más que Alemania pagará a Francia, sobre la

base del Convenio mencionado, será entre 12 y 30 mil millones de pesos; de modo que la deuda de Francia quedará en unos 80,000 millones de pesos. Para pagar el interés de esta deuda se necesitan 4,000 millones de pesos al año, suma que Francia no puede adquirir para ese fin con su sistema actual de impuestos. Sus ingresos nacionales no pasan de 20,000 millones de pesos al año y ni siquiera se intenta pagar de esa suma todos los intereses sobre la deuda; más bien, para hacerlo, Francia ha recurrido a nuevas deudas y recientemente realizó un empréstito de 200 millones de pesos en los Estados Unidos. En vista de esa dura realidad de los hechos, es difícil encontrar la manera de que podría servirse Francia para pagar sus deudas sin recurrir a la repudiación o a la confiscación parciales.

En el Convenio sobre las Reparaciones, los Aliados fijaron el valor de lo que llaman marco oro. Es ésta una unidad monetaria ficticia y arbitraria, más o menos equivalente al marco de antes de la guerra, cuyo valor se ha fijado en 15 marcos papel de la moneda alemana actual. Es decir, se convino en que para los efectos de pagos al extranjero y del comercio exterior, el valor del marco sería, arbitrariamente, 15 veces mayor que dentro de las fronteras alemanas. .

En este precedente que han establecido los Aliados con respecto a su antigua enemiga, puede ser que ellos mismos encuentren la solución al problema que los agobia. Podrían establecerse el franco oro (Francia) y la lira oro (Italia), por ejemplo, para los efectos del comercio y deudas exteriores y fijar el cambio entre esta unidad y la moneda papel circulante dentro de los países respectivos. Así, sin repudiar sus deudas internas abiertamente, y sin sufrir en el comercio exterior la desventaja de tener una moneda depreciada, podrían los gobiernos pagar a sus nacionales en moneda de poco valor. Esta es la solución que más se favorece en las discusiones actuales y la que aconsejan los economistas norteamericanos; pero, en efecto, equivaldría de todos modos a la repudiación de parte de la deuda interna y a la confiscación de parte del capital privado invertido en bonos del Estado.

Esa solución se hace más fácil de comprender si consideramos que, aun con la actual depreciación de la moneda europea, al expresar las deudas en esas monedas, no resultan tan grandes. La deuda de Francia, por ejemplo, que al cambio normal del franco asciende a 100,000 millones de pesos, no es en realidad sino de 250,000 millones de francos que al cambio que rige, llegan apenas a unos 42,000 millones de pesos, o sea menos de la mitad de la cifra en pesos anterior De manera que si los gobiernos francés e italiano pagan su deuda en moneda depreciada a la que se dé un valor oro arbitrario, quizás logren salir de sus dificultades.



HISTORIA UNIVERSAL

LOS HEBREOS

LA historia judía es materia de estudio particular en su relación con las Escrituras. De aquí que no sea necesaria una información detallada de este pueblo. Lo que resta por hacer consiste en unos cuantos puntos *generales* que se encuentran en contacto con la historia universal.

Historia Sagrada

81. Los hebreos eran de raza semítica pura, de aquí que tuviesen parentesco con los fenicios, árabes y asirios. Según las Escrituras, el padre de este pueblo fué Abraham, quien, en el siglo XX A. C., se trasladó de las llanuras de la Mesopotamia a Canaán, la *tierra prometida.*

La Raza.

82. La historia de Abraham, así como la de sus hijos y nietos, es simplemente la de una familia nómada; y no es sino hasta el tiempo de la salida de los hijos de Israel, de Egipto, cuando empieza la historia nacional judía. Supónese que este acontecimiento tuvo lugar en 1320. El intervalo entre ese acontecimiento y el de la absorción de Judea por el Imperio Romano puede dividirse en cuatro períodos:

Períodos de la Historia Judía

I. Desde el Exodo hasta el establecimiento de la monarquía, bajo Saúl, 1320-1095 A. C.

II. Desde el establecimiento de la monarquía hasta la separación de los dos reinos, 1095-975 A. C.

III. Desde la separación de los reinos hasta el cautiverio en Babilonia, 975-586 A. C.

IV. Desde el cautiverio en Babilonia hasta la absorción de Judea por Roma, 586-63 A. C.

83. Durante el primer período el gobierno hebreo fué una

teocracia (o gobierno de Dios), manifestándose la divinidad por medio del Sumo Sacerdote. Para la dirección de los negocios hubo una sucesión de gobernantes y *Jueces;* éstos eran designados por revelación del cielo para el ejercicio de su ministerio y se les prestaba obediencia por común consentimiento, pero no reclamaban honores de realeza. El último de esta línea de gobernantes fué Saúl.

Primer Período

84. El segundo período de la historia judía incluyó la era de la monarquía unida y continuó durante tres reinados. El primero de los reyes fué Saúl, quien después de un reinado tormentoso de cuarenta años, fué sucedido por su yerno David. Este monarca, el más grande de los que llegaron a gobernar la nación, conquistó Jerusalén al poder de los Jebuseos, convirtiéndola en la sede, tanto del gobierno nacional como de la religión. Por sus guerras, David extendió su dominio desde el Mar Rojo hasta el Eufrates y subyugó a los filisteos y a otras tribus sirias. Su hijo Salomón le sucedió en 1015 A. C.

Segundo Período

85. Bajo el reinado de Salomón (1015-975 A. C.) los israelitas llegaron a ser la raza superior en Siria y el estado judío se convirtió en una potencia imperial. En ese tiempo entabló relaciones con Egipto y con Fenicia. Salomón participaba de los beneficios del comercio sirio y se casó con la hija de un Faraón.

Reinado de Salomón

86. Inmediatamente después del reinado de Salomón sucedió se un tercer período, el de la decadencia. Tres de los estados sacudieron el yugo judío; se inició la desunión entre los mismos judíos y el poder imperial se fraccionó en dos pequeños reinos: el de Israel, que estableció su capital en Samaria y estaba integrado por diez de las doce tribus, y el de Judá (capital Jerusalén), constituído por las otras dos.

Período de Decadencia

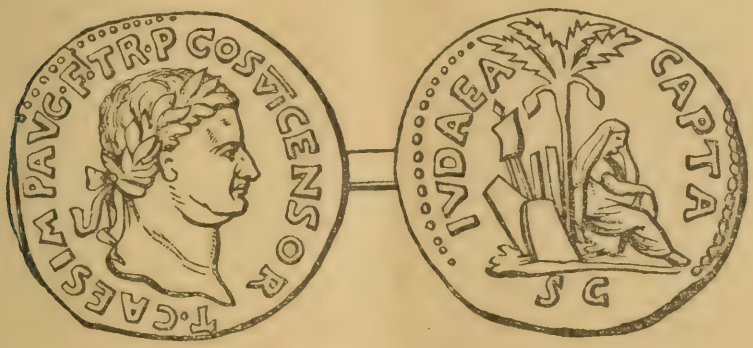
87. El reino de Israel duró como 250 años. Fué dominado finalmente por Sargón, rey de Asiria, y las diez tribus fueron llevadas al cautiverio, en 721 A. C. El reino de Judá subsistió por más de un siglo después; pero Jerusalén fué capturada por Nabucodonosor, rey de Babilonia (586 A. C.); la población de Judá fué arrojada de su suelo patrio para consumirse en Babilonia, interrumpiéndose así la historia de los judíos por espacio de setenta años. Al triunfo de Ciro sobre Babilonia, se siguió un edicto, por medio del cual se restablecía a los judíos en su patria (536 A. C.).

Israel y Judá

88. El intervalo entre el retorno del cautiverio y la conquista de los Romanos forma el cuarto período de la historia judía. Durante este tiempo la nación pasó por muchas vicisitudes. Al principio formó una satrapía o provincia del Imperio Persa; luego, en 332 A. C., cayó bajo el dominio de

Cuarto Período

Alejandro el Grande, y más tarde, después de su muerte, fué gobernada por los Ptolomeos de Egipto. El idioma griego llegó entonces a ser común en Judea y la versión del Pentateuco de los Setenta fué redactada en ese idioma bajo la dirección de Ptolomeo Filadelfo. En el año 166 A. C. los judíos sacudieron el yugo extranjero y proclamaron su independencia nacional; pero un siglo después, Jerusalén fué capturada por el general romano Pompeyo (63 A. C.) y Judea vino a formar parte de una provincia romana de Siria. Los judíos no eran súbditos obedientes y se les aplicaban severos castigos. Por último, (en el año 70 A. C.) Jerusalén fué tomada de nuevo por Tito; después de un prolongado sitio, la ciudad fué arrasada hasta los cimientos y la nación llegó a dispersarse, como lo está todavía, por todos los países del mundo.



Moneda de Tito. *

89. Al compendiar la historia Hebrea, como conjunto, advertimos: 1. Que, en extensión geográfica, el estado judío no era sino un dominio limitado, ya que la totalidad del país tiene únicamente 150 millas de largo por un promedio de 50 millas de ancho. 2. Que, comparado con los grandes imperios orientales, con Asiria y Babilonia, Egipto y Persia, su importancia política era escasa. 3. Que el pueblo judío contribuyó poco a la civilización antigua desde los puntos de vista del arte, la ciencia o la política.

Resumen

90. La significación y la misión de la raza hebrea no estribaba

(*) Esta interesante moneda fué acuñada en el año 77 A. C. La cara de la moneda (el anverso) dibujada a mano izquierda, representa la cabeza de Tito coronada de laurel, con la inscripción T (itus) C A E S (ar) I M P (erator) A U G (usti) F (ilius) T R (ibunicia) P (otestate) C O (n) S (ul) V I (i. e. sextum) C E N S O R: es decir: Tito; César, Emperador, hijo de Augusto (i. e Vespasiano) con poder tribunicio, Cónsul por sexta vez, Censor. En la parte posterior de la moneda (o reverso) a mano derecha, está una figura de mujer, sentada bajo una palmera, detrás de la cual están un estandarte, yelmos, etc.; y de este lado está la inscripción I V D A E A C A P T A, i. e. Judea ha sido tomada.

en estas formas de actividad: la influencia que en el mundo se ha concedido a ese pueblo es de un orden enteramente distinto; a saber, el conjunto de verdades espirituales e ideas morales englobadas en formas sublimes por bardos y sabios. Estas obras, reverenciadas por nosotros como materia de la literatura del Antiguo Testamento, siguen siendo la posesión de toda la familia humana.

Misión de los Judíos

Resumen Cronológico

	A. C.
Migración de Abraham .....(aproximadamente)	1920
El Exodo	1320
Establecimiento de la Monarquía bajo Saúl.....	1095
Advenimiento de Salomón	1015
División del reino	975
Cautiverio de los israelitas	721
Captura de Jerusalén por Nabucodonosor. (Cautiverio en Babilonia).	586
Retorno de los judíos	536
Subyugación de Judea por Alejandro	332
Absorción por Roma	63

●

LOS FENICIOS

91. Fenicia era de los más importantes países del mundo antiguo, por lo que su pueblo es interesante para nosotros en la historia primitiva.

Interés de su Historia

El interés y la importancia de esta nación no proviene de la extensión de su territorio—ya que la Fenicia propiamente estaba comprendida, en su totalidad, en una mera faja de terreno, entre el Monte Líbano y el Mar Mediterráneo—sino por el hecho de que los fenicios mantuvieron un alto lugar en la historia de la civilización.

92. Los fenicios fueron el pueblo primitivo más comercial y colonizador de las costas del Mar Mediterráneo. Precedieron a los griegos, quienes posteriormente llegaron a ser sus grandes rivales en el comercio y en el establecimiento de colonias. No fué sino hasta el año de 1000 A. C. cuando los griegos empezaron a ocupar las islas del Mar Egeo y las costas del Asia Menor y cuando comenzaron a diseminarse del continente a las islas, encontraron a los fenicios establecidos allí.

Traficantes y Colonizadores

93. Probablemente desde principios del siglo IX A. C., los ero

prendedores fenicios habían fundado en la costa norte de Africa la Colonia de Cartago, que llegó a ser la más famosa de las colonias fenicias y la cual, quinientos o seiscientos años después de esto, guiada por el genio militar de Aníbal, se aventuró a contender con la poderosa fuerza de la República Romana.

Cartago

94. Los fenicios habían avanzado mucho más. Se habían abierto paso más allá del punto que los griegos llamaron las *Columnas de Hércules,* esto es, el Estrecho de Gibraltar; habían navegado desde el Mar Mediterráneo hacia el Océano Atlántico. Fundaron la ciudad de *Gades* (hoy Cádiz). Navegando por el Atlántico sus mercaderes se dirigieron a las partes meridionales de las Islas Británicas, para conseguir estaño de Cornwall.

Colonización

En los mares orientales los fenicios habían fundado establecimientos en los Golfos de Arabia y de Persia, desde donde hacían el comercio con la India y Ceylán y con las costas de Africa. Así vemos que los fenicios eran navegantes, mercaderes y fundadores de colonias, muchos siglos antes de que los griegos llegaran a hacerse notar en el mundo.

95. Los fenicios, como fundadores de colonias, adquirieron una influencia importante en el progreso de la civilización, así como de la libertad política; por lo tanto, debemos tratar de comprender cómo se logró esto. Las colonias son fundadas por naciones comerciales con objeto de asegurarse un comercio lucrativo, estableciendo un mercado para la producción manufacturada en el país y un tráfico de transportes para sus mercaderes y marinos. Este es el *motivo;* y vemos que contrasta notablemente con la causa que conduce a las naciones despóticas a formar establecimientos militares, lo que no es sino mera codicia de conquista, por razón de conquista. Se requiere que las Colonias fundadas por estados comerciales sean florecientes, con objeto de que la nación tenga relaciones ventajosas con ellas. Un país, conocedor de esto, deja a las colonias bajo la dirección de personas avezadas en la ciencia política, que sepan el modo de adaptar las instituciones del gobierno nativo al actual estado de negocios en la nueva colonia; de aquí que generalmente acontezca que la libertad civil se desenvuelva con más rapidez en las colonias comerciales que en la misma matriz.

Influencia de las Colonias

96. Los antiguos fenicios fueron los inventores del primer *alfabeto* perfecto; este es un hecho muy interesante y significativo porque, considerando bien las cosas, el arte de la escritura alfabética es probablemente la más importante invención hecha, en todo caso, por el hombre. Hemos visto que los egipcios desarrollaron el germen del alfabeto; pero la escritura egipcia era *fonética* tan sólo en parte: de aquí que el alfabeto jeroglí-

Alfabeto

fico fuese muy incómodo, consistente de varios centenares de caracteres, sin que hubiera ningún sonido de signo fijo e invariable para representarlo. Los caracteres *cuneiformes,* en forma de prismas triangulares o de extremos de flecha, de los babilonios y asirios, no eran verdaderamente fonéticos, sino que representaban, de una manera general, más bien *sílabas* que sonidos.

Estaba reservada a los fenicios la adopción del artificio aparentemente sencillo, aunque ingenioso y bello, de determinar los pocos sonidos elementales del lenguaje y de apropiar un carácter distintivo para representar cada sonido. No es conocido con precisión el período de la invención.

97. Los griegos son deudores del alfabeto a los fenicios; los romanos adoptaron el alfabeto griego con algunas variantes. El alfabeto griego es la base de nuestro moderno alfabeto. Los griegos mismos ignoraban la manera precisa de obtener el alfabeto de los fenicios. La relación que dan es que *Cadmus introdujo, de Fenicia a Grecia, dieciseis letras, en vista de lo cuál Palamedes, en la época de la guerra de Troya, añadió cuatro más y después Simónides añadió otras cuatro.* * Los eruditos modernos han probado que *Cadmus* és un nombre fabuloso que significa *el Oriente.* Sin embargo, es enteramente cierto que los griegos *derivaron* su alfabeto de Fenicia.

Cadmus

98. El origen de la nación fenicia se pierde en la obscuridad que oculta la historia primitiva. Es sabido que, como los hebreos, era de origen semítico puro. Hay razones para suponer que los fenicios fuesen emigrantes de Caldea y como consta en las Escrituras Hebraicas que Abraham vino de *Ur de los Caldeos,* podemos inferir que la Mesopotamia Meridional fué el asiento nativo de los semitas. Cuando la rama fenicia de los semitas llegó a sus nuevos lares, en las playas del Mediterráneo, encontraron una población aborigen de Canaanitas, a la cual subyugaron, lo mismo que los judíos hicieron en Judea. También sabemos que los gobernantes y pueblos fenicio y judío estaban relacionados con ligas de amistad. Hiram, rey de Tiro, fué amigo de David y de Salomón.

Origen de los Fenicios

99. La Fenicia consistía en varios estados independientes, siendo, en realidad, cada ciudad un estado aparte, bajo su propio rey: y tan sólo en épocas de peligro se unían ocasionalmente bajo la dirección del más poderoso. Las principales ciudades de Fenicia eran propiamente Sidón y Tiro. De éstas, Sidón era la más antigua. Anteriormente, como en 1050 A. C., cuando Tiro llegó a predominar, era la más floreciente de las comunidades fenicias. Entonces, (en 1050 A. C.) se transfirió el poder a Tiro.

Idiosincrasia de la Nación

* Plinio.

100. Se describe el comercio de Tiro como muy extenso en esa época. Sus barcos de vela se dirigían a Tarshish (el sur de España) y buscaban el oro de Ofir a lo largo de la costa oriental de Africa. Fenicia crecía en riqueza por sus exportaciones; las principales eran los bordados y los vasos de Sidón, así como la púrpura de Tiro, un tinte producido por dos mariscos, que dió un alto valor a los materiales tejidos en los telares tirios. Los fenicios eran también diestros en el arte metalúrgico y sus bronces, sus vajillas de oro y plata y otros trabajos manufacturados con el metal lograron adquirir alta reputación.

Comercio de Tiro

101. La fenicia estuvo sucesivamente sometida a Asiria, en el siglo IX A. C.; a Babilonia, bajo Nabucodonosor, a fines del siglo VII; a los Persas, bajo el reinado de Cambises, al finalizar el siglo VI; y a los griegos, bajo Alejandro el Grande, en el siglo IV A. C. En época muy posterior fué absorbida por el dominio universal de Roma. (63 A. C.)

Revoluciones Políticas

102. El período más grande de la historia fenicia fué durante los quinientos años comprendidos desde el siglo XI hasta el VI A. C. En tanto que iba acrecentándose el poder de los griegos y que iba aumentando la importancia de Cartago, el comercio marítimo de Fenicia llegó a deprimirse en un grado considerable. Sin embargo, continuó conservando un gran tráfico de caravanas con el interior del Asia, *vía* Babilonia. La fundación de Alejandría como puerto de mar debe haber perjudicado al comercio de Fenicia. Además, no fué sino hasta las Edades Medias cuando su luz se eclipsó y llegó a convertirse en un *lugar para secar las redes.*

Vista General

103. La historia de Fenicia se aprovecha para conmemorarla paralelamente a la de las naciones griega y latina, puesto que los fenicios fueron los únicos, entre los pueblos asiáticos, que llegaron a ser *difundidores de civilización.*

Papel de los Fenicios

Deberíamos advertir, sin embargo, que su desenvolvimiento fué unilateral. Así, sus concepciones religiosas eran rudas e incultas, siendo esto un hecho digno de llamar la atención, cuando consideramos su parentesco con los hebreos. En ilustración y en producciones artísticas estaban muy retrasados respecto de los babilonios; de tal manera que, en asuntos intelectuales, parecen haber sido adaptadores más bien que creadores. Además, al contrario de griegos y latinos, los fenicios parecen haberse libertado del genuino instinto político: la libertad no tuvo encanto para ellos y no la desearon después de la dominación. *Moran exentos de cuidado* —dice el Libro de los Jueces— *a la manera de los sidonios quietos y seguros.*

TEMAS DIVERSOS

SÓCRATES

EL filósofo Sócrates nació en Atenas, en 469 antes de Jesucristo, y murió en la misma ciudad, en el año 401, 400 o 399 antes de la era cristiana. Fué hijo del escultor Sofronisco y de la partera Fenareta, ambos de condición libre y de mediana fortuna. La historia nada dice de la infancia ni de la juventud de Sócrates. Este, según parece, aprendió el arte de su padre, arte que le dió medios de subsistencia cuando, muerto Sofronisco, perdió Sócrates, por culpa de un pariente, la modesta herencia paterna. Luego, al decir de varios biógrafos, por los consejos y las riquezas de su discípulo Critón, pudo dejar la escultura y dedicarse a sus estudios favoritos; pero todas estas tradiciones son muy inciertas, como también las que se refieren a su aprendizaje filosófico, haciendo figurar entre sus maestros a Parménides, Anaxágoras, Arquelao, Teodoro de Cirene, Damón y otros. Es, sin embargo, innegable que Sócrates, dotado de un espíritu investigador, estudió todas las ciencias de su tiempo antes de señalar una nueva dirección a las inteligencias.

Cuando educó la suya en Atenas, predominaban los sofistas, siendo por tanto muy probable que entre éstos hallase sus primeros maestros y que en su juventud profesara también la doctrina sofista, que tanto combatió más tarde. Aceptando esta opinión algunos críticos modernos la ven confirmada en *Las nubes,* comedia de Aristófanes que ridiculiza al filósofo y que apareció veinticuatro años antes del proceso de Sócrates. Si en la edad madura el inmortal filósofo llegó a ser su propio maestro, según la frase de Jenofonte, no es menos cierto que de sus relaciones con los sofistas conservó siempre una forma de argumentación con frecuencia capciosa.

Los críticos modernos sustentan la creencia de que Sócrates comenzó su educación filosófica por las especulaciones de los físicos, dando a esta palabra la acepción de aquellos tiempos, y que la continuó oyendo a los sofistas; pero que, con el transcurso de los

años, reconoció que la verdad no se hallaba en unos ni en otros. Entonces, agregan, leyó y meditó las sentencias y máximas de los sabios antiguos, y en estos tesoros de experiencia práctica halló una tradición que quiso continuar. De una frase de dichos sabios: *Conócete a tí mismo,* hizo el comienzo y fin de la filosofía que enseñó. Aún después de haber adoptado una dirección nueva, conservó Sócrates algo de sus primeros maestros: de Anaxágoras la noción de inteligencia ordenadora, que supo desarrollar y fecundar maravillosamente; de los sofistas el hábito de volver el pensamiento sobre sí mismo, no para dudar como aquéllos, sino para buscar el tipo del ser como fundamento de toda investigación.

Hallado el camino de que no debía apartarse, dedicó su vida a la polémica y a la enseñanza, no descubriendo generalmente sus opiniones más que por la negación de las de sus adversarios. Enseñaba a la vista de todos y no en el secreto de una escuela. La plaza pública, los gimnasios, los pórticos, las tiendas de los artesanos, cualquier sitio era bueno para Sócrates, con tal de que hubiera hombres de buena voluntad que desearan ilustrarse, que estuvieran dispuestos a conversar con él, a responder a sus preguntas, a buscar y exponer la verdad. Iba de un lado a otro sin salir nunca de Atenas, pues nadie amó menos que Sócrates los viajes, y se detenía con cuantos hallaba al paso, prefiriendo a los jóvenes de talento. Con los poetas y artistas hablaba de poesía, de pintura y de escultura, discutiendo con ellos las reglas y principios de su arte; con los políticos trataba de las dotes necesarias a los gobernantes, y del fundamento de las leyes, de los recursos y necesidades del Estado; a los padres de familia les recordaba la economía doméstica, les decía el modo de arreglar su casa y de tratar a los esclavos; a los hijos les exponía sus deberes para con sus padres y hermanos, y a todos les hablaba del Dios que ha dispuesto el mundo con tanto orden y sabiduría. No perdonaba a los sofistas ni a los demagogos. Con aire bonachón y sonriente, con sencillez afectada, pretextando el deseo de hacerse discípulo de aquellos y de aprender de su boca maravillosos secretos, les interrogaba con instancia, suplicándoles que dejaran satisfecha su curiosidad, y luego, de consecuencia en consecuencia, los hacía caer en absurdos manifiestos que los dejaban confundidos ante un auditorio en un principio suspenso de los labios de aquellos sofistas, y a la postre desencantado.

Esta polémica de escaramuzas y emboscadas, de las que salía siempre vencedor, atrajo sobre la cabeza de Sócrates odios implacables. No se cuidaba de ellos el maestro, que diariamente procuraba el despertar de las almas y la mejora de las costumbres, haciendo la guerra a los prejuicios y a los vicios, poco atento en general a las teorías sobre el bien que le asigna Platón, buscando siempre, por el contrario, las aplicaciones, acomodando sus leccio-

nes a las circunstancias y a los caracteres, aclarando y fortificando sus preceptos con ejemplos, y dándoles autoridad con el espectáculo de una vida que nada ocultaba, que todos conocían.

Por Platón sabemos los efectos admirables que la palabra de Sócrates producía. Con los que hallaba atrincherados en sus afirmaciones, infatuados y orgullosos de su saber, se hacía humilde e ignorante, fingía una admiración y una curiosidad candorosa y solicitaba la gracia de recibir sus lecciones y de ser iniciado en los misterios de sus conocimientos. Comenzaban aquéllos a discurrir, y les detenía como si temiera ser deslumbrado por su elocuencia y no poder seguirlos en su vuelo. Rogábales que respondieran solamente a un corto número de preguntas sencillas, y comenzaba sus interrogatorios precisos y llenos de ardides, por medio de los cuales les obligaba a reconocer, finalmente, que sus ideas eran confusas, obscuras, que estaban mal digeridas, o que eran completamente falsas. Esto es lo que se ha llamado la *ironía de Sócrates.*

Después de haber aturdido por tal medio a sus adversarios, habiendo arrancado de su espíritu todos los prejuicios, Sócrates arrojaba a manos llenas las buenas semillas, o mejor, hacía que germinasen y fructificasen en las almas así purificadas. Proponiendo nuevas cuestiones, hábilmente desarrolladas, y aclarándolas con ejemplos comunes, hacía surgir poco a poco ideas sanas y justas, sacadas una a una de los espíritus de sus oyentes, sin que pareciese que el trabajo del maestro era otro que el de ayudarles en aquel alumbramiento. Sócrates decía, recordando el oficio de su madre, que aquel método era el *arte de partear los espíritus.* Al convertirse en instructor de almas, creía cumplir una misión sagrada. Platón pone en su boca estas palabras: "Obro del modo que veis para cumplir la orden que Dios me ha dado por la voz de los oráculos, por la de los sueños y por todos los otros medios empleados por una potencia celeste para comunicar su voluntad a un mortal."

Siendo innegable el buen sentido de Sócrates, acreditado por el hecho de basar el comienzo de la sabiduría en el conocimiento de sí mismo, y en el no menos fehaciente de probar que la antigua filosofía se perdía en vagas especulaciones, y que los sofistas, por sus negaciones, degradaban la inteligencia y dejaban vacía el alma, se ha discutido, sin embargo, en la antigüedad, como en los tiempos modernos, lo que fuera el *demonio* o *espíritu familiar* de Sócrates. Se ha llegado a decir que el gran reformador de la filosofía griega fué un apóstol, modelo de la más pura virtud, pero también un alucinado, un visionario. Al efecto, se recuerdan hechos singulares de la vida del inmortal maestro. En el sitio de Potidea, Sócrates, durante veinticuatro horas, permaneció en pie, inmóvil y como en éxtasis, a pesar del tumulto del campo, sin que nada pudiera sacarlo de su meditación solitaria. Habiendo ido a comer a casa de

Agatón, se detuvo repentinamente a la entrada y quedó largo tiempo abstraído en una especie de contemplación interior. Sin cesar hablaba de una *voz divina* que sólo él oía y que le apartaba de lo malo; de un *genio,* de un *demonio,* espíritu semejante al Angel de la Guarda de los cristianos, que le hacía advertencias que el filósofo aprovechaba para sí mismo y para los demás. Todo ello no es suficiente para calificar de loco a Sócrates. Consultado acerca de éste el oráculo de Delfos, la pitonisa respondió que era el más sabio de los hombres. Sorprendido por tal respuesta, fué Sócrates, según cuenta Platón, buscando a los que gozaban de mayor fama, con el propósito de desmentir al oráculo; mas pronto se convenció de que los más célebres estaban más lejos de la sabiduría, y si es cierto el relato de Platón, hubo de decir: "Atenienses, la verdad es que el único sabio es Apolo, el cual por su oráculo ha querido declarar solamente que toda la sabiduría humana no vale gran cosa, o que no vale nada; y es evidente que el oráculo no habla de mí sino que se sirve de mi nombre como de un ejemplo, y como si quisiera decir a todos los hombres: "El más sabio de vosotros es el que, como Sócrates, reconoce que su sabiduría no es nada.'"

El incansable discutidor iba así por todas partes confundiendo las necias pretensiones de la vanidad pedante, censurando a los ambiciosos, a los falsos sabios, a los malos poetas y a los malos oradores, prodigando saludables consejos y buenos ejemplos, y afirmando que la mejor manera de servir al Estado era corregir las costumbres, ilustrar las almas y preparar servidores útiles.

Aunque se mantuvo alejado de los negocios públicos, no ocultó su disgusto por los excesos de la democracia ateniense. En el sitio de Potidea figuró como simple soldado, dando ejemplo de bravura, de templanza, y salvando a Alcibíades herido. Igual intrepidez, continencia y serenidad mostró en Delium, especialmente en el desorden de una retirada, en la que se ha dicho que salvó la vida de Jenofonte, caído de su caballo. También en Anfípolis dió muestras de valor. Si es dudoso que se considerase *ciudadano del mundo,* título que no conviene a un ateniense contemporáneo de Pericles, pero que le atribuye Cicerón, consta a lo menos que honró a su patria en el ejército. Más tarde la suerte le designó para ser *prítane* o magistrado. Ejercía estas funciones cuando se discutió la conducta de los diez generales vencedores en las Arginusas (408 antes de Cristo) acusados por no haber dado sepultura a los muertos. La voz unánime del pueblo reclamaba una condena, y el Senado quería ceder a los clamores populacheros; pero Sócrates, pagando tributo a la justicia, votó en contra, no obstante las amenazas y los gritos de la multitud. Cuatro años más tarde, dominada su patria por los treinta Tiranos, el filósofo, que nunca había adulado al pueblo, no supo callar ante el despotismo. Censuró a los gobernantes

y por ello Critias y Caricles, los dos *nomotetas,* le prohibieron enseñar a la juventud y le amenazaron, todo lo cual no le hizo variar de conducta. Otro día le ordenaron que con cuatro ciudadanos más marchase a Salamina en busca de León el Salaminiano, cuya muerte deseaban. Sócrates se negó, prefiriendo la pérdida de la vida a la realización de una injusticia. "No es dudoso que mi muerte hubiese seguido a mi desobediencia" dijo Sócrates, según cuenta Platón, "a no ser abolido poco después el gobierno de los Treinta."

Eran muchos los enemigos de Sócrates. Los demagogos le reprochaban el haber atacado la institución más popular: la designación de magistrados por la suerte; los amigos de la democracia recordaban que Alcibíades, traidor a su patria, y Critias, el más cruel de los Tiranos, habían recibido un tiempo sus lecciones; los sacerdotes y los devotos le tachaban de incrédulo e impío; los retóricos, los poetas y los artistas no le perdonaban sus censuras. Melito, Licón y Anito recogieron estas quejas e intentaron la acusación, cuyo texto decía: "Melito, hijo de Melito, del barrio de Pitos, acusa bajo la fe de juramento, a Sócrates, hijo de Sofronisco, del barrio de Alopece. Sócrates es culpable porque no reconoce a los dioses de la República, y pone en su lugar extravagancias demoniacas. Es culpable porque corrompe a los jóvenes. Pena, la muerte." Esta acusación se hizo en uno de los años 400 ó 399 antes de Cristo. El caso no era nuevo. Anaxágoras, Esquilo, Diágoras, Protágoras, Pródico y otros pasaron por situación semejante. Algunos se salvaron huyendo; pero Sócrates se negó a hacerlo y a toda defensa, diciendo a un amigo, Critón, que le aconsejaba lo contrario: "¿No ves en lo que me he ocupado toda la vida? Jamás he cometido una injusticia. Este es, a mi juicio, mi más hermosa apología."

En el proceso intervinieron los *heliastas.* Los jueces de este tribunal, elegidos por la suerte, eran casi todos hombres del pueblo, susceptibles, dados a la ira, más acostumbrados a oír los humildes ruegos de los acusados que a sufrir con paciencia sus lecciones. Sócrates compareció ante ellos con sus discípulos. Lisias, el mejor orador de su tiempo, compuso para él una brillante defensa. El filósofo la rechazó y se defendió por sí mismo con la noble altivez del hombre de conciencia pura, fuerte en el sentimiento de su inocencia. Expresábase no como un acusado o como un culpable, ni suplicando, sino como el maestro y juez de sus propios jueces. La defensa propiamente dicha, tal como aparece en Platón y Jenofonte, es débil. Acusado de no creer en los dioses del Estado, Sócrates respondió que era piadoso, que reconocía la existencia de la Divinidad, a la que veía presente en todas partes, en el alma humana y en la naturaleza; pero esto no era afirmar la existencia de

los dioses en que creían los griegos, antes bien, parecía referirse a un Dios nuevo, al Dios de la conciencia, al Dios desconocido del que San Pablo habló más tarde a los mismos atenienses. Nunca atacó Sócrates de frente a los dioses del Estado; mas su silencio y su reserva a propósito de la religión oficial no eran una adhesión. Creía en los demonios o espíritus intermediarios, pero como divinidades inferiores y subalternas, guardianas y consejeras de la vida de los mortales, lo cual era introducir una novedad en la religión, o mejor, para los jueces equivalía a declararse culpable de impiedad.

Los jueces eran en número de quinientos cincuenta y nueve Una mayoría de seis votos afirmó la culpabilidad del acusado. Faltaba fijar la pena. Melito proponía la muerte. El acusado tenía derecho, ya declarado culpable, a indicar la pena a que se creía acreedor y el jurado elegía entre ésta y la pedida por la acusación. Sócrates, ejercitando su citado derecho, trazó el cuadro de su vida y terminó pidiendo, no el castigo, sino una recompensa, la de ser alimentado en el Pritáneo, hotel de los magistrados. En vano para complacer a sus amigos, a la vez que para cumplir con la ley y destruir el efecto de sus anteriores palabras, se condenó en seguida a una fuerte multa. Los jueces, aceptando la pena propuesta por la acusación, pronunciaron sentencia de muerte.

Sublimes son las últimas palabras que Sócrates ya condenado, dirigió a sus jueces: "Cuando mis hijos sean mayores, si los veis buscar las riquezas u otra cosa distinta de la virtud, castigadlos con los tormentos que yo os he aplicado; y si creen ser algo, aunque no sean nada, hacedlos avergonzarse de su apatía y de su presunción. Tal ha sido mi conducta con vosotros. Si obráis de este modo, mis hijos y yo sólo tendremos motivos de alabanza para vuestra justicia. Pero llegó el tiempo de separarnos: yo para morir, para vivir vosotros. ¿Quién sale más ganancioso? Sólo Dios lo sabe."

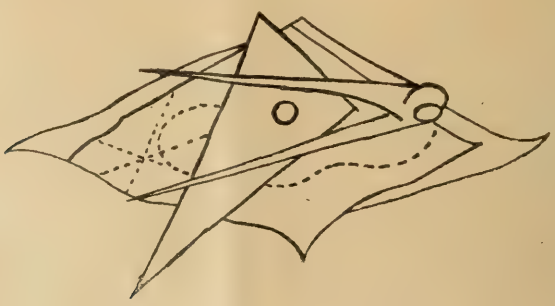
La víspera del día en que Sócrates fué juzgado, el sacerdote de Apolo había coronado la popa de la galera que llevaba a Delos las piadosas ofrendas de los atenienses; y como la ley prohibía ejecutar ninguna sentencia de muerte antes del regreso de la galera, hubo de permanecer Sócrates en la prisión un mes, rodeado de su mujer, de sus tres hijos y de sus amigos, sin perder la calma, con serenidad admirable, hablando con todos, animándolos y dándoles consejos. Su viejo amigo Critón le propuso la fuga a Tesalia, para la que todo estaba preparado. Sócrates no la aceptó, obedeciendo, según máxima que solía repetir, a la ley injusta, como a un padre poco razonable. Uno de sus discípulos, Apolodoro, o la mujer del reo al decir de otros, manifestó al filósofo su indignación contra la iniquidad de un juicio que le arrebataba del mundo de los vivos. Sócrates, con suave sonrisa, le respondió: "¿Preferirías verme mo-

rir culpable?" En el último día de su existencia habló a sus amigos de la esperanza que tenía de hallar en otro mundo hombres mejores, dioses justos y buenos. Luego, tranquilo y risueño, sin énfasis teatral, consolando a sus amigos (Critón, Platón, Apolodoro) que gemían, y al carcelero que lloraba, bebió el veneno, no sin hacer que antes se alejasen las mujeres. Bebida la cicuta, aún conversó algún tiempo Sócrates con sus amigos. Nada más conmovedor ni más patético que el relato de los últimos momentos del gran maestro escrito por Platón.

Célebre es también la mujer de Sócrates, llamada Xantipa, cuya memoria va unida a no pocas falsas anécdotas, si bien parece indudable que aquélla no era un modelo de dulzura, y que el filósofo en su propia casa vió puesta a prueba su paciencia. Xantipa le dió cinco hijos: el mayor y otro, murieron antes que el padre, a quien sobrevivieron otros tres varones, uno de los cuales había pasado de la niñez.

Sócrates no dejó obra escrita y sus enseñanzas han llegado hasta nosotros en las obras de Jenofonte y de Platón. La posteridad adoptó y respetó el magnífico testimonio de estos apologistas. Los doctores cristianos de los primeros tiempos, de ordinario poco tolerantes con los hombres y cosas del paganismo, se inclinaron todos con cariño ante la memoria de Sócrates, a quien se recuerda naturalmente cuando se busca el tipo de la virtud. San Justino llegó a decir que Sócrates era cristiano, que había conocido a Cristo en parte; Erasmo escribió esta frase: *Sancte Socrates, ora pro nobis;* y Montaigne declaró que el alma de Sócrates era la más perfecta de que había tenido noticia, y que dudaba que hubiese otra semejante.

Raro es el museo de antigüedades que no posea algún busto de Sócrates. Tenía los ojos saltones, la nariz chata, los labios gruesos; era calvo y ha venido a ser un tipo proverbial de fealdad física, como su alma lo es de belleza espiritual.



CRITÓN O EL DEBER DEL CIUDADANO

DIÁLOGO DE PLATÓN

SOCRATES.—¿Cómo por aquí a estas horas? ¿No es aún muy temprano?

Critón.—Sí

Sócrates.—¿Qué hora será?

Critón.—Apenas apunta el alba.

Sócrates.—Me extraña que el carcelero te haya dejado pasar.

Critón.—Es ya conocido mío, con las veces que vengo aquí, y además me debe algún favor.

Sócrates.—¿Y llegas ahora o hace rato que llegaste?

Critón.—Hace ya buen rato.

Sócrates.—¿Cómo no me has despertado antes en lugar de estarte ahí sin decir nada?

Critón.—No, por Jove. Yo, en tan triste situación, no querría que me despertaran. Hace tiempo que estaba admirando la dulzura y tranquilidad de tu sueño, y no he querido despertarte, para dejarte que goces en paz de una calma tan profunda. Ya otras muchas veces durante tu vida te he admirado por tu carácter, pero mucho más ahora en medio de tu desgracia, reparando qué fácilmente y con qué mansedumbre la soportas.

Sócrates.—Es que sería impropio, mi buen Critón, que a mi edad me quejase de que haya de morir.

Critón.—Otros a tu edad se quejan, Sócrates, y se irritan contra su suerte cuando se encuentran así sin que se lo impida la vejez.

Sócrates.—Así será, Critón. Pero ¿qué es lo que te trae tan de mañana?

Critón.—Es que vengo a darte una triste noticia; triste, no para tí, por lo que veo, sino para todos tus amigos y más para mí. Una noticia abrumadora.

Sócrates.—¿Cuál? ¿Será que ha llegado de Delos la nave, a cuyo regreso he de morir?

Critón.—No, todavía no; pero parece que debe llegar hoy, según dicen algunas personas que vienen de Sunio y que la dejaron allí. Luego es indudable que llegará hoy, y mañana, Sócrates, será el último día de tu vida.

Sócrates.—Pues enhorabuena, Critón. Si tal es la voluntad de los dioses, cúmplase. Pero creo que habrá una demora de un día.

Critón.—¿En qué te fundas?

Sócrates.—Te diré. Yo debo morir al otro día del regreso de la nave.

Critón.—Así lo dicen las autoridades.

Sócrates.—Pues bien, no creo que llegue hoy sino mañana, y creo que mañana, por un sueño que he tenido esta noche, o más bien ahora mismo cuando afortunadamente me dejaste seguir durmiendo.

Critón.—¿Pues qué sueño ha sido?

Sócrates.—Pareciame que una bella mujer, esbelta y vestida de blanco, acercándose a mí, me llamaba diciéndome: "Dentro de tres días llegarás a la fértil Phtía."

Critón.—¡Qué sueño más extraño!

Sócrates.—Su sentido me parece clarísimo, Critón.

Critón.—Demasiado, sí. Pero, mi querido Sócrates, te lo vuelvo a decir: sigue mis consejos, y escápate; que si tú mueres no será una sola mi desgracia, sino que aparte de verme privado de un amigo tal como no encontraré otro jamás, las gentes, que no nos conocen bien ni a tí ni a mí, van a creer que pudiendo salvarte con un poco de dinero, no lo hice. ¿Y qué nota hay más vergonzosa para uno que la de ser tenido por hombre que estima más el dinero que la vida de un amigo? Porque la gente no podrá creer que eres tú quien no quiso salir de aquí a pesar de nuestras instancias.

Sócrates.—¿Y por qué, mi caro Critón, apurarse de ese modo por la opinión del vulgo? Las personas sensatas, que son las que más bien nos deben importar, juzgarán que todo pasó como es debido.

Critón.—Sin embargo, bien ves, Sócrates, que hay que cuidarse también de la opinión del vulgo. Lo que ahora está pasando, el que tengas que morir, muestra claramente hasta dónde puede llegar ese vulgo, el mal que puede hacer al hombre perseguido por la calumnia.

Sócrates.—¡Ojalá fuese capaz de hacer los mayores males, si en cambio pudiese, asimismo, hacer los mayores bienes! Sería una gran cosa, Critón. Mas no puede ni lo uno ni lo otro; porque no depende del vulgo el hacer a los hombres prudentes o insensatos. El vulgo obra al azar.

Critón.—Bien, sea. Pero dime, Sócrates: ¿es por nosotros por quien te apuras? ¿temes que si escapas de la cárcel nos delaten por haberte sacado de aquí y tengamos que perder toda la fortuna, o cuantiosas riquezas, o nos pase algo peor? Si es eso lo que temes, tranquilízate. Justo es que corramos este riesgo, si es necesario, u otro mayor, por salvarte. Conque hazme caso, Sócrates.

Sócrates.—Siento esos temores que me dices, sí, y otros muchos.

Critón.—Pues deséchalos: lo uno porque no es mucho el dinero que piden por sacarte de aquí, y lo otro porque a los delatores se les compra por poco. Mi fortuna está a tu disposición y creo que bastará. Además, si por consideración a mí, no quieres que sacrifique todo mi capital, hay extranjeros en Atenas que están dispuestos a sacrificar los suyos. Uno de ellos, el tebano Simmias, ha traído con esta intención, todo el dinero necesario. Cebes se halla también dispuesto y lo mismo otros muchos. De manera que, ya te digo, por ese temor no renuncies a salvarte, no te desanimes Cuanto a aquello que decías ante el tribunal de que no sabrías qué hacer de tu vida saliendo desterrado, no hagas caso. Dondequiera que vayas te querrán bien. Si quieres ir a Tesalia allí tengo yo amigos que sabrán apreciarte y que velarán por tí de modo que no tendrás nada que temer de parte de los tesalienses.

Además, Sócrates, no me parece bien en tí el que quieras entregarte tú mismo, cuando puedes hacer que nosotros te salvemos. Con eso secundas los propósitos de tus enemigos; conspiras con ellos por tu perdición. Me parece también que traicionas a tus propios hijos, que los abandonas a la suerte y a todas las desdichas de los huérfanos; cuando es así que pudieras criarlos y educarlos. Porque, una de dos, o no tener hijos, o criarlos y darles la educación debida, compartiendo su destino, pero tú me parece que eliges lo más cómodo. Y el que se precia de haber cultivado siempre la virtud tiene que elegir lo que eligiría un hombre de corazón y de ánimo. Así es que me da vergüenza por tí y por nosotros que somos tus amigos, temiendo no se vaya a creer que en todo este proceso ha habido de nuestro lado cierta cobardía: el haberse llevado la acusación al tribunal, cosa que hubiera podido evitarse, esto es lo primero; luego la misma manera de celebrarse el juicio; y ahora tu negativa a escaparte que constituye el desenlace ridículo del drama. Sí, temo que se nos acuse de debilidad y de cobardía, a nosotros por no haberte salvado y a tí por no haber consentido en ello, siendo tan fácil la fuga, a poco que hubiésemos querido ayudarnos unos y otros. Conque, medítalo bien, Sócrates, no ocurra que a la vez que una desgracia, sea también una deshonra para tí y para nosotros. Decídete; no hay tiempo de andar deliberando: mejor que tomar una resolución, es haberla tomado ya; y no hay otra que huir. Es preciso hacerlo todo a la noche. Después será imposible. Habremos dejado escapar la ocasión. Por cuanto hay. Sócrates, atiéndeme y haz lo que te digo.

Sócrates.—Laudable es tu celo, mi querido Critón, si va de acuerdo con la rectitud; pero si no, cuanto más ardiente será más enfadoso. Luego hay que examinar si eso que me propones debe

hacerse o si el deber me lo prohibe; porque no sólo ahora no cedo, pero ni nunca he cedido en lo que concierne a otra razón que la que, reflexionando, me pareció más justa. (*) Los principios que profesé toda mi vida no me es dado abandonarlos hoy porque mi situación haya cambiado; los sigo mirando con los mismos ojos, les sigo teniendo el mismo respeto y veneración que antes; y si no hay mejores, ten por seguro que no cederé ahora tocante a lo que me propones, aun cuando la multitud, para espantarme como a un niño, me presente imágenes aún más terribles que la confiscación, las cadenas y la muerte. ¿Cómo, pues, examinaremos esto lo mejor posible? Volviendo a lo que decíamos ahora poco sobre las opiniones y viendo si siempre, en toda ocasión, está bien dicho qué hay opiniones que debemos tomar en cuenta y otras que no nos deben importar; o si sólo estaba bien dicho esto antes de mi condena, mientras que ahora se ve que hablábamos así, hablar por hablar, por diversión. Lo que yo quiero examinar contigo, Critón, es si los principios que antes sustentábamos, cambian ahora que es otra mi situación, o si siguen siendo los mismos; si hemos de dejarlos o de ajustarnos a ellos. Me parece que hemos dicho muchas veces, y en serio, lo que yo decía hace un instante, a saber, que entre las opiniones de los hombres las hay que deben importarnos y otras que no merecen ninguna consideración. Critón, por todos los dioses, ¿no crees que eso está bien dicho? Y pues tú, según todas las apariencias humanas no corres riesgo de morir mañana, no turbará tu juicio el temor de una desgracia inminente. Por lo mismo, reflexiona; ¿no teníamos razón cuando decíamos que no hay que hacer caso de todas las opiniones, sino solamente de unas, las de ciertos hombres, pero no de las otras, de las de todo el mundo? ¿Qué dices? ¿No te parece esto justo?

Critón.—Muy justo.

Sócrates.—¿De manera que según esto, hay que respetar las buenas y despreciar las malas opiniones?

Critón.—Sí, cómo no.

Sócrates.—Pero las buenas ¿no son las de los hombres juiciosos? y las malas ¿no son las de los ignorantes?

Critón.—Innegablemente.

Sócrates.—¿Y en qué nos fundábamos entonces, Critón? Dime: el que se ejercita en la gimnasia y se dedica a ella seriamente, ¿hace caso de la opinión de un cualquiera, de sus elogios, de sus censuras o sólo se cuida de lo que diga el médico o el maestro de gimnástica?

(*) La idea de lo justo es la dominante de Platón en la mayor parte de sus diálogos, sobre todo en el Euthifrón, la Apología, el Critón, el Fedón, el Gorgias o triunfo de la justicia por la retórica, La República y Las Leyes. En el libro IV de La República, dice Sócrates que la justicia consiste en no apoderarse del bien ajeno y a la vez en no dejarse privar del propio a seguido desarrolla y generaliza este principio; vuelve a él sin cesar y en todas formas.

Critón.—Sólo le importa la opinión del médico o del gimnasta.

Sócrates.—Luego sólo debe temer la censura y buscar la alabanza de ambos, sin cuidarse de la muchedumbre.

Critón.—Claro.

Sócrates.—Consecuentemente deberá conducirse, ejercitarse, comer y beber según el consejo del hombre entendido, más bien que como opinan todos los demás.

Critón.—Cierto.

Sócrates.—Mas si desatiende al maestro en vez de escucharle sólo a él, si desdeña sus consejos y sus elogios para escuchar al vulgo que nada sabe, ¿no le ocurriría ningún mal?

Critón.—Sí.

Sócrates.—Pero ¿qué mal? ¿de qué índole? ¿cuáles serán sus consecuencias? ¿dónde atacará al hombre que así desobedece?

Critón.—En el cuerpo, evidentemente; en el cuerpo, que es el que se perjudica.

Sócrates.—Tienes razón. Y, por no ser prolijo, te diré que lo mismo sucede con todo lo demás, pero singularmente con lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo, el bien y el mal, que son ahora el tema de nuestra discusión. ¿Nos cumple temer y seguir la opinión de la multitud o es la opinión de aquel uno, si le hay que sea entendido, la que debemos respetar y temer más que todas las otras juntas? Si no la seguimos, corromperemos y dañaremos la parte de nuestro ser que se perfecciona mediante la justicia y perece mediante la injusticia. ¿O no habrá nada de eso?

Critón.—Sí, lo hay.

Sócrates.—Y si por seguir la opinión de los que no entienden degradamos la parte de nuestro ser que mejora con un régimen higiénico y desmejora con lo insalubre, ¿es posible que vivamos cuando esta parte se halla así corrompida? ¿es deseable la vida de ese modo? Y esta parte que digo es el cuerpo, ¿verdad?

Critón.—Sí.

Sócrates.—¿Y podrá sernos grata la vida con un cuerpo enfermo y lleno de podre?

Critón.—Ya lo creo que no.

Sócrates.—Y si hemos dejado corrompérsenos esa otra parte de nuestro ser que fortifica la justicia y que la injusticia daña, ¿entonces qué? ¿O es que consideramos menos noble que el cuerpo esa otra parte a la cual se refiere la justicia y la injusticia?

Critón.—De ningún modo.

Sócrates.—¿No es, por el contrario, la más valiosa?

Critón.—Mucho más.

Sócrates.—De consiguiente, mi caro amigo, no hay que apurarse por lo que haya de decir de nosotros la multitud, sino que lo

único que nos importa debe ser lo que diga aquel que conoce lo justo y lo injusto; y tal juez no es otro que la verdad. Ya ves que, por de pronto, no tenías razón cuando asegurabas que hay que cuidarse de la opinión de la multitud sobre lo justo, lo bello, el bien y sus contrarios. Pero, bueno—se me dirá tal vez—la multitud puede condenarnos a muerte.

Critón.—Seguro que se te dirá eso, Sócrates.

Sócrates.—Y con motivo. Pero, Critón, eso no quita nada a nuestro razonamiento. La multitud puede condenarnos; ¿y qué? Di: el principio de que lo que importa no es el vivir sino el vivir bien ¿subsiste o ha cambiado?

Critón.—Subsiste.

Sócrates.—¿Y el de que vivir bien no es otra cosa que vivir con arreglo a la probidad y a la justicia?

Critón.—Subsiste asimismo.

Sócrates.—Luego, según esto, lo que hay que examinar ahora es si con arreglo a la justicia cabe que intente yo salir de aquí sin el consentimiento de los atenienses. Caso de que sí, intentémoslo; de lo contrario, desistamos de ello. Por lo que hace a esas consideraciones de dinero que gastar, fama que perder e hijos que educar, resguárdate, Critón, que así es precisamente como razona esa multitud insensata que condena de ligero a un hombre a muerte y que de seguida, con la misma ligereza, devolveríale la vida, si pudiera. No; nosotros no podemos, en razón considerar otra cosa que lo que ahora decíamos, a saber: si pagando con dinero el servicio que recibamos haremos una acción justa si ellos, los carceleros, sacándome de aquí, y yo consintiéndolo obraremos justamente; o si al obrar así cometeremos una injusticia todos. Es lo único que hay que tener en cuenta; y si resulta lo último, que no somos justos obrando así, no hay que discutir si quiera, sino que hay que esperar la muerte con tranquilidad y sufrirlo todo primero que cometer injusticia ninguna.

Critón.—No te falta razón, creo. Conque mira lo que hemos de hacer.

Sócrates.—Examinémoslo juntos, mi querido amigo; y caso de que tengas alguna objeción que oponerme, expón tus razones; que he de ceder a ellas si las creo buenas; pero, de otro modo, cesa de repetirme a cada paso que debo salir de aquí contra la voluntad de los atenienses. Tengo en mucho el que me persuadas a hacerlo. Mira, pues, si el principio en que me fundo se encuentra suficientemente demostrado y procura responder a mis preguntas con la mayor sinceridad.

Critón.—Lo procuraré.

Sócrates.—¿No decimos que nunca hay que cometer deliberadamente una injusticia? ¿O lo que decimos es que en ciertas cir

cunstancias sí está permitido cometerla, y en ciertas otras no? Di, Critón: ¿aquello de que jamás es bueno ni honesto cometerla, en que convenímos antes de ahora, es verdad hoy? ¿o porque han pasado unos cuantos días ya no queda nada de este acuerdo de ideas que nos unió antes? ¿Será posible, Critón, que a nuestra edad, sin darnos cuenta de ello, nuestras pláticas más graves no hayan sido más que niñerías? ¿Será posible que no haya nada de lo que decíamos entonces? Que el vulgo lo reconozca o no, que la fatalidad nos reserve una suerte más rigurosa o más benigna, di: ¿no sigue siendo tan verdad que en todo caso la injusticia es para quien la comete un mal y un oprobio? ¿Admitirás o negarás este principio?

Critón.—Lo admito.

Sócrates.—Luego de ningún modo se debe hacer una injusticia

Critón.—De ningún modo.

Sócrates.—Ni tampoco volver injusticia por injusticia, como cree el vulgo, pues aunque a uno se la hagan no hay que hacerla

Critón.—Evidentemente.

Sócrates.—¿Y es lícito o no el hacer mal a alguno, Critón?

Critón.—Ya lo creo que no.

Sócrates.—¿Pero, es cosa justa devolver mal por mal como asegura el vulgo?

Critón.—Injusta.

Sócrates.—Sí. Porque no hay diferencia entre hacer mal a alguno y ser injusto.

Critón.—Cierto.

Sócrates.—Luego no se debe volver injusticia por injusticia, ni hacer mal a nadie, sea cual fuere el mal que nos haya hecho. Pero ten mucha cuenta aquí, Critón: al concederme esto, no vayas contra tu propia opinión; porque bien sé que pocas personas lo admiten. Es imposible que entre los que lo admiten y los que no, haya comunidad de ideas, antes tendrán que despreciarse mutuamente, viendo lo opuestas que son. Conque reflexiona bien sobre este punto; mira si estás conmigo o no. Comencemos, pues, la discusión partiendo del principio de que nunca se debe ser injusto, ni devolver injusticia por injusticia, ni vengarse de un mal con otro mal. ¿O te separas en esto de mí y niegas la verdad de tal principio? Por mi parte hace mucho que lo adopté y sigo creyendo en él. Pero si eres de otro parecer, dilo, y dame tus razones. O, si por el contrario, persistes en las mismas ideas que antes, óyeme lo que se infiere de ellas.

Critón.—Persevero en las mismas ideas y sigo pensando como tú. Conque, habla.

Sócrates.—Te diré, pues, las consecuencias que dimanan de

dicho principio. O, mejor, responde: ¿Una persona que ha contraído un compromiso justo debe cumplirlo o faltar a él?

Critón.—Debe cumplirlo.

Sócrates.—Sentado esto, examina ahora esto otro: Saliendo de aquí sin consentimiento de la República, ¿haremos mal a alguno, y precisamente a quien menos debemos hacerlo, o no? ¿Permanecemos fieles, sí o no, a los justos compromisos que hemos contraído?

Critón.—No acierto a responder a esa pregunta, porque no la comprendo.

Sócrates.—A ver si la comprendes de esta otra manera, Critón; si estando nosotros para fugarnos o para salir de aquí, como quieras decirlo, viniesen las Leyes y el Estado y presentándose delante de nosotros nos dijeran: —"¿Qué vas a hacer tú, Sócrates? La acción que intentas no tiene otro fin que el de destruirnos, en lo que está de tu parte, a nosotras que somos las Leyes y con nosotras a toda la República. ¿O crees que subsista el Estado y no caiga por su base cuando las sentencias que se dan no tienen fuerza alguna y son violadas y anuladas por simples particulares?" Dime, Critón, lo que responderías a éste y otros parecidos reproches. Porque habría mucho que decirnos, sobre todo si es un abogado el que habla, tocante a esta infracción de la ley que ordena que las sentencias tengan toda su sanción. ¿O responderíamos a las Leyes que la República ha sido injusta con nosotros y no ha sentenciado bien? ¿Esto es lo que responderíamos?

Critón.—Eso, y nada más que eso, Sócrates.

Sócrates.—"¡Cómo, Sócrates!—replicarían las Leyes—¿en eso habíamos quedado contigo? ¿no habíamos convenido en que las sentencias dictadas por la República serían ejecutadas?" Y si nos sorprendiésemos de oírlas hablar así, tal vez nos dirían: "No te extrañes, Sócrates, antes respóndenos, ya que siempre andas preguntando y respondiendo. Ea, di: ¿qué quejas tienes contra nosotras y contra la República, que así intentas derrocarnos? En primer lugar ¿no somos nosotras las que te dimos vida? ¿no somos nosotras las que hemos regido la unión de tu padre y de tu madre como también tu nacimiento? (*) Di; ¿tienes que quejarte de aquellas de nosotras que regulan los matrimonios; las encuentras malas?"

Critón.—No, en verdad—diría yo.

Sócrates.—"¿O te quejarás de aquellas otras que atañen a la crianza del hijo y a la educación que recibiste? Las que fueron establecidas para tal objeto, no eran buenas cuando ordenaban

---

(*) En Atenas había una ley que ordenaba casarse a todo ciudadano.

a tu padre que te educase en los ejercicios de la gimnasia y de la música?" (*)

Critón.—Muy buenas,—respondería yo.

Sócrates.—"Entonces, pues que a nosotras nos debes tu nacimiento, tu crianza y tu educación, ¿negarás que eres hijo nuestro, y aun esclavo, tú y tus mayores? Y siendo así, ¿crees por ventura que tienes los mismos derechos que nosotras, de modo que sea en ti justo intentar contra nosotras lo que nosotras podamos intentar en contra tuya? Pues qué; ¿conque no tienes el mismo derecho respecto a tu padre, ni respecto a tu señor, si te tocó tener alguno, de tal manera que no te es lícito devolverles mal por mal, ni injuria por injuria, ni golpe por golpe, ni otras muchas cosas a ese tenor; y te va a ser lícito respecto a la patria y a las leyes, de manera que si pronunciamos tu sentencia de muerte, creyéndola justa, intentas a tu vez matarnos, a nosotras las Leyes, y a la Patria con nosotras, en cuanto esté de tu parte, y dirás que obrando así estás en tu derecho, tú el que te consagras del culto de la Virtud y la Justicia? ¿a tan poco llega tu sabiduría que ignoras que la Patria es más veneranda, más augusta y más santa y en mayor consideración tenida entre los dioses y los hombres sensatos, que la madre, el padre y todos los abuelos? ¿que hay que tener para con la patria, así esté irritada, más respeto, más sumisión y consideraciones que para con un padre? ¿que se la debe apaciguar por la persuasión o sufrir sin murmurar lo que ella ordena, ya nos condene a azotes o a prisiones, ya nos envíe a la guerra a ser muertos o heridos? ¿que nos cumple obedecerla siempre, que es de justicia obedecerla, que nunca jamás hay que cejar, ni huír, ni abandonar el puesto? ¿que allá en los combates, como acá en los tribunales, siempre dondequiera se debe hacer lo que la Patria y el Estado mandan o emplear los medios de persuasión debidos? ¿que, en fin, que si es una impiedad cometer violencia con el padre de uno o con la madre, impiedad mucho mayor aún es cometer violencia contra la patria?" —¿Qué responderíamos a esto, Critón? ¿Reconoceríamos que las leyes decían verdad, o no?

Critón.—Me parece que sí.

Sócrates.—"Considera, pues—añadirían las Leyes—que si decimos la verdad, como tú reconoces, lo que intentas contra nosotras no es justo. Porque no sólo te hemos dado la vida, te hemos alimentado y educado, te hemos hecho compartir, a ti y a los demás ciudadanos, aquellos bienes que podemos, sino que además, declaramos que cualquier ateniense que después de haber sido

(*) La música comprendía el estudio de las letras, de las ciencias y de las artes: la gimnástica no se ocupaba sino en lo tocante a ejercicios del cuerpo.

inscrito en la clase de los efebos y de haber visto cómo funciona la República y de habernos visto a nosotras las Leyes, quiera irse, libre es de hacerlo, y tiene derecho, si no le gustamos, a emigrar con sus bienes dondequiera. Ninguna de nosotras las Leyes impide que si alguno quiere ir a una colonia, porque no le agradamos ni nosotras ni la República, o hasta si quiere irse a establecer en tierra extraña, lo haga de seguida. Pero aquel que se quede aquí después de saber cómo administramos justicia y regimos los negocios de la ciudad, de ese decimos que con sólo el hecho de quedarse, se ha comprometido a hacer cuanto le ordenamos; y si no obedece le declaramos tres veces culpable: lo uno porque nos desobedece, a nosotras que le dimos el ser; lo otro porque nos desobedece. a nosotras que le dimos la educación; y luego, porque habiendo contraído la obligación de sernos sumiso, no quiere ni obedecer ni persuadirnos, si hacemos algo que no esté bien. Mientras nosotras le proponemos a buenas, no como orden tiránica, que haga lo que le ordenamos, permitiéndole una de dos cosas, o que nos persuada o que nos obedezca, él ni nos persuade ni menos nos obedece.

"He ahí, Sócrates, los delitos en que vas a incurrir si ejecutas tu propósito; y tu incurrirás en ellos más que ningún otro ateniense."

Y si yo dijese; ¿pues por qué así? ¿por qué más?—ellas me responderían: "Sócrates, tú nos has dado grandes pruebas de que te agradamos; pues no hubieras vivido siempre en la ciudad, a diferencia de los demás atenienses, si no te hubiese sido singularmente grata; y no saliste jamás de la ciudad, ni para ir a las solemnidades de Grecia, como no sea una sola vez a los juegos del Istmo, (*) ni a ninguna otra parte, sino para la guerra, ni hiciste jamás ningún viaje como suelen otros, ni se apoderó de ti el deseo de conocer otras ciudades y otras leyes, sino que te bastó con nosotras y nuestra ciudad; y de tal manera nos preferías y te avenías a vivir bajo nuestro régimen que, entre otras cosas, quisiste ser padre de familia aquí, prueba evidente de que la ciudad te agradaba. Sobre que, aún en tu proceso, Sócrates, hubieras podido hacerte condenar al destierro, si lo hubieses querido, haciendo así con nuestra venia lo que intentas ahora pese a nosotras. Entonces te jactabas de no temer la muerte y de preferirla a la expatriación. Y ahora sin consideración a estas bellas palabras, sin respeto a nosotras las Leyes, meditas nuestra ruina, haces lo que el más vil esclavo, vas a huír, Sócrates, contra los pactos y compromisos que habías contraído de vivir bajo nuestro régimen. Por-

(*) En el istmo de Corintio es donde se celebraban los juegos ístmicos, en honor de Neptuno.

que, ante todo, responde: ¿decimos o no verdad cuando asegura-mos que has convenido, no de palabra, sino de hecho, en someterte a nosotras?" ¿Qué contestar a esto, Critón? ¿Hay otra cosa que confesarlo?

Critón.—De veras, es preciso confesarlo.

Sócrates.—"¿Y no violas los pactos y compromisos que te ligan a nosotras?—seguirían diciendo.—Sí, los violas. Y sin embargo, no los habías contraído ni por presión ni por sorpresa, ni por engaño, ni porque no tuvieras el tiempo de pensar sino que has tenido, para pensar en ello, setenta años, durante los cuales te dábamos el derecho de ausentarte si no estabas satisfecho de nosotras y si nuestros pactos no te parecían justos. Pero tú no has salido de aquí, no has preferido a Lacedemonia (*) y ni a Creta, que tanto las elogias por su gobierno, ni a ninguna otra ciudad griega o extranjera, sino que te has ausentado de Atenas menos aún que los cojos, ciegos y demás inválidos; prueba clara de que sentías más cariño que los demás atenienses por esta ciudad y por nosotras las Leyes: ¿pues cabe amar una ciudad sin amar las leyes de ella? ¿Y habías de ser ahora infiel a tus compromisos? No, Sócrates, no; haznos caso y no te expondrás al ridículo saliendo de Atenas.

"Considera, además, ¿qué vas a ganar tú ni qué van a ganar tus amigos, con que seas infiel a tus compromisos; qué, Sócrates? Porque es casi seguro que tus amigos serán desterrados, se verán privados de su patria, o perderán todos sus bienes; y tú si te refugias en alguna ciudad vecina, en Tebas o en Megara, que están regidas por buenas leyes, serás recibido como un enemigo del régimen; todos aquellos que sientan apego a su país verán en ti un hombre sospechoso, un corruptor de las leyes y tú mismo confirmarás la opinión de que tus jueces te condenaron justamente: que todo corruptor de las leyes pasará también por corruptor de jóvenes y de gentes sencillas. ¿Y huirás de las ciudades mejor gobernadas y del trato de los hombres más virtuosos? Pero, dinos: ¿merece entonces la pena de vivir? O si te acercas a ellos, ¿qué palabras les dirás. ¿Tendrás el cinismo de repetirles lo que sueles ahora, de que el hombre debe amar por encima de todo la virtud, la justicia, las leyes, la obediencia a las leyes? ¿No crees que han de hallar vergonzosa la conducta de Sócrates? Pues fuerza es que lo creas. Pero bien; te irás lejos de estas ciudades bien regidas y llegarás a Tesalia, a casa de los amigos de Critón. Y allí sí; allí reinan el desorden y la licencia, y tal vez te oigan con gusto referir la manera chusca cómo te fugaste envuelto en un manto, cubierto

(*) Tanto en La República, libro VIII, como en el Primer Alcibíades, el Minos y el libro primero de Las Leyes, Sócrates, en Platón, hace gran elogio del gobierno y las leyes de Creta y Lacedemonia.

con alguna piel de chivo, disfrazado, en fin, según van todos los fugitivos, sin que nadie pudiera conocerte. ¿No habrá ninguno que se extrañe de que a tu edad, quedándote tan poco tiempo de vivir, hayas tenido el valor de transgredir las leyes más santas por conservar una existencia tan mísera? Posible es que no, si no ofendes a nadie; porque de otro modo, habrás de oír no pocas frases humillantes e indignas de tí, Sócrates. Vivirás reducido a sobajarte, a captarte la benevolencia de todos con halagos y vilezas. ¿Y qué harás allí en Tesalia no siendo andar en busca de festines, como si no hubieras ido a otra cosa que a una cena? Y todos tus discursos sobre la justicia y sobre las demás virtudes, ¿en qué quedarán? Pero tus hijos, dices que por tus hijos quieres vivir para criarlos y educarlos. ¿Y cómo es eso? ¿los llevarás a Tesalia (*) a educarlos? ¿los harás extranjeros encima, para que te deban este otro favor? ¿O no harás esto, sino que los dejarás en Atenas, lejos de tí y así, aun cuando no estés con ellos, se criarán y educarán mejor? Tus amigos se cuidarán de ello; cierto. Pero ¿qué necesidad tienes de irte a Tesalia desterrado para que los amigos se cuiden de la educación de tus hijos? ¿Es que si vas al Orco los han de abandonar? No, Sócrates, si los que se dicen tus amigos valen algo, y es de creer que valen.

"Conque sigue los consejos de nosotras a quienes debes la existencia; no hagas más aprecio ni de tus hijos, ni de tu vida, ni de cosa del mundo, que de la Justicia, para que allá cuando llegues al otro mundo puedas alegarlo en tu defensa ante los jueces que allí juzgan. Porque si haces lo que te proponen, huír, no tornas mejor tu causa, ni más justa ni más santa, así para tí como para los tuyos, aquí ni en el otro mundo que te espera. Mientras que si mueres ahora, mueres víctima de la injusticia, que no de las Leyes; mueres víctima de los hombres. Mas si te fugas, cometiendo injusticia a tu vez y de un modo tan vergonzoso, volviendo mal por mal, violando tus convenios con nosotras, maltratando a aquellos a quien debes mayores miramientos, a tí mismo, a tus amigos, a tu patria, a nosotras las Leyes, si tal haces, entonces te perseguiremos mientras vivas con toda nuestra enemistad, y después de tu muerte nuestras hermanas las leyes de la otra vida no te acogerán bien, sabiendo que hiciste cuanto estuvo de tu parte por derrocarnos. Conque, Sócrates, no sigas los consejos de Critón, sino los nuestros."

Tales son, sábelo mi querido amigo, las palabras que creo oír, como los Coribantes creen oír las flautas sacras de los místicos, y que resuenan dentro de mi alma de manera que soy insensible a

---

(*) La Tesalia era un país en que reinaban la licencia y el libertinaje; así es que Jenofonte nota que fué allí donde Critias se perdió.

otras voces. Está seguro que cuanto dijeres para combatirlas será inútil; al menos esa es mi convicción. Ahora, sin embargo, si piensas que has de adelantar algo, habla.

Critón.—No; nada tengo que decir, verdaderamente.

Sócrates.—Dejemos, pues, esta cuestión, querido amigo, y sigamos el camino por donde Dios nos guía.

LA INJUSTICIA DE LAS CONDICIONES SOCIALES

POR HENRY GEORGE

ESTA *en la naturaleza de las cosas que unos han de ser pobres y otros ricos.* Esta consoladora teoría, acompañada por la no menos errónea de que "la grande y constante desigualdad en la distribución de la riqueza no implica defecto en nuestras instituciones," penetra en nuestra literatura y se enseña en la prensa, en la iglesia y en la escuela.

Este es, se nos dice, un país libre; cada hombre posee un voto y una ventura. El hijo del labriego puede llegar a ser presidente; pobres niños de hoy, pueden llegar a ser millonarios de aquí a treinta o cuarenta años, y los nietos de los millonarios serán pobres probablemente. ¿Qué más puede pedirse? Si un hombre tiene energía, iniciativa, prudencia y previsión, puede abrirse camino hacia la gran riqueza. Si carece de la habilidad necesaria para ganarla, no debe lamentarse de que otros la tengan. Si algunos disfrutan mucho y hacen poco, es porque ellos mismos o sus padres gozaban de las superiores cualidades que les permitieron *hacerse propietarios* o *reunir dinero.* Si otros tienen que trabajar mucho para ganar poco, es porque no han sabido llegar a la meta, porque son ignorantes, faltos de ingenio, incapaces de practicar las necesarias economías para la primera acumulación de capital o porque sus padres tenían estos mismos defectos. Las desigualdades de condición resultan de las desigualdades de la naturaleza humana, de las diferencias de las capacidades y facultades de los individuos. Si el uno tiene que afanarse durante diez o doce horas al día por unas cuantas centenas de pesos al año, mientras el otro, haciendo poco o ningún trabajo costoso, percibe una renta de varios miles, es porque todo con lo que el primero contribuye al aumento de la riqueza común es poco más de lo que da la fuerza de sus músculos.

Puede pretender poco más que el animal, porque apenas pone en juego algunas facultades más que las de éste. No es más que un soldado raso en las filas del gran ejército de la industria, que ha de marchar o permanecer firme, según se le manda. El otro es el organizador, el general, què guía y maneja la gran máquina completa, que tiene que pensar, concertar y proveer, y sus grandes

remuneraciones son únicamente proporcionadas al compararlas con las más altas y arduas potestades que ejerce y con la mucha mayor importancia de las funciones que desempeña. ¿No ha de tener la educación su premio y la habilidad su pago? ¿Qué incentivo habría entonces en aprender bien cualquier cosa, si no fuera por los diplomas que puedan obtener los que se distinguen? No sería solamente una gran injusticia negar más a un Rubens o a un Rafael que a un pintor de brocha, sino que sería tanto como impedir el adelanto y la existencia de grandes pintores. Destruir la desigualdad de condición equivaldría a destruir el incentivo del progreso. Oponerse a ella es oponernos a las leyes de la naturaleza. Lo mismo podríamos oponernos a la duración del día o a las fases de la luna; quejarnos de que haya valles y montañas, zonas de calor tropical y regiones de nieves eternas. Y si pudiéramos por medio de medidas violentas dividir con igualdad la riqueza, no realizaríamos más que un daño; al poco tiempo volverían a ser las desigualdades tan grandes como antes.

Esta es, en substancia, la doctrina que constantemente oímos, y que aceptan, unos porque halaga su vanidad, porque concuerda con sus intereses o porque agrada a sus esperanzas, y otros porque con ella tienen aturdidos sus oídos. Como todas las falsas teorías que han adquirido vasta aceptación, contienen éstas mucha verdad. Pero verdad aislada de otra verdad o ligada con falsedad. Tratar de extraer el agua de un barco que tenga un agujero en el fondo, sería vano; pero esto no quiere decir que no pueda cerrarse la vía de agua y entonces dejarlo seco. Es innegable que bajo las presentes circunstancias, las desigualdades en la fortuna tenderían a reaparecer por sí mismas y a afirmarse de nuevo, aun siendo arbitrariamente niveladas por un momento; pero esto no prueba que las condiciones de las cuales esas tendencias de desigualdad provienen, no puedan ser modificadas. Ni porque existan diferencias entre las cualidades y facultades humanas, puede seguirse que las desigualdades de fortuna existentes queden justificadas o respondan a aquellas diferencias. He visto cajistas compositores muy rápidos y otros muy lentos, pero el más ágil de los que vi no podría colocar el doble de tipos que el más pausado, y dudo que en las demás profesiones sean mayores las diferencias. Entre personas normales, la diferencia de un sexto o un séptimo es una gran diferencia en la estatura: el más alto gigante que se ha conocido tenía escasamente cuatro veces la altura del más pequeño enano conocido también, y dudo que algún buen observador pueda decir si las diferencias mentales entre los hombres son más notables que las físicas. No obstante tenemos hombres cientos de millones de veces más ricos que otros.

El que produce debe poseer, el que economiza debe disfrutar;

este principio está de acuerdo con la razón humana y con el orden natural. Pero las desigualdades de fortuna existentes no pueden justificarse en este terreno. En materia de hechos, ¿cuántas grandes fortunas pueden decirse leal y honradamente ganadas? ¿Cuántas de entre ellas representan riquezas producidas por sus poseedores o por aquellos de quienes deriva su actual posesión? ¿No entró en la formación de esas fortunas algo más que la alta iniciativa y la habilidad? Estas cualidades producen el primer impulso, pero cuando las fortunas empiezan a rodar hacia los millones, se encontrará siempre algún elemento de monopolio o alguna apropiación de riqueza producida por otros. Frecuentemente hay en ellas una ausencia absoluta de alta iniciativa, habilidad o abnegación de sí mismo y, si de cerca se las mira, de gran escrupulosidad.

Recientemente ha muerto en San Francisco un conocido mío, dejando 8.000,000 de pesos que irán a parar a herederos residentes en Inglaterra. He conocido muchos hombres más industriosos, más listos, más sobrios que él; hombres que no dejaron o que no dejarán un céntimo. Este no ganó su fortuna por su industria, por su perspicacia o por su sobriedad. No la creó ni más ni menos que aquellos dichosos parientes de Inglaterra que ahora podrán vivir sin hacer nada hasta el fin de sus días. Se hizo rico por la adquisición de unos terrenos en los primeros tiempos, los cuales ascendieron a un valor inmenso al extenderse la ciudad. Su riqueza no representaba, pues, lo que él hubiese ganado, sino lo que el monopolio de aquel pedazo de la superficie terrestre le había permitido apropiarse de las ganancias de los demás.

El otro día murió un hombre en Pittsburg, dejando 6.000.000 de pesos. Puede o no haber sido particularmente industrioso, listo y económico, pero no fué por virtud de estas cualidades por lo que llegó a ser tan rico. Fué porque en Washington ayudó a hacer pasar un proyecto de ley que, so pretexto de "proteger a los obreros norteamericanos contra el mezquino trabajo de Europa," le dió la ventaja de la tarifa al 60 por 100. Hasta el día de su muerte fué un decidido proteccionista, y aseguraba que el libre cambio arruinaría nuestras "nacientes industrias." Es evidente que los 6,000.000 de pesos que consiguió ahorrar en su propia "industria naciente" no representaban lo que él había añadido a la producción. Era, por el contrario, lo que la ventaja obtenida por la tarifa le había permitido apropiarse de los bienes y beneficios de otros.

Estos elementos del monopolio, de la apropiación y de la expoliación, serán cuando vengamos a analizarlos, la explicación de todas las grandes fortunas.

Hay dos clases de individuos que razonan siempre como si las fortunas resultasen de la fuerza del aumento debido al capi-

tal: los que declaran que el sistema social presente es perfecto, y los que denuncian el capital e insisten en la abolición de los intereses. El capitalista típico de una de estas dos series, es el que economizando sobre sus beneficios dedica el remanente a ayudar la producción y se hace rico por el natural aumento de su capital. La otra serie calcula lo que un peso colocado al seis por ciento e interés compuesto produce en cien años, y dice que debemos abolir los intereses si queremos evitar el desarrollo de las grandes fortunas.

Pero considero difícil poder citar como ejemplo cualquier gran fortuna debida realmente al legítimo aumento del capital obtenido por la industria.

La gran fortuna del duque de Westminster, el hombre más rico entre los ricos de Inglaterra, es el resultado de la apropiación únicamente. No proviene de ganancias obtenidas por el duque actual ni por ninguno de sus antecesores, como tampoco de ellas provienen las grandes fortunas otorgadas por los monarcas rusos a sus favoritos, al reconocerles propiedad sobre millares de súbditos rusos que les daban como siervos. Un rey de Inglaterra, muerto ha mucho tiempo, concedió a uno de los antepasados del actual duque de Westminster una extensión de terreno, sobre la cual se levanta hoy una gran parte de la ciudad de Londres, es decir, le dió el privilegio, reconocido aún por el estúpido pueblo inglés, que permite al citado duque una parte de las ganancias de tantos miles de ingleses de la presente generación.

De igual modo también, las grandes fortunas de los cerveceros y destiladores ingleses han sido edificadas en su mayor parte por la operación de sisar sobre los paternales monopolios y la concentración de los negocios.

O volviendo de nuevo a los Estados Unidos, tomad como ejemplo la fortuna de los Astor. En su mayor parte representa, como las rentas del duque de Westminster y de otros potentados ingleses, una apropiación semejante de las ganancias de los demás. El primer Astor hizo un convenio con cierta gente de su tiempo, por virtud del cual sus hijos tienen derecho ahora a tasar a los hijos de otros, a exigir una gran parte de sus beneficios a muchos miles de individuos de la actual población de Nueva York. Su principal elemento no es ni la producción ni el ahorro. No hay sér humano que pueda producir o atesorar tierra. Aunque todos los Astor hubieran permanecido en Alemania, o aunque nunca hubiese existido ningún Astor, la tierra de la isla Manhattan estaría aquí lo mismo.

Tomad la gran fortuna de Vanderbilt. El primer Vanderbilt era un banquero que ganó y reunió sus primeras economías a fuerza de rudo trabajo. Pero no fué el trabajo ni la economía lo

que le permitió dejar tan colosal fortuna. Fué la expoliación y el monopolio. Tan pronto tuvo dinero bastante, lo utilizó como una maza para arrebatar a los demás sus beneficios. Impulsó líneas de concurrencia y monopolizó servicios de vapores. Luego emprendió la misma táctica con los ferrocarriles. La fortuna de los Vanderbilt no proviene, pues, de la economía y el trabajo.

Tomad, si no, la asombrosa fortuna de Gould. Mr. Gould puede haber adquirido su primer impulso por una superior iniciativa y gran abnegación. Pero no es eso lo que lo ha hecho dueño de cien millones. Fué haciendo quebrar ferrocarriles, comprando jueces, corrompiendo legisladores, formando círculos y combinaciones para elevar o depreciar valores y tarifas de transportes.

Ved las fortunas creadas por medio de prósperas patentes. Así como en muchas fortunas el primer elemento ha sido el aumento de valor de las tierras, así en éstas lo ha sido el monopolio puro y simple. Y aún cuando no discuto ahora la ventaja de las leyes sobre las patentes, puede observarse de paso que, en la gran mayoría de los casos, los hombres que hacen su fortuna con patentes no son los mismos que han hecho los inventos.

Entre todas las grandes fortunas, y en realidad entre casi todas las adquisiciones que en nuestros tiempos pueden legítimamente calificarse de fortunas, discurren esos elementos de monopolio, expoliación y azar. El jefe de una de las más importantes casas manufactureras de los Estados Unidos me decía recientemente: "No es con nuestros negocios ordinarios con lo que ganamos el dinero; lo ganamos cuando podemos obtener un monopolio." Y esto es lo cierto en la generalidad de los casos, según yo creo.

Considerad la importantísima parte que en la creación de las fortunas ha tenido y sigue teniendo el aumento del valor del terreno en los Estados Unidos. Esto, por supuesto, no es más que un monopolio puro y simple. Cuando el terreno aumenta en valor, no significa que su dueño haya añadido nada a la riqueza general. El dueño puede no haber visto nunca el terreno ni haber hecho nada para mejorarlo. Puede, y aun esto ocurre a menudo, vivir en una capital muy distante, o en un país extranjero. El aumento del valor de la tierra indica únicamente que sus propietarios, por virtud de su apropiación de una cosa que existía antes que el mismo hombre, tienen la facultad de apoderarse de una parte importante de la riqueza producida por el trabajo de otros individuos.

Considerad cuánto han hecho los monopolios creados y las ventajas concedidas a gente sin escrúpulos por las tarifas y por nuestro sistema de tasación interior; cuánto han hecho el ferrocarril, el telégrafo, el gas, el agua y otros monopolios semejantes en la concentración de la riqueza, y las tarifas especiales, el agio-

taje sobre regadíos, el juego, el destructivo empleo de la riqueza en el estímulo o la compra de una oposición que al fin paga el público, y otras muchas cosas que éstas sugieren; consideradlo, y al final resultará que la desigual distribución de la riqueza es en gran parte debida a pura expoliación; que la razón por la cual los que trabajan penosamente ganan tan poco, mientras que tantos que trabajan poco ganan mucho, es en gran medida que los beneficios de una de las clases son de una manera o de otra, estafados con más o menos sutileza para hinchar las ganancias de la otra.

Este estado de cosas, que pretende ser más correcto porque haya individuos que constantemente se abren camino desde las filas de los que obtienen poco en sus ganancias a las de los que obtienen mucho, sería como el caso de que los marinos mercantes se hicieran piratas de continuo y participando en los beneficios de la piratería, quisiesen probar que ésta es legal y que nada debiera hacerse para suprimirla.

No estoy delatando al rico, ni tratando, al hablar de estas cosas, de excitar la envidia ni el odio, pero si deseamos obtener un claro conocimiento de los problemas sociales, tenemos que reconocer el hecho de que los monopolios que permitimos y creamos, las ventajas que damos a un hombre sobre otro, los métodos de extorsión sancionados por la ley y por la opinión pública, son las causas a que se debe que algunos individuos hayan llegado a hacerse tan inmensamente ricos mientras otros permanecen miserablemente pobres. Si miramos a nuestro alrededor y observamos los elementos de monopolio, extorsión y expoliación que contribuyen a elevar todas o casi todas las fortunas, vemos cuán poco francos e ingenuos son aquellos que nos predican que nada hay de injusto o de erróneo en las relaciones sociales, y que las desigualdades en el reparto de las riquezas proceden de las desigualdades de la naturaleza humana, y también cuán aturdidos son los que hablan del capital como si fuese un enemigo público y proponen planes para restringir arbitrariamente la adquisición de la riqueza. Podemos dejar que cada uno llegue libremente a ser todo lo rico que pueda, si no despoja a los demás al enriquecerse.

MEXICO Y PÉREZ GALDÓS

POR JOSE JUAN TABLADA

SE recomienda la lectura de todas las novelas y dramas de Galdós, porque Galdós es el génio de nuestra raza en los últimos tiempos; porque sus obras están inspiradas en un amplio y generoso concepto de la vida, y porque en ellas se descubre un motivo que no está en la tragedia griega, ni en ninguna otra literatura: la bondad del corazón como una forma de lo sublime, como un sacrificio en que se aniquila el sujeto; pero derramando sobre el mundo raudales de gracia vivificadora y fortificante."

Estas son las razones que tuvo la Universidad Nacional de México, para recomendar la lectura de las obras de Pérez Galdós. A esas consideraciones de vasto alcance moral y estético, se unen otras que deben inspirar a todo mexicano una especial simpatía por el gran novelista.

Galdós se manifestó siempre como un alto apreciador de las virtudes mexicanas y así lo manifiestan los siguientes párrafos que desglosamos de sus obras:

El Charro Mexicano. "Era diestro y seguro jinete, de esa escuela mexicana, única que parece fundir en una sola pieza el corcel y el hombre."

Las figuras de tecali..... "variedad grande de objetos fabricados con ese jaspe mexicano que, por la viveza de sus colores y la transparencia de sus vetas no tiene igual en el mundo. Eran jarroncillos y pisapapeles, la mayor parte de estos imitando frutas, siendo en algunas piezas casi perfecto el engaño de la piedra haciéndose pasar por vegetal."

Las figuras de trapo y cera. "Dentro de lujosa vitrina había una linda colección de figurillas mejicanas, tipos populares expresados con verdad y gracia admirable en cera y trapo. Nada existe más bonito que estas creaciones de un arte no aprendido, en el cual la imitación de la Naturaleza llega a extremos increíbles demostrando la aptitud observadora del indio y la habilidad de sus dedos para dar espíritu a la forma.

Sólo en el arte japonés encontramos algo de valor semejante a la paciencia y gusto de los escultores aztecas."

UNA CARTA DE GABRIELA MISTRAL

A JOSE VASCONCELOS

Mi respetado Rector i compañero:

He recibido su Revista *El Maestro*, i quiero i debo felicitarlo por ella, útil, sencilla i sana de la primera a la última página.

He de confesarle que tengo la antipatía de las publicaciones pedagójicas. Son generalmente una mezcla de estadística i de artículos de un tecnicismo árido i torpe; son revistas que parecen escritas exprofeso para no ser leídas por nadie, fuera de unos cuantos eruditos pacienzudos, por lo unilaterales i lo pedantes. I muchas veces había pensado que tales publicaciones, llamadas pomposamente de educación, pero que no pueden educar a nadie, pues apenas son leídas, debieran ser semanarios amenos, donde halle algo aplicable a su vida todo hombre i toda mujer, donde el niño halle narraciones interesantes, el obrero conocimientos científicos puestos a su alcance i halle el profesor lectura espiritual. La crisis de los maestros es crisis espiritual: preparación científica no suele faltarles, les faltan ideales, sensibilidad i *evanjelismo* (perdone la palabra). La enseñanza técnica que recibieron primero i la cátedra después han ido haciendo de ellos, un recitador ordenado i paciente de textos i fórmulas, i el alma, o no la tuvo nunca o la ha perdido. Tal semanario haría más por la formación moral de un pueblo que la escuela muerta, fábrica de bachilleres; limpiaría las costumbres, crearía, con el amor a la lectura, una fuente delicada de placeres al hombre i la mujer pobre; haría más patria que los discursos del parlamento i, por último, obligaría a los escritores a ver claramente que tienen el deber de dar el sustento espiritual de su raza, que esa es su razón de que lleven el nombre i los honores de "intelectuales."

Piense usted si no me habrá alegrado encontrar todo, i algo más todavía, en su revista. Ahora, el que sea gratuita, colma mis ideales.

Gracias sean dadas a usted, i mui calurosas, por este inmenso bien, que los mejicanos han de saber medir i apreciar. Una obscura maestra del extremo del continente se las da con toda la sinceridad de su alma.

Como es bueno mostrar el bien que se realiza sólamente para que el milagro se multiplique, es preciso que ustedes la envíen a

todas partes. Mandándola a los semanarios populares de América, enseñarán a muchos periodistas inescrupulosos a *hacer* una revista para el pueblo, sin literatura dañada o cursi, sin la mundanería que les da tanta fotografía banal e inútil que publican con pretexto de actualidades; sin ese carácter tan antipático de folletines ilustrados, explotadores de la crónica policial más repugnante. Le pido, que, a ser posible, la manden a nuestras escuelas secundarias i sobre todo a las Normales.

No recuerdo bien si le hablé en mi anterior de su libro leído con verdadera delectación, delectación intelectual, por la claridad, el orden i la hondura del pensamiento; delectación artística por su forma hermosa. Es para mí inmenso asombro ver que es usted profesor universitario i que se ha librado de estas dos plagas de la literatura hecha por profesores: el recargo, por alarde de erudición, i la barbarie del estilo. Parece que ser profesor fuera tener la obligación de un estilo pedregoso o enjuto i muerto. Se lee mucho a los franceses, pero no se aprende su majia de divulgadores amenos i claros de la ciencia. El enseñar con gracia que pedía Rodó no es cosa de la cual se haya penetrado el hombre de ciencia en América. Es heroico que un joven lea, sin obligación para la prueba escolar, una obra de fondo. Teniendo excelentes historiadores, apenas se conocen sus obras, se leen sólo entre los especialistas. No quieren acordarse de que Dios mismo no ha soplado su aliento en libros sin belleza, puesto que la Biblia es un océano de hermosura, i dejan sólo a los poetas la lengua del sentimiento i la armonía, como si no fuera una especie de mandamiento tácito para el que pretende ser leído *el encantar*.

Ha hecho usted un esfuerzo mui honrado i enteramente nuevo en América, con explicar el budismo, i sobre todo, con darlo sin marañas de misterio, como lo da la teosofía. Yo me he leído varias obras sobre este tema, sin que de toda esa lectura me haya quedado un concepto nítido, neto, i mi ansia de claridad es mui grande cuando leo libros de esta índole, porque la vaguedad está permitida únicamente a la poesía, si es que le está permitida.....

Aquí, i a propósito de un elojioso comentario de Armando Donoso en *El Mercurio* se publicaron dos protestas por el latigazo de usted a la Teosofía. No lo libró de ellas su juicio afectuoso i justo sobre Ana Besant. En verdad, la señora Blavatski es un caos, a veces portentoso, pero a veces horrible i desconcertante, de ciencia i de imajinación infernal; se parece a los cráteres; tal vez su lava hirviente i sombría sea vivificante, pero da miedo e inspira desconfianza. Es una especie de cordillera, llena de abismos, su alma i su cerebro. La señora Besant, por el contrario, tiene la dulzura de las colinas; no siente el odio del cristianismo, i la luz del Evanjelio la conserva.

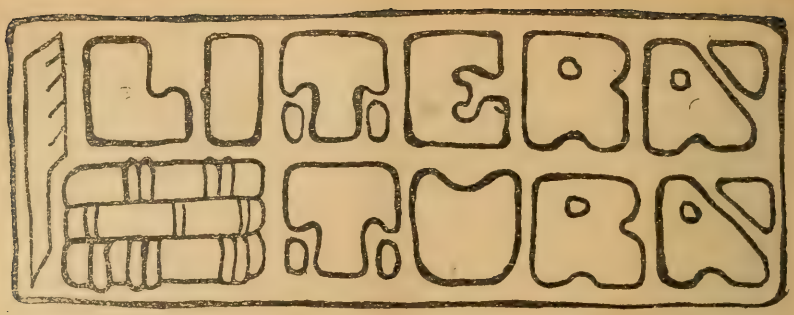
En nuestra época materialista, es valor escribir un libro en

el cual se comenta con respeto, sin chanzas necias i groseras, la gran relijión oriental; se teme caer en el ridículo, aunque los sabios tienen solamente otra forma de ridículo en ejercicio: la de una limitación de alumno de kindergarten i la de una manía del laboratorio, llevada a todo; creo que hasta al amor de la madre, porque nada han respetado i a nada que no sean sus aparatos de experimentación se han acercado con intención amorosa i respetuosa de comprender.

Es lástima grande que su libro, como la mayoría de las obras valiosas de la literatura mejicana, no llegue a las librerías. Hai aquí una librería de un profesor, mui prestijiosa, la *Editorial Minerva,* i podría remitir con confianza volúmenes allí.

Le agradezco infinitamente estos dos envíos i lo saludo con respeto i cordialidad.

Santiago, Correo 7. Ag. 21.



COMO ANDA EL MUNDO

PÓR F. MARIE AROUET DE VOLTAIRE

ENTRE los genios que a los imperios del mundo presiden, ocupa Ituriel uno de los primeros puestos, y tiene a su cargo el departamento de Alta Asia. Bajó una mañana a la mansión del escita Babuco, a las orillas del Oxo, y le dijo así: Babuco, los persas han incurrido en nuestro enojo por sus excesos y sus desvaríos, y ayer se celebró una junta de genios de la Alta Asia para decidir si habían de castigar o destruir a Persépolis. Vete a este pueblo, examínalo todo; me darás cuenta, y por tu informe determinaré si he de castigar o exterminar la ciudad. Yo, señor, respondió humildemente Babuco, ni he estado nunca en Persia, ni conozco en todo aquel imperio a nadie. Más vale así, dijo el ángel, que no serás parcial. Del cielo recibiste sagacidad, y yo añado el dón de inspirar confianza: ve, mira, escucha, observa, y nada temas, que en todas partes serás bien visto.

Montó, pues, Babuco en su camello y se marchó con sus sirvientes. Al cabo de algunas jornadas encontró en los valles de Senaar el ejército persa que iba a pelear con el ejército indio; y dirigiéndose a un soldado que halló en un paraje remoto, le preguntó cuál era el motivo de la guerra. Por los dioses celestiales que no lo sé, dijo el soldado, ni me importa; mi oficio es matar o que me maten para ganar mi vida: servir aquí o allí es para mí todo uno; y aun puede ser que me pase mañana al campo de los indios, que dicen que dan a los soldados cerca de media dracma de cobre al día más que en este maldito servicio de Persia. Si queréis saber por qué pelean, hablad con mi capitán. Babuco, después de haber hecho un regalejo al soldado, entró en el campo, y habiendo hecho conocimiento con el capitán, le preguntó el motivo de la

guerra. ¿Cómo queréis que lo sepa yo? ¿y qué me importa, sea el que quiera? Yo resido a doscientas cincuenta leguas de distancia de Persépolis; me dicen que se ha declarado la guerra, y al punto dejo mi familia, y como es costumbre voy a buscar fortuna o la muerte, porque no tengo otra cosa que hacer. ¿Y vuestros camaradas, dijo Babuco, no están tampoco más instruídos que vos? No, dijo el oficial: solamente nuestros principales sátrapas son los que a punto fijo saben por qué nos degollamos.

Atónito, Babuco se introdujo con los generales, y se insinuó en su familiaridad. Al fin le dijo uno de ellos: La causa de la guerra que asuela veinte años ha el Asia, procede en su origen de una contienda de un eunuco de una de las mujeres del gran rey de Persia, con un oficinista del gran rey de las Indias.

Tratábase de un impuesto que producía con corta diferencia un trigésimo de dárico, y como tanto el primer ministro de Indias como el nuestro sustentaron con dignidad los derechos de su amo respectivo, se inflamaron los ánimos y salieron a campaña de cada parte un millón de soldados. Cada año es necesario reclutar estos ejércitos con cuatrocientos mil hombres. Crecen las muertes, los incendios, las ruinas y las talas; padece el universo y sigue la enemiga. Nuestro ministro y el de Indias protestan con mucha frecuencia que no les mueve otra cosa que la felicidad del linaje humano; y a cada protesta se destruye alguna ciudad, o se asuelan algunas provincias.

Habiéndose al otro día esparcido la voz de que se iba a firmar la paz, dieron el general indio y el persa a toda prisa la batalla, que fué sangrienta. Vió Babuco todos los yerros y todas las abominaciones que se cometieron, y fué testigo de las maquinaciones de los principales sátrapas, que hicieron cuanto estuvo en su mano para que la perdiera su general; vió oficiales muertos por su propia tropa; vió soldados que acababan de matar a sus moribundos camaradas, por quitarles algunos andrajos ensangrentados, rotos y cubiertos de inmundicia; entró en los hospitales adonde llevaban a los heridos, que perecían casi todos por la inhumana negligencia de los mismos que pagaba a peso de oro el rey de Persia para que los socorriesen. ¿Son hombres éstos, exclamaba Babuco, o son fieras? ¡Ah! bien veo que ha de ser destruída Persépolis.

Preocupado con esta idea pasó al campo de los indios, donde conforme a lo que se le había pronosticado, le recibieron con tanto agasajo como en el de los persas, y donde presenció los mismos excesos que le habían llenado de horror. ¡Ah, ah! dijo para sí: si quiere el ángel Ituriel exterminar a los persas, también tiene que exterminar a los indios el ángel de las Indias. Habiéndose informado luego más menudamente de cuanto en ambos ejércitos había sucedido, supo acciones magnánimas, generosas y humanas, que

le pasmaron y le embelesaron. Inexplicables mortales, exclamó, ¿cómo podéis juntar con tanta torpeza tanta elevación, y tantas virtudes con tantos delitos?

Declaróse en breve la paz y los caudillos de ambos ejércitos que por sólo su interés habían hecho verter la sangre de tantos semejantes suyos, se fueron a solicitar el premio a su corte respectiva, aunque ninguno había ganado la victoria. Celebróse la paz en escritos públicos que anunciaban el reino de la virtud y de la felicidad en la tierra. Loado sea Dios, dijo Babuco; Persépolis va a ser la mansión de la más acendrada inocencia, y no será destruída como querían aquellos malditos genios: vamos sin más tardanza a ver esta capital del Asia.

Llegó a esta inmensa ciudad por la antigua entrada, aun sumida en la barbarie, y que inspiraba asco por su rudo desaliño. Sentíase toda esta porción del pueblo del tiempo en que se había edificado; que hemos de confesar, sea cual fuere el empeño de exaltar lo antiguo a costa de lo moderno, que en todas cosas las primeras pruebas siempre son toscas.

Metióse Babuco entre una muchedumbre de gentío compuesto de cuanto más puerco y más feo en ambos sexos pueda hallarse, la cual entraba a toda prisa en un obscuro y tenebroso recinto. El contínuo zumbido, el movimiento que notaba y el dinero que algunas personas daban a otras para tener derecho a sentarse, le dió a entender que estaba en un mercado donde se vendían sillas de paja, pero cuando vió que muchas mujeres se hincaban de rodillas, mirando al parecer a lo que tenían enfrente, y en realidad a los hombres de lado, echó de ver que se hallaba en un templo. Unas voces ásperas, carrasqueñas, desentonadas y gangosas, hacían que en mal articulados sonidos la bóveda resonara, parecidas a la voz de los onagros cuando responden, en las llanuras de los Pictavos, al cuerno que los llama. Tapábase los oídos; más tuvo luego que taparse ojos y narices, cuando vió que entraban en el templo unos zafios con palas y azadones. Levantaron éstos una ancha piedra; tiraron a mano derecha y a mano izquierda una tierra que exhalaba un hedor intolerable; pusieron luego un muerto en el hueco que habían hecho y volvieron a sentar la piedra. ¡Conque entierran estas gentes, exclamó Babuco, a sus muertos en los sitios mismos donde adoran la divinidad! ¡Conque están empedrados con cadáveres sus templos! Ya no me espanto de las pestilenciales dolencias que con tanta frecuencia afligen a Persépolis; capaz de envenenar todo el globo terráqueo la podredumbre de tantos muertos y de tantos vivos apeñuscados en un mismo sitio. ¡Ah, qué sucio pueblo es Persépolis! Sin duda que la quieren destruir los ángeles, para edificar otra ciudad más hermosa, y poblarla de gentes más aseadas y que canten mejor; la Providencia sabe lo que se hace; no nos metamos en quitarle su idea.

Acercábase ya el sol a la mitad de su carrera, y tenía Babuco que ir a comer al otro extremo del pueblo a casa de una dama para quien le había dado carta de recomendación su marido, que era oficial del ejército. Anduvo por mil y mil calles de Persépolis; vió otros templos más bien adornados, adonde concurría gente más culta, y donde se oía una armónica música; reparó en fuentes públicas, que aunque defectuosas hacían maravilloso efecto; vió frescas y amenas calles de árboles, jardines donde se respiraban los más exquisitos olores, y se veían reunidas plantas de los más remotos pueblos. Maravillóse al ver magníficos puentes, aunque estaban destinados a pasar un arroyuelo que sin mojarse los pies se vadea las cuatro quintas partes del año; pasó por calles anchas y magníficas, llenas de palacios a una y otra acera, y entró por fin en casa de la dama que con una sociedad de personas decentes le esperaba a comer. Estaba su casa limpia y bien adornada; la señora era moza, hermosa, discreta y cortés, y la sociedad amable, y decía Babuco entre sí: Sin duda que había perdido el juicio el ángel Ituriel, cuando quería destruír una ciudad tan cumplida.

Mas advirtió muy en breve que la señora, que al principio le había pedido amorosamente nuevas de su marido, al fin de la comida hablaba más amorosamente a un mago mozo. Luego vió que un magistrado delante de su propia mujer hacía mil halagos a una viuda, la cual estrechaba con una mano el cuello del magistrado, y daba la otra a un mozo muy lindo y modesto La primera que se levantó de la mesa fué la mujer del magistrado, que se encerró en un gabinete inmediato para conferenciar con su director de almas, hombre elocuentísimo, que con tal energía hubo de discurrir con ella, que volvió abochornado el rostro, humedecidos los ojos, la voz trémula y los pasos vacilantes.

Babuco entonces se empezó a recelar de que tenía razón el genio Ituriel. Con el dote que tenía de granjearse la confianza, supo aquel día mismo los secretos de la dama, la cual le fió su cariño al mago mozo, asegurándole que en todas las casas de Persépolis encontraría lo mismo que en la suya había visto. Infirió Babuco que no podía durar semejante sociedad; que todas las casas habían de estar asoladas por celos, venganzas y rencillas; que sin cesar habían de verterse lágrimas y sangre; que infaliblemente habían de matar los maridos a los cortejos de sus mujeres, o de ser muertos por ellos; finalmente, que hacía Ituriel muy bien en destruír de una vez un pueblo abandonado a horrendos desórdenes.

Hallábase sumergido en estas tristes ideas, cuando se presentó a la puerta un hombre grave con capa negra, el cual pidió humildemente licencia para hablar al joven magistrado. Este, sin

levantarse, y sin mirarle siquiera, le dió con altivez y con aire distraído unos papeles y le despidió. Babuco preguntó quién era aquel hombre y la dueña de la casa le dijo por lo bajo: Es uno de los mejores abogados de la ciudad; hace cincuenta años que se dedica al estudio de las leyes. Este otro caballero, que no tiene más que veinticinco años y que es sátrapa del rey desde hace dos días, le encarga que le haga el extracto de un pleito que tiene que sentenciar mañana y que aún no ha tenido tiempo de examinar. Este joven aturdido obra con prudencia en pedir consejo a un anciano, dijo Babuco; pero ¿por qué no es juez, en su lugar, ese anciano? Usted se burla, le dijeron; los que han envejecido en empleos laboriosos y subalternos no llegan nunca a ocupar tales dignidades. Ese joven tiene un cargo importante porque su padre es rico, y aquí se compra, como granjería, el derecho de hacer justicia.

¡Oh costumbres! ¡oh desgraciada ciudad! exclamó Babuco; éste es el colmo del desorden; sin duda los que de esta suerte compran el derecho de juzgar, deben traficar con la justicia. No veo aquí sino abismos de iniquidad.

Mientras de esta suerte manifestaba su dolor y su sorpresa, díjole un joven guerrero que había llegado del ejército aquel mismo día: ¿Por qué pretende usted que no se compren los cargos de la magistratura? Yo también he comprado el derecho de afrontar la muerte a la cabeza de los dos mil hombres que tengo a mis órdenes; me ha costado cuarenta mil dáricos de oro este año el poderme acostar treinta noches seguidas sobre el duro suelo con mi casaca roja, y el haber recibido dos buenas heridas de que todavía me resiento. Si yo me arruino por servir al emperador persa, a quien no he visto en mi vida, el señor sátrapa puede muy bien pagar alguna cosa por tener el gusto de dar audiencia a los litigantes. Babuco, indignado, no pudo menos de condenar en lo íntimo de su corazón un país donde se vendían en pública subasta las dignidades civiles y militares, y de aquí dedujo con alguna ligereza que allí debían ser desconocidos el arte de hacer la guerra y las leyes, y que aun cuando el mismo Ituriel no exterminase a semejantes naciones, ellas mismas perecerían víctimas de su deplorable administración.

La mala opinión que había formado fué en aumento, cuando vió llegar a un hombre gordo, que, después de saludar muy familiarmente a toda la concurrencia, se acercó al joven oficial y le dijo: No puedo prestaros sino cincuenta mil dáricos de oro, porque, en realidad de verdad, las aduanas del imperio no me han producido este año sino trescientos mil. Babuco preguntó quién era aquel hombre que se quejaba de ganar tan poco y supo que había en Persépolis cuarenta reyes plebeyos que tenían arrendado

el imperio de Persia y pagaban, por vía de renta, alguna cosa al monarca.

Fuése después de comer a uno de los más soberbios templos de la ciudad, y se sentó en medio de una muchedumbre de hombres y mujeres que habían ido allí a matar el tiempo. Subió un mago a una tribuna alta, y discurrió largo tiempo acerca del vicio y de la virtud; y habiendo dividido en varias partes lo que no era menester dividir, probó metódicamente las cosas más claras, enseñó lo que sabía todo el mundo, se exaltó sin motivo, y salió sudando y sin respiración. Despertóse entonces la gente, y creyó que había asistido a una instrucción. Babuco dijo: Este buen hombre ha hecho cuanto ha podido por fastidiar a doscientos o trescientos conciudadanos suyos; pero su intención era buena y esto no es motivo para destruir a Persépolis.

Lleváronle, al salir de esta asamblea, a que viera una fiesta pública que se celebraba todos los días del año en una especie de basílica, en cuya parte interior se veía un palacio. Formaban un hermoso espectáculo las ciudadanas más hermosas de Persépolis, y los principales sátrapas colocados en orden, y al principio creyó Babuco que se reducía a esto la fiesta. En breve se dejaron ver en el vestíbulo de este palacio personas que parecían reyes y reinas; su idioma era muy distinto del que estilaba el vulgo, y tenía ritmo, armonía y sublimidad. No se dormía nadie, que todos en alto silencio escuchaban, y si le interrumpían, era para dar pruebas de admiración y ternura general; y con tan vivos y bien sentidos términos se hablaba de las obligaciones de los reyes, del amor, de la virtud, y de los riesgos de las pasiones, que arrancaron lágrimas a Babuco: el cual no dudó que fuesen los predicadores del imperio aquellos héroes y heroínas y aquellos reyes y reinas que acababa de oír, y hasta hizo propósito de persuadir a Ituriel que los viniese a escuchar, cierto de que semejante espectáculo le reconciliaría con Persépolis para siempre.

Concluída la fiesta, quiso visitar a la reina principal que en aquel hermoso palacio había anunciado tan sublime y acendrada moral. Hizo que le introdujeran en casa de Su Majestad; y le llevaron por una mala escalerilla a un segundo piso, donde halló en un aposento pobremente alhajado una mujer mal vestida, que con noble y patético ademán le dijo: Mi oficio no me da para vivir; uno de los príncipes que habéis visto me ha hecho un hijo: estoy para dar a luz; no tengo dinero, y sin dinero todo parto es un mal parto. Babuco le dió cien dáricos de oro, diciendo: Si no hubiera cosas peores en la ciudad, poco motivo tuviera Ituriel para estar tan enojado.

Fué de allí a pasar la tarde a las tiendas de mercaderes de magnificencias supérfluas. Llevóle un sujeto inteligente que se ha-

bía hecho amigo suyo, compró lo que halló de su gusto, y con muchas cortesías se lo vendieron mucho más caro de lo que valía. Cuando hubo vuelto a casa, le hizo ver su amigo que le habían estafado, y apuntó Babuco en su libro de memoria el nombre del mercader, para que el día del castigo de la ciudad no le echara Ituriel en olvido. Estando escribiendo, llamaron a la puerta y entró el mercader que le traía a Babuco su cartera que había dejado olvidada encima del mostrador. ¿Cómo es posible, dijo Babuco, que seáis tan generoso y escrupuloso, después de haber tenido cara para venderme vuestras bujerías cuatro tantos más de lo que valen? No hay en toda la ciudad, le respondió el mercader, negociante ninguno algo conocido, que no hubiese venido a traeros la cartera; más cuando os han dicho que os he vendido lo que en mi tienda habéis comprado al cuádruplo de su valor, os han engañado, porque os lo he vendido diez veces más de lo que vale; y esto es tan cierto, que si dentro de un mes os queréis deshacer de ello, no os darán ni el diezmo, y no hay, empero, cosa más conforme a razón, porque siendo el antojo de los hombres lo que da valor a estas fruslerías, ese mismo antojo da de comer a cien obreros que empleo yo, y a mí me da una casa bien puesta, un buen coche y buenos caballos. Este antojo es lo que vivifica la industria, y mantiene el fino gusto, la circulación y la abundancia. A las naciones comarcanas les vendo mucho más caras que a vos esas mismas frioleras, y de este modo sirvo con provecho al imperio. Paróse Babuco pensativo un rato y le borró luego de su libro.

No sabiendo qué pensar de Persépolis, se determinó a visitar a los magos y a los literatos, lisonjeándose de que alcanzarían éstos el perdón de todo lo restante del pueblo, porque unos se aplican a la sabiduría, y a la religión los otros. La mañana siguiente fué a visitar un colegio de magos, y le confesó el archimandrita que tenía cien mil escudos de renta por haber hecho voto de pobreza, y que ejercía una vasta jurisdicción en virtud de otro voto de humildad. Dicho esto, dejó a Babuco en manos de un aprendiz de mago, para que le obsequiase.

Enseñábale éste las preciosidades de esta casa de penitencia, cuando se esparció la voz de que traía comisión de hacer reformas. Al punto le dieron memoriales de cada una, que todos en sustancia venían a decir: *Conservadnos a nosotros y suprimid todos los demás.* Si daba crédito a sus propias apologías, todas estas congregaciones eran necesarias; si atendía a sus recíprocas acusaciones, todas merecían ser destruídas. Pasmábase Babuco de que no hubiese ninguna que, por edificar el universo, no quisiese ser árbitro de él. Presentósele entonces un hombrecillo que era semi-mago, el cual le dijo: La grande obra se va a cumplir, y Zerdust ha vuelto a la tierra; por tanto os rogamos que nos amparéis

contra el Gran Lama. ¿Conque contra el pontífice monarca, respondió Babuco, que reside en el Tibet?—Contra ese mismo.—¿Pues qué? ¿le hacéis la guerra y alistáis contra él un ejército?—No es eso; pero dice que el hombre es libre, y nosotros no lo creemos: escribimos contra él libracos que no lee; y apenas si nos ha oído mentar, aunque nos acaba de condenar, como un propietario que manda extirpar las orugas de su huerto. Asombróse Babuco de la locura de hombres que profesan la sabiduría, de las marañas de los que habían renunciado al mundo, de la ambición y altiva codicia de los que predicaban humildad y desinterés; y coligió que sobraban razones valederas a Ituriel para destruír toda esta raza.

Retiróse a su casa, mandó que le compraran libros nuevos para calmar su enfado, y convidó a comer a varios literatos para su recreo. Llegaron más del doble de los que había llamado, como acuden las avispas a la miel. No se daban vado estos gorreros a hablar y a engullir, y elogiaban dos clases de hombres: los muertos y ellos propios; mas nunca a sus coetáneos, exceptuando el amo de casa. Si decía uno un dicho agudo, bajaban los demás los ojos, y se mordían la lengua de sentimiento de no ser ellos los autores. Eran menos cautelosos que los magos, porque no aspiraba su ambición a tan altos objetos, solicitando cada uno un empleo de sirviente y la reputación de grande hombre. Decíanse en su cara denuestos, que se les figuraban agudos epigramas. Habíaseles traslucido algo de la comisión de Babuco, y uno de ellos en voz baja le suplicó que exterminase a un autor que no le había dado suficientes elogios hacía cinco años; otro le pidió la pérdida de un ciudadano que en sus comedias nunca se reía; y otro la extinción de la Academia, porque jamás había podido conseguir ser su individuo. Acabada la comida, se fueron solos todos, porque en toda esta caterva no había dos que se pudieran sufrir, ni se hablaban, más que en las casas de los ricos que a su mesa los convidaban.

Creyó Babuco que poquísimo se perdía con que pereciese toda esta landre en la general destrucción.

Apenas se zafó de ellos, se puso a leer algunos de los libros que acababan de publicarse, en los que advirtió el carácter de sus convidados. Indignáronle más que todo las gacetillas de calumnias y los archivos de mal gusto dictados por la envidia, la hambre y la torpeza; viles sátiras que respetan los buitres y despedazan las palomas; novelas faltas de imaginación, donde se ven mil retratos ideales de sujetos que sus autores no conocen. Tiró al fuego todos estos detestables escritos, y salió aquella tarde de casa para ir al paseo. Presentáronle a un literato anciano que no había venido a aumentar el número de sus pegotes. Esquivaba

éste la muchedumbre, conocía a los hombres, sabía servirse de ellos y se explicaba con cordura. Hablóle Babuco con mucho sentimiento de cuanto había visto y leído. Cosas muy despreciables habéis leído, le dijo el cuerdo letrado, pero en todos tiempos y en todo país es muy común lo malo y rarísimo lo bueno. Habéis dado acogida en vuestra mesa a las heces de la pedantería, porque en toda profesión lo que siempre se presenta con más descaro es lo que menos merece salir a la plaza. Viven unos con otros, sosegados y en el retiro, los verdaderos sabios, y aun no nos faltan libros y autores que son acreedores a vuestra atención. Mientras que estaba hablando llegó otro literato y fueron sus razonamientos tan instructivos y agradables, tan superiores a las preocupaciones, y tan conformes con la virtud, que confesó Babuco que nunca había oído semejante cosa. Hombres son éstos, decía para sí, a quien no se atreverá el angel Ituriel a hacer mal, a menos que sea muy despiadado.

No conservaba menos enojo contra lo demás de la nación, aunque se había reconciliado con los literatos. Sois un extranjero, le dijo el hombre juicioso que le hablaba, y se os presentan de tropel los abusos, mientras que se os esconde el bien oculto que no pocas veces de estos mismos abusos resulta. Supo entonces que había entre los literatos muchos que no eran envidiosos, y hasta entre los magos algunos que eran virtuosos. Al fin entendió que estos grandes cuerpos, que con sus choques preparaban al parecer su ruina común, eran en la realidad fundaciones provechosas; que cada asociación de magos era un freno para sus émulas; que si a veces éstas diferían de opinión, todas enseñaban una moral misma; que instruían el pueblo, y vivían sujetas a las leyes: semejantes a los preceptores que celan los hijos de casa, mientras que a ellos los cela el amo. Trató a muchos, y encontró almas celestiales, y supo que entre aquellos mismos locos que querían poner guerra al Gran Lama, había varones eminentes. Sospechó al cabo que podían ser lo mismo las costumbres de Persépolis que sus edificios, que unos le habían parecido dignos de lástima y otros le habían sobrecogido en admiración.

Dijo un día al literato: Ahora conozco que los magos, que por tan peligrosos había tenido, pueden ser muy provechosos, especialmente cuando un prudente gobierno estorba que se granjeen sobrado influjo, pero no podrá usted menos de confesar que estos magistrados jóvenes que compran su cargo tan pronto como aprenden a montar a caballo, deben ostentar en los tribunales la más ridícula impertinencia y la más perversa iniquidad; preferible sería, sin duda, dar esos puestos a los viejos jurisconsultos que han pasado su vida estudiando el pro y el contra. El letrado le replicó: Usted ha visto nuestro ejército al llegar a Persépolis, y

sabe que nuestros jóvenes oficiales se baten muy bien, aunque han comprado sus cargos; tal vez echará usted de ver que nuestros magistrados jóvenes no juzgan tan mal aunque han pagado para hacerlo.

Llevóle el día siguiente al tribunal donde debía verse un pleito importante. Todo el mundo conocía el asunto. Los viejos abogados que hablaron en pro y en contra andaban indecisos en sus opiniones, aducían cien leyes, que no venían al caso, y miraban el asunto por todos lados menos por el verdadero. Los jueces tardaron mucho menos en decidirse y su sentencia fué casi unánime; juzgaron bien porque siguieron la luz de la razón; en tanto que los otros habían opinado mal, porque sólo habían consultado sus libros.

Babuco dedujo de ello que muchas veces suelen traer grandes ventajas ciertos abusos. Aquel mismo día vió que la opulencia de éstos, que tanto le había repugnado, producía a veces mucho fruto, porque habiendo necesitado dinero el soberano, halló en una hora por su medio lo que por las vías ordinarias no hubiera en seis meses encontrado, y se convenció de que estas pardas nubes, alimentadas con el rocío de la tierra le restituían en lluvias lo que de ella recibían, aparte de que los hijos de estos hombres nuevos, por lo común más bien educados que los de las más antiguas familias, valían mucho más que éstos, porque tener por padre a un buen calculador no quita que sea uno juez recto, valiente soldado o hábil estadista.

Poco a poco perdonaba Babuco la codicia del asentista, que en la realidad no es ni más ni menos codicioso que los demás, y que es indispensable; disculpaba la locura de disipar su caudal por hacer la guerra que era origen de tantas bélicas proezas, y perdonaba los celos de los literatos, entre quienes se hallaban sujetos que ilustraban el mundo; se reconciliaba con los magos ambiciosos y tramoyistas, que con pequeños vicios juntaban grandes virtudes, aunque le quedaban no pocos escrúpulos, especialmente sobre los galanteos de las damas y las horrendas consecuencias que infaliblemente habían de producir, y que le llenaban de horror y sustos.

Queriendo examinar todos los estados, hizo que le llevaran a casa de un ministro, y en el camino iba temblando de ver alguna mujer asesinada por su marido en presencia suya. Llegó a la antesala del hombre de Estado, y estuvo dos horas aguardando a que dijeran que estaba allí y otras dos después que lo hubieron dicho, haciendo en este tiempo firmísimo propósito de recomendar al ministro y sus insolentes conserjes al enojo del angel Ituriel. Estaba la antesala atestada de damas de todas clases, de magos

de todos colores, de jueces, mercaderes, oficiales y pedantes, que todos estaban quejosos del ministro. Decían el avariento y el logrero: No hay duda de que roba este hombre las provincias. Afeaba sus rarezas el extravagante; decía el sensual que sólo con sus gustos tenía cuenta, y esperaban las mujeres que en breve le sustituiría otro ministro más mozo.

Oía Babuco todas estas razones, y no pudo menos de decir: ¡Qué hombre tan dichoso es éste! Todos sus enemigos los tiene en su antesala; su potencia abruma a sus envidiosos, y mira a sus plantas a cuantos le detestan. Al fin entró en su gabinete y vió a un viejecito agobiado de años y quehaceres, pero vivo todavía y muy inteligente. Gustóle Babuco y a Babuco le pareció un sujeto muy digno de estimación. Fué muy interesante la conferencia; el ministro le confesó que era el hombre más desgraciado; que le tenían por rico y era pobre; que le creían omnipotente, y para todo encontraba impedimentos; que todos sus beneficios habían sido pagados con ingratitudes, y que en cuarenta años de continuas faenas había tenido apenas un rato de satisfacción. Enterneciόse Babuco, y dijo entre sí que si había cometido algunos yerros este hombre, y por ellos le quería castigar el angel Ituriel, bastaba con dejarle su cargo sin exterminarle.

Estaba razonando con el ministro cuando entró desatentada la hermosa dama en cuya casa había comido Babuco, manifestando su rostro y sus ojos los síntomas del dolor y el enojo. Prorrumpió en amargas quejas contra el hombre de Estado; vertió lágrimas; se lamentó amargamente de que hubieran negado a su marido un cargo a que podía aspirar por su cuna, y a que le hacían acreedor sus heridas y servicios; y habló con tanta energía, se quejó con tal gracia, desvaneció con tal maña los reparos, con tal elocuencia esforzó sus razones, que no salió del gabinete hasta haber conseguido la fortuna de su marido.

Salió Babuco dándole la mano, y le dijo: ¿Es posible, señora, que os hayáis tomado tanto trabajo por un hombre que no queréis, y que tanto tenéis por qué temer? ¿Cómo es eso que no le quiero? replicó la dama, sabed que mi marido es el mejor amigo que tengo en este mundo, y que sacrificaré por él todo cuanto tengo, como no sea mi amante; lo mismo que hiciera él, menos sacrificar a su querida. Quiero que la conozcáis, que es una muy linda señora, muy discreta y de excelente genio; esta noche cenamos juntos con mi marido y mi amiguito el mago; venid a participar nuestro gusto.

Llevóse la dama consigo a Babuco, y el marido, que estaba sumido en el más hondo dolor, recibió a su mujer con raptos de gratitud y alborozo, dándole mil abrazos a ella, a su dama, al mago y a Babuco. El banquete lo animaron el contento, las gracias

y los donaires. Sabed, le dijo la hermosa dama con quien cenaba, que las que a veces califican de mujeres sin honra casi siempre poseen las virtudes de un hombre honrado, y en prueba de ello, venid mañana a comer conmigo en casa de la hermosa Teone. Algunas vestales viejas murmuran de ella; pero más obras de beneficencia hace ella sola que todas juntas las que la muerden; no cometiera la más leve injusticia por todos los intereses del mundo; a su amante le da siempre consejos generosos: sólo su gloria le ocupa, y se sonrojaría él si en su presencia malograra una sola ocasión de obrar bien, porque no hay mayor estímulo para virtuosas acciones, que tener por juez y testigo de su conducta una amada cuyo aprecio anhela uno merecer.

No faltó Babuco a la cita, y vió una casa que era el emporio de los placeres. En ellos reinaba Teone; con cada uno hablaba el idioma que entendía; su natural entendimiento dejaba explayarse el de los demás; agradaba casi sin querer; tan amable era como benéfica; y para dar más lustre a todas sus dotes, era muy hermosa.

Conoció Babuco, aunque era escita y enviado por un genio, que si se detenía más tiempo en Persépolis le haría Teone olvidarse de Ituriel. Cogía cariño a la ciudad cuyos vecinos eran afables, corteses y benéficos, aunque murmuradores, insustanciales y vanidosos. Temía ya que fuese condenada Persépolis, y hasta temía la cuenta que a dar iba.

Así para darla hizo lo siguiente: mandó al mejor estatuario del pueblo que le fundiera una estatua pequeña, compuesta de todos los metales y de las tierras y piedras más preciosas y más viles, y se la llevó a Ituriel. ¿Haréis pedazos, le dijo, esta linda estatua porque no es toda ella de oro y diamantes? Comprendió Ituriel el emblema, y se determinó a no tratar ni siquiera de enmendar a Persépolis, y dejar que anduviera el mundo como anda, diciendo: *Si no todo es bueno, a lo menos todo es tolerable.* Subsistió, pues, Persépolis, y Babuco estuvo muy distante de quejarse, como hizo Jonás que se enfadó porque no fué destruída Nínive. Verdad es que quien ha pasado tres días en el vientre de una ballena, no gasta tan buen humor como el que ha estado en la ópera, en la comedia y ha cenado con gente de fino trato.

CONOCIMIENTOS PRACTICOS

LA VENTILACION

DESDE la primera respiración de la infancia hasta el último débil suspiro de la vejez, la primera necesidad de la vida es el aire. El aire es el alimento de los pulmones como el pan es el primero para el estómago. Más son los millones de gentes que mueren por falta de este alimento pulmonar que por la falta de cualquier otro. Si no tenemos lo suficiente, nuestra es la culpa; pues cuando cerramos las puertas y las ventanas, a más no poder, este elemento fortificante y vivificante está soplando afuera, buscando modo para entrar.

La gente que clava las ventanas, cierra toda grieta en las paredes, calafatea con fieltro los quicios de las puertas y fija alguna invención de patente en el dintel para impedir la entrada del menor soplo de aire puro, que de otro modo quizá podría penetrar, se está defendiendo contra su mejor amigo. A un hombre que con tanto cuidado y tanta deliberación se privara de los medios de procurarse el alimento ordinario, se le consideraría como un suicida. ¿Será menos culpable, aunque sea por ignorancia, aquél que se priva de una necesidad aún mayor, cual es el aire puro?

La demanda de aire puro es la más imperiosa de todas las necesidades del sistema. Se morirá más pronto el individuo a quien le falte el aire que cualquiera otra necesidad de la vida. Un individuo puede vivir hasta varias semanas sin ningún alimento sólido. Muchos de estos casos han sido observados por autoridades eminentes. Privado completamente de líquido no dura mucho la vida. Pero si se le priva del aire, la muerte resulta en pocos minutos.

La necesidad primera, mayor y constante para un individuo, es el aire y necesariamente debe contener cierta cantidad de oxígeno para que la vida se mantenga. A cada persona le debe tocar dos mil pies cúbicos o sea cincuenta y seis mil litros de aire fresco cada hora. El aire respirado dos veces, contiene bastante gas ácido carbónico para apagar una luz. Un solo quemador de gas consume el oxígeno que bastaría para diez y seis personas.

El aire, ese don precioso del cielo, que todos pueden tener, os bendecirá con su poder vigorizante si no le vedáis la entrada. Dadle la bienvenida, cultivad un amor para él y se declarará un calmante precioso para los nervios. La influencia del aire puro y fresco hace que la sangre circule con mejor salud por el sistema. Refresca el cuerpo y tiende a hacerlo fuerte y sano, y al mismo tiempo su influencia se hace sentir decididamente en la mente, impartiéndole serenidad y reposo. Estimula el apetito, hace más perfecta la digestión e induce a un sueño profundo y dulce.

Podemos elegir que sea el aire bueno o malo; pero no está en nuestra mano el elegir si hemos de respirar o no. La naturaleza ha puesto en nosotros el deseo del aire fresco y puro y un disgusto para el aire impuro, los malos olores y los gases venenosos.

LA IMPORTANCIA DE LA VENTILACION

Los esfuerzos persistentes que en algunas casas se hacen para excluir el aire puro, es una causa abundante de enfermedades y de debilidad física. Cada soplo de aire puro que respiramos, libra la sangre de impurezas. Cada latido del corazón envía la sangre por las arterias a todas las partes del cuerpo, donde ésta recoge las materias gastadas y envenenadas y vuelve por las venas al corazón; el corazón, funcionando luego como bomba, impele la sangre a los pulmones, donde se purifica y se vitaliza con el oxígeno del aire que respiramos. Si este aire está cargado de venenos, su poder para purificar y vitalizar se disminuye y la sangre tiene que volver a cargarse con estos venenos y arrojarlos sobre los otros órganos delicados, sobrecargándolos y debilitándolos. De tal suerte el cuerpo se llena de impurezas, hasta que la naturaleza se desahoga, quemando las impurezas con fiebres o expeliéndolas en la forma de humores escrofulosos, llagas y otras enfermedades graves.

LA VENTILACION DIARIA

No basta abrir las puertas y las ventanas y ventilar bien la casa una vez por semana. Algunas amas tienen un día especial para tal ventilación y se consuelan creyendo que esa sola corriente, junto con el poco de aire que entra por la cerradura, basta para una familia, por una semana. Cada habitación en la casa debe ventilarse diariamente. Cuando el tiempo es bueno, las puertas y las ventanas deben abrirse de par en par una hora todas las mañanas; si se pueden tener abiertas más tiempo durante el día, mejor será.

LA CANTIDAD DE AIRE QUE SE NECESITA

Si no se ha hecho bastante provisión para ventilar constan-

temente, las ventanas deben acomodarse a tal fin, lo mejor que se pueda, abriéndolas bien.

La ventilación necesaria depende del tamaño de las habitaciones, del número de personas que viven en la casa y del uso que se haga de lámparas de gas o estufas de petróleo. Cada individuo y cada llama consume oxígeno y despide gas ácido carbónico, uno de los venenos más peligrosos; y la ventilación debe ser suficiente a fin de dar una cantidad abundante para todos. A medida que se agota el oxígeno, las lámparas arden mal; lo mismo sucede con la lámpara de la vida. Para arder bien y con brillo, debe tener una cantidad de aire puro y fresco y debe arrojarse el aire viciado.

DORMITORIOS MAL VENTILADOS

Las habitaciones para dormir, mal ventiladas, perjudican mucho la salud. La vitalidad está en su punto más bajo durante las horas de dormir y entonces el sistema absorbe más fácilmente los venenos. Con bastante frecuencia se hallan las ventanas cerradas y las aberturas en las paredes cubiertas con gruesas cortinas. Es realmente peligroso dormir en una pieza semejante. Al entrar en tales habitaciones por la mañana, se encuentra uno con un hedor insoportable, estando el aire cargado con las impurezas exhaladas durante la noche.

EL TEMOR A LOS RESFRIOS

Muchas personas se encierran cuidándose del aire por temor a un resfrío, cuando en verdad las habitaciones mal ventiladas constituyen una de las causas principales de resfríos, mal de garganta y una pesadez y decaimiento general. Las habitaciones y dormitorios mal ventilados son indudablemente responsables, en gran parte, de la pérdida de vitalidad y de energía física, que abre las puertas a las enfermedades del pulmón y los bronquios. El *aire cocido* no se puede recomendar como se recomiendan las habas cocidas. Es la causa de muchos resfríos. Más vale endurecernos poco a poco contra el frío, y por medio de la buena ventilación reforzar nuestra capacidad para resistir. El aire fresco a los cero grados, es mejor que el aire impuro o viciado, no importa a qué número de grados de temperatura agradable. Las gentes que viven en casas mal ventiladas no pueden ser ni sanas ni vigorosas

CUARTOS HUMEDOS

Algunas personas viven bajo la creencia de que con cerrar puertas y ventanas están protegiendo sus habitaciones contra el frío y la humedad. Todo lo contrario acontece, pues es muy difícil calentar el aire impuro; aun en tiempo de frío, cuando se tiene que calentar algún salón grande, se ahorra tiempo y combustible

dejando llenar el salón con el aire puro y fresco, antes de encender el fuego. Si el aire se mantiene puro en una casa, puede tenerse a buena temperatura con menos combustible que cuando el aire está viciado. Toda casa mal ventilada es seguramente húmeda y la humedad no tiene por donde escaparse; así, pues, baña las paredes y los cuartos se hacen húmedos y fríos.

CUARTOS CALIENTES

Se estorba frecuentemente la ventilación debido a la costumbre inconsiderada de tener los cuartos a una temperatura muy elevada. Con frecuencia, algunas casas tienen una temperatura de veinticinco a veintisiete grados en la estación fría. Tal temperatura causa un decaimiento excesivo y se expone uno a cambios peligrosos por el enfriamiento repentino que se experimenta al pasar de una pieza caliente al frío exterior o al de los corredores de otros cuartos.

CORRIENTES DE AIRE

Evítense las corrientes de aire cuando esté uno caliente. Puede ser muy agradable, pero el bienestar que se siente será de poca duración. Debe entenderse que una brisa o el aire en movimiento no es precisamente una corriente. Esta precaución se da como un aviso contra la repentina detención del sudor. *Enfriarse poco a poco* es un dicho muy común que se debe recordar.

Los dormitorios mal ventilados son un sepulcro, ha dicho un médico. Por otro lado, los dormitorios con exceso de aire en la estación del frío también hacen sepulcros. Un chiflón de aire que viene del exterior y da sobre la persona dormida, que tiene mal de garganta o de los bronquios, es más peligroso que una ventilación imperfecta. En esto, como en otras cuestiones sanitarias, las circunstancias individuales tienen que tomarse en cuenta.

En una convención reciente, que se convocó a mediados del invierno, los concurrentes habían estado sentados por más de dos horas en un salón mal ventilado y muy caliente. Durante un receso de quince minutos las ventanas y las puertas fueron abiertas de par en par y el viento frío penetró dentro del edificio, trayendo el aire, ciertamente puro, pero causando un cambio repentino. Al terminar la intermisión, un médico eminente se presentó y explicó los peligros que ocasionan cambios tan repentinos. Dijo que *podían causarse enfermedades mortales con una exposición que dure cinco minutos; mientras que un hombre podía vivir, aunque con dificultad, por cincuenta años en un aire impuro.*

APLICACIONES UTILES DE LA GEOMETRIA

POR JOSE ARTEAGA

HE aquí una regla fácil para encontrar el volumen de un vaso en forma de un trozo de cono, una de las más comúnmente usadas.

Se mide con cuidado el diámetro de la boca, el del fondo y la altura del vaso. Con los datos así obtenidos se procede como sigue:

Se obtiene el cuadrado de los diámetros (multiplicando cada uno por su propia longitud) se suman los cuadrados y a la suma se agrega el producto de la longitud de un diámetro por la del otro. El resultado anterior, se multiplica por la altura y éste producto por 0.7854. El resultado así obtenido se divide por 3 para encontrar el volumen deseado.

Tenemos, por ejemplo, un vaso de la forma de las cubetas que comúnmente se utilizan para usos domésticos (figura 1).

Los diámetros AB y CD se miden por cualquiera de los procedimientos ya explicados en *EL MAESTRO*.

Fig. 2.

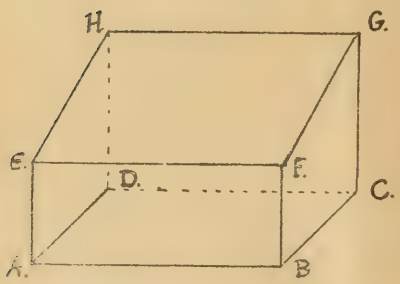
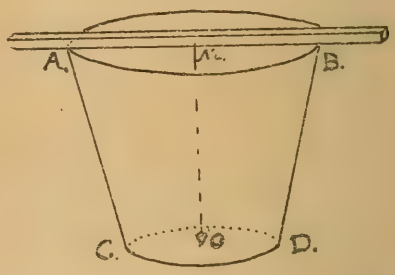


Fig. 1.



Para obtener la altura OM, conviene colocar una regla bien fuerte sobre los bordes de la cubeta y con una plomada, medir cuidadosamente la distancia que hay de los bordes de la misma al fondo.

Sea en el ejemplo propuesto:

Díametro AB. . . . . .30 centímetros.
Díametro CD. . . . . .25 centímetros
Altura OM. . . . . .35 centímetros.

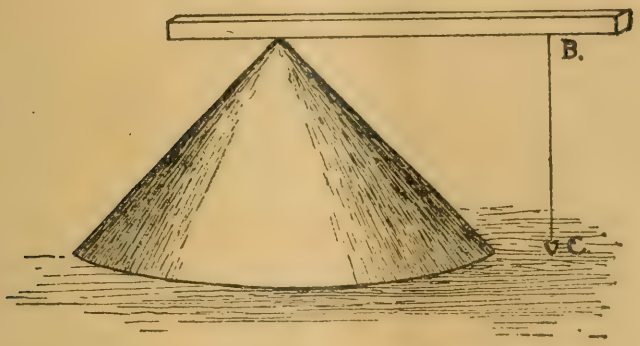
Según la regla se tendrá:

AB^2 cuadrado del diámetro AB=. 900
CD^2 cuadrado del diámetro CD=. 625
AB × CD producto de los diámetros. 750

Suma.....2275

2275 X 35=79625
79625 X 0.7854=62527.—Tercera parte del resultado anterior.

Fig 3.



20842 centímetros cúbicos (omitiendo las cifras decimales) o sea 20 litros y 842 centímetros cúbicos. Muy aproximadamente 21 litros.

Si se desea saber el volumen de una caja cuya tapa está inclinada con respecto al fondo (figura 2), o de cualquiera otro sólido de forma semejante, se procede así:

Se mide la arista AE, BF, CG, DH, y la suma de sus dimensiones se divide entre el número de aristas. Este resultado se multiplica por la superficie de la base o fondo de la caja. El producto es el volumen.

Cuando se quiere saber violentamente la cantidad de metros cúbicos o de hectólitros que hay en un montón de arena, grava, tierra o aún de grano, se comienza por dar al montón una forma regular. (Cono o prismo, figuras 3 y 4.)

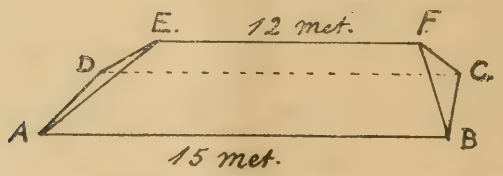
Si se trata de un cono, figura 3, se encuentra la superficie de la base como ya se ha dicho al tratar del volumen del tinaco (número anterior de *EL MAESTRO*)

Se mide, por medio de una regla colocada a nivel y una plo-

mada, la altura BC del cono. Se multiplica la superficie de la base por la altura y la tercera parte de este producto es el volumen.

Si el material no se puede disponer como anteriormente se expresa, se arregla de modo que tome la forma de un trozo de prisma triangular o cuña, figura 4, procurando que la base AB, CD

Fig 4.



sea rectangular y que la arista EF quede a nivel y tan recta como sea posible.

Hecho esto se mide, como al tratarse del cono, la altura del punto E valiéndose de una regla a nivel y de una plomada. Se miden las aristas AB, CD y EF, se suman sus dimensiones, se multiplica la suma por la altura medida y por el ancho AD de la base Dividiendo el producto por 6 se tiene el volumen.

Tomando las indicaciones de la figura 4, se tiene:
AB+BC+EF=42 metros.... Altura del punto E, 1.20.... ancho AD=2 metros.
$42 \times 1.20 \times 2 = 100.80$..... $\frac{100.80}{6} = 16.80$ metros cúbicos.

NOTA.—Es conveniente para evitar errores, expresar todas las medidas en metros o en centímetros. En el primer caso, se obtendrán metros cúbicos; en el segundo caso, centímetros cúbicos

Metros cúbicos divididos por 10 dan hectólitros. Centímetros cúbicos multiplicados por 1,000 dan litros. Litros multiplicados por 100 dan hectólitros.

LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO

LOS METODOS DEL PROFESOR CATTERSON-SMITH

TODOS los que—iniciados o profanos en el arte del dibujo, maestros o discípulos—hayan experimentado alguna vez la dificultad de "pintar" de memoria hasta los objetos de uso más familiar y más triviales (un par de tijeras, por ejemplo), harán bien en leer un pequeño e interesante libro que acaba de publicar el señor R. Catterson-Smith, exdirector de Educación Artística de la ciudad de Birmingham, Inglaterra.

Bajo el título de *Drawing from Memory and Mind Picturing* (*) el señor Catterson-Smith expone en su libro, en forma lúcida, atractiva hasta para el profano, y con gran acopio de ilustraciones, los métodos de enseñanza que por muchos años, y con admirables resultados, ha estado poniendo en práctica en la Escuela de Arte de Birmingham. Esos métodos son el fruto de largos y pacientes estudios dedicados a la investigación de las funciones de la memoria en relación con las obras de arte. Su exposición está llamada seguramente a abrir un nuevo y ancho campo a la enseñanza del dibujo en todas partes, y a darle a este arte el lugar que le corresponde, no sólo en la educación artística propiamente dicha, sino en el cuadro general de la educación moderna.

Hasta hace unos cuarenta años, el dibujo se enseñaba como un mero ornamento cultural, sin ningunos fines prácticos de educación bien definidos, y su estudio se reservaba casi exclusivamente a los aspirantes a la carrera de las Bellas Artes. Hoy, en cambio, se le considera como un elemento importantísimo de educación general, y su enseñanza se practica con esmero en todas las escuelas. Pero si es cierto que en los últimos tiempos ha habido una revolución saludable en cuanto al concepto educativo del dibujo, no puede decirse lo mismo en cuanto a los sistemas adoptados para su enseñanza, que en la mayor parte se limitan a perfeccionar la habilidad puramente mecánica del alumno para reproducir o imitar modelos y diseños, descuidando una función mucho más importante y útil, como es la de estimular su espíritu de observación, educar su memoria (para aprovechar inteligentemente todo lo que ésta ha atesorado, y que ha sido ya asimilado e individualizado)

(*) Sir Isaac Pitman and Sons. Litd. Bath, England.

y, en el caso de artistas, de desarrollar su facultad inventiva—única capaz de producir obra de arte.

El señor Catterson-Smith es uno de los pocos educadores que ha comprendido la necesidad de reformar estos anticuados métodos de enseñanza del dibujo, haciéndolos más adaptables a su objeto, y más en consonancia con nuestras ideas modernas de lo que debe ser la educación.

"Si el objeto principal de la educación artística"—dice el señor Catterson-Smith—"es infundir el conocimiento del Arte en las masas, descubrir a los que están dotados de talentos especiales y, una vez descubiertos, desarrollar sus facultades imaginativas y creadoras de artistas, es muy discutible entonces la bondad de los métodos usuales de enseñanza, que consisten, en general, en la reproducción o copia directa de objetos y modelos." Los métodos que él ha puesto en práctica, son enteramente diferentes, y vienen a ser en cierto modo una continuación, aunque desde un punto de vista diverso, de las teorías expuestas por Lecoq de Boisbaudran hace tres cuartos de siglo, en su tratado sobre la educación de la memoria en relación con el Arte.

Catterson se dirige a la imaginación, no a la habilidad más o menos mecánica del alumno. "La imaginación"—dice Wordsworth—"no tiene nada que ver con las imágenes que son una mera copia fiel que el cerebro guarda de los objetos externos ausentes: es una palabra de un significado más alto, y que denota ciertas operaciones del cerebro sobre esos objetos." Y John Ruskin escribía en 1883: "Por imaginación entiendo, sobre todo, la facultad de ver cualquier cosa que describimos, como si fuera real: de tal suerte que viéndola como la describimos (o pintamos), observemos en ella ciertos puntos que hagan más vívida la descripción,—puntos que una *vaga memoria* no hubiera percibido, o que fácilmente se hubieran podido tomar de las expresiones de otros escritores." Dickens expresa un pensamiento semejante cuando dice en *David Copperfield*: "Cuando escribo, más que *recordar,* lo que hago es *ver y oír.*"

Atento a este orden de ideas, el objeto principal que persigue el señor Catterson-Smith, es desarrollar en el principiante, no la mera habilidad para copiar o imitar lo que ve, sino su facultad inventiva y constructiva —creadora, en una palabra—. No es la reproducción fiel de un modelo u objeto cualquiera lo que debe interesar al alumno, sino la *concepción mental* que de él se forme, y que le sirva después para expresar ese modelo u objeto en términos de Arte.

No de otra manera procedían los grandes artistas griegos de la antigüedad, cuyas obras eran el resultado de concepciones mentales provenientes de la observación, de la memoria y de la experiencia, más bien que de la copia directa y fiel de objetos y mode-

los. En apoyo de esto, el autor cita las palabras del profesor Loewy en su tratado sobre la representación de la naturaleza en el arte griego primitivo: "Al lado de las imágenes que la realidad presenta a los ojos, existe otro mundo de imágenes, que viven ya, o que toman vida, sólo en nuestra mente, y que aunque sugeridas de hecho por la realidad, han sufrido sin embargo una metamorfosis. Todos los artistas primitivos, al imitar a la Naturaleza, tratan meramente de reproducir, con la espontaneidad de una función física, esas imágenes mentales: y así era como pasaba con los griegos."

El desarrollo de esta facultad de producir o percibir *imágenes mentales,* debe ser, en opinión de nuestro autor, el punto de partida de la educación del artista, y debe entrar en gran parte en el programa de todos los planteles en que se enseña el dibujo. Para lograr este objeto implantó en la Escuela de Arte de Birmingham un método original de enseñanza, que consiste en habituar a los alumnos a dibujar y modelar de *memoria,* valiéndose de imágenes mentales, ya sean conscientes o inconscientes, es decir, espontáneas.

El señor Catterson-Smith dice al alumno: "Quiero que veas con los ojos de la imaginación, no que des forma o que pienses *constructivamente*: más bien dejando que la imagen o imágenes lleguen a tu cerebro libremente. Si piensas y construyes, lo más probable es que en la mayor parte de los casos te equivoques; pero en cambio, tu libre *visualización* es muy posible que sea siempre justa y correcta. Porque tu *vista mental* ha obtenido su conocimiento de las cosas por medio de un flujo constante de imágenes transmitidas a tu cerebro del exterior—la presencia de millares de cosas que pasan por tus ojos sin que puedan analizarlas, y que forman un gran tesoro de imágenes en tu mente. De algunas de ellas, quizá puedas comprender la construcción, y en tal caso las evocarás en un momento dado; pero la gran mayoría escapan a tu análisis y comprensión. Puedes, sin embargo, evocar sus imágenes, y si dejas que éstas lleguen a tu cerebro libremente y sin esfuerzo, te será dado reproducirlas fielmente."

Claro es que estas imágenes mentales no deben confundirse con la imagen que persiste en la retina cuando se cierran los ojos después de haber mirado fijamente un objeto, especialmente un objeto luminoso. Esta última es una imagen óptica, que puede, no obstante, convertirse en imagen mental si la memoria la evoca; pero su valor en la educación artística es casi nula, como no sea en relación con el estudio del colorido.

Entre los métodos empleados por el señor Catterson-Smith, el más ingenioso quizá, es el que consiste en hacer que los alumnos dibujen *con los ojos cerrados* un objeto cualquiera cuya imagen mental han percibido de antemano. Naturalmente, estos

dibujos resultan defectuosos en línea y proporción, pero no en concepción, y generalmente reproducen con suficiente claridad y precisión el objeto imaginado. Después de hacer el dibujo con los ojos cerrados, el alumno procede a hacer un diseño acabado *con los ojos abiertos,* pero sin permitirle que copie el dibujo hecho a ciegas, ni que se guíe por él. La práctica constante y sistemática de esta clase de ejercicios, desarrolla en el alumno una facultad de *visualización* verdaderamente extraordinaria, como podrá ver cualquiera que se tome el trabajo de examinar las ilustraciones que presenta el autor.

Para desarrollar esta facultad en los principiantes, el maestro puede poner en práctica ejercicios como éste:

"Imaginen ustedes"—les dirá a los alumnos—"que tienen un disco de papel blanco en la mano: dóblenlo (todas estas operaciones mentalmente, por supuesto) en forma de semicírculo, y en seguida, en forma de cuadrante de círculo: imaginen ahora que con unas tijeras recortan una muesca en el ángulo formado por los lados del cuadrante (que corresponde al centro del disco), y otra en el centro de cada uno de estos lados. Finalmente, imaginen que desdoblan el papel y lo extienden sobre la mesa. El problema es dibujar ahora, *con los ojos cerrados,* el disco, mostrando los dobleces y las muescas hechas." Este ejercicio, uno de los más sencillos, permite variantes y modificaciones ilimitadas al maestro, quien únicamente debe cuidar de no exigir demasiado esfuerzo de concentración mental al alumno, para que sus dibujos sean siempre el resultado de la visualización de las imágenes, y no de esa "vaga memoria" de que habla Ruskin.

Entre los dibujos hechos por los alumnos de la Escuela de Arte de Birmingham, de memoria y a ojos cerrados, hay algunos que podrían competir ventajosamente con las mejores copias y reproducciones directas de objetos y modelos de cualquier academia. Esos dibujos, por otra parte, abarcan un inmenso campo de experimentación y de estudio. El alumno empieza por dibujar (todo de memoria, como se ha dicho) hojas y plantas de sencilla estructura; pasa después a la combinación de unidades de ornato; en seguida a la reproducción de objetos proyectados por breves instantes en una pantalla, por medio de una linterna mágica. Más tarde se le hace que dibuje de memoria, objetos de todas clases vistos en una visita a un museo público. Viene, en seguida, el dibujo al dictado, que consiste en hacer que el alumno dibuje con los ojos cerrados, y después con los ojos abiertos, alguna combinación estructural, como un cubo a un ángulo determinado, arriba o abajo del horizonte visual, y que tiene superpuesta en cada una de sus caras, una pirámide cuadrangular, por ejemplo. Estos ejercicios sirven para aplicar los principios de perspectiva que el alumno recibe en clases especiales. Una vez adquirida práctica en

estos ejercicios, el alumno pasa a dibujar (de memoria también) animales en reposo y en movimiento, al diseño de artículos manufacturados, tales como cafeteras, jarras, etc.; al modelado, a la composición, a la ornamentación, etc., etc., y finalmente, al dibujo de la figura humana en todos sus aspectos.

Hay algunos otros ejercicios suplementarios que son dignos de mención, a saber:

El maestro muestra a los alumnos una parte de un objeto cualquiera, y les pide que dibujen el objeto completo. Muestra en una pantalla un animal cualquiera en una actitud determinada, y pide a los alumnos que dibujen ese mismo animal en *otra actitud*. Lleva a los alumnos a un cinematógrafo, y al volver a la escuela les hace dibujar algo de lo que vieron. El maestro hace una descripción verbal de un cuadro de una galería de pinturas, y pide a los alumnos que lo reproduzcan. (Ejemplo notable de esto, es una ilustración que representa un dibujo a colores hecho por los alumnos de la Escuela de Arte de Birmingham, basado en una descripción verbal de un cuadro de Antonio Pollajuolo, que los alumnos no habían visto nunca.)

De los resultados obtenidos en la aplicación de estos métodos, nada habla más alto que la serie de ilustraciones y ejemplos que presenta el señor Catterson-Smith en su libro. El señor F Marley Fletcher dice de ellas:

"En ellas encontrará el maestro y el educador revelada una nueva fuente de inspiración en la enseñanza, y su estudio aumentará el conocimiento que ya poseemos de las facultades latentes que pueden ser capaces de desarrollo, para altos fines, en el Arte del porvenir."

Para concluir, séame permitido citar las palabras de Henry Wilson en su informe sobre la Escuela de Arte de Birmingham:

"Mi experiencia personal, y una larga observación de los resultados obtenidos, me han convencido de que el método de enseñanza ideado y puesto en práctica por el señor Catterson-Smith .....es el sistema que por tanto tiempo han estado buscando los dibujantes, los trabajadores y los maestros. Este sistema ofrece una solución al problema de la educación artística, que puede aplicarse de la manera más extensa posible a cualquier forma de la educación..... No solamente capacita al alumno para obtener resultados que parecen verdaderamente milagrosos si se les compara a los que se obtienen con los sistemas comúnmente en uso hoy día; sino que la aplicación de esos métodos, crea y desarrolla en un grado extraordinario la personalidad de cada alumno..... Apenas puedo imaginar, o desear, un beneficio más grande que el que recibiría la educación, si todos los planteles adoptaran los principios fundamentales del sistema de enseñanza que se practica en la Escuela de Arte de Birmingham."

J. F. U.

ENFERMEDADES DE LA VACA LECHERA

POR HERIBERTO RUIZ STANFORD

EN esta sección hemos tratado ya de los cuidados generales y de la alimentación más propia de la vaca lechera y de su cría; ahora, aunque de una manera elemental, trataremos de sus enfermedades más frecuentes, que son, a saber: la *mamitis* o inflamación de la ubre, los *meteorismos* o indigestiones gaseosas, las indigestiones sencillas y la tuberculosis, en la vaca; y las diarreas en la cría.

Por supuesto que no son estas todas las enfermedades a que está expuesta la vaca, pero sí las más comunes y por consiguiente las que debemos explicar en estos artículos de divulgación general y elemental. Las otras enfermedades, que omitimos porque no es posible hacer aquí un tratado completo de patología vacuna, no son tan frecuentes y resultan de causas especiales, de los diversos climas, etc.

Mamitis. La mamitis, o inflamación de toda o de parte de la ubre, es muy común en las vacas lecheras y se presenta bajo diversos aspectos según la parte de la ubre donde se localiza la inflamación. Sus causas son varias: la retención de la leche por taparse un pezón, heridas, desaseo de las camas, etc. También suele ocurrir debido a algún enfriamento, pero la causa más frecuente es la infección de la ubre, o penetración en ella de microbios que, hallando allí un medio favorable a su desarrollo, producen la inflamación.

Síntomas: Bien sea que un *gajo* (cuarto) o varios sean los afectados, se nota en toda la ubre un aumento de volumen; su piel se vuelve brillante, se pone dura, caliente y dolorosa; se observa a veces que el animal abre las piernas tratando de buscar mayor comodidad, y en el período intenso del malestar la vaca pierde su apetito, cesa de rumiar y entra en calentura.

Por lo que respecta a la leche, sufre cambios notables, como es de entenderse: se altera en su aspecto y composición; se forman coágulos en ella, debidos a la presencia de pus, y el escurrimiento es de un color amarillento y a veces sanguinolento. Cuando la enfermedad se presenta en una forma benigna, al cabo de tres o de cuatro días se observa la disminución de los síntomas indicados y poco a poco la leche va tomando sus caracteres normales; pero este caso es bien raro; lo frecuente es que la enfermedad tienda a des-

arrollarse hasta ocasionar la pérdida de la ubre y a veces la muerte de la vaca. En los casos más graves se forman abcesos, o sea colecciones de pus, ya superficiales o bien profundos en la ubre, y en ocasiones se presenta la terrible *gangrena*. Esta se da a conocer, cuando es superficial, por unas manchas de color violáceo o negruzco, pues cuando es profunda no es fácil determinar su aparición; y por último, se presenta la muerte del animal por una especie de envenenamiento de la sangre.

De lo expuesto se comprende la necesidad de que un facultativo examine al animal y determine la clase de mamitis de que adolece, así también como para que ordene el tratamiento más adecuado. Al hablar de esto, indicaré algunos medicamentos que pueden emplearse al principiar la enfermedad, a reserva de recurrir a un veterinario.

Al notarse la menor inflamación, aunque la disminución de la leche sea poca, debe de procurarse dar a la vaca enferma una cama limpia que se cambiará todos los días. Desde ese instante se dejará de ordeñar la vaca para vender la leche, y sólo se hará para evitar un recargo del líquido que puede ser perjudicial. La leche extraída de los gajos sanos puede, cuando mucho, darse como alimento a los cerdos, pero de ningún modo venderse como pura ni darse a la gente.

Una vez que la vaca esté en un medio lo más aseado posible se le harán aplicaciones calientes de cocimiento de *tlalchichinole* o *toloache,* en las partes de la ubre inflamadas, y se hará ésto con un lienzo o con algodones limpios. Las aplicaciones se harán tres veces al día cuando menos, y durarán unos diez minutos cada una.

Es muy conveniente procurar que las tetas enfermas no estén tapadas, para lo cual se puede hacer uso de unos alambres delgados y de punta redonda, bien desinfectados. Lo mejor, desde luego, es el uso de sondas especiales. Una vez que se observa que la teta está destapada, se procede a aplicarle, con una jeringa de vidrio de punta delgada, una inyección de agua boricada al 3 por ciento, dos veces al día, mañana y tarde. Durante todo este período de cura, la vaca deberá mantenerse en un lugar abrigado.

Cuando la mamitis es, por decirlo así, de carácter no grave, es fácil por medio del tratamiento descrito detener el avance de la enfermedad y curarla; pero en el caso de la mamitis contagiosa o de la mamitis aguda, debe llamarse con la mayor urgencia a un médico veterinario.

Meteorismo. El meteorismo, o indigestión gaseosa de las vacas, es otra de las enfermedades más frecuentes de estos animales. La causan por lo general los gases que se forman en el primer compartimento estomacal (panza) de las vacas, producidos por la fermentación excesiva de los alimentos o por otros trastornos

digestivos, muchas veces ocasionados por cualquier cambio de alimentación.

Síntomas: El vientre aumenta de volumen, el animal muestra ansiedad y falta de apetito y deja de rumiar; sufre ligeros cólicos, su respiración se acelera y la boca se le pone seca y la lengua pastosa.

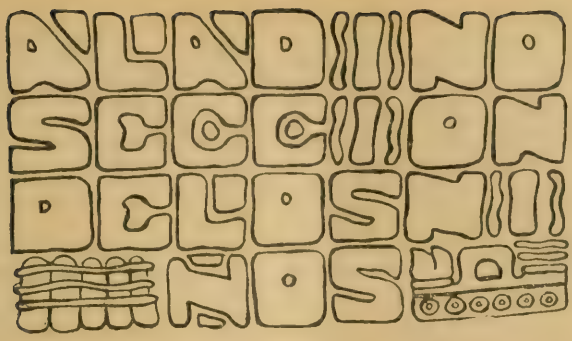
Por lo general las vacas tuberculosas son las más propensas a contraer esta enfermedad, la cual, sino se atiende debidamente, causa la muerte por asfixia una media hora después de principiada

Su tratamiento es sencillo, pues sólo consiste en dar al animal enfermo un brebaje de la siguiente fórmula:

Infusión de Manzanilla.	1 litro.
Alcohol.	200 gramos.

o también:

Salol.	10 gms
Bicarbonato de sodio.	50 „
Eter sulfúrico.	5 „
Nuez vómica.	5 „
Agua.	C. B.



LA ODISEA

DESPUES de la guerra de Troya los griegos volvieron a su patria, pero el hado quiso que Ulises vagara errante durante varios años antes de llegar a su país, y la *Odisea* contiene la narración de sus aventuras durante estos años. El nombre griego de Ulises era Odiseo, y la palabra *Odisea* significa "referente a Odiseo."

Cuando los griegos se hicieron a la vela en la costa del Asia Menor, a fin de volver a su hermoso país, ninguno de los príncipes estaba más ansioso por llegar a su patria que el sabio y valiente Ulises. Pero a pesar de todos los esfuerzos de sus marinos, unos vientos adversos llevaron sus naves lejos de las islas de Grecia. En el hogar, su esposa Penélope y su hijo Telémaco aguardaban su regreso; pero aún hubieron de esperar durante diez años después de la guerra de Troya, y en este tiempo nuestro héroe tuvo veinte aventuras. Aquí mencionaremos sólo unas cuantas.

En vez de ser llevados hacia Grecia, los barcos de Ulises fueron empujados a lo largo de la costa del Asia Menor y, acosados por el hambre, él y sus hombres no tuvieron al fin más recurso que desembarcar y atacar a los habitantes de una pequeña ciudad, quienes huyeron despavoridos. Los griegos satisficieron entonces largamente el hambre y la sed que les devoraba. Mientras tanto los habitantes regresaron y les acometieron, matando a más de la mitad de los marinos que habían desembarcado. Los restantes pudieron difícilmente volver a sus barcos.

Ulises y aquellos de sus hombres que pudieron escapar, desembarcaron en la isla que en la actualidad se llama Sicilia y vagaron por ella hasta llegar a una gran cueva. En esta cueva hallaron enormes jarros de leche, y otras señales de que estaba habitada. Era, en efecto, la vivienda de uno de aquellos fabulosos gigantes

que, como los dioses y diosas de las antiguas leyendas, existían sólo en la imaginación del pueblo de aquella época. El gigante se llamaba Polifemo y hubiera sido difícil imaginar nada más feo y cruel. Tenía un solo ojo, colocado en medio de la frente. Era el jefe de una raza de gigantes de un solo ojo, llamados cíclopes.

Por la noche, mientras Ulises y su gente esperaban en la cueva, entró en ella el gigante conduciendo delante de sí un rebaño de carneros gigantescos y obstruyendo luego la entrada por medio de una piedra que no habrían podido mover veinte hombres juntos. Ulises se adelantó hacia él, y ofreciéndole un odre de vino—pues en aquel entonces en vez de botellas se usaban pellejos—pidió gracia para él y sus compañeros. El gigante bebió el vino, saboreándolo. Prometió una dádiva a Ulises por su regalo; pero, como procediera inmediatamente a comerse a dos de los griegos, apareció bien claro que no podía esperarse piedad de aquel monstruo.

Polifemo preguntó luego a Ulises cómo se llamaba; pero el príncipe era demasiado inteligente para darse a conocer, y respondió:

"Mi nombre es *Nadie;* mi padre, mi madre y todos mis compañeros me llaman lo mismo."

A lo cual replicó el gigante:

"¿Quieres saber cuál será mi dádiva? Bueno: *Nadie* será el último que comeré de todos tus compañeros; los demás le precederán: este será el regalo de hospitalidad."

Transcurrieron seis días de terror y el gigante cada noche disminuía en dos a los compañeros de Ulises, antes de que este sabio príncipe encontrara un medio de fuga. Durante la séptima noche, mientras Polifemo dormía tendido en el suelo. Ulises asió una enorme estaca de madera y ayudado por sus hombres, la introdujo en el ojo del gigante, cuyos quejidos de dolor despertaron a otros de los fabulosos habitantes de la isla, pero éstos no pudieron entrar en la cueva, gracias a la piedra que obstruía la entrada. Entonces, desde fuera, llamaron a su jefe, preguntándole qué le sucedía, a lo que respondió:

"Amigos, *Nadie* me mata, no con violencia sino con astucia."

A lo cual replicaron los demás:

"Puesto que nadie te hace violencia, solo como te hallas, no es posible que te libres de la enfermedad que el gran Júpiter te envía."

Dicho lo cual se marcharon, abandonándole. Pero todos los griegos juntos eran incapaces de mover la piedra y tuvieron que esperar hasta el amanecer, en que el gigante, aunque ciego, apartó a un lado la piedra a fin de dejar salir a su rebaño de enormes carneros. El mismo se sentó en la entrada para impedir que pudieran escaparse los griegos. Pero Ulises había sido lo bastante perspicaz para preverlo, y había atado a uno de sus hombres bajo cada

uno de los carneros, de manera que, cuando aquellos animales pasaron por la puerta llevaban consigo a todos los griegos. Ulises y su gente escaparon hacia sus barcos y así termina la tercera de sus aventuras sorprendentes.

Más curiosa es todavía la aventura de los griegos cuando en sus peregrinaciones caen en poder de una bruja llamada Circe, quien les ofrece vino que los transforma en bestias. Aquí también Ulises es demasiado prudente para caer en el lazo, y rehusa beber el vino, lo cual redunda en beneficio suyo, ya que la bruja no puede menos de admirar su talento, y por él devuelve a sus compañeros al estado natural.

Varias de las aventuras de Ulises son muy significativas y están llenas de enseñanzas para nosotros, si procuramos aprovecharlas. Una de las más interesantes es la aventura de las sirenas, bellos monstruos que se situaban a lo largo de la costa y cantaban tan dulcemente que los marinos sentían la tentación de dirigirse a tierra. Las sirenas no eran sino verdaderas furias, que mataban a cuantos desembarcaban.

Aquí la prudencia de Ulises salvó de nuevo a su gente. Tapó con cera los oídos de sus marinos, de manera que no pudieran oír el canto de las sirenas, y pasaron por aquel sitio sanos y salvos.

La aventura siguiente, consiste en el paso de las naves por entre un escollo llamado Escila y un terrible torbellino llamado Caribdis; Ulises consigue pasar con éxito. Pero vayamos al final

de estas extraordinarias aventuras y veremos a Ulises desembarcando felizmente en la costa de Itaca, la isla griega de la cual era rey.

Veinte años habían transcurrido desde que abandonó el país para tomar parte en la gran guerra contra los troyanos; y durante todo este tiempo, Penélope, que se ha hecho célebre por su bondad, su belleza y su sabiduría, estuvo aguardando pacientemente su regreso. Varios pretendientes habían deseado casarse con ella y habían ido al palacio diciendo: "Ulises ha muerto, de lo contrario ya habría vuelto." Pero ella los rechazó a todos, diciéndoles que no se casaría de nuevo hasta que terminara un lienzo que estaba tejiendo; pero como cada noche deshacía lo que había tejido durante el día, el lienzo nunca estuvo terminado.

Al llegar Ulises a su palacio, se hallaban allí varios de los príncipes que deseaban casarse con Penélope. Nadie conoció al rey (excepto su vieja ama de leche y su perro), porque había cambiado mucho en los veinte años de aventuras. Pero Ulises comunicó quién era a su hijo Telémaco, y entre ambos mataron a los príncipes que habían estado molestando a Penélope. Luego fué Ulises en busca de su esposa, quien al principio no podía creer que era su marido que había vuelto; pero, por último, su regocijo no tuvo límites al ver que su sabio y noble rey se encontraba salvo después de tan extrañas aventuras.

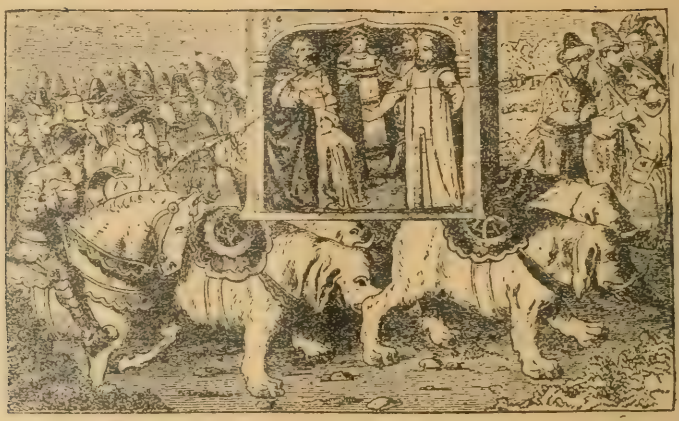
LOS VIAJES DE MARCO POLO

EXTRAORDINARIO es el caso, pero no por esto menos cierto, de un joven que movió a varios hombres a realizar aventuradas exploraciones por mares desconocidos a fin de descubrir y dar a conocer las ignoradas regiones del planeta.

De cuando en cuando habíanse emprendido antes viajes de exploración; pero, como los viajeros no escribían lo que habían visto, sus descubrimientos ninguna utilidad reportaban al resto del género humano. Marco Polo, joven de quince años y de constitución no muy robusta, acometió la empresa de viajar por países desconocidos y salvajes en busca del camino de China; pero después escribió las memorias de sus viajes dando cuenta de todo lo que había visto. Con sus narraciones, en que se describían lejanos países y la riqueza y esplendor de otros territorios, inspiró a otros hombres el deseo de visitarlos. En sus memorias refería Marco Polo cómo había llegado a tan extrañas tierras, y así los viajeros sucesivos no tenían más que seguir el camino que él había recorrido; pero sugirióles además el deseo de ir a ellas por mar.

Marco Polo era natural de Venecia; su padre y su tío, llevados del amor a los viajes, habían realizado ya el viaje a China, y al emprender una segunda expedición, resolvieron que el valiente Marco los acompañara. Debían atravesar abruptas montañas, áridos desiertos, países de sol abrasador y otros terriblemente fríos: el pobre Marco apenas podía sufrir al principio tan rudas fatigas, pero habiéndose repuesto después, todo lo resistió con valor hasta el final.

Llegaron, por fin, a China, donde un poderoso monarca, llamado Kublai Jan, los recibió con suma amabilidad. Marco creció en la corte y llegó a ser privado del rey; aprendió también varios idiomas y dió tales muestras de su buen ingenio que Kublai le envió de embajador a Cochinchina, a la India y a otros países. De regreso de cada una de estas embajadas, Marco daba cuenta al rey, no tan sólo del resultado de su mensaje, sino de las condiciones, topografía y demás particularidades de los países que había visitado, de las costumbres de la gente y negocios a que se dedicaba, de las ciudades más importantes, y por último, de los ríos y montañas. Jamás había tenido el rey un emisario tan hábil y en



El Rey Kublai Jan

agradecimiento a sus servicios colmó de riquezas a Marco, a su padre y a su tío.

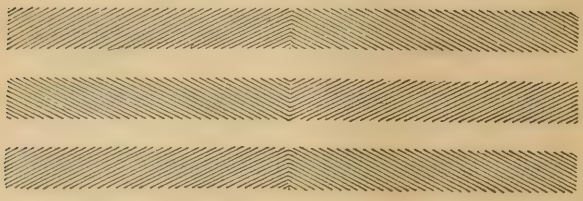
Los Polo desearon, por fin, regresar a Venecia, su patria, de la que habían estado ausentes por espacio de veintitrés años. El soberano sintió muchísimo su partida; pero al cabo, consintió en ella. Marco recordaba todo cuanto había visto y observado, y posteriormente lo escribió en un libro; mas por espacio de mucho tiempo, no se dió crédito a sus narraciones. Nadie podía, en efecto, creer en la existencia de países tan extensos como China y la India, poblados de millones y millones de habitantes; y, al leer lo que Marco Polo refería de las ricas sedas, de las deslumbrantes joyas y de los exquisitos perfumes y manjares, se consideraron sus relatos como pura fábula. Pero, andando el tiempo, y con los progresos de la cultura, echóse de ver que había cierto fondo de verdad en las memorias del célebre viajero veneciano, sirviendo esto de poderoso estímulo para que otros hombres estudiaran y concibieran atrevidos planes de realizar nuevos descubrimientos. El gran Colón, que vivió dos siglos más tarde, fué uno de los que estudiaron la obra de Marco Polo, de la que sacó gran provecho para concebir su plan de llegar por mar hasta la India.

A fin de comprender las dificultades con que tropezó Marco Polo para hacer creer la narración de sus viajes, bueno será recordar lo que les sucedió a él, a su padre y a su tío, cuando regresaron a Venecia. ¡Nadie los reconoció! Nadie quiso creer que el pequeño Marco Polo, que había salido de la ciudad siendo todavía un muchacho, hubiera llegado a ser un expertísimo viajero y un hombre de gran opulencia. A fin de vencer tanta incredulidad, los Polo

Marco Polo desembarcando en Ormuz

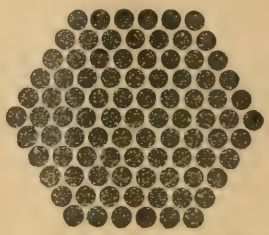
invitaron a sus antiguos amigos a una gran fiesta en la que se presentaron ataviados primeramente con trajes de satín carmesí, que trocaron después por otros no menos preciosos, y finalmente, aparecieron con los sucios y rotos vestidos que habían usado en sus peregrinaciones. Los amigos mirábanlos con sorpresa que aumentó hasta convertirse en asombro, cuando los tres anfitriones, arrancando los remiendos de sus destrozadas vestiduras, mostraron que estaban llenas de riquísimas joyas. Entonces sus conciudadanos creyeron, por fin, que aquellos desconocidos eran realmente los Polo, venidos de lejanos países.

¿PODEMOS DAR SIEMPRE CRÉDITO A NUESTROS OJOS?



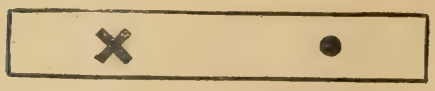
Si se fija la vista en los dos espacios blancos que hay entre las líneas, parecerá que el espacio superior se ensancha en los extremos y el inferior se ensancha en el centro; sin embargo, las tres líneas son perfectamente rectas y paralelas.

¿Cuál es la línea más larga? La de la derecha parece más larga que la otra, y no obstante, ambas tienen la misma longitud.



Si se les mira con mucha fijeza, parecerá que estos circulitos tienen seis lados, (como las celdillas de un panal de abejas), y sin embargo, todos son bien redondos.

¿Cuál es el mayor de los tres? — El agente de policía— dirán muchos; y sin embargo, éste es el más pequeño, siendo la niña la mayor de las figuras.



Tenemos en los ojos un punto ciego, es decir, cierta parte que no puede ver. Se prueba esto, cerrando el ojo izquierdo y mirando la X con el derecho. Sosténgase esta página a 30 centímetros de distancia de los ojos, y váyase acercando a ellos poco a poco. Aunque se mire a la X, se verá también el círculo colocado a la derecha; pero llegará un momento en que éste desaparecerá. Si se acerca más el dibujo a los ojos, se vuelve a ver el círculo.

¿Cuál de estos dos cuadros es el mayor? Al parecer, el mayor es el blanco; pero en realidad, éste es más pequeño que el negro.

Uno de estos dos grupos de líneas parece más alto que ancho, y el otro más ancho que alto; sin embargo, tienen las mismas dimensiones en ambos sentidos.

EL GATO Y EL LORO

MADAMA Teófilo era una gata rubia, de la cual un escritor francés, Teófilo Gautier, refiere la siguiente encantadora historieta:

Tenía el pecho blanco, la nariz rosada, los ojos azules, y se llamaba Madama Teófilo por hallarse conmigo en los más amistosos términos, durmiendo al pie de mi cama, acurrucándose en el brazo de mi sillón cuando escribía, bajando al jardín para seguirme en mis paseos, asistiendo a mis comidas e interceptándome a veces algún bocado al llevarlo con el tenedor a mi boca.

Cierto día, un amigo que debía ausentarse por breve tiempo, confió a mi cuidado un papagayo que tenía. El loro, al sentirse transportado a tierra extraña, se encaramó, valiéndose del pico, hasta el tope de su percha y ya situado allí, silencioso y trémulo, comenzó a rodar los ojos, lleno de alarma.

Madama Teófilo no había visto nunca ningún loro, y aquel ser tan nuevo para ella, le causó evidentemente una inmensa sorpresa. Inmóvil, cual un embalsamado gato de Egipto, miraba al ave con aire de profunda meditación, evocando todas las nociones de historia natural que había podido recoger en los tejados, en el corral y en el jardín.

Cruzaba por sus ojos guiñadores la sombra de aquellos pensamientos y pude descifrar tan claramente como si hubiese hablado en lenguaje humano, el resultado de su examen:

Decididamente, este bicho tan raro no puede ser una gallina verde.

Llegada a esta conclusión la gata saltó de la mesa donde había establecido su observatorio y se agachó en un rincón de la sala, con el vientre contra el suelo, las patas adelantadas, la cabeza baja, los lomos extendidos, como una astuta pantera, en espera de las gacelas que abandonan sus madrigueras para ir a apagar su sed en el lago.

El loro seguía aquellos movimientos con febril ansiedad; erizó sus plumas; hizo resonar su cadena; levantó agitado el pie y aguzó el pico contra el borde de su comedero. El instinto le decía que había un enemigo dispuesto a cometer alguna maldad.

En los ojos de la gata, fijos en el loro con fascinadora intensidad, leíase en un lenguaje que el volátil comprendía perfecta-

mente y no dejaba la menor duda: "Aunque verde, este pollo debe ser bueno de comer."

Seguía yo la escena con interés, pronto a intervenir cuando llegara el caso. Madama Teófilo se fué acercando al loro; agitóse su nariz rosada, entornó los ojos, abrió y cerró sus zarpas. Corríanle ligeros estremecimientos de arriba a abajo del espinazo, como a un goloso que se relame ante un delicioso pollo trufado y deleitábase al pensar en el suculento y raro manjar pronto a ser engullido. Aquel plato extraño, tan nuevo para ella, despertaba su apetito.

De pronto doblóse su lomo como un arco tirante y de un salto elástico llegó al pie de la percha. El loro, viendo el peligro que corría, exclamó de pronto con voz baja y solemne:

¿Has almorzado Jaime?

Esta frase, causó un terror indescriptible en la gata, que dió un salto atrás. Una banda de trompetas, un estruendo de bombos y platillos, un pistoletazo disparado al oído no le hubiera producido un terror más loco. Todas sus ideas sobre los volátiles estaban trastornadas. Su cara expresaba claramente la trastornadora idea que repentinamente le había asaltado:

¡¡¡Este no es un pájaro!!! ¡Este es una persona! ¡Habla!

Entonces el papagallo comenzó a cantar, con voz ensordecedora, convencido de que el terror ocasionado por su disgusto había sido su mejor medio de defensa.

La gata vino corriendo hacia mí, dirigióme una mirada de interrogación, y como mi respuesta no le satisficiera, se metió debajo de la cama de donde fué imposible hacerla salir en todo el día.

Al siguiente, algo más valerosa Madama Teófilo, se aventuró a intentar otro tímido ataque, pero con igual fortuna que anteriormente.

Desde aquel instante echó un velo sobre lo ocurrido y dió por indiscutible que el pájaro verde era un individuo a quien debía tratarse con respeto.

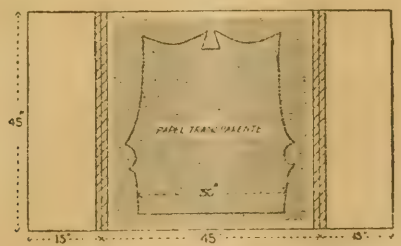
UN TEATRO DE SILUETAS

CON tijeras, goma, cartulina, papel y un pedazo de madera, cualquier niño un poco despejado puede construir un sencillo juguete que resultará muy divertido. Haremos las siluetas de la manera siguiente: cortaremos dos pedazos de cartulina de 0.35 centímetros, por 0.15. Luego cortaremos otro de 35 por 45 centímetros y del centro de éste recortaremos un espacio de 30 centímetros en cuadro. Con esto formaremos los bastidores y el telón. Luego, por medio de papel de goma, pegaremos los trozos primeramente cortados, a ambos lados de la pieza mayor, de manera que puedan plegarse. Mejor aún se hará con tela engomada.

El grabado nos muestra cómo saldrá el escenario. La cara exterior del conjunto puede forrarse de negro. En la interior taparemos la boca del escenario con un papel blanco traslúcido.

Ahora recortaremos cuatro figuras de cartulina fuerte, dándoles una altura de 7,5 centímetros, y una forma tan fantástica y cómica como sea posible, a fin de hacer el juego más entretenido. En el pedazo de madera de 30 por 15 centímetros, haremos seis hendiduras de bastante profundidad y largura para colocar en ellas las figuras.

Luego se toma papel fuerte para hacer cuatro cucuruchos



LA ARMAZÓN DEL TEATRO

destinados a cubrir las figuras; y para salir con nuestro intento se plega el papel como en los paquetes de forma cónica, usados en las tiendas de comestibles. En el pico del papel se cose un anillito. El cucurucho debe tener 10 centímetros de altura por 5 de diámetro.

Se toma entonces una varilla de unos 80 centímetros de lon-

gitud, en cuyo extremo se fija un trozo de alambre de unos 30 centímetros que termine en gancho.

No necesitamos ya más que una vela para proyectar las sombras.

Los presentes tratarán de adivinar las siluetas. Colóquese el escenario sobre una mesa, como se ve en el grabado, y detrás una vela encendida.

LAS FIGURITAS PARA EL TEATRO DE SILUETAS

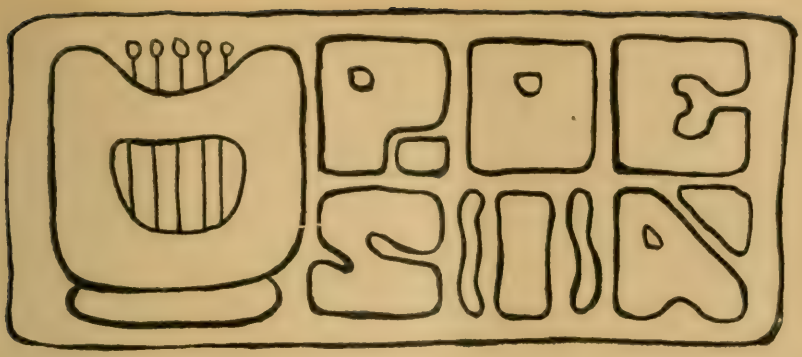
Uno de los jugadores coloca en las hendiduras las diferentes figuras recortadas. Las demás luces de la habitación deben estar apagadas. Otro de los jugadores se adelanta hasta el escenario, con uno de los cucuruchos u ocultadores, puestos en un alambre. Se levanta el telón; y guiado sólo el jugador por las sombras que en el papel transparente proyectan las figuras y el ocultador, procura poner éste sobre una de aquellas. Mientras el ocultador está encima de las sombras se le puede mover en cualquier dirección. Pero una vez que toca una sombra se le ha de bajar inmediatamente. Entonces se le desengancha del alambre con cuidado y se pone otro para continuar el juego.

Mucho extrañará ver que en lugar de tapar las figuras, los ocultadores se han colocado a gran distancia de ellas.

El encargado de las figuras cambiará de sitio la vela y los recortes para desorientar a los jugadores.

El que tapa más figuras gana; pero puede convenirse en que el juego sea por tantos.

El director del juego no habrá de hacer ninguna indicación y la vela deberá colocarla a la suficiente distancia para evitar que se quemen los cucuruchos.



SIETE PINTURAS

en las que sonríe mi hombrecito

I

EL VUELO

No pudo dar sus primeros pasos sino con una naranja en cada mano.

Un arbusto resiste más al viento cuando está cargado de frutos.

II

SU CANCION

Canta para adormecerse. Inclinada sobre él, su madre le reprende.

Pero él quiere, por de pronto, arrullar su canción.

III

LOS DOS PRISIONEROS

Acabó por descubrir que su rana de jade estaba junto a la puerta.

Se fué a meterla en la jaula donde gorjeaba su pájaro.

IV

EL FUEGO

Como las fieras de la montaña Kao-chan, sólo del fuego tiene miedo. El menor tizón lo asusta.

Debo decir que se esfuerza en espantar al tizón, lanzando roncos rugidos.

V

EL ESPEJO

Busca a su madre, que acaba de salir. Levanta las esteras. La busca hasta en el espejo.

¡Ahora da saltitos de alegría! Se parece tanto a su madre, que cree haberla encontrado en el espejo.

VI

LAS ESTAMPAS

Ya sabe imitar el ladrido del perro, el mugido de la vaca y los rebuznos desordenados del asno. También sabe reconocer a estos animales en las estampas que le enseño, designándolos por sus gritos.

Es tan lindo, que los hombres y las bestias de las estampas permanecen inmóviles.

VII

LA INUTIL PEREGRINACION

Los viajeros exaltan la belleza de una tarde de nieve en Hua-chan, la música de la campana del crepúsculo en el monasterio de U-tchien, el color del cielo de Tsu-kiang, el encanto de una noche de lluvia en Wao-tai.

Yo no iré a Hua-chan, pues el cuerpo de mi niño es bermejo como la nieve en el crepúsculo; ni a U-tchien, porque su voz es más conmovedora que la campana de un monasterio; ni a Tsu-kiang, pues todo un cielo, lavado por la brisa, está en su mirada.... Pero tal vez iré a Wao-tai, a fin de evocar cierta noche de lluvia en la que una mujer concibió un niño, que tengo por la duodécima maravilla del Imperio.

CHANG-WU-KIEN

Traducción de F. Orozco Muñoz.—Berna, mayo de 1921.

MARGARITA

I

SILENCIO, los lebreles
de la jauría maldita!
No despertéis a la implacable fiera
que duerme silenciosa en su guarida.
¿No veis que de sus garras
penden gloria y honor, reposo y dicha?

Prosiguieron aullando los lebreles.....
¡los malos pensamientos homicidas!
y despertaron la temible fiera.....
¡la pasión que en el alma se adormía!
y ¡adiós! en un momento,
¡adiós gloria y honor, reposo y dicha!

II

Duerme el anciano padre, mientras ella
a la luz de la lámpara nocturna
contempla el noble y varonil semblante
que un pasado sueño abruma.
Bajo aquella triste frente
que los pesares anublan,
deben ir y venir torvas visiones,
negras hijas de la duda.

Ella tiembla.... vacila y se estremece....
¿de miedo acaso, o de dolor y angustia?
Con expresión de lástima infinita
no sé qué rezos murmura.
Plegaria acaso santa, acaso impía,
trémulo el labio a su pesar pronuncia,
mientras dentro del alma la conciencia
contra las pasiones lucha.

¡Batalla ruda y terrible
librada ante la víctima, que muda

duerme el sueño intranquilo de los tristes
a quien ha vuelto el rostro la fortuna!

Y él sigue en reposo, y ella,
que abandona la estancia, entre las brumas
de la noche se pierde, y torna al alba,
ajado el velo..... en su mirar la angustia.

Carne, tentación, demonio,
¡oh! ¿de cuál de vosotros es la culpa?
¡Silencio!.... El día soñoliento asoma
por las lejanas alturas,
y el anciano despierto, ella risueña,
ambos su pena ocultan,
y fingen entregarse indiferentes
a las faenas de su vida oscura.

III

La culpada calló, más habló el crimen.....
Murió el anciano, y ella, la insensata,
siguió quemando incienso en su locura,
de la torpeza ante las negras aras,
hasta rodar en el profundo abismo
fiel a su mal, de su dolor esclava.

¡Ah! Cuando amaba el bien, ¿cómo así pudo
hacer traición a su virtud sin mancha,
malgastar las riquezas de su espíritu,
vender su cuerpo, condenar su alma?

Es que en medio del vaso corrompido
donde su sed ardiente se apagaba,
de un amor inmortal, los leves átomos
sin mancharse en la atmósfera flotaban.

ROSALIA DE CASTRO

LAMENTACION

OIDME niños:
Ha muerto vuestro padre.
De sus sacos raídos
os haré dos pequeños chaquetines
y unos pantaloncitos
de los suyos tan viejos.
Deben guardar sus bolsas
las cosas que tenía:
Sus llaves y centavos
de tabaco cubiertos.
Daré a Dan los centavos
para guardarlos en una alcancía;
las llaves serán de Ana
para sonarlas juntas.
La vida irá adelante
mientras se olvida al muerto;
la vida irá adelante
aunque mueran los buenos.
Ana, toma el almuerzo
y Dan tu medicina!
La vida irá adelante;
no puedo recordar por qué motivo.

(*Traducción de José Gorostiza*)

SONETO

NO sólo en este cuarto, cuando recién nacida,—
terminada la larga vigilia misteriosa
de aquella noche inmensa—mi saludo a la vida
se desgarró en el aire como se abre una rosa,

sino que en toda parte donde el dolor se aferra
al vientre dilatado, grité con pulmón pleno.
Hija de toda madre, nativa de la tierra,
¡jamás cuarto ninguno me contendrá de lleno!

Hoy que el calor se agota del corazón del mundo,
hogar no tengo en donde ampararme del frío;
gasto mi aliento en vano soplando un moribundo

fuego que ya no puede calentarme siquiera;
me duelen las espaldas! y de dolor y hastío
recogiera los dioses de mi casa, y me fuera.

(*Traducción de J. Glenton*)

EDNA ST. VINCENT MILLAY

*

SOY EL ARBITRO DE MI DESTINO

En la noche profunda que me cubre
Bajo su inmenso palio, negro como el abismo,
A aquellos dioses que existir pudieran
Las gracias doy rendidas por mi indomable espíritu.

El cruel zarpazo de homicida ambiente
Hallóme siempre impávido: jamás lancé una queja;
Y al golpe rudo de la hostil fortuna,
Sangrando, pero erguida, yo llevo la cabeza.

Más allá de las lágrimas y enojos
De estos terrenos lares, sólo culmina inmenso
Y pavoroso lo desconocido.
Nada importa: la muerte me encontrará sereno.

Quizá esté mi redención lejana:
Tal vez un riguroso e inmérito castigo
El negro arcano reservarme pueda;
No importa; ¡Soy el árbitro de mi alma y mi destino!

(*Traducción de F. González Garza*)

WILLIAM ERNEST HENLEY

PIECECITOS . . .

PIECECITOS de niño,
azulosos de frío,
cómo os ven y no os cubren,
¡Dios mío!

Piececcitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre, ciego, ignora
que allí donde os posáis
una flor de luz viva
dejáis;

Que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececcitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

HIMNO AL ARBOL

ARBOL hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia,
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre los otros ejercida.

Arbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador,

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
un soplo de divinidad.

H I M N O A L A R B O L

Arbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada tibio nido un ser:

dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano—inmenso—
rama no hallaron para hogar!

Arbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:

haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor,—
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!

GABRIELA MISTRAL

EL POEMA DE LA MADRE

A doña Luisa F. de García Huidobro

1.—ME HA BESADO

ME HA besado profundamente y ya soy otra; otra, por el latido que duplica mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble, como mi corazón, más noble que mi corazón.... hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre las hierbas!....

2.—¿COMO SERA?

¿COMO será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa y los palpé con delectación. Querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así obscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida.

Miro las quiebras de las sierras cuando se van poblando de nieblas y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima, que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, que tenga el temblor leve de su voz, cuando me hable, pues en el que viene quiero seguir amando a aquel que me besó profundamente.

3.—SABIDURIA

AHORA sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado que cortara las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como el racimo azulado me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, éste era mi vino y mi miel.

Para éste yo recé, para traspasar del nombre de Dios mi barro con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, porque recoja de mi carne su ardor inextinguible.

4.—LA DULZURA

POR el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que va en mí el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan el por qué de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan las codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente, porque ahora creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos sobre los que velan inclinados.

5.—LA HERMANA

HE VISTO una mujer abriendo un surco. Sus caderas están henchidas, como las mías, por el amor, y hacía su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura, y la he traído conmigo. Beberá la leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis corredores, puesto que va grávida de gravidez de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegará al suyo, rico, sus labios.

6.—EL RUEGO

¡PERO no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno, si El mismo amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra, como de promesa, sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se humedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recojer el rocío de la noche, pongo yo mis senos ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamó EL HENCHIDOR, y le pido para ellos el licor de la vida.

¡Todo el amor de mi corazón suba a enriquecer mi pecho, para aquél que llegará buscándolo con sed!

7.—SENSITIVA

YA NO juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Ya soy como la rama con fruto. Estoy débil, tan débil que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín.

Y un simple canto que viene en el viento, o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo, me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

8.—EL DOLOR ETERNO

PALIDEZCO si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste que está en mí y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trenzado en mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos de mí, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta, que por siempre mi llanto y mi sonrisa comienzan en tu rostro, hijo mío!

9.—LA QUIETUD

YA NO puedo ir por los caminos; tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí, a mi lado, las macetas con flor, y tocad la cítara largamente, pues yo quiero para él anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. He de destilar, como la fruta, miel, pero hacia mis entrañas. La luz colore y lave mi sangre. Para lavarla también, yo no odio, no murmuro. ¡Amo, solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas y rostro, y mirada, y depurado el corazón.

10.—IMAGEN DE LA TIERRA

NO HABIA visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos, con sus criaturas (seres y frutos) en los anchos brazos.

Voy conociendo el sentido maternal de todo. La montaña que me mira también es madre y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.....

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente, que las breñas hacían todavía invisible. Yo soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo, y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

11.—PALABRAS AL ESPOSO

ESPOSO, no me estreches. Lo hiciste subir al fondo de mi ser como un lirio de aguas. Déjame ser como una agua en reposo. ¡Amame, ámame ahora un poco más! Yo ¡tan pequeña! te duplicaré por los caminos; yo ¡tan pobre! te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo ¡tan tierna! me hendiré como una ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta de mi.

¡Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Séme más que nunca dulce. No remuevas ansiosamente mi sangre; no agites mi aliento.

¡Ahora soy sólo un velo; todo mi cuerpo es solamente un velo bajo el cual hay un niño dormido!

12.—LA MADRE

VINO mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas, que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabrían con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía una onda láctea.

Enrojecida, llena de confusión, le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

13.—EL AMANECER

TODA la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!

Señor, te llamo ahora Dulzura Infinita, para que lo desprendas blandamente de la red de mis vísceras!

Nazca ya y mi grito de dolor suba en el amanecer, trenzado con el canto de los pájaros.

14.—LA SAGRADA LEY

DICEN que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares; más yo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro.

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

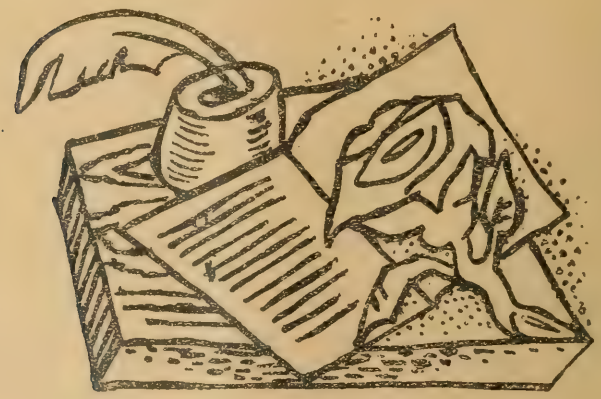
Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la tierra con este hijo en los brazos y me bendiga, pues ya estoy fecunda y sagrada, ¡como sus palmas y como sus surcos!

Temuco, Chile, 1920.

GABRIELA MISTRAL



Libros que se Hallan a la Venta en el Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública

***

PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL
- DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA -

TRADUCCIONES DIRECTAS DEL GRIEGO

HOMERO	LA ILIADA	2 Vol.	tela inglesa	Precio	$	2	50
,,	LA ODISEA	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1	50
ESQUILO	TRAGEDIAS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1	50
EURIPIDES	TRAGEDIAS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1	50

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD, NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, o invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana.

Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis, Mexico, D. F.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al cuatro, pues están completamente agotados. Esta Revista a partir del número anterior es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 10.00 DIEZ PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 5.00 CINCO DOLARES en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o valores para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante, 3 o Apartado Postal 105 bis. México, D. F.

Nos decimos: Amemos a la patria. ¿Y en qué consistirá esto de amar a la patria? Los poetas, que son seres instintivos, nos la representan como una mujer bella y deseable que sea nuestra amada, o como una noble matrona que sea nuestra madre.

Pero más bien que como a madre y como a novia debiéramos los mexicanos, amar a nuestra patria como a hija.

Pues si es cierto que hemos heredado patria, la patria que nos legaron nuestros mayores, es más verdad aún que nos toca HACER PATRIA. *Gran misión es la de nosotros de estas generaciones, tan grande como la de los ilustres abuelos que veneramos. La patria mexicana que mañana será en un todo la madre de nuestros nietos, será obra nuestra, hija nuestra.*

Es muy niña todavía. Tiene instintos que requieren dirección y educación. Está aprendiendo sus primeras letras. Necesita ayuda, necesita cariño, necesita enseñanza.

Su cerebro es el cerebro de millones de mexicanos que no saben leer.

La patria seguirá siendo una indita analfabeta hasta que el dón de las letras sea posesión de todo mexicano. Amemos a la patria difundiendo la enseñanza.

Es más noble ser maestro voluntario de nuestros conciudadanos que ser soldado. Y mejor ama a la patria quien enseña a sus vecinos, a sus compañeros o a sus peones a leer, que quien nada hace sino estremecerse cuando oye el himno o saluda la bandera.

El corazón de la patria es el corazón de millones de mexicanos inconscientes de la belleza de las cosas mexicanas. La patria seguirá siendo una indita que no tiene noción de su hermosura y la echa a perder, hasta que todo mexicano sepa ver en las cosas de México tanta belleza como el italiano ve en las cosas de Italia y el francés en las de Francia.

No puede haber patria sin arte nacional reconocido y apreciado. Mal aman a la patria quienes desfiguran nuestras ciudades con barrios de imitación europea; quienes intentan hacer arte extranjero. Amemos a la patria desarrollando su propio genio artístico, amando su arte por sobre toda imitación de arte que no sea expresión de la raza.

Las manos de la patria son las manos de millones de mexicanos que las tienen torpes. Amemos a la patria, hagámosla bella, educando todas nuestras manos a hacer algo hermoso. Sepamos todos o modelar barro, o dibujar, o tejer, o tocar un instrumento musical. Entonces tendrá cada uno su consuelo, su diversión, con qué calmar su pena o llenar sus ratos de ocio. ¡Que esta patria hija nuestra sea doncella juiciosa de manos hábiles, capaz de hacerse ella misma su ropa y sus adornos!

METOECUS

Todas las dudas sobre asuntos de la vida práctica, de educación, de organización familiar y social, etc., que se [illegible] pueden ser estudiadas por los redactores de esta Revista. [illegible] sus preguntas con el más sincero propósito a la Dirección de "EL MAESTRO," 12 de Gante núm. 3, o Apartado Postal 105 bis, México, D. F., quien las contestará en el tono de sencillez y claridad que la pregunta exija.

EL MAESTRO

REVISTA DE CULTURA NACIONAL

NOVIEMBRE MEXICO
MCMXXXI

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:

Enrique Monteverde

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

LAS OCHO HORAS — EUGENIO D'ORS

HISTORIA

TRES HEROES — JOSE MARTI

HISTORIA UNIVERSAL — WILLIAM SWINTON

TEMAS DIVERSOS

NUEVA LEY DE LOS TRES ESTADOS — JOSE VASCONCELOS

PLATON

LA PROPIEDAD PRIVADA DE LA TIERRA — HENRY GEORGE

FRENTE A FRENTE — LAURO G. CALOCA

LAS CORRIDAS DE TOROS — JOSE BASILIO ORDOÑEZ

LITERATURA

PAHOM EL MUJIK — LEON TOLSTOI

CONOCIMIENTOS PRACTICOS

CARTAS SOBRE EL IMPUESTO UNICO — LEON TOLSTOI

EL EJERCICIO

LA REPUBLICA ARGENTINA

SECCION DE LOS NIÑOS

ALADINO — ROSAURA ZAPATA

POESIA

CUATRO CANCIONES — PERO LOPEZ DE AYALA

MARQUES DE SANTILLANA

JUAN II

GIL VICENTE

ROMANCES VIEJOS

CUATRO SONETOS — SOR JUANA INES DE LA CRUZ

AL COMBATE — JULIAN GRENFELL

EL
MAESTRO
REVISTA-DE
CULTURA
NACIONAL
NOVIEMBRE
TOMO 2 1921 NRO. 2
MEXICO

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8.

MEXICO, NOVIEMBRE DE 1921

Revista Editorial Informativa

LAS CONFERENCIAS DEL DESARME

EL 11 de noviembre se reunieron en la ciudad de Wáshington los representantes de las principales naciones del mundo, para tratar sobre la limitación de armamentos y sobre los problemas del Oriente. Las conferencia internacional, publicado en El Universal del 11 de noviembre. El general Obregón estudia la posible, las guerras futuras, pero como hasta ahora no se llega a ninguna conclusión, en el próximo número de **El Maestro** daremos un relato de las citadas conferencias.

Sin embargo, por ser de verdadera importancia, transcribimos un artículo del Presidente Obregón sobre este asunto de la mayor trascendencia internacional, publicado en **El Universal** del 11 de noviembre. El general Obregón estudia la posibilidad de verificar el desarme y de si tal posibilidad se logre en las conferencias. Posteriormente, Bernard Shaw, uno de los grandes escritores que comentan las juntas en los periódicos neoyorquinos, coincide en algunos conceptos con nuestro Presidente y esto viene a dar mayor importancia al artículo que transcribimos en seguida y que se titula **El Problema del Desarme:**

"El desarme de las naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieron sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales ejércitos el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la humanidad. El porcentaje de brazos que trabaja y que produce, está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporción con el porcentaje de bocas que consume y que no desarrolla sus actividades, sino para la destrucción en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse, nos llevará irremisiblemente a la catástrofe.

"La última guerra mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la humanidad están reservadas á la moral y a la ciencia, y de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido

actualmente por los ejércitos. Por eso no habrá un sólo sér humano que no aplauda sin reservas la idea del desarme, es decir: la reducción de los ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos países.

"Hay sin embargo, con referencia al desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero. Si la existencia material del desarme se compadece con la etapa moral por la que atraviesa la humanidad.

Segundo. Si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio público, es el más corto para la realización de tan noble fin, y

Tercero. Si los representantes de los países invitados a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la humanidad.

"Por lo que respecta al primer punto es indiscutible que al suprimir la fuerza bruta, tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos, para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, así como los de todos y cada uno de los pueblos, derechos cuya definición nunca podrá precisarse mientras no se concedan por igual a todos los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua o su religión, y mientras no sean considerados, así mismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el desarme, al realizarse, no signifique un nuevo fracaso, que el nivel moral de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

"Con referencia al segundo punto, el hecho de que no se haya invitado a un considerable número de naciones a tomar parte en conferencias tan trascendentales para la humanidad entera, donde además del desarme o limitación de los armamentos, se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el Derecho Internacional, da cabida a la presunción de que no existe por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los países que han quedado excluídos de ese Congreso, en cuyo caso el anhelado desarme se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo antes de imponer los acuerdos del citado Congreso a los países que no quisieran someterse a ellos.

"Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, ya que tantos beneficios indicaría para la humanidad, soy de opinión que los intereses de los países allí representados ocuparán el primer término en el tapete de las discusiones.

"Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun conseguido el desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres. Las armas han sido una necesidad de la guerra, y nunca la guerra una necesidad de las armas. En to-

das las épocas, desde que la humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra, lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuere dable suprimir todo aquello que el genio de la destrucción ha inventado durante los últimos siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra, y luchar entre sí, cuerpo a cuerpo, retornando a los tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicaciones, que son factores decisivos en las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la guerra, en muchos casos, a países menos fuertes, y tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la civilización tiene, atribuyéndole ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la conciencia humana.

"Si la humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace sino proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizás sea tiempo de que esta verdad por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva, y busquemos en la moral y en la ciencia, y únicamente en la moral y la ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuevas rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos y los mismos deberes y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizás, con esto, pudiéramos legar a las futuras generaciones, un estado de cosas menos angustioso."

EL VI CENTENARIO DE DANTE

PARA celebrar el VI centenario de Dante, el excelentísimo señor don Stefano Carrara, Ministro de Italia en nuestra República, hizo entrega de una estatua del inmenso poeta, a la Universidad Nacional. Con tal objeto se verificó una ceremonia en el atrio de la iglesia de San Pedro y San Pablo, que será convertida en la sala de conferencias y conciertos de la Universidad, en que los señores licenciado José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, y el Ministro de Italia, pronunciaron los discursos que transcribimos. La estatua de Dante quedó erigida en el lugar de la ceremonia.

El discurso del excelentísimo señor Carrara, juzgado por la prensa como un bello modelo de elocuencia, es el siguiente:

Señor Presidente de la República, señor Ministro Vasconcelos, señor Ministro de Relaciones Exteriores, estudiantes mexicanos, señoras, señores, miei Fratelli d'Italia:

Mi débil voz tiembla y se pierde en el breve circuito de su flaqueza y en las sílabas de un idioma que no es el mío. Tengo que invocar toda vuestra indulgencia a fin de que si en mis labios el idioma que un ilustre escritor llamó "la mirra que quema al Sol Latino: la lengua de España" titubea como un verso de Homero escandido por la cítara de un bárbaro, mis corteses oyentes quieran juzgar que es ya algo meritorio para un bárbaro, atreverse a cantar versos de Homero.

La piedra fundamental del modesto monumento que ofrecemos a México, en el mármol de nuestras montañas, hay que buscarla muy lejos en el tiempo, muy lejos en el espacio.

(El Ministro Carrara, después de una breve síntesis del pensamiento griego hasta el sacrificio de Sócrates, continúa:)

En la lápida cuadrangular que, a la sobra del Parthenon cubrió para siempre al Ejecutado, los Hombres habían encontrado, por fin, la piedra fundamental de lo que ayer, hoy y mañana, en el vocabulario común del género humano, se llamó, se llama y se llamará, con una palabra heroica de la historia moderna: la Bastilla.

Cuatro siglos después, a orillas de un lago, un modesto lago olvidado entre el Carmelo y el Hernón, encontraron también a otro hombre quien, desde unas humildes barquillas, decía palabras nunca oídas y maravillosas. Los niños de las aldeas de Cinnereth jugaban, de tarde, en sus proas. Las mujeres de Magdala regaban de perfumes y de llanto sus pies. Hablaba de un Padre en los cielos y llamaba hermanos a los hombres. Decía también: —El que de vosotros esté sin pecado, arroje la piedra el primero... y (como observó en el pasado siglo un escritor y diplomático brasilero) él, sin pecado, no la arrojó. Sobraban, por lo tanto, motivos para matarlo. Y los hombres que, desde el tiempo de Sócrates, habían ya adelantado y reemplazado el remedio natural de la cicuta por el remedio mecánico de la cruz, clavaron al Hombre del lago, al Hombre de las barquillas, en la cumbre de una colina para que todos lo vieran, hasta las mujeres de Magdala...

Y, en esto, no se engañaron: todos lo vieron, lo ven y lo verán.

Desde entonces, cada vez que un pensamiento más vasto que el pensamiento vulgar, surca el cerebro de un hombre, cada vez que una conciencia más clara que la conciencia de los otros aparece en los caminos de la historia a encender una lámpara más, cruces y cadalsos levantan pensamientos y lámparas de la tierra, tal vez para aproximarlas al Sol de que son la pura emanación. Desde entonces, sobre el Gólgotha del Ideal, cada cruz tuvo a su Cristo y cada frente su corona de espinas, quizás porque las espinas duran más que las rosas. Descubrieron también los hombres, unas ideas generales, por ejemplo, que la virtud está en el término medio y cada uno monopolizándola por sí, puso el término medio, hasta donde había llegado él mismo y todos los hombres fueron virtuosos. En una cosa no se modificaron nunca: en el odio implacable y común

De todo lo que se arrastra
Contra todo lo que vuela

y para cien Bastillas sirvieron las

piedras derrumbadas de una sola, y doquiera hubo alas, hubo una Bastilla por jaula.

En esto, unánime es la doctrina en todos los continentes y el siglo XX contempló en la orilla americana del Atlántico y en una quinta solitaria, un hombre que se moría. Poca gente, muy poca; poco ruido de voces. Un ruido sí el del mar: las olas. Concluído el reinado de la gloria, empezaba el de la ingratitud. Ese hombre se moría casi solo y se llamaba Simón Bolívar.

Pero, volviendo al Hombre del Golgotha... después? Después, pueblos y siglos pasaron. Nació gente, murió gente, hubo primaveras y otoños en los árboles y en los corazones. Nació gente, murió gente: como el viento por un campo yermo, pasaron también otros siglos y se llamaron Edad Media. En las postrimerías de esa Edad, y en la melancólica tarde de un melancólico invierno, alrededor del año 1300 al umbral de un monasterio, sepultado en un obscuro valle de Italia, un viandante se detuvo, cansado del largo camino. Al monje que, desde la puerta entreabierta, le preguntó qué quería, el Desterrado contestó una sola palabra: PAZ. Llevaba escondido en el sayo dos arrugados pergaminos con unos versos escritos en el dialecto del pueblo toscano. Su nombre era Dante Alighieri: en los dos pergaminos se leían los primeros tercetos de la Divina Comedia.

Era el libro, señor Presidente de la República y mis corteses oyentes, era el libro cuyos ritmos, desde casi seis siglos, retumban, ¡oh Italia!, en la canción de tus vientos solitarios y en las playas de tu cuádruple mar: era el mensaje eterno de belleza, de fraternidad, de justicia que Roma e Italia transmiten, bajo todo libre cielo, a toda libre tierra, a todo libre espíritu, a todo libre corazón: era el breviario y el viático donde la milenaria virtud del nombre italiano se enarbola a cumbres que no fueron alcanzadas jamás: eran las páginas en que rezaron las muchedumbres heroicas que tuvieron que pararse por un largo viacrucis de siglos debajo del cadalso y del hacha, pesando la sangre de sus mártires, para avanzar barriendo satélites y verdugos en nombre de la Nación y de Dios, hasta que todo un pueblo, bueno para la dicha y bueno para el dolor, bueno para la opulencia y bueno para la pobreza, bueno para el arado y bueno para el cañón, bueno para todos los calvarios y bueno para todos los Capitolios, se levantó a atestiguar con Dante Alighieri que, en la historia de los fuertes, toda gota de sangre derramada por el azote, tiene que ser pagada por una gota de sangre derramada por la espada, y por fin de cien diferentes estandartes la cruz blanca de Saboya campeó en la única bandera que hace de Italia, no solamente una patria, sino una religión del mundo: era el libro del cual, ¡oh italianos que me escucháis! yo quisiera que cada uno de vosotros recordara, y cada día, el canto inmortal donde el Alighieri, suspendiendo perplejo el andar de su místico viaje, dialoga con Virgilio así:

...Vedi lá un'anima che a posta
Sola soletta verso noi riguarda:
Quella ne insegnerá la via piú tosta.

Se non che l'anima (soggniunge l' Alighieri)

Ma lasciavane gir, solo guardando.
...non ci diceva alcuna cosa,

A guisa di leon quando si posa,
Par Virgilio si trasse a lei pregando
che ne mostrasse la miglior salita;
E quella non rispose al suo dimando.

Ma di nostro paese e della vita.
C'inchiese. E'l dolce Duca incominciava;
—Mantova... e l'ombra tutta in sé romita

Surse ver lui dal loco ove pria stava
Dicendo: —O Mantovano, io son Sordello
Della tua terra. E l'un l'altro abbracciava.

Era, por fin, el libro que hoy, señor Secretario de Educación Pública, golpea a esta vuestra Catedral del Espíritu y del Pensamiento mexicanos y encuentra en el umbral, por el imborrable mérito del licenciado Vasconcelos, su gran hermano: el poema de Homero. Dignos son de estar juntos, el gran ciego que vió bajar del Olimpo a los dioses, el gran desterrado que vió subir los hombres al Olimpo: ambos sin hogar hicieron, conscientes de su inmortalidad, su propio hogar del cielo, de la tierra y del infierno.

Acogedlo con el fraternal cariño con que os lo ofrecemos.

Ambos esperan a otro gran hermano, el Soñador, del que no es cierto que volviese a morir como un pacífico burgués a su aldea entre su sobrina, su ama, su cura y su barbero, sino que "desde un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme," subió a las galeras de Cortés, escaló inexploradas cumbres con su encantada lanza y su yelmo de Mambrino, hacia los molinos de viento del Eldorado. De su magnífico sueño, o si queréis de su magnífica locura, surgió México. Acogedlo con los dos inmortales que le precedieron y será, ¡oh mexicanos! el regreso a la realidad, a la verdad, el regreso al hogar, a vuestra tierra santa, el regreso a la patria del ideal.

Abrid todas las puertas. El llega de lejos, con el alma aún más rica de fe, con el corazón aún más latiendo de dulzura y de amor. Repica hoy la hora histórica y grave, en la cual de los cuatro vientos del horizonte, llegan a cada madre todos los hijos dispersos de la humana familia, los que se habían atrasado para enterrar sus muertos, para edificar sus casas, para llenar de flores sus tálamos, para engalanar de velos sus cunas.

¡Abrid todas las puertas!, los últimos son los más queridos.

Antes de dejar esta tribuna, permitidme señor Presidente de la República, os exprese nuestro más cordial agradecimiento, por habernos honrado con una benévola presencia, de la cual los italianos en México guardaremos imperecedera gratitud, imperecedero recuerdo. Huéspedes y extranjeros, comprendemos todos nuestros deberes y pedimos a México únicamente dejarnos unir a la vuestra, nuestra fecunda labor y participar en sus fortunas como, en el pasado, hemos participado de sus amarguras. Cuando en la vida se lloró y se sonrió juntos, los vínculos de las familias y de los pueblos se vuelven sagrados y la tan abusada palabra de "hermano" se levanta de las contingencias del tiempo y de las limitaciones de la geografía o de la historia a esa expansión y a esa verdad superiores, donde se igualan y aplacan los más diferentes contrastes y las más opuestas esperanzas en las cumbres de la común definitiva frontera de los hombres: la

frontera de Dios. Es sobre libre, abierto y civil respeto a la patria de los demás, como nosotros, los italianos, fundamos el derecho a la libre, abierta y civil glorificación de nuestra patria en el mundo. No hay, para nosotros, ni grandes ni pequeñas nacionalidades. Hay la nación, como no hay ni grandes ni pequeños hogares, hay el hogar, y lo que mide de la nación y del hogar el justo valer no es una medida que se arrastra hecha con metros, es una medida que sube hecha con alas.

Entre demasiados ecos de inmortalidad nace cada italiano para no tener con la espontaneidad con que otros tienen la nostalgia de una tierra, la nostalgia de la gloria. Tal vez, esta luminosa palabra suena en mi voz como una palabra de orgullo; pero, todo lo que de grande cuentan historias y poemas, parece su grandeza y su historia a cada expatriada familia de las nuestras cuando, como hoy, está conjunta bajo el símbolo más suave que nos ilumina por el destierro el camino y en el nombre más augusto que suena en los labios de los hombres: la bandera de Italia y el nombre de ROMA.

Cuando el señor Ministro de Italia terminó su discurso, ocupó la tribuna el licenciado Vasconcelos para leer la siguiente pieza oratoria:

"Claro presagio es poder celebrar el centenario de Dante junto con la apertura de esta sala de las discusiones libres, que el Gobierno de México dedica a los ingenios de todo el mundo, para que en ella mediten, discutan, construyan o expongan ideas y doctrinas. Un recinto amparado con un nombre indostánico de la época de los Asokas y el Buda, y a la entrada, como evocación sublime, la figura del más alto, del más inspirado de los poetas del mundo. Coincidencias extrañas al parecer, inexplicables, conforme a la lógica rigurosa de la historia, pero perfectamente naturales para el que penetra el sentido de las enseñanzas, para el que no atiende ni quiere atender a los procesos cronológicos o históricos, si ellos no significan una unión interna y esencial de las verdades reveladas en el curso de los tiempos. Coincidencia muy explicable dentro de la cultura latinoamericana, que tiende a producir una síntesis profunda de todos los valores universales, y fundada en el juego libre del espíritu, en su busca de la revelación y la belleza. Una síntesis superior al criterio que cataloga épocas y acontecimientos en orden de ciega sucesión, sin la fuerza de adivinar la verdad profunda que se desarrolla dentro del caos absurdo de los acontecimientos y de la historia.

"Universalidad, que no es multiplicidad discorde y dispersa, sino aliento organizador y creador; sucesión de relámpagos en la noche de los tiempos, teoría luminosa surcada a trechos de confusión y sombras: esa es la historia del alma y esa es también la historia del mundo. La mentira que los sentidos forjan se rasga primeramente como nube rota por el sol, cuando resuenan en la conciencia los primeros cantos del Rig Veda y los mitos de Orfeo. La luz parece extinguirse apenas nace y las sensaciones corporales vuelven a rodearse de sombras, pero, periódicamente, las tinieblas se rompen y se suceden los preceptos pitagóricos impregnados del ritmo interior de los seres

y los secretos de Osiris que son como el rasgar de muchos velos. Resuenan en seguida los gritos inspirados de los profetas hebreos, y se aclara la verdad en los diálogos sublimes de los Upanishads. Aparece en seguida como una aurora la doctrina de Buda Sakia Muni, el verdadero Bautista, el anunciador de Jesús, cuya venida confirmó la profecía de los orientales que lo llamaron el Buda Martreya, el Buda Misericordioso. De esta suerte cobra sentido la historia, y el alma levanta su vuelo, y, dentro de tal visión de conjunto, la de Dante es una de esas cosas que proclaman y confirman las verdades eternas.

"El dón del vuelo lo poseemos todos, pero la inmensidad del espacio nos lo llena de vacío, y, desencantados entonces de la movilidad de la nada, quisiéramos el ser de la cosa inerte, de la roca que es firme y definitiva, sin exaltaciones, sin trémolo y sin destello: eterna como el basalto o clara y tranquila como la esmeralda. ¡Cuánto más perfecta la gema que el rastrear asqueroso del germen que se hunde en el pantano o se envilece en la oruga, con tal de lograr un resplandor fugaz y una sacudida momentánea de goce! ¡Cuánto más puro el barro que aún no se contamina del estertor micro orgánico que crea la vida! Mineralista, adoradores de piedras preciosas como la forma ideal de existencia, eso seríamos todos si no fuese porque en el roce turbio que crea la vida emerge una partícula de luz intangible de que carecen la gema y el sol, un género especial de luz que, si arde, lejos de consumirse se acrecienta. Tal es la luz que mira el vidente, ya nazca de adentro o ya esplenda en lo interno, mientras más se la mida, más se agiganta. Tal es la luz que en medio de lo absurdo que es toda vida, irradia súbitamente de la entraña de los seres y nos envuelve en arrebatos de júbilo.

"Claridades de los grandes cielos abiertos; estrellas de la noche profunda; ríos que fluyen; nubes que danzan; tierra extensa y mansa; todo es signo y trasunto de un devenir que corre y que a veces choca con nuestro destino que pugna. De allí nace el fuego desbordado de la fantasía que, a semejanza de la potencia divina, ensaya con las formas la visión de los mundos nuevos. He aquí lo que se encuentra en Dante.

"Como vidente lo concebimos los modernos: vidente y apóstol, y por lo mismo, superior al genio: más que filósofo y más que poeta: iluminado, uno de aquellos para quienes la vida es tragedia; tragedia mas no desastre: transfiguración que produce valores eternos. Cuando Dante habló, la verdad cristiana, renovada por San Francisco, permeaba las almas de gracia, y la ansiedad, la angustia, la luz que palpita en las conciencias humanas y aún en el alma obscura de las bestias, todo pugnaba por libertarse en un cántico; y un cántico hecho acción fué toda la vida sublime del santo. En seguida el Dante bajó al mundo de las sombras, como si con el pensamiento pretendiera redimirlo; y así nació la Comedia apellidada Divina; como un ritmo profundo que nace de los conflictos infernales de la conciencia confusa y se depura y

triunfa al confundirse con la fuerza, con "el amor que mueve el sol y las estrellas."

"El alma de Dante, tormentosa pero llena de gracia, tenía que buscar la redención de las almas en el amor, que es júbilo infinito. Pero ¿de cuál amor? ¿De la fiebre genésica que a todos los seres perturba, pero jamás los sacia, o del afán que nos impele a superarnos buscando algo que no es nosotros mismos, ni tampoco criatura alguna procreada a semejanza nuestra? Nadie ha contestado estas preguntas mejor que Dante. A los ojos del vulgo literario, Dante es un enamorado; un hombre que pone el sentimiento del amor por encima de todo lo humano y que ha simbolizado en Beatriz el fin supremo del deseo, la cumbre más alta del esfuerzo. Si los que así piensan tuvieran razón, Dante no sería más que un Petrarca, es decir, uno de tantos que sólo viven en la memoria de estudiantes de literatura o de críticos desocupados; un simple cantor sentimental o un eslabón literario. Pero muy por encima de todo esto, la obra dantesca se hace parte necesaria de la conciencia humana y fuerza inextinguible que a cada edad comunica impulso y aliento.

"Desde la época juvenil del amor ardiente que se ha inmortalizado en la Vita Nuova, ya hay en Dante un sentimiento que no es el del enamorado común, sino una especie de aptitud nata para convertir la pasión en visión; el sentimiento en fuego creador. De esta suerte, su instinto trabaja para todo el espíritu humano; su amor no busca posesión como todos los amores comunes la buscan, sino para crear maravillas de fantasía que superan a toda realización amorosa. Convertido en belleza su amor, sube de grado y ya no es afán sino consubstanciación de lo humano en lo eterno. Quien esto logra supera al artista, y se hace vidente, y ya no sólo expresa la belleza sino la revelación. El mero artista es un espejo que refleja y devuelve copias de la realidad; sólo cuando improvisa revela vida nueva y se hace profeta.

"Se encuentran en Dante los agravios y el tormento que preceden a toda verdadera revelación. El mundo lo lastimó en todas las formas materiales, sociales, mentales, pero su fantasía crea seres más poderosos que las cosas reales y su mente palpa las substancias eternas.

"Su capacidad para tornar en substancia real la obra de la fantasía, hace que la figura de Beatriz, insignificante, como es insignificante siempre el amor terrestre, sea, sin embargo, motivo de visiones poéticas y de revelaciones trascendentales. La fantasía dantesca participa de la energía divina que sopla sobre la realidad para hacerla imperecedera; que convierte lo real en la substancia de que están hechos los sueños, para fijarla mejor y perpetuarla.

"Convertir la pasión amorosa en visión de belleza ardiente es, a la vez que libertarla, superarla, y equivale a crear la realidad nueva del esplendor trascendental. Y como lo bello es un ritmo ascendente y se asciende hacia algo, la belleza es movimiento y camino, pero no fin en sí, no es término, sino ruta, y el mero poeta contempla sólo el movimiento de la forma pero no su término divino. El Dante, en cam-

bio, no se detiene en la visión, sino que lleno de arrebato sublime se va muy lejos de la simple belleza y del amor mismo, y poseído de iluminación comienza a revelar el misterio.

"Es cierto que en el Paraíso Dante vuelve a encontrar a Beatriz y la abraza ebrio de dicha, pero no por eso suspende su marcha ni juzga que ha llegado a la meta de su destino. Repuesto apenas de la dulce sorpresa, la marcha prosigue, y es entonces la amante, lo que sería más grato encontrar en este mundo, una compañera de peregrinaciones, adelantada unas veces en la ruta por obra de su gracia candorosa, unida siempre como una parte armoniosa del alma incompleta que anida en nuestros pechos distantes. Una suerte de fusión moral que podría compararse al concierto de melodía y armonía, eso es Beatriz, y no la amante que sacia el cuerpo. La media naranja del inmortal símil platónico, que devuelve al alma la armonía perdida: y no la que, por excesivamente hermosa, hacía exclamar a los héroes helénicos: "di si eres diosa o mujer." El amor de Beatriz supera también al de la dama a cuyos pies se rinden las espadas y se entona el lloro de los versos. Más radiante que la diosa, más dulce que la señora, más profunda que la amante; su amor se asemeja al de la Virgen María, que es lleno de gracia, porque, lejos de robar para sí el afán de la conciencia, nos abre el alma al conocimiento y nos conduce a los espacios celestes.

"Beatriz llena casi toda la vida de Dante, y sin embargo, el poeta no se entrega totalmente a su amor, no da su alma a su amada, adivina que las almas pueden andar juntas y aun confundirse, pero sin darse la una a la otra, sino entregándose ambas a superior impulso. Cada alma es insaciable, y dos insaciables, lejos de nutrirse, se devoran: así se explica que la pasión de dos almas sea como un incendio que devasta y sólo deja cenizas y muerte en la conciencia.

"La negación del petrarquismo, la negación del amor como objetivo final, eso es lo que se deduce del amor dantesco. En el drama prodigioso de su vida, Beatriz la muerta, la imposible, es la compañera que no lograría revelársenos en este mundo y sólo se aparece en los sueños que nos forjamos del otro. Su amor es manantial de gracia precisamente porque ya no tiende a la criatura sino a lo eterno. Un amor hecho belleza, no belleza formal sino belleza en proceso, belleza en ritmo. Esto es lo que se siente frente al castigo que padecen en el infierno los amantes, condenados a unión perpetua, que por serlo se convierte en desesperado tormento, ya que dos seres no pueden amarse en todos los instantes, a causa de que la criatura puede ser objeto de piedad, objeto de ternura, de angustia o de goce, pero jamás de amor absoluto. Somos brotes de lo imperfecto, composiciones temporales, puntos de confusión atormentados y andantes, poseídos de sed; somos sed de amor, pero no objeto de amor. Y el propósito natural del amor es la adoración y la conversión en algo que nos trasciende y es infinito.

"Dante era un desencantado del amor humano. Como todos los grandes, padecía de soledad, inmensa

y desgarradora soledad; certeza dolorosa de que no ha de encontrarse un corazón verdaderamente ligado al nuestro; no existe más pavorosa ni más incurable desdicha. Y este dolor, que perdura en el triunfo, se acentuó mucho más en su penosa vida de proscrito que sufre persecusión por la justicia y mira por todas partes la maldad triunfante, la ineptitud insolente y la esperanza muerta. Pero su alma férrea no se doblega; ni la nostalgia, ni el martirio de la distancia, ni la sangrienta burla de los viles, nada es capaz de callar la lengua valiente que contesta a los que le ofrendan perdón: "Si para volver he de confesarme culpable, no volveré jamás."

"Habituados estamos a leer como una novela de tiempos lejanos la historia de estas altiveces que fustigan la cobarde hipocresía de la vida social, pero rara vez miramos en torno para observar que todavía ayer, que aun hoy, en muchísimas naciones del mundo, no habría lugar para un alma excelsa como la de Dante. No podría tolerársela viva porque todavía sus anatemas marcarían con fuego muchísimas espaldas. Los hombres más grandes parecen condenados a no poder conquistar amor durante su vida. No se les ama; se les admira o se les odia, y la admiración es ya un principio de apartamiento: en cambio, poseen el dón de despertar el amor vivísimo, el apasionamiento de sus sucesores. ¿Será porque dejan de ser temibles al convertirse en teoría, en literatura o en arte? Pensarán de ese modo los que no aprecian más que el atractivo formal, la belleza externa de sus obras; pero los que sentimos la energía viviente, la potencia inmortal que mana de sus obras, no podemos sentir sino reverencia y amor, todo el amor que sus contemporáneos les negaron, todo el amor que anda por el mundo desbordándose, sin hallar cauce o noble empleo.

"Aquí estamos celebrando la memoria de un genio magnífico que si pudiera hablarnos, seguramente nos diría: antes de levantarme estatuas atended a corregir vuestras iniquidades. Pues esa es la tortura y la fatalidad de los grandes: el no poder callar la verdad, ni disimular su indignación frente a la injusticia. Sus palabras lastiman, aunque sus pechos rebosan de amor, y poco a poco la pequeñez humana los va dejando, los deja solos, y de lejos parecen todavía más hoscos. De allí nace esa especie de terror sagrado con que nos acercamos a los verdaderamente grandes, pues para estar con ellos, en simpatía fácil, sería menester toda una serie de sacrificios personales y de tremendos esfuerzos interiores. Una sola mentira en la conciencia nos desliga y aparta de su grandeza y nos impide sentir la efusión filial de los que pueden llamarlos padres. Padre y maestro es Dante; padre por la energía de su espíritu que quisiéramos revivir en todas las almas latinoamericanas, y maestro de altivez y rectitud que debe servir de ejemplo cada vez que sea preciso luchar por la verdad o por la libertad, y finalmente, profeta por su don excelso de adivinar en los aspectos de la representación humana el sentido y el destello de la belleza eterna.

"No es ésta una ceremonia protocolaria en la que un país agrade-

ce a otro país amigo la entrega de un objeto de ornato. El nombre de Dante no es de aquellos que se convierten en frío recuerdo histórico, sino llama viva que ha de servir de guía a todas las edades y que revela una belleza superior a todas las críticas.

"Puede la pasión nacionalista o la ingenuidad de los que sólo perciben con los sentidos del cuerpo, comparar a Dante con otros poetas que son capaces de darnos visiones esplendorosas de la vida o comunicarnos el fuego de sus instintos; pero ningún poeta ha logrado la unidad trascendental, ni la clarividencia imperecedera que se expresa en los versos de la Divina Comedia. Dante no es la pitonisa que balbuce verdades parciales, escondidas entre el desecho de disparates rotundos; no es el vate que emite voces sublimes en un coro de trivialidades sonoras; no es tampoco el mago de los sentidos corpóreos, un Shakespeare, o un Goethe, que dan ojos nuevos para ver el mundo y fuerza para gozar sus pasiones. Dante es un trasmutador de la corriente eterna; un transfigurador de valores cuya potencia influye en el devenir mismo del alma. Después de leer a Shakespeare sentimos que hemos gozado mucho, pero que somos los mismos; después de leer a Dante, nos sentimos hombres nuevos frente a un destino infinito. Y si hemos de insistir en la comparación ya casi obligada de Dante con Shakespeare, diremos que Shakespeare es el hombre de la tierra, el poeta genial, pero cortesano y carente de ánimo propio y de visión remota; en tanto que Dante parece una parte de la revelación misma, un soplo de lo divino hecho verbo y deslumbradora belleza.

"Señor Ministro:

"Nos entregáis, a nombre de vuestro gobierno, la estatua de la mayor gloria de Italia, el símbolo de una de las mayores luces del mundo, y nosotros os aseguramos que esta dádiva no cae en corazones indiferentes, ni en conciencias adormecidas. Decid a los vuestros que comprendemos que nadie podrá hacernos un regalo mejor. Decidles que el alma mexicana rica en gérmenes propios y nutrida en la noble savia de España, ha sentido muchas veces la influencia vigorizante del gran poeta, y si no ha logrado llegar a su altura, es porque no a todos nos es dado alcanzar la belleza y el misterio infinito; pero haremos esfuerzos para aclarar nuestra conciencia, y el día en que este pueblo llegue a la expresión definitiva de su civilización, nuestros sucesores triunfantes, seguramente contarán al poeta entre sus antepasados por el espíritu.

"Cansados de loar obras aparentemente bellas, obras quizás geniales, pero que revelan a la reflexión íntima una especie de debilidad o de equívoco que proviene de que la vida del autor no está de acuerdo con su idea; cansados de admirar la falsa belleza, la verdad a medias y el bien que calcula sin darse del todo, llegamos a Dante, hombre altivo a la vez que genio sublime, con entusiasmo ardiente y confianza bienhechora. Recibimos sabiduría, recibimos fuerza y saturados de inmortal belleza repetimos ante su imagen sagrada las palabras del verso inmortal: "Tu duca, tu signore e tu maestro."

INQUIETUDES SUDAMERICANAS Y UNA CARTA DE UNAMUNO

DE la memoria anual presentada por el presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, que se publica en **Juventud**, interesante y ameno órgano de esa Federación, tomamos los siguientes párrafos:

"Uno de los actos de mayor trascendencia verificados durante el período de 1920-1921, fué la primera Convención Estudiantil Chilena, realizada durante los días 12 a 16 de junio, con una asistencia de 1.200 estudiantes, que representaban todas las tendencias ideológicas y las más distintas ramas de la enseñanza. Precisaba definir los ideales estudiantiles. Esa fué la importantísima labor de la primera Convención. El torneo intelectual nos dió una declaración de principios, que desde entonces sirvió de guía a nuestras actividades. Diseñáronse en aquella memorable ocasión dos tendencias. La primera de carácter francamente internacionalista, aprobaba en forma amplia el rumbo que había tomado la Federación, esto es, de participar activamente en los problemas sociales e internacionales, acelerando el movimiento de emancipación de las clases trabajadoras. La otra tendencia quería una restricción en el radio de acción de nuestra colectividad; pero sus ideales eran más vagos e indeterminados. Como era de prever, el triunfo correspondió a los primeros.

"Las numerosas campañas de carácter público de la Federación habían herido numerosos intereses y provocado irritación de diferentes grupos de ciudadanos, especialmente en los círculos clericales, militaristas y oligárquicos, irritación que se iba acentuando cada día más por el acercamiento de las clases explotadoras de la sociedad.

"Había pues, un grupo numeroso de adversarios—cuyo núcleo central estaba formado por clericales, aristócratas y "chauvinistas" rabiosos—, que estaba dispuesto, ya que no con argumentos, a terminar con la nueva ideología y con la Federación de cualquier modo. Esta situación agravóse con las declaraciones de la Convención y culminó con las manifestaciones patrioteras (contra Bolivia y Perú) de julio de 1920.

"El gobierno de aquel entonces ordenó una movilización irregular de ejército hacia la frontera peruana, con el pretexto de que había estallado una revolución en Bolivia y porque los nuevos dueños del gobierno de este país abrigaban sentimientos hostiles contra nosotros

"La Convención Estudiantil se había pronunciado francamente contra el militarismo agresivo y contra la guerra. El ideal era hermoso. Y había llegado el momento en que el ideal debía traducirse en manifestaciones concretas acerca del pensamiento real de la colectividad estudiantil.

"En las calles las turbas enardecíanse por el odio, y la prensa—vil negociante que no titubea en lanzar un pueblo a las puertas de una guerra para aumentar las utilidades del negocio—, tergiversaba en una forma indigna la verdad y excitaba los bajos sentimientos de un patrioterismo agresivo.

"En estas condiciones ¿íbamos a eludir un pronunciamiento ante el

temor de los ataques que seguramente recibiríamos?

"El 18 de julio se reunió el Directorio de la Federación. Tres días después, a raíz de vergonzosos sucesos, la mayoría de los estudiantes se preguntó si la Federación era un organismo que convenía mantener en medio de tanto sofisma e inmoralidad. La respuesta se obtuvo a fines de septiembre cuando cuarenta mil hombres, deteniendo el movimiento de la ciudad, desfilaron—ante la casa donde se había incitado al saqueo—con un cadáver envuelto en un trapo rojo.

"¿Para qué hacer una narración de ignominiosos hechos? Basta señalar la destrucción y saqueo de nuestro club, después de cinco asaltos realizados en el espacio de tres días; basta pensar que una turba incitada desde la Moneda, destruyó, a golpes de martillo, obras de arte y muebles durante una hora y media; basta recordar la irritante complicidad de la policía; la estúpida acusación de recibir dinero del Perú; el incendio de una biblioteca en la calle pública, ante los aplausos de centenares de aristócratas que, indudablemente, sabían leer; la irritante presión de los defensores del club; el cinismo de los asaltantes que se hicieron fotografiar en una revista; la actitud del Presidente de la República que recibió a los asaltantes que le llevaban parte de lo saqueado; la censura del Consejo de Instrucción Pública y la intromisión en asuntos en que jamás le reconoceremos derecho para hacerlo; la debilidad de las altas autoridades universitarias que no se atrevieron a defender los fueros del profesorado, encargadas de resguardar; las criminales persecusiones a estudiantes y obreros; la iniciación de procesos ridículos y, finalmente, el martirio y la muerte de Domingo Rojas, porque creía, como nosotros, que en la sociedad actual impera la injusticia y que ella debe reemplazarse por un régimen mejor.

"Hemos triunfado. Pero el triunfo es sólo parcial. El enemigo se ha retirado; pero sus fuerzas subsisten intactas, porque la violencia y la mentira cuentan aún con numerosos partidarios. Mejor dicho, cuentan con la inmensa mayoría.

"Precisa, pues, recomenzar la lucha para que se haga plena luz acerca de nuestra actitud pasada; sin odio, sin espíritu de venganza, pero también sin resignarse ante lo sucèdido; porque quien se doblega ante el mal pierde el derecho a soñar una vida mejor, y pierde el derecho a que se le haga justicia."

A propósito de la declaración de principios de la Federación de Estudiantes de Chile, el doctor Baltasar Brum, Presidente de la República del Uruguay, envió este mensaje: "Formulo los más sentidos votos por que esos ideales se cumplan y porque las juventudes intelectuales de todos los países sigan la ruta brillante y digna de los estudiantes chilenos."

Y don Miguel de Unamuno, el ilustre escritor e idealista español, escribió a la Federación, desde Salamanca, "donde lo tienen como preso," las siguientes recias y altivas palabras, en las que comenta la situación de España actual:

"Amigos y compañeros: En los números de **Juventud** aparecidos después del saqueo y destrucción

de sus oficinas por las hordas de la incivilización, veo que a modo de aliento a mi labor, piensan dedicarme un homenaje. Y adelantándome a él, y para que no influya lo que hayan de decirme, quiero a mi vez, dirigirles, sacándomelas del cogollo del corazón, unas palabras que lleguen ahí, por sobre el Océano, calientes de indignación, que es hoy ya la única vida que merece vivirse. Y van en castellano de vasco, como era el con que cantó Ercilla la bravura de Arauco.

"Esto me recuerda que hace algunos años leí, con mis propios ojos, en el hueco de una ventana del solar de Ercilla, en Bermeo— "solar antes fundado que la villa—," unas líneas escritas con lápiz que venían a decir: "quisiera cumplir hazañas dignas de ser cantadas por un nuevo Ercilla—. Carlos." Este Carlos era Carlos de Borbón y Este, pretendiente a la corona de España, llamado Carlos VII. Y pensé si se proponía imitar a Valdivia o a Caupolicán ("y el bárbaro en el hombro la gran viga...") Encendió aquí la guerra civil, tomando acaso a España por Arauco. Y le felicitaba por sus victorias su parienta la archiduquesa doña María Cristina de Hapsburgo-Lorena, que vino a ser luego Reina Regente de España y causante principal de las desdichas de esta mi patria.

"Bajo sus manos secas y amarillentas acabó de deshacerse el dominio colonial ultramarino de la corona—que no de la nación—española, y su hijo, nuestro actual rey, educado en el concepto patrimonial e imperialista que de la realeza tienen los Hapsburgos, soñó en un vice-imperio ibérico, con Marruecos —incluso Tánger—, Gibraltar y Portugal. Y digo vice, porque había de fundarse al amparo de los Imperios Centrales militaristas y oligárquicos.

"En estos días ha sufrido la corona de España un rudo revés en Marruecos, donde un general dinástico se ha metido en una aventura sin contar ni con su jefe inmediato ni con el Gobierno. Aunque aquí no lo hay. Que no es gobierno un cotarro de lacayos de la camarilla militarista que mantiene el actual despotismo del reino de España, régimen de clandestinidad y de engaño.

"¡Orden! orden!," claman los accionistas del patriotismo, los fariseos como aquellos que hicieron crucificar al Cristo por antipatriota (v. Juan XI, 47 y 48). Vociferan sobre el principio de autoridad para que no se vea que la civilización se asienta sobre el fin de autoridad y que este fin es la justicia. Y que como la justicia es dar a cada uno lo suyo—suum cuique tribuere—hay que reconocer no ya lo suyo, sino el cada uno, el quisque. Justicia es el reconocimiento de la libre individualidad, que cada individuo vale por todo el universo y es infinito el precio del espíritu. Y el socialismo es sólo esto, el reconocimiento de lo infinito y absoluto del espíritu individual hecho sociedad.

"Y ahí como aquí. Que ahí en ese generoso y noble Chile, donde se mezclaron las sangres de Valdivia y de Caupolicán—y no poca de mi sangre vasca—ha sido una oligarquía pseudo-aristocrática, plutocrática, que tenía su tesoro cerca del altar y al amparo del cuartel, la que ha dado origen a vuestra leyenda negra, a la leyenda del Chile imperia

lista, militarista, prusianizado, revolcándose en guano y en salitre.

"¡Y esos hablan de la patria! ¡Esos! Los accionistas del patriotismo. Para ellos la patria es una empresa o una hipoteca de los tenedores de la deuda. Y los sin tierra son los sin patria; los que sudan bajo la tierra, en obscuras galerías, sin recibir la luz del sol que sobre todos luce.

"He visto que se os acusa de vendidos a la plata peruana. No podían acudir a otra argucia. Es lo de todas partes. Esos accionistas del patriotismo no se explican actitud ninguna sino por dinero que es su único dios.

"Ahí como aquí, y ahí con ese triste y viejo pleito de Tacna y Arica, con ese pleito en que se le niega a un pueblo hermano una liquidación de justicia y se le mantiene a otro pueblo hermano sin su natural respiradero al mar, desembarazado y libre, ahí como aquí esos pleitos internacionales, de oligarcas accionistas, no sirven sino para distraer y corromper a los sin tierra y para que no se vea que no es con sangre y espada en mano sino con el sudor y empuñando la esteva del arado como se hace patria. Ni Caín fundó su ciudad sobre la sangre de Abel.

"¡Los patriotas de profesión! ¡los profesionales de la patriotería! ¡los capitanes que asaltan una imprenta! He leído la lista de las personas que tomaron parte en el asalto y saqueo—se creerían en campaña—y he visto que dicen de uno que era "piloto y sportsman." Yo no sé ahí, pero aquí sportsman quiere decir holgazán y hombre de poca o ninguna sal en la mollera. Y aquí los conocemos bien porque la sportsmanship viene de muy alto. Y veo que los más de esos asaltantes eran...¡estudiantes! ¡No estudiosos, claro! Estudiantes de patriotería.

"Conozco a esos tristes estudiantes cachorros de la oligarquía plutocrática y accionistas del patriotismo, conozco a esos estudiantes. Son los mismos que hacían aquí de "policías honorarios" y que un día se prestarán a hacer de "verdugos honorarios" para restablecer el principio de autoridad, el orden, sabe gando su fin, la justicia.

"Son los de ahora para ese como para este pueblo de lengua española de esta lengua que creó a Don Quijote, tiempos de suprema prueba, de congojas y agonías de parto, del parto de la civilidad universal y humana, de la justicia entre los pueblos El imperialismo militarista y plutocrático se resiste en sus últimas trincheras y asalta...imprentas. Su odio és a la inteligencia. En sacristías y cuartos de bandera se pronuncia el mote de "intelectual" con un fingido desdén de dientes apretados, con un desdén que envuelve envidia y la rabia de la impotencia.

"Antes de haberse aplicado la imprenta para las letras, hacia 1440, fué aplicada, al acabar el siglo XIV, para imprimir unos naipes de baraja con que se entretuviese el pobre Carlos VI de Francia, el rey loco. Y con la baraja o con la ruleta, se entretienen hoy reyes, accionistas del patriotismo, y valientes de profesión. Aquí al menos, con este el último despotismo que en la Europa queda—como dijo la Saturday Review—sólo campan a sus anchas el juego de azar, la pornografía más

baja, la servilidad de las autoridades y los negocios turbios.

"Por encima del Océano, tumba de tantas esperanzas y cuna de muchas más, les tiende una mano trémula y cálida Miguel de Unamuno."

CONGRESO POSTAL PANAMERICANO

A fines de 1920 se celebró en Madrid una Convención Postal Universal, que resultó ser de gran interés para toda la América.

Los gobiernos europeos, obligados a adoptar medidas radicales para aumentar sus ingresos, se proponían convertir el correo en fuente de impuestos para el fisco. Contra esta proposición se manifestaron unánimes las naciones de América, sosteniendo que el correo no podría considerarse de otro modo que como un servicio público a cargo de los gobiernos, especialmente en su fase internacional. Sobre el bloque europeo triunfó el bloque americano, al que España se adhirió desde un principio. Los representantes de estos países acordaron entonces celebrar este año un Congreso Postal Panamericano para llevar más adelante su teoría del correo y hacer más estrechas las relaciones postales del continente. Ese Congreso se reunió en Buenos Aires, durante la primera quincena de septiembre. De las columnas editoriales de La Nación, de Buenos Aires, tomamos la siguiente información:

"Bajo reserva de ratificación por parte de sus respectivos gobiernos, los miembros del Primer Congreso Postal Panamericano han concertado, después de dos semanas de intensa labor, los convenios a que tendía la convocatoria. Delegados de diecinueve países de América han expuesto, en las sesiones plenarias, anhelos que revisten trascendencia. Decididos a planear las bases de una unión postal firme, que responda a los requerimientos del continente, no han escatimado esfuerzos para llevarla a cabo. El tiempo revelará si tan loables aspiraciones pueden ser realizadas sin hondos sacrificios. Mientras no se ensaye suficientemente el nuevo plan bosquejado, será prematuro adelantar juicios definitivos. Pero, cualesquiera que sean los resultados prácticos, el recuerdo del Congreso perdurará como expresión inequívoca de franca solidaridad.

"La Convención celebrada determina que los países adherentes formarán un solo territorio postal, en el que regirá la libertad de tarifa y la gratuidad del transporte. Una oficina internacional, con asiento en Montevideo, efectuará los estudios y trabajos que la comunidad de intereses aconseje. En vez del franco oro, adoptado por convenciones anteriores, el Congreso acepta el dólar como unidad monetaria.

"En lo concerniente a encomiendas introduce una reforma, de vastos alcances económicos, concebida así: "Las administraciones de destino podrán cobrar a los destinatarios de encomiendas: los derechos de importación que corresponden; un derecho fijo, de diez centavos de dólar como máximo, por la entrega de la encomienda y formalidades aduaneras; un derecho de almacenaje, por depósito de las encomiendas que no hayan sido retiradas dentro del plazo de diez días; una sobretasa, de diez centavos de dólar como máximo

por el transporte de cada encomienda al domicilio del destinatario."

"Si bien, salvo en lo tocante a Panamá, el Congreso ha denotado íntegro auspicio a la iniciativa básica sobre gratuidad del transporte, no ha ocurrido lo propio en cuanto a la unidad monetaria y a los derechos sobre encomiendas. El franco oro, que facilita la equivalencia de tarifas, ha contado abiertamente con adhesión de la República Argentina, Brasil, Chile, Guatemala, Panamá, Paraguay y Uruguay. Estas naciones no han advertido conveniencia alguna en modificar la cláusula pertinente de la Convención Postal Universal de Madrid. Han creído que el argumento mayormente agitado, el de la necesidad de que el Primer Congreso Panamericano se desligue de monedas europeas, carecía de solidez, desde que el tipo monetario no perfila la significación del acto, ni es factible substraerse a compromisos surgidos de la Unión Postal Universal. Si las siete naciones que se inclinan a mantener el franco oro no ratifican el convenio, éste quedará desvirtuado. Y la misma innovación sobre encomiendas levantará resistencias, merced a lo que estatuyen las legislaciones internas de los distintos Estados.

"Cuando la delegación del Uruguay preguntó al Congreso si el convenio principal podría ser refrendado por los países de Europa que desearan adherirse, los representantes de Estados Unidos señalaron que, exceptuando a España, que subscribió en Madrid el compromiso postal hispanoamericano, era prudente no permitir adhesiones europeas, hasta que el ensayo de la gratuidad del transporte evidenciara el monto exacto de las cargas que impone a los gobiernos. Ha bastado tal sugerencia para que el Congreso sólo deje abierto el convenio a la administración española.

"Examinadas, en sus primordiales lineamientos, las resoluciones del Primer Congreso Postal Panamericano reflejan destacado espíritu de concordia y definido propósito de intensificar las comunicaciones. Aun que la gratuidad del transporte obligue a los gobiernos a crecidos desembolsos, encarna un ideal de acercamiento que América viene persiguiendo desde años atrás. La defensa de ese principio, que contraría normas que acogió el Congreso de Madrid, trasunta que las naciones americanas avanzan en la ruta que les indica su propio porvenir. Son de deplorar, pues, las divergencias suscitadas por la unidad monetaria y el sistema de encomiendas, que quebrantan la armonía del conjunto. Quizá hubiese sido posible evitarlas mediante un aplazamiento de la votación, a efecto de que los delegados volvieran a examinar los intereses recíprocos de las naciones representadas. De haberse llegado a una solución tomada por unanimidad, no provocaría temores la suerte del convenio.

"Con todo, Buenos Aires ha sido teatro de una reunión cuyas ventajas nadie osaría discutir. Y, al estrechar vínculos entre naciones amigas que marchan hacia destinos comunes, el Congreso ha verificado obra fecunda de confraternidad internacional."

EL CONFLICTO ANGLO-IRLANDES

IRLANDA, una de las dos grandes islas que forman el Reino Unido de la Gran Bretaña, conocida por los griegos del siglo IV, pero que los romanos, más tarde, no llegaron a conquistar por estar relegada al Oeste de Europa y rodeada por mares de difícil navegación, ha sido, sin embargo, en la historia moderna, junto con Polonia y Armenia, una de las naciones cristianas víctimas del imperialismo de los pueblos más fuertes. La cruel conquista de Irlanda por Inglaterra comienza a fines del siglo XII y sigue acentuándose durante los reinados de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra y la dictadura de Cromwell, hasta llegarse a subyugar a toda la isla e incorporársele al Reino Unido en 1800.

El cristianismo llegó a Irlanda en el siglo IV, de manos de San Paladio, pero no se propagó sino hasta el siglo V, gracias a San Patricio, verdadero apóstol de Irlanda. La nueva religión cundió y adquirió gran brillo, habiéndose fundado allí grandes y numerosos monasterios, de manera que Irlanda llegó a ser llamada "la Isla de los Santos." Hombres de pura raza céltica, que se ha dicho originaria de España, poseían todas las buenas cualidades y defectos de su sangre: valerosos hasta la temeridad, afectuosos y pródigos para con el extranjero, poetas entusiastas, hábiles músicos y más diestros en el arpa que los galos, eran al mismo tiempo coléricos y vengativos, odiaban toda clase de yugo y carecían de todo espíritu de unión y de disciplina. El carácter de los irlandeses, si bien modificado por la civilización moderna, no ha cambiado en lo esencial, y a ello se debe por una parte su debilidad que ha hecho posible el dominio inglés y por otra, su sostenida lucha por recobrar su independencia.

Irlanda no es un país industrial; sólo tiene relativa importancia la fabricación de aguardientes, cervezas y algunos tejidos de lana y lino. Su población de hace cien años era mayor de 8 millones, pero hubo de disminuir durante todo el siglo pasado, debido a la miseria del pueblo y a la gran corriente de emigración hacia los Estados Unidos, donde el elemento irlandés es poderoso. De 1846 a 1847 perecieron más de medio millón de individuos en un hambre semejante a la que ahora asuela a Rusia. Por 1889 habían emigrado al nuevo mundo cerca de tres millones de irlandeses. Distritos enteros de la isla paupérrima quedaron desiertos, y la población se alimentaba, como lo hace todavía, en su mayor parte de patatas. Una de las causas primordiales de este mal estado ha sido la inicua distribución de las tierras entre grandes propietarios que residían en Inglaterra o en el Continente y gastaban sus rentas en el exterior. El problema agrario ha sido el problema de Irlanda y para resolverlo de una vez por todas favorablemente, los irlandeses puros, que son católicos, han deseado ante todo su independencia. A esto se oponen los irlandeses del Norte de la isla, protestantes ingleses trasplantados, que de ningún modo quieren consentir en la completa autonomía de la isla ni mucho menos en su separación del Imperio Británico.

Durante la guerra europea, con cierto apoyo alemán, los irlandeses sinn-feinistas, el partido de la independencia, intentaron hacer una revolución libertadora, pero fracasaron, habiendo sido ajusticiados los cabecillas de la insurrección. No por eso se apagaron los ánimos celtas; más bien, especialmente después del armisticio, vinieron sosteniendo contra las autoridades inglesas y contra los ulsteristas (los colonos ingleses de la gran provincia de Ulster, leales a Inglaterra) una guerra continua de asesinatos cometidos por ambas partes, de matanzas horrorosas y de inhumanas represalias.

Los sinn-feinistas habían proclamado la República y electo su gobierno, con Eamonn de Valera de Presidente. Entre éste y Lloyd George, Primer Ministro del Imperio Británico, se han venido llevando a cabo en los últimos meses, conferencias tendientes a dar fin al ya secular escándalo anglo-irlandés, habiendo abierto Lloyd George las negociaciones, a instancias del rey Jorge, en junio 24 de 1921. En julio 8 de Valera aceptó la invitación de pasar a Londres a conferenciar y en esa misma fecha se declaró un armisticio entre el pueblo irlandés sinnfeinista y la oposición. Del 14 de julio al 11 de agosto duraron las conferencias londinenses, como resultado de las cuales Inglaterra ofrecía a Irlanda autonomía dentro del Imperio (dominion homerule) semejante a la del Canadá. De Valera rehusó esta propuesta, pidiendo en cambio independencia absoluta para Irlanda. De Valera también proponía que se sometiera el conflicto al arbitraje de un miembro por cada parte litigante y de un tercero que fuese el Presidente de los Estados Unidos. El 24 de agosto de Valera, en vista de que Lloyd George se negaba rotundamente a aceptar sus proposiciones, le informa que el Dail Eireann (así se llama el Congreso republicano irlandés), apoya la actitud de los sinn-feinistas, proclama el principio de que "el poder de los gobernantes tiene su origen sólo en la voluntad de los gobernados" y sobre ese principio pide que se discuta el problema irlandés. Añade de Valera que Irlanda está dispuesta a defender su voluntad por la fuerza. El 26 de agosto Lloyd George replica que parece inútil seguir la discusión por notas y solicita nuevas conferencias personales con de Valera, pero indica que no puede discutir con él el principio a que apela el Dail Eireann. A estas nuevas conferencias se opone de Valera, a menos que Lloyd George acepte la discusión del principio invocado por los irlandeses, y declara que el pueblo de Irlanda no reconoce ninguna unión voluntaria con Inglaterra. En septiembre 8 el Consejo de Ministros del Imperio Británico invita a los irlandeses a que manden representantes para una conferencia en Inverness (Escocia) que tendría lugar el 20 de septiembre, pero bajo la condición previa de que Irlanda no abandonaría el Imperio. De Valera acepta esta invitación, haciendo pública su respuesta en Dublín (su capital) el 11 de septiembre, pero insiste en que los delegados sinn-feinistas pueden concurrir sólo como representantes de un Estado independiente. En esa misma fecha Lloyd George cancela la conferencia, declarando

que obrar de otra manera equivaldría a reconocer la independencia de Irlanda. De Valera telegrafía a Lloyd George la expresión de su sorpresa ante la actitud del Primer Ministro y explica que si Irlanda no definiese claramente el carácter de sus enviados, sufriría mengua su posición. El 17 de septiembre Lloyd George reitera su oposición a conferenciar dando la misma razón que el día anterior. De Valera replica que al aceptar su gobierno la invitación inglesa, se abstuvo de pedir que Inglaterra abandonara los principios que alegaba, y declara que "no podemos los representantes del pueblo irlandés reconocernos como nada, sino como lo que somos, representantes de un pueblo que ha declarado su independencia." El 18 de septiembre Lloyd George contesta que está dispuesto a conferenciar con los representantes del pueblo irlandés, pero que éstos no deben aparecer como enviados de un Estado soberano. El 19, de Valera propone a Lloyd George que se celebre un tratado entre el pueblo de Irlanda y los de la Gran Bretaña y sus dominios, "de acomodación y asociación" para concluir de ese modo "y para siempre" la larga y dolorosa contienda. No se llega a ningún acuerdo a este respecto y en septiembre 25 se abre de lleno otra vez la lucha armada entre los sinnfeinistas y los ulsteristas y soldados ingleses, en Belfast, capital de Ulster, resultando cuatro muertos y cincuenta y siete heridos. Derrotado por de Valera en las discusiones abiertas sostenidas hasta esa fecha, puesto que de Valera ha apelado a un principio fundamental de la civilización moderna Lloyd George, con fecha 29 de septiembre, pide al Presidente de Irlanda que se den por no habidas las negociaciones anteriores y que sobre nuevas bases se comience otra vez la discusión en Londres, el 11 de octubre. Acede a esto de Valera, y en esa fecha se reúnen los delegados de ambas partes: cinco irlandeses, entre los cuales no aparece de Valera, y siete británicos encabezados por Lloyd George.

Al escribirse esta nota no se ha tenido noticia exacta en la redacción de **El Maestro** del resultado de las nuevas negociaciones, excepto que el 19 de octubre el Papa católico y Jorge de Inglaterra cambiaron mensajes rogando a Dios por el buen éxito de la conferencia y que el 20 de octubre el Presidente irlandés protestó ante el Pontífice declarando que Irlanda no debía a la corona inglesa vasallaje ni dependencia algunos; lo que demuestra que hasta esa fecha no se había llegado a ningún arreglo, puesto que ambas partes sostenían lo mismo que antes.

RABINDRANATH TAGORE EN SUECIA

En 1913 la Academia Sueca concedió el premio Nobel de Literatura al escritor hindú Rabindranath Tagore, quien no pudo presentarse en Estocolmo para dictar una conferencia, como es de costumbre, sino hasta el mes de mayo de este año.

La admirable conferencia de Tagore es el último de los grandes acontecimientos intelectuales y por tal motivo la transcribimos íntegra, con la seguridad de que im

presionará gratamente la belleza sencilla de sus ideas.

"Recuerdo la tarde en que recibí un telegrama de mi editor en Inglaterra, comunicándome que se me había acordado el premio Nobel. Me encontraba en Shantiniketan, (Escuela de Tagore en Bolpur) que yo supongo que la mayoría de ustedes conocen, y justamente en ese instante estábamos en camino hacia el bosque, cerca de la escuela. Cuando pasábamos frente a la casa de Correos y Telégrafos, vino un mensajero con un telegrama en la mano, corriendo hacia mí. Iba conmigo en ese momento un huésped inglés y como creí que el telegrama no era importante, lo metí en el bolsillo con el propósito de leerlo a la llegada; pero mi huésped tenía seguramente conocimiento de su contenido, porque me pidió que lo abriera inmediatamente. Leí el mensaje, que yo apenas podía creer. Consideré probable que el giro telegráfico hubiera sido mal interpretado, pero finalmente me convencí de que era la verdad. Lo que especialmente me conmovió fué el contento de los niños y de los maestros, por el grato suceso. Estos, que me amaban y a quienes yo amaba, se regocijaban por el honor recibido y yo comprendí entonces que mis compatriotas participarían de la misma manera del contento, ante la honrosa demostración. A la noche, sentado solo en la terraza, me preguntaba cuál sería la causa de que mis poesías fueran bien acogidas en Occidente, siendo hijas de otra raza, separada de los hijos de Occidente por aguas y montañas. Y yo puedo asegurar a ustedes que no fué con arrogancia sino con temor, como yo mismo me examinaba; y en ese instante me sentía humilde.

"Me acuerdo cómo mi actividad se desarrolló desde mi más tempra na juventud. A los veinticinco años vivía en el más completo retiro en mi bote-casa, flotando sobre las aguas rumorosas del Ganges, con los patos silvestres del río como única compañía. Allí bebí como vino el sol profuso de las extensiones, y el murmullo del río me hablaba de los secretos de la naturaleza. Yo soñaba y daba forma a mis sueños en poesías y relatos que mandaba a los diarios y revistas de Calcuta. No sé si los poetas occidentales pasan su juventud en tal retiro; pero no creo que sea posible: la soledad no tiene ningún lugar en el mundo occidental. En consecuencia, era yo por este tiempo un hombre desconocido, conocido sólo en mi propia provincia Yo estaba satisfecho con este aislamiento, que me protegía de la curiosidad de la gente. Pero vino un tiempo en que mi corazón sintió un anhelo de salir de este aislamiento, con el objeto de trabajar por el bien de la especie humana, anhelo de no soñar y meditar sobre los problemas de la vida solamente, sino también dar expresión a mis ideas, trabajando por otros. Entonces tuve el pensamiento de enseñar a los niños. Yo no tenía ninguna predisposición, especialmente no habiendo tenido la ventaja de una enseñanza ordenada; pero tenía amor a los niños y a la naturaleza y mi finalidad era dar a aquellos la libertad de disfrutar de la vida. Yo mismo, cuando niño, sufrí mi tiempo de prisión en la escuela, necesité también pasar a través de máquinas de instrucción, que aplastan todo contento de la exis-

tencia, de lo que los niños tienen sed. Fué mi objetivo dar a éstos la libertad a que tienen derecho desde su nacimiento.

"Reuní algunos niños a mi alrededor; traté de hacerlos felices, fuí su compañero de juegos, el mayor de la banda. Crecí como ellos en esta atmósfera de libertad. Los gritos y cantos de los niños llenaban el aire y yo bebí este espíritu de alegría día por día. A la puesta del sol, solía sentarme retirado, contemplando la naturaleza y escuchando voces infantiles, y me parecía que los niños eran como los árboles, creciendo del corazón de la tierra, fuentes de vida, y como un niño grande enviaba también mi voz jubilosa hacia el cielo. En este medio compuse GITANJALI y los versos los cantaba a veces para mí mismo, bajo la magnificencia del cielo hindú. Y continué con esta vida, hasta que vino un día en que sentí otra vez la necesidad de ir al corazón del mundo. Concebí que esta existencia en el retiro sólo era el preludio de mi gran viaje de peregrino. Anhelaba ponerme en contacto con los hombres de Occidente; sabía que nuestra época pertenece al Occidental, con su exuberante energía; sentía que antes de la muerte debía ir a Occidente, para encontrarme con la gente en el santuario secreto donde la Divinidad tiene su templo.

"Fuí, y conmigo llevaba en manuscrito mis poesías, que había traducido al inglés, aunque sin el propósito especial de publicarlas. Pero cuando se presentaron al público británico, éste las elogió; el corazón occidental se abría para ellas sin retardo. Fué un milagro para mí, que había vivido todos esos años separado del Occidente y de su espíritu, ser inmediatamente aceptado por éste como uno de sus propios poetas. Pero comprendía que esto tal vez tuviera un significado más profundo y que los sentimientos que he interpretado en mis poesías eran comprensibles para los occidentales con su ardiente vivir, sedientos de paz, infinita paz. Con la preparación que mi musa había tenido desde la juventud a orillas del Ganges, podía presentarme y ofrecer al Occidente mi copa que fué recibida y ensalzada. Pero ésta no es mi gloria; del Oriente vino al Occidente; porque ¿no es acaso el Oriente la madre espiritual de la humanidad? Y cuando los hijos de Occidente, heridos, hambrientos, se vuelven a esta alta madre, el Oriente, ¿no esperan de ella remedio y alimento? Felizmente para mí, vine en el preciso instante en que el Occidente otra vez se volvía hacia el Oriente y como su representante, obtuve mi recompensa de amigos de Occidente.

"El premio que recibí de Suecia no fué empleado en beneficio mío; como individuo no tenía derecho a usarlo; lo destiné a los niños y estudiantes del Oriente, fué como una semilla que se siembra, germina y fructifica para utilidad del sembrador. He usado el dinero para iniciar y sostener mi Universidad en la patria, donde quiero que los estudiantes de Occidente vayan y lo mismo que mis hermanos de allá, trabajen buscando la verdad, que ha estado escondida para nosotros durante centurias, y en encontrar los tesoros espirituales que la humanidad necesita. Recuerdo aquellos días, cuando la India tenía sus grandes universidades, en la época de oro de su civili-

zación. Entonces no se encerraba la India en sí misma, abría sus puertas a todas las razas y pueblos y venían y se les ofrecía oportunidad de tomar parte de lo mejor que el país podía regalar. Se les ofrecía sin paga, porque es la tradición en nuestra tierra no recibir remuneración material por la dádiva de la verdad. La responsabilidad de transmitir el conocimiento descansa sobre el que lo posee. No es deber del alumno ir hacia el maestro, sino del maestro ofrecer sus presentes a aquellos que lo necesitan. Era esto lo que hizo posible la existencia de nuestras grandes universidades en las diferentes provincias de la India y siento que de lo que más sufrimos es de nuestro aislamiento. Hemos perdido nuestras posibilidades de ofrecer al mundo lo mejor que poseemos. Hemos perdido la confianza en nuestra propia civilización; hemos perdido el contacto con el mundo. No tenemos ningún tiempo que perder. Tenemos causa para estar orgullosos de la herencia de nuestros padres y ésta debe dilapidarse, nó sólo por nosotros, sino por la humanidad.

"Esto es lo que me ha inducido a iniciar esta institución, donde los estudiantes del Oriente y del Occidente se encuentren para recibir nutrición espiritual. Esto me trae al Occidente, para invitar a todos ustedes a la fiesta que espera en el Oriente y estoy convencido de que no recibiré desaire, porque en otros países he sido recibido con entusiasmo y he encontrado la opinión general de que el Occidente necesita del Oriente como éste de aquél. Ha llegado el tiempo de que nos encontremos en la verdad y abrigo la satisfacción de pertenecer a esta época, de haber podido expresar todo esto por escrito y colaborado en la construcción de la cultura de un gran porvenir. Aunque pueda haber aparecido obscuro en la traducción de otras lenguas, creo, sin embargo, que lo fundamental ha sido comprendido.

"Esta excursión al Occidente ha significado para mí la obligación de abandonar el aislamiento en que he vivido, de presentarme ante los ojos de todos, algo a lo cual no estaba habituado. Me siento tímido estando en vuestra presencia. Pero agradezco a Dios haber podido juntar los corazones del Oriente y del Occidente, y hasta el final de mi vida debo continuar mi misión: llenar el abismo que existe entre ambos pueblos. No está de acuerdo con el espíritu de la India rechazar alguna raza o cultura. La India siempre ha proclamado el ideal de la unidad, que comprende todo, no excluye nada en la existencia; comprende con una sola alma en la claridad del amor y de los sentidos. En estos tiempos de inquietud política, siento que la India es el país que unirá las razas humanas. Por eso el problema de las razas es el problema de la India; nosotros mismos estamos disgregados y ninguna unidad política puede tampoco satisfacernos; debemos ir más hondo: a la unidad espiritual. Al respecto estamos bien preparados con nuestra vetusta literatura y nuestra religión, que es la religión de la comprensión; la que dice: aquel que se ve a sí mismo en todos los seres, que concibe todos los seres como a sí mismo, conoce la verdad. Esta verdad será manifestada por los hijos del Oriente.

"Necesitamos recordar estas palabras: hemos nacido seres huma

nos con el amor y la reconciliación y no con la lucha como objetivo. No somos animales de presa; es el espíritu del YO lo que crea ilusiones y con ello desgracias. Pero las ilusiones desaparecerán cuando penetremos en el corazón de la humanidad.

"Para proseguir esta gran misión de la India, he erigido mi Universidad y os invito a todos vosotros a juntaros con nosotros y a que vuestros estudiantes y hombres de ciencia cooperen en hacer de ella una institución común, oriental y occidental. Por esto vengo y ruego y demando vuestra ayuda, en el nombre de la humanidad, del amor y de Dios."

LAS OCHO HORAS

POR EUGENIO D'ORS

ES, en la memoria, una imagen clara y confusa por mitad. Yo era un niño. Mi mano alcanzaba a la mano de alguien —no recuerdo ahora de quién—, de alguien doméstico y benévolo... Y llevaba en la otra un rollo de papel— tampoco recuerdo qué, tal vez un cuaderno escolar recientemente adquirido—, pero cuyo color veo ahora con gran precisión: un verde muy tierno.

Llenaba el gentío la rambla barcelonesa, bajo el sol radiante. Pasó entonces una manifestación larga. Situado, por la casualidad, demasiado a ras de ella, desprendióse mi mano, sin sentir, de la mano protectora. Y me encontré solo, criatura extraviada entre la multitud, criatura burguesa, arrastrada rambla abajo, por una manifestación del primero de mayo.

Lloraba. Y sé que entre lágrimas vi unas banderas rojas y negras y un estandarte blanco, en el cual había pintados los tres ochos.

Una mujer manifestante se burló de mí. Dijo que lo que yo llevaba entre las manos parecía una lechuga. Hubo otra mujer que rió muy fuerte al oír esto. Pero otra tercera, viéndome deshecho en lágrimas, me acarició, mandó callar a las deslenguadas y me dió la mano para que no me apartara de ella. Y así, de la mano de una mujer de fábrica, yo era un manifestante más, un manifestante lloroso, un niño que pedía también las ocho horas.

¿Qué importa que, al llegar al Llano de la Boquería, la mujer me dejase recomendado a una tienda y siguiese su camino? El cuño de aquella mano en la mía, yo continué sintiéndolo. El cuño de aquella mano en la mía, lo siento ahora. El cuño de aquella mano en la mía me ha sellado ya, tal vez para siempre.

Y esta debe ser la causa del salto de mi corazón—ahora que se ha alcanzado el ideal de aquella manifestación *nuestra*—, ahora que se ha preceptuado las ocho horas.

II

...Pero si estas "ocho horas" han de lograr algún efecto de cultura, es necesario que la implantación del nuevo régimen coincida con una manera de gran incendio espiritual. Sobre los ejérci

tos generosos de la educación popular pesa ahora más responsabilidad que nunca.

Recuerdo la ironía de algún escritor ilustre (¿tal vez Jean Dolent, el gran esteta fragmentario?) Como le hablasen del bello programa: Ocho horas para el trabajo, ocho para el reposo, ocho para la cultura... él insinuaba: —"Muy bien, muy bien. Pero ¿la cultura se prestará?"

...Esto es para decir que hay que tener cuidado que, de las ocho horas de cultura, no se lleve tres el *cine*.

III

Momento decisivo para la suerte futura de nuestro pueblo. Estas dos horas ganadas al trabajo. Este "de siete a nueve."

Decimos del *cine*. Y, más abajo, ¿la taberna, no? —Nuestro pueblo es sobrio: lo sabemos, contamos con ello—. Pero, ¿sobrio por naturaleza y disposición inevitable? Este "de siete a nueve" ¿no constituirá una ocasión y una tentación demasiado fuerte? Hemos visto pueblos cambiados, *precipitados*, en ocasiones parecidas a esta nuestra de hoy. Asturias, con la rebaja de horas de trabajo ha pasado de beber la cidra al uso de los peores venenos alcohólicos. Me dicen que ahora es corriente que los lunes, por la mañana, falte la mitad de los obreros a la lista de las minas y de las fábricas.

No hay que contar demasiado con "las virtudes tradicionales." La virtud se gana cada día, no se hereda. Y más vale ganarla con la entrada en nuevas actividades, que fiarse de viejas abstenciones.

El "de siete a nueve" es un problema, e importa frente de él no dormirse en un optimismo etnográfico beato. Que de él se preocupen cuantos soportan magistratura y responsabilidad en nuestro pueblo.

Historia

TRES HEROES

POR JOSE MARTI

CUENTAN que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a las leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo mal tratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en el camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En la América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay

otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible, contra los que les roban a los pueblos la libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de Mexico. Se les debe perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fué más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desgraciados no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fué a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se extremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales pelaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto ni se peleó mejor en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español, en Santa Marta. Murió pobre y dejó una familia de pueblos.

México tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos

jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fué el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo dieciocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vió a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vió maltratar a los indios que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar; creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. El fabricó lanzas y granadas de mano. El dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. El declaró libres a los negros. El les devolvió sus tierras a los indios. El publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. El les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles, los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.

San Martín fué el libertador del Sur, el padre de la República

Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón; pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándoles tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco, parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América; ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires: no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fué San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morrillo el cruel de Venezuela. Hidalgo estaba muerto: O'Higginis salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fué a libertar a Chile y al Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y vá a libertar el Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar; San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean por hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

HISTORIA UNIVERSAL

LOS HINDUES

AS naciones orientales de que tenemos noticias, han sido Semitas o Hamitas.

Ahora, nuestras investigaciones se dirigen hacia la historia de los dos grandes representantes asiáticos de la gran raza aria: los hindúes o indostanos y los persas.

106.—Hemos visto ya que los antepasados de todos los grandes pueblos europeos vinieron del Asia Occidental, en donde habitaron al mismo tiempo que los ancestros de los persas e hindúes. Pero la sede original de la indivisa familia aria no fueron ni Persia ni la India. Los persas llegaron como inmigrantes a Persia, así como los hindúes a la India; de la misma manera que los griegos, latinos, teutones, celtas y eslavos, habían llegado a Europa con el carácter de inmigrantes. La morada original del indiviso tronca ario se ha fijado por los doctos en esta clase de estudios, en el nordeste de Persia, en la región de los ríos Oxus y Jaxantes.

Sede Primitiva de los Arios

107.—Los primitivos *hindúes* al dejar el lugar de su origen, se establecieron primeramente en la parte noroccidental de la India. Parece que fué en el año 3,000 A. C. (°) cuando cruzaron el Indus y se establecieron entre ese río y el Jumna, conocido desde entonces entre ellos con el nombre de Arya Varta. Sabemos que, algún tiempo después, ocupaban toda la región Norte de la comarca Vindya.

Migración Hindú

108.—Encontramos que en esa época la península de la India estaba ocupada por razas de obscuro origen. Estas fueron subyugadas desde luego por los arios de hermosa piel, quienes eventualmente se extendieron por todo el país. Con el transcurso del tiempo, los arios perdieron mucho de su primitiva pureza de sangre, al mezclarse con las tribus vernáculas, de quienes adoptaron costumbres e ideas, hasta perder casi totalmente su identidad. Este hecho explica lo peculiar de la civilización de los hindúes. Los arios, en general, son una

Amalgama

(°) Según doctos en Sanscrito, 3101 A. C.

raza progresista y práctica; pero los hindúes, después de lograr considerables progresos en literatura y filosofía, convirtiéronse en estacionarios y tuvieron muy poca influencia en la gran corriente de la historia mundial. Veremos cómo sus afines, los persas, que habían permanecido sin mezclarse, desenvolvieron mucho más esas características que distinguen a los miembros europeos del tronco ario: los griegos, latinos, teutones, etc.

109.—La primera noticia histórica que tenemos de la India, en relación con Europa, es la invasión por Alejandro el Grande (326 A. C.) en el curso de su expedición para con-

Visita de Alejandro

quistar el mundo. El jefe macedonio apenas si hizo caso de la India y empeñó unas cuantas batallas con los príncipes nativos; pero los historiadores que le acompañaron en la expedición, dejaron descripciones de la sociedad india, que corresponden casi exactamente con la de nuestros días.

110.—En la época de Alejandro la sociedad india estaba firmemente establecida en castas (algo semejante al estado de cosas que encontramos en Egipto), y en el momento actual

Castas

prevalece aún el mismo sistema, que data de tiempos inmemoriales. Los hindúes hicieron cuatro divisiones de la sociedad: 1. Los *Brahmines,* que se ocupaban exclusivamente de religión y de filosofía. 2. Los *Kshatriyas,* que atendían a asuntos de guerra y de gobierno. 3. Los *Vaisyas,* que eran comerciantes y agricultores. 4. Los *Sudras,* o artesanos y labriegos. Todavía más abajo de estas clases estaban los *Pariahs,* o descastados, quienes desempeñaban los trabajos más insignificantes. Por regla general se exigía de toda persona que siguiese la profesión de la casta a que pertenecía y los reglamentos sobre matrimonio entre hermanos eran muy estrictos.

111.—La división en castas tuvo su origen, probablemente, en el deseo de los conquistadores arios de mantener una distinción entre sí mismos y las tribus inferiores, con relación

Origen de la Casta

a ellos; y la palabra hindú por la que se da a entender casta (*varna*) dícese que significa *color.*

112.—El idioma de los antiguos hindúes fué el sanscrito. Actualmente no se habla y sólo es comprendido por los brahmines y por los eruditos que lo han estudiado. El conocimien-

Idioma Sanscrito

to de esta lengua por los eruditos europeos, a fines del siglo antepasado, los llevó a reconocer todos los idiomas de Europa, junto con el sanscrito, como de la familia de las lenguas indo-europeas (familia aria). Se encontró que el sanscrito, en sus palabras y en su gramática, tiene una notable semejanza con las lenguas griega, latina, germánica, celta y eslava, y aunque ya no se considera el sanscrito como *matriz* de estos dialectos, se le conceptúa el idioma que más se acerca al lenguaje original de los arios indivisos.

113.—En su lengua superiormente desarrollada, los hombres cultos del antiguo Indostán legaron una vasta literatura, de la que se conserva mucho en nuestros días. Entre los más antiguos de estos escritos están *Los Vedas,* que se cree daten de 2,000 años A. C. Formaron parte de los libros sagrados de la religión brahmánica.

Literatura Hindú

114.—Los vedas establecen claramente la doctrina de que existe "un verdadero sér desconocido, omnipotente, omnipresente, creador, conservador y destructor de todo el universo." Este Sér Supremo "no es concebible por la visión ni por ningún otro de los órganos del sentido." Pero la teología predominante es lo que llamamos *panteísmo*; es decir, el sistema que trata de Dios como alma del Universo o como el Universo en sí mismo: "En El está absorbido el mundo entero: de El procede; El está compenetrado y entretejido con toda la creación... Todo lo que existe es Dios, todo lo que olemos, gustamos, vemos, oímos o sentimos, es el Supremo Sér." Este Supremo Sér invisible, según los hindúes, se manifiesta a sí mismo en tres formas: Como Brahma (el Creador), Vishnu (el Conservador) y Siva (el Destructor).

Religión

115.—El punto central de la teología hindú es la doctrina de la transmigración de las almas. Según ella, el alma encarna en formas terrestres, con el objeto de ser castigada y su fin estriba en reunirse con el Espíritu Divino del Universo. El hindú, por consiguiente, considera la existencia en este mundo como una prueba y un castigo que debe ser abreviado mediante la oración, el sacrificio y la penitencia; es decir: por la purificación. Si un hombre descuida esto, su alma encarnará después de la muerte en formas inferiores y habrá de comenzar de nuevo su evolución.

Doctrina de la Transmigración

116.—Además de *Los Vedas,* poseen los hindúes una vasta literatura en prosa y verso. Un número considerable de estas obras se ha traducido por eruditos modernos. Son sumamente curiosas y de un valor inestimable, como ilustradoras del estado mental de esta antigua representación de nuestro propio tronco ario; pero la ausencia de forma artística hace que no sean apreciadas por la generalidad de los lectores y de aquí que se aminore su *valor literario.*

Otras Escrituras

117.—Hay en la India copiosas reliquias de arte antiguo. Entre los monumentos más notables se encuentran los templos y cavernas talladas en la roca, especialmente los que se descubrieron en Ellora, al centro de la baja India, y en la Isla de Elefanta. Los templos, que están primorosamente esculpidos y llenos de interesantes inscripciones, requirieron la labor de millares de manos por espacio de muchas edades.

Arquitectura

118.—En el siglo VI A. C., surgió en la India un nuevo sistema de religión, llamado budismo.

Budismo

Su fundador fué un príncipe indio llamado Gautauma. Proviene su doctrina de una reacción social y religiosa contra los abusos del antiguo brahmanismo; y seguramente no fué en muchos respectos una reforma importante. Se extendió con rapidez y es todavía la religión de la tercera parte de la raza humana.

119.—Aun cuando, durante el período completo de la antigüedad, la India permaneciera ajena a todo lo que entonces constituía el mundo civilizado, tuvo no obstante, una influencia importante sobre el comercio antiguo. La abundancia de productos naturales y artísticos: perlas, piedras preciosas, marfil, especierías, gomas y sedas, hicieron de esa región en el período primitivo, el centro de un gran tráfico marítimo y de caravanas. Los fenicios, como hemos visto, se habían consagrado al tráfico con la India por mar y por tierra. La misma ocupación fué heredada por las repúblicas italianas durante la edad media; y las "perlas y el oro" de la India, encontraron salida por Arabia y el Mar Rojo, hacia el Mediterráneo, hasta que Vasco de Gama, en tiempo de Colón, rodeó el Cabo de Buena Esperanza.

Comercio

Diversos Temas

NUEVA LEY DE LOS TRES ESTADOS

POR JOSE VASCONCELOS

ARIAS veces se ha formulado en los últimos tiempos la teoría, seguramente exacta, de que las nacionalidades son una forma de organización social que pronto será reemplazada por federaciones de pueblos unidos entre sí, ya no únicamente por un pacto político, ni tampoco por el solo efecto de los intereses comerciales, sino por los lazos más estrechos de la tradición, el idioma y la sangre. Dentro de esta teoría—esbozada antes de la guerra por los alemanes y contradicha en cierto sentido por los vencedores—las nacionalidades constituyen una forma transitoria que se inicia al terminar la Edad Media y llega a esplendor cabal a fines del siglo XIX. Epoca que ve dividirse los hombres de una misma raza y de una misma lengua en fracciones y subfracciones independientes, que combaten unas contra otras o se mantienen apartadas aun cuando a veces procedan de un mismo tronco.

Pueblos de habla y de raza distintas se juntan más o menos forzadamente para constituir naciones jamás confundidas, como Austria Hungría, o grandes reinos que han llegado a ser casi homogéneos como Inglaterra y España. Otras veces, como en el caso de los países de América, una misma sangre, a causa de la naturaleza del terreno, se ha visto disgregada y subdividida hasta hacer veinte naciones débiles de una antigua dominación fuerte y poderosa. Y estos absurdos, debidos a circunstancias territoriales, económicas, políticas, a circunstancias, desde el punto de vista del espíritu, mezquinas y fortuitas, llegan sin embargo a enraizar en el corazón de los pueblos, dando lugar a los mil prejuicios y aberraciones del patriotismo nacional.

Patriotismo corresponde a nacionalismo y se resuelve en el culto de la bandera, y la adhesión al territorio de una antigua provincia, de un gran imperio. ¿De dónde procede este modo de sentir, extraño para una reflexión despejada?

Anteriormente a la fundación de las nacionalidades había tribus y grandes imperios. El gran imperio militar era una expresión de la tribu, y el uno y la otra procedían de la conquista que junta ciegamente a los pueblos. Cierto que en Grecia y Roma aparte del yugo militar y de la situación geográfica existía cierta comunidad

de sangre y un idioma común; a pesar de eso, ambos imperios constituyeron conglomerados de pueblos y de razas, unidos por la necesidad y prestos a desintegrarse tan pronto como cesara la amenaza de las espadas. En ellos el conquistador no asimila: sojuzga: no impone su lengua ni sus dioses, su conquista no es espiritual y por lo mismo ni perdura ni transforma a los vencidos, y ni siquiera intenta crear con ellos humanidad nueva.

El ideal nacional representa un progreso sobre tal forma primitiva de organización porque tiende a fundar organismos más homogéneos. Algunas veces no lo logra, como en el caso de Austria Hungría, porque la sola obra de la fuerza no es perdurable: pero cuando la nacionalidad se constituye sobre la base de un ideal generoso, se obtienen éxitos como Francia, que es venerable por su devoción a la libertad, o como España que es grande porque supo crear un nuevo mundo en América. Sin embargo, no es la nacionalidad el tipo acabado de la organización social, porque a semejanza de la tribu guerrera y del imperio antiguo, la nacionalidad se funda en las necesidades de la geografía, en las ventajas del comercio y en los dictados de la fuerza, causas todas ajenas a la voluntad humana. Y la civilización desde sus comienzos es una lucha entre las fuerzas naturales que siguen determinada trayectoria repetida y fija, y las fuerzas del espíritu que se empeñan en crear un orden nuevo por encima de la necesidad y del girar siempre en círculo. Lucha del movimiento en espiral que es el del espíritu y el círculo que representa la necesidad constreñida a repetirse. El poderío del espíritu, imponiendo leyes a las cosas, se manifiesta en el orden social en un anhelo como de patria más libre y grande. De allí que cada día se nos hagan más intolerables las divisiones arbitrarias que entre nosotros ha impuesto el medio, y circunstancias como, por ejemplo, que sea uno el patriotismo chileno y otro el patriotismo argentino, y así sucesivamente; de igual manera, nuestra conciencia exige que la política no la gobiernen ya las conveniencias locales ni la limiten los obstáculos del territorio, sino que obedezca los dictados del espíritu cuya misión es reformar el ambiente para imponerle nueva ley y sentido. Esta ansia contemporánea de rebasar el patriotismo, de dilatar las fronteras, de celebrar pactos y alianzas según nuestro gusto y no de acuerdo con nuestras conveniencias materiales; este poderío del espíritu que en todos los órdenes se afirma avasallador, nos permite formular una ley de desarrollo, una especie de "ley de los tres estados"—tomando de Comte sólo el nombre—una ley de tres períodos de la organización de los pueblos.

El primero de estos estados es el período materialista en que el trato de tribu a tribu se sujeta a las necesidades y azares de las emigraciones y el trueque de los productos. La ley de este primer estado es la guerra. El segundo período lo llamaremos intelectua-

lista, porque durante él las relaciones internacionales se fundan en la conveniencia y el cálculo; comienza a triunfar la inteligencia sobre la fuerza bruta y se establecen fronteras estratégicas después de que la guerra ha definido el poder de cada nación. Los grandes imperios de la antigüedad participaron de los caracteres del primero y segundo períodos, y las nacionalidades modernas viven todavía en el segundo. El tercer período está por venir y lo llamamos estético, porque en él las relaciones de los pueblos se regirán libremente por la simpatía y el gusto. El gusto, que es ley suprema de la vida interior y que hacia fuera se manifiesta como simpatía y belleza, llegará a ser entonces la norma indiscutible del orden público y de las relaciones entre los Estados.

Y el advenimiento del período del gusto y de la simpatía será bastante para suprimir la discordia entre los hombres, porque las antipatías y las opiniones del juicio estético suelen ser profundas, pero se resuelven en júbilo y no en rencor, y los otros conflictos, los conflictos verdaderos, dependen de causas materiales, que sólo la igualdad económica relativa puede suprimir. En efecto, la discordia y la guerra dependen de que los hombres se reproducen con exceso en un planeta cuya superficie tiene un límite, pero la educación, reduciendo el número y perfeccionando la calidad, convertirá al hombre en cosa preciosa que sea orgullo y regocijo de cada uno de sus semejantes. De esta suerte los conflictos materiales se irán resolviendo y la vida sólo conservará los dolores que sirven de estímulo al espíritu y le impiden caer en la conformidad que es causa de todo lo mediocre y terrestre.

¡Caminamos hacia el período que está regido por la ley del gusto! Operan entonces los apetitos más francos e intensos, pero se sacian o quedan abolidos, porque la conciencia clarividente los desdeña para anegarse en el poder infinito.

EL TERCER PERIODO EN HISPANOAMERICA

Concretándonos a nuestro mundo hispano-americano, ¿qué es menester que hagamos para apresurar el advenimiento del período estético de la humanidad?

Se han aconsejado medidas políticas, medidas económicas y medidas morales. La unión política la previó Simón Bolívar—el genio más preclaro de nuestra raza—. Sus planes luminosos aún hoy parecen perfectos. Desgraciadamente la tesis de la nacionalidad, los prejuicios de campanario y las barreras físicas han hecho que subsista sólo como sueño lo que debiera ser una resplandeciente realidad. El medio físico en este caso ha colaborado para que nosotros adoptemos las teorías dudosas que en nombre de pequeñas glorias multiplican los patriotismos con mengua de los grandes ideales humanitarios y étnicos. Esta desorientación de los senti-

mientos ha traído todo este siglo caótico de nuestra historia continental en que hemos visto acuchillarse a hermanos y en que hemos contemplado con disgusto y asombro que alguna vez nuestros países tuvieron que aceptar auxilios extraños para defender sus intereses contra la agresión de una potencia de la misma estirpe. Afortunadamente México no ha emprendido una guerra de agresión, pero si mañana gobiernos criminales pretendiesen crear un conflicto, nuestro deber será oponernos a sus resoluciones y negarnos a batir la bandera de Guatemala o cualquiera de las banderas que ondean hacia el Sur. Pues en el instante mismo en que se mira hacia el Sur, concluye el patriotismo y nace en nuestros corazones el amor mucho más grande de la raza en el continente.

Las almas están ahora muy cerca pero las manos siguen distantes. Ya no son los días sombríos del porfirismo en que los pensadores de la época hacían creer al obtuso déspota que con un buen embajador en Wáshington basta, y que además había que mandar a Francia algún señor rico para convencer a los franceses que no todos usábamos plumas; pasaron para nosotros esos días tristes y ha pasado también para toda la América Latina el período *simiesco* del afrancesamiento y del extranjerismo, en que copiábamos como simios los gestos de la cultura sin compenetrarnos de su sentido. Ha pasado todo eso; pero ahora es menester que tome impulso una nueva era activa: una gran época de construcciones y de creaciones. de puentes y de vías férreas, de barcos y transportes; la gran época en que el espíritu, aprovechando la fuerza misma de las cosas, las haga a su manera y una para siempre lo que la naturaleza dividió con el provisionalismo augusto de sus cordilleras, y sus bosques, y sus mares.

Emprendamos obras materiales, pero obras cuya mira no sea el lucro sino el servicio de los más altos intereses, y el lucro vendrá por añadidura; hagamos política ya no simplemente nacionalista sino continental y humana, poniendo por encima de todas nuestras acciones políticas, y después de que la justicia interior esté satisfecha, el criterio hispano americano, como norma invariable de todas nuestras acciones patrióticas.

LA BARRERA ECONOMICA

Una de las calamidades inherentes al nacionalismo es la aduana que marca la frontera con el sello de la expoliación y la desunión. Lo primero que deberíamos suprimir es la aduana. El zollverein, la liga aduanera: ese es el primer paso de nuestra salvación como raza. Durante la guerra europea debimos celebrar un pacto general, pero ya que no se hizo así, suprimamos prontamente, por lo menos, las aduanas que existen entre México y Guatemala, en-

tre el Uruguay y la Argentina, entre Chile y el Perú. Un simple tratado de comercio libre entre México y Guatemala hubiera significado más para la unidad latino-americana que todos los alardes y proyectos descabellados con que distrajo la atención de los ingenuos el gobierno espurio que no supo aprovechar para nosotros el magno conflicto europeo. Todas las perogrulladas que entonces repetían los aduladores con el pomposo título de doctrina Carranza, fueron vanos como es criminal o es vano todo lo que toca la mano del déspota.

PROPAGANDA EXENTA DE RENCORES

Un buen número de los propagandistas de la unión latino-americana funda su credo en ataques más o menos legítimos contra los Estados Unidos del Norte. Particularmente en los últimos años y a consecuencia de actos inexcusables, los liberales hispano-americanos, que a principios del siglo se mostraban entusiastas de casi todo lo anglosajón, ven ahora con justo recelo la transformación de la noble República de Lincoln en un vasto imperio amenazante. Legítimos son estos temores, pero es menester hacer constar que la unión latino-americana no es sólo un acto de defensa, sino un ideal mucho más antiguo que la situación contemporánea y mucho más alto que cualquier interés del momento; un movimiento fundado en el derecho que nos asiste de unirnos libremente a nuestras simpatías e intereses y de acuerdo con la ley espiritual que en estos instantes transforma las organizaciones sociales del planeta. La hora de las rivalidades, si acaso ella es inevitable, debiera estar muy distante, pues todavía hay en el continente mucho espacio libre para la acción de las dos razas que lo pueblan, y ambas necesitan de los beneficios que resultan de un trato leal, sin sombra de odio, aunque resguardado por la más celosa autonomía. Al mismo tiempo, es menester convencerse de que nuestra fuerza no se afirma lanzando improperios, sino corrigiendo los males internos que son la causa determinante de nuestras calamidades. Para tener el derecho de censurar la idiosincrasia extranjera se necesita ser superior moralmente al extranjero, y un pueblo sometido al despotismo no puede acusar los vicios de otro, ni tiene derecho de opinar sobre él. Lo único que tiene es un deber, el deber exigente, el deber primordial, de derrocar, de matar, de aniquilar al déspota. Los Estados Unidos se reirán con razón de nuestros ataques mientras vean que interiormente nuestra vida social es corrompida; por eso no debemos conceder el derecho de exhibirse como campeones del hispano-americanismo o del patriotismo, a los Cipriano Castro, ni a los Victoriano Huerta, y tantos otros falsos héroes que la estupidez y la maldad forjan. Quienes oprimen y envilecen a sus hermanos, no tienen y no tendrán lugar en las páginas de gloria del Continente.

DESPOTISMO Y PATRIOTISMO

Los países que no soportan dictaduras prolongadas, rara vez tienen que sufrir la agresión extranjera. Chile y la Argentina, por ejemplo, han sido respetados porque difícilmente se ataca a un pueblo cuya vida interior es decorosa. En cambio, la Venezuela de Cipriano Castro fué combatida porque se fundaba en la injusticia y tenía de enemigo a los mejores hijos de Venezuela. Una Colombia clerical tenía que perder a Panamá. El México de Santa Anna, enfermo de vanagloria y de mentira, hubo de provocar las agresiones que tan caro costaron a nuestra patria. Los déspotas hacen concesiones ilegítimas al extranjero o persiguen a los nacionales a tal punto, que llega a gozar de mayores privilegios un extranjero: pero así que llega la hora de la justicia, así que los pueblos se disponen a la venganza, los Victoriano Huerta y los Cipriano Castro del Continente, injurian a los Estados Unidos del Norte para calumniar a los revolucionarios que los combaten, acusándolos de complicidad con el poderoso. Entonces la patriotería engañada grita por las calles en defensa del déspota, contra quien debiera combatir. De esta manera el despotismo y la patriotería trabajan en contra de los intereses de nuestra civilización y hacen que no podamos juntarnos. Pues no podemos juntarnos mientras no seamos libres todos, mientras no acabemos de comprender que el propósito primero del hispanoamericano debe ser el aniquilamiento de las tiranías, de todas las tiranías del Continente.

EL PROBLEMA DEL BRASIL

La fuerza de los impulsos espirituales es capaz de reformar la geografía y de borrar en un instante todos los prejuicios del nacionalismo; pero el Brasil ¿acaso no tiene otro idioma, tradiciones y origen distintos de los nuestros; y sus intereses no llegarán a estar en conflicto con los de la América Española?

El Brasil realizó su independencia pacíficamente, de suerte que no se verificaron allí las transformaciones radicales que la guerra de independencia produjo desde el Bravo hasta el Plata. Social y políticamente, el Brasil ha continuado unido a su patria de origen, de una manera mucho más íntima que nosotros con España. De esta suerte y a causa de la evolución normal, el Brasil se ha conservado criollo; no ha roto su tradición, no se ha hecho cosa nueva en el mismo grado en que lo somos nosotros.

Por otra parte, los grandes recursos que el país posee; su territorio inmenso y feracísimo, su creciente población, todo lo lleva a convertirse en una gran potencia; una de las primeras del mundo, así que la ciencia aprenda a vencer los inconvenientes que el excesivo calor opone a la vida humana, pero sin prescindir de su rique-

za germinadora, ni de la magnífica potencialidad que da al ambiente.

Quizás antes de un siglo, el Brasil, henchido de población, comenzará a abrirse nuevos caminos; se sentirá tal vez ahogado por el abrazo hispánico desde el Plata, a través de Bolivia y Perú, hasta Colombia y Venezuela; y así como los Estados Unidos de América codiciaron y obtuvieron la California, el Brasil quizás llegue a codiciar el Perú y lo obtendrá, si antes el Perú no puebla con su noble raza laboriosa, toda la región amazónica que le pertenece —una región donde ya el Brasil ha realizado avances considerables, gracias al estancamiento de la población peruana—. Y al caso del Brasil hay que agregar otros muchos síntomas adversos: por más que el sentimiento de los pueblos afirme los sinceros deseos de la unión, ¿para qué son esas escuadras en que se malgasta un dinero que tanta falta hace para el desarrollo interno? Junto con muchos beneficios, heredamos de Europa una infinidad de prejuicios y de vicios: la ambición de territorio, aunque no lo necesitemos; el nacionalismo que derrocha esfuerzos colectivos en alimentar rivalidades necias, pero se desentiende de los grandes proyectos generosos y prácticamente fecundos. Basta mirar el mapa de la América del Sur para comprender la obra del nacionalismo estrecho y ambicioso que nos ha dominado durante un siglo. Países divididos; países dispersos, disputas de fronteras, cordilleras que separan a los pueblos, desiertos que prolongan esas distancias, envidias que las ahondan y por encima de todo esto, un sueño que parece vano; un sueño formulado hace un siglo por la boca profética del libertador y que nosotros, hombres pequeños, no hemos podido cumplir.

Los hechos, se nos dice, poseen una fuerza incontrastable; la dura realidad de los hechos, en efecto, nos parece a veces más fuerte que el valor de las palabras, y al fin y al cabo sólo de palabras dispone el que piensa y pretende reformar con el pensamiento; pero al mismo tiempo, frente a esta doctrina inglesa, hay que poner la otra, que corresponde al tercer período de las relaciones sociales, la doctrina de que el espíritu no es más que un esfuerzo victorioso sobre la ley ciega de los hechos, y de que si este esfuerzo no fuera capaz de reformar el medio ambiente, la humanidad jamás se habría levantado del nivel del bruto. Una contemplación inteligente de la historia demuestra que las acciones, las voluntades, las aspiraciones de los hombres, forman una corriente suprema que pasa por encima del medio y de todos los lugares comunes del materialismo. El alma de los pueblos vigorosos e iluminados constituye un factor mucho más importante que todas las fatalidades ambientes. La historia de nuestro continente comenzó con un cambio de la geografía del mundo; nada de extraño tendrá, pues, que andando los años veamos operarse un cambio espiritual que transforme las relaciones humanas haciéndolas depender, ya no del comercio, ni del medio

físico, ni de la necesidad estratégica, sino del albedrío y del goce.

Todo esto que se intenta expresar en forma obscura y difusa, se me apareció muy claro una vez, y no fué por obra de la razón racional, de por sí tan vacía de sentido, sino por aquel otro supremo juicio que Kant llamó "juicio estético," del cual es fácil deducir una ley de afinidades y fusiones no alógicas, ni lógicas, sino estéticas y sintéticas. El caso ocurrió en un teatro limeño; el anuncio de bailes y canciones del Brasil había llenado la sala; el lujo de aquellas mujeres finas y vivaces, de dulces ojos sentimentales, entretenía la espera.

Salió por fin la pareja brasilera y comenzaron las machichas y los fados, alternando con canciones en portugués; era ella mórbida y delicada, de ojos negros inmensos y una suavidad fascinadora. Con voz clara y un dejo de gracia inolvidable cantaba y repetía una copla: "No hay lugar como el Sertao," y se movía con la soltura melodiosa de la bailarina ibérica. Mirándola nos parecía estar en presencia de una de las hermosas de Eca de Queiroz y aún hacía pensar en las caricias incitantes de que él nos habla en su picaresco y magnífico estilo.

Pero aparte de asociaciones literarias, el arte intenso y espontáneo de la bailarina nos producía goce como de quien vuelve a algo suyo ignorado o muy distante, o como si del fondo de nuestra conciencia étnica naciesen emociones de dicha profunda jamás gustada. Aquello era extraño pero no discorde. No era el són, tantas veces escuchado pero nunca afín, del "rag-time" sajón que parece desarrollar una esfera de sensibilidad a donde no podemos ni queremos entrar; era un canto oído por primera vez, y sin embargo, sonaba amable y familiar como la voz de una amante conocida en sueños y cuya queja descubría los bosques lozanos, los confines ilimitados del pródigo Brasil, donde una raza hermana nos acoge y nos invita a quedarnos. Por eso el estribillo de la canción despertaba músicas interiores: "No hay lugar como el Sertao," y el enigmático Sertao subía en la imaginación como un símbolo de toda la dulce América del Sur.

Muchas gentes dirán que esta es una manera trivial de discutir problemas graves. Pero a mí la lección de la bailarina me parece más profunda que muchas sociologías; ella enseña que así que se junten, por el crecimiento y la proximidad, las dos razas afines, la brasileña y la nuestra, no van a quedar como estamos con otras, pegados, pero no confundidos; sino que allí sí la simpatía unirá las conciencias, y la pasión amorosa romperá las barreras políticas. Allí la común sensibilidad estética desarrollará una cultura homogénea, el ideal colectivo prevalecerá sobre las rivalidades del interés, y siendo como uno en el alma, seremos uno en historia y en bienes —los hispanos y los lusitanos—hasta el día en que pueda decirse igual cosa de todos los pueblos de la tierra, en esta civilización indo-

española que ya hace tiempo adoptó la divisa de: América para la Humanidad.

Y si es cierto que pretendemos crear una civilización benéfica para toda la humanidad, ¿no resultará nuestro culto de la raza un retroceso respecto de los ideales socialistas que ya predican el sacrificio del patriotismo para servir mejor el interés general de todos los hombres?

No es un retroceso, porque la era estética supone que no sólo las naciones, sino también los individuos, regirán sus actos, ya no por el móvil de la codicia y el odio, sino por la ley de belleza y de amor, que es innata en los corazones.

Una vez que los conflictos económicos sean resueltos equitativamente, y así que ya no haya explotadores ni esclavos, no existirán tampoco odios internacionales, ni antipatías de raza, y entonces cada pueblo cultivará sus características propias sin ánimo de rivalidad, sino más bien con el afán de enriquecer el acervo de la civilización. Las diferencias individuales serán motivo de estímulo y de goce, y se resolverán sin choques en el anhelo común que a todos nos impele hacia arriba.

La riqueza dentro de la unidad, esto es, el individuo, y cada estirpe es como un género en la multiplicidad de los aspectos de la belleza. Y en el orden moral una estirpe se constituye, más bien que por la sangre, por las ideas y la especial manera de concebir lo hermoso. Este modo de considerar el proceso de la historia, no se funda en una clasificación arbitraria, sino que corresponde al mismo proceso del espíritu humano en su desarrollo terrestre. Primero es la individualidad dominada por el apetito, gobernada por la necesidad; después la inteligencia amplía la acción del yo y se adapta a sí misma una parte del mundo; y finalmente aparece el sentido estético, el juicio estético distinto y superior al intelectual y al ético, explorando el universo para construir un mundo desinteresado y mejor que los otros: lejos de que el individuo sea un producto y consecuencia de su medio, el milagro de la conciencia es lo que construye y transfigura el medio, no siendo el universo más que una ilusión nuestra, una especie de nebulosa que rodea el alma, y que acaso es trasunto de realidad divina, pero no la realidad misma.

PLATON

A los griegos haced más familiares, en su lección os emplead primero....
El Conde D. Bernardino de Rebolledo.

Si en Xenócrates vemos dura vía, sigamos a Platón su gran maestro, y templemos con él la fantasía.
Juan Boscán.

PLATON, hijo de padres aristócratas, nació en Atenas en 429 antes de Jesucristo, época de infortunio para su ciudad, por ser el año de la muerte de Pericles y el segundo de la desastrosa guerra del Peloponeso. Nada sabemos de su primera educación, fuera de los inútiles nombres de sus ayos. Algo singular parece que un joven de alta alcurnia haya preferido, desde su mocedad, el estudio y la disciplina de la filosofía en vez de anhelar la vida pública, especialmente cuando, por la elevada posición de sus familiares, se le ofrecían grandes oportunidades para triunfar en la política. Critias, por ejemplo, uno de los treinta tiranos oligárquicos de Atenas, era hermano de su madre, y Cármides, compañero de Critias hasta la muerte, cuando los tiranos se defendían contra Trasíbulo, también era tío suyo. Sin embargo, jamás el más luminoso de los griegos se presentó en su vida como orador en las asambleas del pueblo; jamás el escritor ático que más se preocupara en sus escritos de estudiar el Estado, su formación y sus funciones, se ocupó en su juventud de la política ateniense. Debe de haberse sentido extraño a su pueblo, viendo cómo degeneraba en Atenas la virtud y cómo, cizaña en campo propicio, cundía en cambio la corrupción de los hombres y de las nobles tradiciones. Y tal vez hubiera querido luchar por señalar el camino recto a la política loca de esos días; pero debió pensar que en la acción sólo le esperaba una derrota total, y a ser mártir de sus convicciones, prefirió hacer de la ciencia su ocupación única. Para él, el Estado ateniense estaba perdido irremediablemente, y se consagró a edificar para el porvenir.

Veinte años tenía Platón cuando oyó a Sócrates por primera

vez. En compañía asidua del maestro pasó ocho años, hasta la muerte de Sócrates. De este período de su vida sólo tenemos un manojo de anécdotas que no merecen ser creídas. En las *Cosas memorables* de Jenofonte sólo una vez, de paso, se hace referencia a Platón; pero basta para deducir de ello que entre éste y Sócrates existía una gran intimidad. Platón, en sus diálogos, no da a conocer sus relaciones personales con Sócrates y sólo una vez también, en el *Fedón*, se menciona entre los amigos más familiares del maestro. Pero qué influencia recibió de Sócrates, cómo reconoció en él un retrato perfecto del hombre sabio, cómo halló no sólo en su enseñanza sino también en su vida y sus acciones, los más fructuosos gérmenes y estímulos filosóficos, en fin, qué significación tuvo para él en lo general, la personalidad del maestro, como ejemplar de autoridad, Platón lo ha demostrado de manera suficiente en sus escritos, poniendo en boca de Sócrates, personaje central y árbitro de la conversación de sus *Diálogos*, sus propias ideas filosóficas, más desarrolladas que las del maestro.

La filosofía de Sócrates no es una filosofía escrita ni desenvuelta en sistema. La filosofía de Sócrates está más bien en su vida; era vida y no ciencia. Sus enseñanzas se suman en un principio único: que la virtud es conocimiento, sabiduría, discernimiento intelectual. En otras palabras, la virtud es un acto que procede del reconocimiento claro de la noción de cualquier acción que se medite; de los fines, medios y condiciones de esta acción. Por tanto, la virtud no es cosa innata ni adquirida mecánicamente. La acción sin percepción es una contradicción y se destruye a sí misma: *Sucederán* cosas, pero no se *hará* nada. Hay que comprender lo que se hace. Sin comprender lo que se hace, nada bueno se hará. Comprendiéndolo, no es dable que el resultado sea malo. Es siempre un error de percepción, de entendimiento, lo que conduce a obrar el mal. Nadie es malo voluntariamente; los malos lo son contra su voluntad, engañados, cegados. Sócrates no admitía que nadie, conociendo el bien, dejase de hacerlo; y el bien era para él, no una ley arbitraria, como para los sofistas, a quienes atacó toda su vida y con todas las fuerzas de su prodigioso ingenio, sino un acto intelectual del que depende incondicionalmente el bienestar del individuo, del Estado y de la raza.

El principio de que la virtud es conocimiento, tiene además, como consecuencia *lógica*, la unidad e identidad de todas las virtudes, y como consecuencia *práctica* la posibilidad de la enseñanza de la virtud. La virtud, en suma, es algo universalmente humano, a cuya posesión podemos llegar todos por medio de la instrucción y de la práctica.

Sócrates dió base a la consideración científica de la moral, que data de él, con estas tres proposiciones. Sobre estas bases, pero nutrido también por otras muchas influencias, edificó Platón. Pero no

hizo obra sistemática como afirman muchos textos. En la obra de Platón, desde un principio, se encuentra sistema concebido de antemano y elaborado parte por parte; al contrario, hay una sucesiva renovación de ideas, hay una cultura palpable: amplitud de visión y de comprensión de la vida, más y más anchurosa, más y más honda. Platón es el padre del idealismo juicioso; del idealismo sano, bien plantado, que mira siempre más allá y que con su propia luz va descubriendo mejores senderos. Platón es el poeta, el poeta auténtico, hacedor de ideas más bien que de versos, ideas que serán instrumentos intelectuales de las generaciones futuras. Jowet, el más ilustre traductor de Platón al inglés, juzgaba inútil la labor de Schleiermacher y de otros, que intentaban arreglar los *Diálogos* de modo que formasen un todo armonioso. Hay cierta unidad espiritual en todos los escritos de Platón, pero no unidad de plan, y tal vez ni unidad perfecta en ningún diálogo.

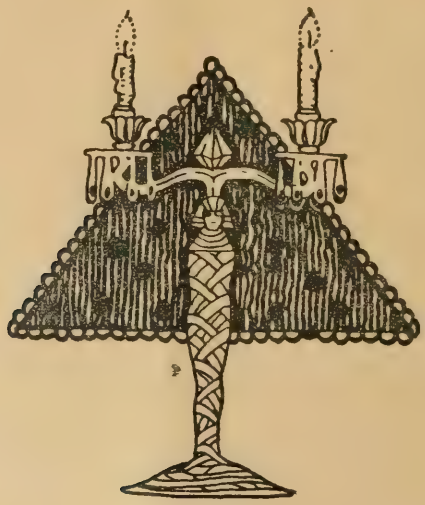
Después de la muerte de Sócrates, en 339 antes de Jesucristo, Platón, temeroso de la reacción furibunda contra la filosofía, abandonó su ciudad natal a los treinta años de edad, y en compañía de otros amigos de Sócrates se estableció en Megara, donde su amigo y condiscípulo Euclidio fundó una escuela. De Megara partió luego para Cyrene, Egipto, Magna Grecia y Sicilia. En Magna Grecia se familiarizó con la filosofía de Pitágoras, que entonces alcanzaba su apogeo de perfección y de cuyo estudio adquirió, como hombre, un interés práctico en la vida, en la sociedad y en las cosas del Estado y como filósofo un gran estímulo científico y literario. Ancha vena pitagórica recorre como veta del oro más puro la mina riquísima de su última producción. En el Tetito había opinado que la vida pública era incompatible con la dedicación a la filosofía; pero en la más plena madurez de sus días y de sus ideas, cuando escribía el *Estadista* y la *República,* cambia de pensar gracias a los pitagóricos y declara su famosa proposición de que "los jefes de Estado deben ser filósofos."

En Sicilia conoció a Dionysos el mayor y a su cuñado Dión, con el primero de los cuales, como tirano que era, Platón tuvo un serio disgusto que puso su vida en peligro. De Sicilia, después de diez años de viajar y a los cuarenta de edad, regresó Platón a Atenas, donde se rodeó de discípulos con quienes fundó su famosa Academia, en el jardín consagrado al héroe Académico y que había heredado de su madre, en las afueras de la ciudad. El resto de su vida lo pasó en sosiego sólo dos veces interrumpido por viajes que hizo a Sicilia, donde Dionysos el menor había ascendido al poder y tenía por consejero a Dión, ardiente admirador del filósofo. Platón intentó poner en práctica sus ideas, hacer de Sicilia su Estado ideal, educar en la filosofía a su gobernante y efectuar una reforma saludable en la constitución siciliana. Sus esfuerzos fueron inútiles. Por una parte, las circunstancias no favorecían sus planes

y por otra, Dionysos el menor era una de esas naturalezas mediocres que en su mediania aspiran a tener fama y distinción, pero que son incapaces de ninguna profundidad ni de ningun esfuerzo sostenido.

En la Academia, lo más notable fué el cambio de ideas que se había efectuado en Platón y el que impuso a las relaciones entre la filosofía y la vida publica. En vez de considerar a la filosofía tema de conversación social y de plática ordinaria, en vez de discurrir en las calles con cualquiera que desease hablar con él, en vez de la manera socrática en una palabra, Platón impone el retiro, la escuela, el estudio apartado. La filosofía tiende a sistematizarse y requiere preparación especial; deja de ser popular y se hace esotérica. Sin embargo, tan grande era su renombre de filósofo todavía y la fama popular de Platón, que varios Estados le pidieron que les hiciese sus leyes y formase sus códigos.

Rodeado de numerosos discípulos fieles, mujeres vestidas de hombre, entre ellos, Platón llegó a los ochenta y un años de edad sin que hubiesen disminuido un ápice sus estupendas fuerzas intelectuales. Hacia fines de su vida perturbaron su serenidad ciertas divisiones de ideas en su escuela, atribuidas a la naciente personalidad de Aristóteles. En 347 antes de Jesucristo, mientras escribía, según unos, o durante unas fiestas nupciales según otros, se apoderó de él la muerte con suavidad de sueño. Sus restos fueron depositados en el Cerámico, cerca de la Academia.



LA PROPIEDAD PRIVADA DE LA TIERRA

POR HENRY GEORGE

UANDO se propone abolir la propiedad privada de la tierra, la primera cuestión que se debe presentar es la de su justicia. Aunque desviado con frecuencia por la costumbre, la superstición y el egoísmo hacia torcidas formas, el sentimiento de justicia es, a pesar de eso, fundamental a la mente humana, y sea cual fuere la causa que excite las pasiones de los hombres, el conflicto no procede seguramente tanto de la pregunta: "¿Es prudente?" como de esta: "¿Es justo?"

La tendencia de las discusiones populares a tomar una forma ética, tiene su razón de ser. Nace de una ley de la inteligencia humana; se apoya en un reconocimiento vago e instintivo de lo que es probablemente la verdad más profunda, de la cual podemos posesionarnos: que sólo es prudente lo que es justo, que sólo la verdad es duradera. En la estrecha balanza de las acciones y de la vida individuales, esta verdad puede estar frecuentemente obscurecida, pero en el campo más vasto de la vida nacional es en todas partes firme.

¿Qué constituye el justo fundamento de la propiedad? ¿Qué permite al hombre decir con justicia de una cosa: "es mía"? ¿De dónde nace el sentimiento que reconoce su exclusivo derecho contra todo el mundo? ¿No es, principalmente, del derecho del hombre a sí mismo, al uso de sus propias facultades, al goce de los frutos de sus propios esfuerzos? ¿No es este derecho individual, nacido de la naturaleza de su organización propia y atestiguado por ella, el hecho de obedecer cada par de manos a un cerebro y estar relacionado con un estómago, el hecho de ser cada hombre un todo definido, coherente e independiente, lo único que justifica la propiedad particular? Así como un hombre se pertenece a sí mismo, así también su trabajo le pertenece.

Por esta razón, lo que un hombre hace o produce es suyo, contra todo el mundo: para su disfrute o destrucción, para poderlo usar o cambiar, o para darlo. Nadie más lo puede rectamente pretender, y su exclusivo derecho a ello, no envuelve perjuicio alguno para nadie. Por lo tanto, todo lo producido por el esfuerzo humano tiene un título claro e indisputable de su exclusiva posesión y goce,

que está perfectamente de acuerdo con la justicia, porque deriva del primer productor, en quien radica el derecho por ley natural. La pluma con que escribo es mía con justicia. Ningún otro sér humano puede con justicia reclamarla, pues en mí está el título de productor que la hizo. Se ha hecho mía, por habérmela cedido el dueño de la tienda de efectos de escritorio, a quien fué transmitida por el importador, que obtuvo su derecho exclusivo a ella del fabricante, en quien, por el mismo procedimiento de compra, residían los derechos de los que extrajeron el material del suelo y le dieron la forma de pluma. Por esto, mi derecho exclusivo a la propiedad de la pluma, tiene su origen en el derecho natural del individuo al uso de las facultades que le son propias.

Ahora bien, no sólo esta es la fuente de donde nacen todas las ideas de propiedad exclusiva, como lo hacen evidente la natural propensión de recurrir a ella, cuando la idea de propiedad exclusiva se pone en duda, y la manera de manifestarse las relaciones sociales, sino que es por necesidad la única fuente. No puede haber justo título de propiedad de cosa alguna que no derive del título del productor y no descanse sobre el derecho natural del hombre sobre sí mismo. No puede existir ningún otro título justo: 1.° porque no hay otro derecho natural de que pueda derivar, y 2.° porque el reconocimiento de cualquier otro título es incompatible con éste y lo destruye.

1.° Pues, ¿qué otro derecho existe, del cual pueda derivarse el derecho a la exclusiva posesión de una cosa cualquiera, que no sea el del hombre sobre sí mismo? ¿De qué otro poder está revestido el hombre por la naturaleza, fuera del de ejercer sus propias facultades? ¿Cómo puede obrar sobre el mundo material o sobre los demás hombres, o afectarlos de otro modo? Paralizad sus nervios, y vuestro hombre no tiene más influencia o poder exterior que una madera o una piedra. ¿De qué otra cosa puede derivar el derecho a poseer y gobernar las cosas? Si no nace del mismo hombre, ¿de dónde puede nacer? La naturaleza no reconoce más dominio ni autoridad en el hombre que el resultado del esfuerzo. De ningún otro modo se pueden extraer sus tesoros, dirigir sus energías, utilizar ni gobernar sus fuerzas. No hace distinción entre los hombres, sino que es absolutamente imparcial. No reconoce diferencias entre el amo y el esclavo, el rey y el súbdito, el santo y el pecador. Todos los hombres son iguales ante ella y tienen iguales derechos. No reconoce más pretensión que la del trabajo, y la reconoce sin consideración al demandante. Si un buque pirata tiende sus velas, el viento las hincha del mismo modo que las del pacífico buque mercante o las de la barca de un misionero; si un rey y un hombre común son echados al mar, ninguno de los dos conseguirá mantener su cabeza sobre el agua, si no es nadando; los pájaros no podrán ser cazados por el dueño del suelo con más facilidad que por el cazador

furtivo; el pez morderá o no el anzuelo sin consideración ninguna a que le sea presentado por un buen muchacho que va a la escuela dominical o por un muchacho malo que hace novillos; el grano germinará únicamente si el terreno está preparado y sembrada la semilla; sólo al impulso del trabajo el mineral puede extraerse de la mina; el sol brilla y la lluvia cae igualmente para el justo y para el que no lo es. Las leyes de la naturaleza son los decretos del Creador. No se ha escrito en ellas el reconocimiento de ningún derecho más que el del trabajo; y en ellas está escrito abierta y claramente el derecho igual para todos los hombres, al uso y goce de la naturaleza; para aplicar a ella sus esfuerzos y recibir de ella y tener la recompensa. En consecuencia de esto, como la naturaleza premia sólo el trabajo, el esfuerzo del trabajo en la producción es el único título a la posesión exclusiva.

2.° El derecho de propiedad que nace del trabajo, hace imposible cualquier otro derecho de propiedad. Si un hombre tiene justo derecho al producto de su trabajo, entonces nadie puede tener derecho a la propiedad de nada que no sea producto de su trabajo o de quien le haya transferido el suyo. Si la producción da al productor el derecho a la exclusiva posesión y disfrute, no puede existir, con justicia, posesión ni disfrute de nada que no sea el producto del trabajo, y el reconocimiento de la propiedad privada de la tierra es injusto. Porque el derecho al producto del trabajo no se puede gozar sin el derecho al libre uso de los dones de la naturaleza y, al admitir el derecho de la propiedad de éstos, se niega el derecho de propiedad al producto del trabajo. Cuando los no productores pueden reclamar como renta una porción de la riqueza creada por los productores, el derecho de éstos a los frutos del trabajo, es en esta porción denegado.

Este argumento no tiene réplica. Asegurar que un hombre tiene derecho a reclamar la propiedad exclusiva de su trabajo, cuando está incorporado en las cosas materiales, es negar que se pueda con derecho reclamar la propiedad exclusiva de la tierra. Afirmar el derecho a la propiedad de la tierra es afirmar una pretensión que no tiene apoyo en la naturaleza, por ser contrario a un título fundado en la organización del hombre y en las leyes del universo material.

Lo que dificulta más la comprensión de la injusticia de la propiedad de la tierra es la costumbre de incluir todas las cosas que pueden ser poseídas en una sola categoría como propiedad, y si alguna distinción se hace, es trazando la línea, de acuerdo con la clasificación poco filosófica de los abogados, entre propiedad personal y bienes raíces, o en bienes muebles y bienes inmuebles. La verdadera y natural distinción consiste en cosas que son el producto del trabajo y cosas que la naturaleza ofrece gratuitamente en-

tre riqueza y tierra, si adoptamos los términos de la economía política.

Estas dos clases de cosas son en esencia y relaciones completamente diferentes, y clasificarlas juntas como propiedad, produce la confusión de toda idea cuando se trata de considerar la justicia o la injusticia, la razón o la sinrazón de la propiedad.

Una casa y el terreno en que se alza son igualmente propiedad, por estar sometidos a la posesión, y de este modo se clasifica por los abogados. Sin embargo, en su naturaleza y relaciones son completamente distintos. Lo uno es producido por el trabajo humano y pertenece a la clase que en economía política se denomina "riqueza." Lo otro, es una parte de la naturaleza y pertenece a la clase llamada "tierra" en economía política.

El carácter esencial de las cosas de una clase, es que tienen el trabajo incorporado, han recibido la existencia por el esfuerzo humano, dependiendo del hombre que existan o no, su aumento o disminución. El carácter esencial de las otras consiste en que no tienen el trabajo incorporado y existen con independencia del esfuerzo humano y del hombre mismo; son el campo de acción del hombre y lo que le rodea, el almacén de donde se ve obligado a sacar la primera materia en que ha de aplicar su trabajo, y las fuerzas que le servirán para ello.

En cuanto se advierte esta distinción, se ve que la sanción dada por la justicia natural a una especie de propiedad, es negada a la otra; y la equidad que enlaza la propiedad individual con el producto del trabajo, implica la iniquidad de la propiedad individual de la tierra; y así como el reconocimiento de una de ellas coloca a todos los hombres en las mismas condiciones, asegurando a cada uno la recompensa debida a su trabajo, el reconocimiento de la otra equivale a la negación de la igualdad de derechos del hombre, permitiendo a los que no trabajan usurpar la recompensa natural de los que trabajan.

Digan lo que quieran respecto a la institución de la propiedad privada de la tierra, es indudable por esta razón que no se puede defender desde el punto de vista de la justicia.

La igualdad de derecho de todos los hombres al uso de la tierra, es tan claro como su derecho igual a respirar el aire, es un derecho proclamado por su mera existencia; porque no se puede imaginar que algunos hombres tienen derecho a estar en este mundo y los otros no.

Si estamos todos aquí por igual permiso del Creador, estamos con un derecho igual al disfrute de su munificencia, con un derecho igual al uso de lo que la naturaleza ofrece tan imparcialmente. Este es un derecho natural e inalienable: es un derecho que radica en todo sér humano al venir al mundo y que sólo puede ser limitado por el derecho igual de los demás durante su permanencia en él.

No hay en la naturaleza nada parecido a un simple feudo en tierra. No hay en el mundo poder alguno que pueda conceder con derecho un privilegio de exclusiva propiedad de la tierra. Si todos los hombres que existen se unieran para ceder sus derechos iguales, no podrían ceder el derecho de los que les han de suceder. Pues, ¿somos algo más que usufructuarios por un día? ¿Hemos hecho la tierra, acaso, para poder determinar los derechos de los que han de usufructuarla a su vez después de nosotros? El Omnipotente creó la tierra para el hombre y el hombre para la tierra, y la vinculó en todas las generaciones de los hijos de los hombres por una ley escrita en la constitución del universo, un decreto que ninguna acción humana puede estorbar y ninguna prescripción limitar. Que los pergaminos sean muchos, o que la posesión sea antigua, la justicia natural no puede reconocer en un hombre derecho a la posesión o disfrute de tierra alguna que no sea igualmente el derecho de todos sus semejantes. Aunque los títulos del duque de Westminster a sus bienes raíces hayan sido reconocidos por generación tras generación, la más pobre criatura que nazca hoy en Londres tiene sobre ellos igual derecho que su hijo mayor. (°) Aunque el pueblo soberano del Estado de Nueva York consienta a los Astors la posesión de sus bienes raíces, el niño más débil que viene llorando al mundo en la habitación más sucia de la más miserable casa de alquiler, adquiere en el momento de nacer el mismo derecho que poseen los millonarios. Y se le usurpa si se le niega el derecho.

Los grandes males sociales que por todas partes oprimen al hombre, en medio de una civilización que avanza, tienen su origen en una gran injusticia: la apropiación, como propiedad exclusiva de algunos hombres, de la tierra sobre la cual hemos de vivir todos. De esta injusticia fundamental parten todas las injusticias que falsean y hacen peligroso el desarrollo moderno; ella condena al productor de la riqueza a la miseria y mantiene en el lujo al no productor; levanta el hospicio y el palacio; coloca las mancebías cerca de la iglesia y nos obliga a edificar cárceles a medida que abrimos nuevas escuelas.

Nada es raro, nada es inexplicable en los fenómenos que ahora

---

(°) Este derecho natural e inalienable al uso y disfrute igual de la tierra es tan evidente, que ha sido reconocido por el hombre dondequiera que la fuerza o la costumbre no hayan embotado las ideas elementales. Véamos un solo ejemplo: Los colonos blancos de Nueva Zelanda no podían obtener de los maoris lo que éstos estimaban un título completo a la tierra, pues aunque toda la tribu hubiese consentido en una venta cada recién nacido entre ellos podía reclamar un pago adicional, porque ellos habían enajenado sus propios derechos solamente y no podían vender los de aquellos que no habían nacido todavía. El gobierno se vió obligado a intervenir y arregló el asunto comprando la tierra por una anualidad para la tribu, de la cual cada niño que nace adquiere una parte.

dejan asombrado al mundo. Si el progreso material produce frutos tan amargos, no es porque sea un mal en sí mismo, no es que la naturaleza dé la existencia a seres que no puede mantener; el Creador no ha dejado en las leyes naturales una mancha de injusticia ante la cual hasta la mente humana se subleva. Si en medio de la civilización más adelantada hay hombres que desmayan y mueren de necesidad, no se debe a la ruindad de la naturaleza, sino a la injusticia del hombre. El vicio y el infortunio, la pobreza y el pauperismo, no son el resultado inevitable del aumento de población y del desarrollo industrial; sólo acompañan al aumento de población y al desarrollo industrial, porque la tierra se considera como propiedad particular: son los resultados directos y necesarios que trae consigo la violación de la ley suprema de justicia, dando a algunos la posesión exclusiva de lo que la naturaleza ofrece a todos.

El reconocimiento de la propiedad privada de la tierra es la negación de los derechos naturales de los demás, es una injusticia que *debe* manifestarse en la impropia división de la riqueza. Porque el trabajo no puede producir sin el uso de la tierra, negar la libertad o derecho de usarla, equivale a negar el derecho del trabajo a su propio productor. Si un hombre puede tener dominio sobre la tierra que otros deben trabajar, puede apropiarse el producto de su trabajo como precio del permiso concedido. La ley fundamental de la naturaleza, de ser su disfrute la consecuencia de los esfuerzos del hombre, es de este modo violada. El uno gana sin producir, el otro produce sin ganar. Mientras uno se enriquece injustamente, el otro es despojado. Es el aumento continuo de la renta, el precio que el trabajo está obligado a pagar por el uso de la tierra, lo que despoja a los demás de la riqueza que justamente ganan, para amontonarla en manos de los menos, que no hacen nada para ganarla.

¿Por qué los que sufren esta injusticia titubean un momento en destruirla? ¿Quiénes son los propietarios para que se les permita de este modo recoger lo que no han sembrado?

Reflexionad por un momento cuán absurdos son los títulos por los cuales consentimos que pase gravemente de Fulano a Zutano el derecho de poseer exclusivamente la tierra, dándole absoluto dominio sobre todos los demás hombres. En California, nuestros títulos territoriales proceden del gobierno supremo mexicano—que lo arrancó del Rey de España, y éste lo tomó del Papa, cuando con un rasgo de pluma dividió las tierras por descubrir entre españoles y portugueses—o si queréis, se basan en la conquista. En los Estados orientales nacen de tratados con los indios y de concesiones de los reyes de Inglaterra; en la Luisiana, del gobierno francés; en la Florida, del español, mientras en Inglaterra tienen su origen en la conquista de los normandos. En todas partes arrancan de una fuerza que predomina, no de un derecho que obliga. Y cuando un título radica sólo en la fuerza no cabe agravio cuando la fuerza lo anula.

Donde el pueblo, que tiene facultad para ello, se determine a anular estos títulos, no puede hacerse objeción alguna en nombre de la justicia. Han existido hombres que tuvieron el poder de poseer o dar posesión exclusiva de porciones de la superficie de la tierra; pero ¿dónde y cuándo ha existido el sér humano que tuviese este derecho?

El derecho a la exclusiva propiedad de toda la producción humana, es claro. No importa por cuántas manos haya pasado; en el principio de la serie hay en el trabajo humano alguien que, habiéndolo alcanzado o producido con sus esfuerzos, tiene a ello un título evidente contra todo el resto de la humanidad, y desde éste puede pasar de uno a otro por venta o donación. ¿Al final de qué serie de traspasos de dominio o concesiones se puede hallar o suponer un título semejante de parte alguna del universo material? Para las mejoras se podrá presentar este título fundamental; pero es tan sólo un título a las mejoras, y no a la tierra misma. Si desbrozo un bosque, desaguo un pantano o lleno un tremedal, todo lo que puedo reclamar es el valor alcanzado por estos esfuerzos. Esto no me da derecho alguno a la tierra en sí misma, ni otro título que mi parte igual a la de cualquier otro miembro de la sociedad en el aumento de valor añadido a ella por el crecimiento de la sociedad.

Pero se objetará: ¡Hay mejoras que con el tiempo no se distinguen de la tierra misma! Muy bien; entonces el título de las mejoras se funde con el de la tierra; el derecho individual se pierde en el derecho común. Lo importante absorbe lo secundario, no lo secundario lo importante. La naturaleza no procede del hombre, sino el hombre de la naturaleza, a cuyo seno él y todas sus obras han de volver.

Sin embargo, podrá decirse: como todos los hombres tienen derecho al uso de la tierra y al goce de la naturaleza, al hombre que usa la tierra debe serle permitido el exclusivo derecho de emplearla con el objeto de obtener todo el beneficio de su trabajo. Pero no hay dificultad alguna en determinar dónde acaba el derecho individual y principia el derecho común. El valor nos proporciona una exacta y delicada piedra de toque, y con su auxilio no hay dificultad, por densa que sea la población, para determinar y asegurar los derechos exactos de cada uno, los derechos iguales de todos. El valor de la tierra, según hemos visto, es el precio del monopolio. No es su capacidad absoluta, sino la relativa la que determina su valor. No importa cuáles sean sus cualidades intrínsecas: una tierra no tiene valor si no es mejor que otra que se pueda alcanzar de balde para usarla. Y el valor de la tierra expresa siempre la diferencia entre ella y la mejor tierra que se pueda usar de balde. Por tanto, su valor expresa en forma exacta y tangible el derecho de la sociedad sobre una tierra ocupada por un particular, y la renta expresa el importe exacto que debería pagar el particular

a la sociedad, para satisfacer los derechos iguales de los demás miembros de la misma. De modo que, si damos a la prioridad de posesión el uso tranquilo de la tierra, confiscando la renta en beneficio de la sociedad, reconciliamos la fijeza de la posesión que es necesaria para las mejoras con el reconocimiento amplio y completo de los derechos iguales de todos al uso de la tierra.

En cuanto a deducir de la prioridad de ocupación un derecho completo y exclusivo a la tierra, es el principio más absurdo sobre el cual puede apoyarse su propiedad. ¡La prioridad de ocupación dar título exclusivo y perpetuo de la superficie del globo, sobre el cual, en el orden de la naturaleza, generaciones innumerables se han seguido una a otra! Los hombres de la última generación, los de cien o mil años atrás, ¿tuvieron acaso mejor derecho que nosotros al uso de este mundo? ¿Le tenían los constructores de montículos, los habitantes de las rocas, los contemporáneos del mastodonte o las generaciones más antiguas aún, que en obscuros tiempos, a que sólo como períodos geológicos podemos referirnos, habitaron sucesivamente la tierra que ahora usufructuamos por tan breves días?

El que primero llega a un banquete, ¿tiene por eso derecho a poner de espalda todas las sillas y a pretender que ninguno de los convidados participe del alimento preparado, a no ser que se pongan de acuerdo con él? ¿Acaso el primero que presenta la entrada en la puerta de un teatro y entra, adquiere por su prioridad el derecho de cerrar las puertas y hacer que se represente la función para él sólo? ¿Tiene acaso el primer pasajero que entra en un tren el derecho de extender su equipaje sobre todos los asientos y obligar a los viajeros que trás él vengan a quedarse de pie?

Estos casos son análogos. Llegamos y nos vamos: convidados a un banquete continuamente preparado, espectadores y partícipes en una diversión donde hay sitio para todos, pasajeros de estacion a estación en un orbe que gira en el espacio, nuestros derechos a tomar y poseer no pueden ser exclusivos: deben estar limitados en todas partes por el derecho igual de los demás. Del mismo modo que el pasajero con su equipaje, en un vagón del ferrocarril, puede ocupar tantos asientos como quiera, mientras no vengan otros pasajeros, igual un colono puede tomar y usar tanta tierra como le plazca, hasta que la necesiten otros—lo que se manifiesta adquiriendo la tierra un valor— entonces su derecho ha de quedar limitado por el derecho igual de los demás, y ninguna prioridad de ocupación puede dar un derecho que limite el de los otros, igual al suyo. Si así no fuere, por la prioridad de ocupación un hombre podría adquirir y transferir a quien quisiera, no sólo el derecho exclusivo a un centenar de acres, sino a todo un partido, a todo un Estado o a un continente entero.

Y el reconocimiento del derecho individual a la tierra llevado

al extremo, causa este absurdo evidente: que cualquier sér humano, si pudiera concentrar en sí mismo los derechos individuales a la tierra de algún país, podría arrojar de él a los demás habitantes; y si pudiera reconcentrar del mismo modo los derechos particulares de la superficie entera del globo, sólo él, entre toda la fecunda población de la tierra, tendría derecho a vivir.

Y ocurriría suponiendo esto, lo que en más pequeña escala ha ocurrido en realidad. Los dueños del territorio de la Gran Bretaña, a quienes las concesiones de tierra han dado "los parasoles blancos y los elefantes locos de orgullo," han arrojado repetidas veces de grandes distritos a la población cuyos antecesores habían vivido en el país desde tiempo inmemorial, obligándola a emigrar, a mendigar o a morirse de hambre. Y en regiones enteras sin cultivo del nuevo Estado de California, se pueden ver las chimeneas ennegrecidas de las moradas cuyos colonos han sido arrojados por la fuerza de las leyes que desconocen el derecho natural, y grandes extensiones de terreno que podrían ser pobladas, están desiertas, porque el reconocimiento de la propiedad exclusiva las ha puesto en poder de un sér humano que impide usarlo a sus semejantes. El número relativamente pequeño de propietarios que poseen la superficie de las Islas Británicas, con sólo hacer lo que las leyes inglesas les permiten con amplia facultad y que muchos de ellos han hecho ya en pequeña escala, conseguirían excluir de sus islas natales a millones de habitantes ingleses. Y esta exclusión, por la cual algunos cientos de miles de habitantes podrían desterrar a otros treinta millones de su país natal, si bien sería más provocativo, no repugnaría más al derecho natural que el espectáculo que ofrece ahora la gran masa del pueblo británico, obligado a pagar sumas enormes a algunos propietarios, para obtener la gracia de vivir en la tierra que tan cariñosamente llaman suya, y de poder usarla; por la cual tienen, si es necesario, el imperioso deber de derramar su sangre y de perder sus vidas.

FRENTE A FRENTE

POR LAURO G. CALOCA

BAJO los relámpagos de la semi-tempestad de 1910 surgió de los fondos de las clases rurales, el problema más serio del país, es decir: el problema agrario. Este hecho despertó cierta zozobra en el espíritu de los magnates de la tierra, pero seguros de su poderío, volvieron, después de los tratados de Ciudad Juárez, a reclinarse muellemente sobre el fútil prestigio de sus pergaminos.

¿Cuánto les duró la tranquilidad? ¡Nada! Su reposo o sueño fué en el fondo de su conciencia una pesadilla, de la cual regresaron espantados hacia la realidad con las armas en las manos. Desde este momento las castas se colocaron frente a frente, disputándose el dominio público, para asegurar: los primeros, su pasado; y los segundos, su presente. Pero las argucias de la reacción fueron tales, que consiguieron poner al discípulo querido frente al maestro, es decir, a Orozco frente a Madero.

Las jornadas de aquellos tiempos por poco ponen en peligro los impulsos de la revolución, pero la República entera se alzó serena sobre la traición, castigando, no al instrumento, sino a los directores intelectuales; pero éstos, versados en las complicidades de la política, pronto buscaron otro ídolo para repetir el golpe. El problema era serio; sin embargo, para ellos era muy sencillo, pues pronto dieron con Félix Díaz, sujeto que además de estar cubierto con el manto de la popularidad barata, llevaba pomposamente el apellido de su tío el dictador.

No obstante la habilidad de la reacción, el éxito se les cayó de la mano, pues su ídolo, antes de probar fortuna o cubrirse con los rayos de la victoria, se dejó tomar prisionero como tímida paloma.

Una carcajada estrepitosa resonó en todos los ámbitos de la República, principalmente en las montañas del Sur, donde la revolución ya había tomado serios caracteres. Allá surgió por vez primera un grito potente, poderoso, cristalizándose en los vocablos TIERRA Y LIBERTAD.

La reacción, fuerte por abolengo, fuerte por su pasado, fuerte por las prodigalidades del dictador, no cedió ante su segundo fracaso; al contrario, sobre el tapete del destino, puso el tercer albur.

Con la linterna de Diógenes se fué cautelosamente por las an-

tesalas de los palacios, buscando al hombre necesario, al hombre fuerte, al hombre capaz de jugar con talento, con habilidad, la carta más interesante del partido. Dicho y hecho, se encontró con Mondragón.

Preparado el golpe, se presentaron los pretorianos una mañana semi-fría del mes de febrero de 1913, frente al Palacio Nacional, pidiendo con voz de tempestad, acceso al gran palacio. Los hechos hijos de esta aventura sangrienta, son demasiado conocidos; en tal virtud, ¿para qué recordarlos? Basta en estos momentos de liquidación social, hacer constar que el pueblo mexicano en masa fué sobre el enemigo, sepultando los últimos vestigios de las huestes usurpadoras en las barrancas y caminos de la ciudad de Zacatecas.

El golpe fué severo, pero la reacción no se dió por vencida: lo único que hizo desde estos momentos fué cambiar los cuartelazos como medios de lucha, por los complicados golpes políticos, con los cuales ya sabemos cuánto ha conseguido en el ánimo de los gobernadores, de los políticos torpes o ambiciosos, de los pagados de su abolengo, de los mediocres del pensamiento, de los filósofos rutinarios, pero su lucha, aunque intensa, siempre estéril.

El pueblo mexicano, principalmente el campesino, cansado de tanta espera, entra de lleno en el ejercicio de sus derechos, para cuyo efecto, toma la tierra aquí y allá, bajo el concepto de tierras ociosas, dispuesto a todos los sacrificios, antes que dejarse arrebatar lo que le pertenece por derecho divino, por derecho natural, fuentes supremas de todos los derechos.

¿Dónde están los lindes de esta nueva cruzada? En el reparto equitativo y efectivo de la tierra. Esta verdad se inició con lineamientos precisos en las tempestuosas sesiones de la Convención; más tarde, en Veracruz se cristaliza en parte en el decreto de 6 de enero de 1915; después se le concede un lugar distinguido en el texto del artículo 27 de la Constitución vigente.

Estos intentos no preocuparon mucho a la reacción, pues dar un pedazo de tierra para los ejidos de los pueblos no era un despilfarro para ellos, supuesto que la mayoría de sus latifundios están lejos de los centros agrícolas; pero un día el licienciado Soto y Gama lanzó en el recinto de la Representación Nacional, el grito de que había que desmembrar el latifundio.

La clarinada fué terrible: en el acto se movieron en todas direcciones, principalmente en el seno de la Cámara Baja, donde los reaccionarios de la misma, juntamente con los constitucionalistas, vencieron al Partido Agrarista, quien con su ley, pretendía noble y sensatamente legislar para todo el país.

Salvos de este nuevo peligro, baten palmas, pero aun no habían terminado de paladear su placer, cuando en pleno centenario se presenta en escena el Primer Congreso Nacional de Agrónomos. ¿Otro peligro más para sus intereses? ¡Sin duda! Desde luego pre-

tendieron coger incautos, pero los agrónomos, víctimas como los campesinos de las miserias de los latifundistas, pusieron el grito en el cielo, sentando tanto bajo los auspicios del ciudadano Ministro de Agricultura, como del ciudadano Presidente de la República, la verdad incontrovertible de que hay que crear la PEQUEÑA PROPIEDAD por todos los medios, principalmente por los directos.

El golpe no sólo fué terrible, sino mortal, supuesto que hoy ya no tienen medios legales para salvar sus dominios; pero firmes en sus propósitos, saltaron al estadio como los agrónomos, esgrimiendo los carcomidos cánones del derecho de propiedad. ¿Consiguieron algo? Repletar los bolsillos de la prensa reaccionaria, hacerse de desconocidos, conocidos nominalmente de todo el país; fraternizar cínicamente con el Congreso de Abogados; provocar temores en los campesinos, quienes imposibilitados para contrarrestar los gritos de los magnates de la tierra, tomaron la resolución de presentar ante las autoridades competentes 100 solicitudes de tierras por cada discurso o artículo de latifundista.

Así las cosas, se encuentra hoy de nuevo el mismo asunto en la Cámara Alta. La polvareda se ha alzado con visos de tempestad. La reacción representada aquí por dos o tres indiferentes y uno que otro ignorante, ha pretendido detener la marcha triunfal de la revolución.

¿Estamos en el epílogo de la obra iniciada en 1910? ¡No! Empezamos el camino; en consecuencia, carguemos nuestras alforjas de voluntad, de fe, de resignación, pues el más pequeño alto, reposo o complacencia, sería suficiente para que la reacción nos tomara la ventaja que le hemos ganado noblemente en el terreno de los hechos.

LAS CORRIDAS DE TOROS

POR JOSE BATLLE ORDOÑEZ(*)

AS corridas de toros se distinguen de todas las otras fiestas por un rasgo característico: el hacer asuntos de agradable entretenimiento del dolor y la muerte.

Para que uno de esos espectáculos alcance su mayor brillo, ha de haber quedado una veintena de caballos tendidos en el redondel; han de haber salido de él otros tantos con las tripas de rastro y ha de haber sido suficientemente hábil el matador, que es el primer actor de la compañía, para atravesar los corazones de los toros lidiados, a la primera o a la segunda estocada. La delicia suprema del buen aficionado al toreo se produce, para unos, cuando este bruto bravío hunde sus cuernos en las entrañas del indefenso caballo, revolviéndolas y destrozándolas, y para otros, en el momento mismo en que la ancha y larga espada, entrando hasta el pomo, crispa el poderoso organismo del toro, herido de muerte. La muerte del torero no es un número obligado en una buena corrida. Pero cuando ocurre, alguna rara vez, no hace menos hermosa la fiesta. La emoción que se ha buscado es, al contrario, más intensa. Y ningún aficionado deja de felicitarse de haber presenciado el fúnebre accidente—aparte, por supuesto, los sentimientos de conmiseración que la víctima inspira.—

Ninguna otra fiesta civilizada presenta este carácter, propio del circo romano.

Se habla de las carreras de caballos, en que los jockeys suelen ser víctimas de accidentes más o menos terribles; de las pruebas de los circos, en que los equilibristas y volatineros se exponen a perder la vida y a veces la pierden; de los domadores de fieras, etc. Pero hay que establecer una diferencia profunda entre estas fiestas y las corridas de toros: la de que no se concurre a ellas a presenciar cómo se descalabran un caballo o un jockey, ni cómo cae un equilibrista, ni cómo devora una fiera a su domador; sino a regocijarse en la contemplación de ejercicios de habilidad, de fuerza, de inteligencia; la de que el espectáculo del derramamiento de sangre, que es parte obligada y capital en los programas de las

(*) Expresidente del Uruguay.

corridas de toros y que enardece y entusiasma al espectador, es un accidente desgraciado en las otras fiestas citadas, que las entristece y enluta. No quita, por ejemplo, nada de su prestigio a los ejercicios de volatineros y equilibristas, la previsora malla preparada para librarlos de todo daño en el caso de una caída posible. Pero quita a las corridas de toros todo su mayor atractivo el embolamiento de los cuernos, que salva al caballo, y la supresión de la suerte de la espada. Un aficionado sostendrá siempre que una corrida de toros realizada en semejantes condiciones, no merece nombre.

En la plaza debe correr sangre. Cuando el picador logra detener al toro, por más de una vez, en su embestida, y el pobre cuadrúpedo que monte queda ileso, el público irritado pide que tome más corta la pica... lo suficientemente corta para que el caballo sea irremisiblemente sacrificado; y cuando el torero, ora porque el bruto enemigo tiene una cornamenta demasiado larga o abierta, ora porque sus movimientos se apartan algo de los comunes y conocidos, u ora por cualquier otra causa, se muestra irresoluto o vacilante, álzase un clamor iracundo en la plaza que lo empuja hacia el peligro, y que, si pudiera convertirse en fuerza material, lo tomaría en peso e iría, con entero menosprecio de la vida humana, a colocarlo frente y junto al toro, para que muriese cualquiera de los dos.

Ahora bien: Este carácter cruento de la plaza de toros la convierte en agente de corrupción de una de las tendencias morales más sanas del hombre. Todos experimentamos, en efecto, con mayor o menor intensidad, una sensación dolorosa, con frecuencia profunda y absorbente, cada vez que nos encontramos en presencia de la destrucción parcial o completa de un organismo animal.

Una instintiva percepción de la solidaridad que nos vincula con los otros seres vivientes, hace que su dolor repercuta en el nuestro con todos los caracteres de un dolor real. Así, cuando un transeunte está a pique de ser arrollado por un vehículo cualquiera, o lo es, y la pesada armazón se va sobre él, nuestros nervios se crispan y experimentamos una conmoción física que podría considerarse como el reflejo, en nuestra sensibilidad, de la que ha sufrido la víctima del accidente. La emoción que se sufre al presenciar una operación quirúrgica es tan honda, que produce vahidos, con frecuencia, en las personas que someten a esa prueba su sensibilidad. El bañista, el náufrago que va a ser tragado por las olas, nos producen una congoja semejante a la que ellos experimentan. Las úlceras, los vicios orgánicos que exhiben los mendigos, despiertan en nosotros sensaciones reales de condolencia. Y estas sensaciones nos las hacen experimentar también los animales, con tanta mayor viveza cuanto mayor es la perfección y la vitalidad de sus organismos. Todas las angustias, todos los dolores encuen-

tran en nuestro sér una angustia, un dolor correlativo, que nos impulsa, que nos empuja, a veces con una fuerza invencible, a emplear toda nuestra actividad en suprimirlos o en mitigarlos.

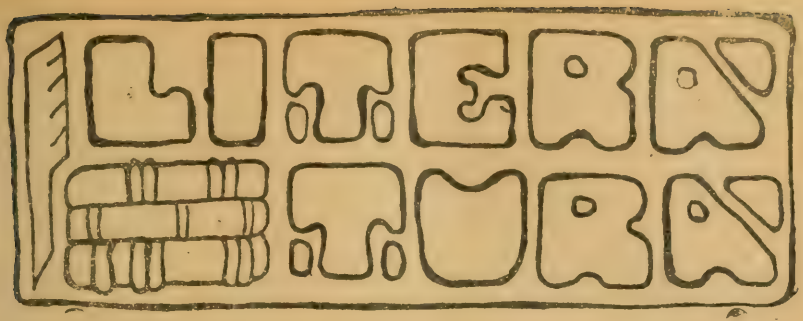
Las más altas y delicadas concepciones morales tienen apoyo eficaz en estas profundas emociones de simpatía hacia todos los seres vivientes. Lo que la razón concibe como bueno se prestigia como grato, como suave, en nuestra entidad física. Cuando aliviamos un dolor extraño, aliviamos nuestro propio dolor. Y cuando, para realizar actos de esta naturaleza, tenemos que hacer el sacrificio de nuestros intereses, de nuestras afecciones; cuando tenemos que atormentarnos físicamente, hallamos todavía una recompensa en el alivio, en la supresión del mal ajeno, que es también nuestro mal. La inmoralidad y el crimen tienen, por otra parte, una valla a veces invencible, en esta manera de ser nuestra. Cuando el interés personal se ha sobrepuesto a toda consideración moral; cuando las leyes y las penalidades que imponen no ejercen ya influencia alguna sobre el futuro delincuente, tiene éste que vencer, todavía, la repulsión física de su organismo hacia el acto delictuoso. Cuando se trata de un hecho cruento, sobre todo, la mano se resiste a obedecer; el organismo entero se convulsiona contra una orden que repugna a su naturaleza. Estadística llena de enseñanzas a este respecto, sería la que podría formarse si fuese dado penetrar en el secreto de las conciencias, de los casos en que, vencidos todos los reparos, todos los obstáculos, todos los terrores, el crimen se detiene ante esa valla.

La plaza de toros, agregada a las diversiones lícitas de los pueblos civilizados, es centro de conspiración contra esa emoción salvadora. El que concurre por primera vez a una corrida, se horroriza de la atrocidad del espectáculo; pero la sensibilidad se gasta, se cansa con su repetición y el horror del primer día se convierte, al fin, en una voluptuosidad que podría calificarse, quizás, por su carácter atávico y sin un propósito declamatorio, de verdaderamente salvaje. Cierto: se puede ser asiduo aficionado a los toros y conservar excelentes convicciones morales y ajustar a ellas de una manera estricta la conducta; pero la repugnancia física que inspira al hombre el dolor extraño y que fortifica sus tendencias morales, queda debilitada en él de una manera extraordinaria.

Se ha creído encontrar, con acierto, sin duda, la explicación de la crueldad de una parte de nuestros paisanos y de su desprecio por la vida ajena, en las condiciones de su existencia, que los familiariza con la sangre por el sacrificio cotidiano y necesario de animales superiores, que se ven obligados a efectuar por sí mismos. De la misma manera se explica, en los pueblos primitivos, el carácter más dulce y apacible de las tribus dedicadas a la agricultura, y el más duro y terrible de los que se dedican al pastoreo. La plaza de toros establecida en el centro mismo de las ciudades más civi-

lizadas, renueva como un placer, el espectáculo que se produce en los campos, y siendo tan cruel o más que éste, debe dar el mismo o peor resultado.

Si uno de los fines más preciados de la civilización es el de suavizar los caracteres y las costumbres y hacer cada vez más efectivos los dictados de la moral, la plaza de toros es contraria a la civilización.



PAKHOM EL MUJIK

POR LEON TOLSTOI

¿Hace falta mucha tierra para un hombre?

LA hermana mayor, esposa de un comerciante, viene a la campiña a visitar a su hermana menor, casada con un mujik. Hace la primera el panegírico de la vida que su posición desahogada le permite; enumera las comodidades de que goza, el lujo de sus vestidos, los exquisitos manjares que adornan su mesa y que regalan su paladar, y los paseos y teatros, en que solaza su vista y su espíritu.

Molesta por aquel brillante cuadro en que parece descubrir ciertos dejos de malicia, encaminada, sin duda a hacerla sentir la diferencia de posición social que entre las dos existe, comienza la hermana menor a disminuir la importancia de la vida que puede darse la esposa de un comerciante y a realzar la de una campesina.

Yo— dice—, no cambiaría mi posición por la tuya porque si bien es cierto que no es brillante nuestra existencia, en cambio nos son desconocidas las inquietudes que os asaltan. Vivir con más lujo; pero si unas veces ganáis, otras lo perdéis todo de golpe, y el proverbio dice: *la pérdida es respecto de la ganancia una hermana mayor*. Ocurre que hoy eres rica y mañana no tienes nada. Nuestra existencia es más segura. En casa del mujik, la subsistencia es mezquina, pero duradera. Nunca seremos ricos, pero siempre tendremos qué comer.

—Es verdad— repuso la otra hermana—; ¡pero a costa de vivir entre cerdos y terneros! Ni modales corteses ni comodidades a pesar del trabajo de tu marido. Vivís entre basura y moriréis en ella y la misma suerte aguarda a vuestros hijos.

—¿Y qué?—dijo la otra hermana—el oficio lo requiere; mas

por esto mismo, nuestra vida es estable cuando tenemos tierras. No tenemos que inclinarnos ante nadie y a nadie tememos. Vosotros, en la ciudad, estáis expuestos a la tentación. Hoy estáis bien; pero tal vez mañana haga el diablo que a tu marido le dé por los naipes, por el vino o por las mujeres, y todo irá manga por hombro. ¿Qué no puede ocurrir con cualesquiera de esas cosas?

Pakhom, el marido, sentado sobre la estufa, escuchaba la charla de las dos mujeres.

—Lo que dice mi esposa—exclamó—es la fiel expresión de la verdad. Ocupados en remover la tierra que nos mantiene, jamás pensamos, desde niños, en futilidades. La única desgracia es tener pocas tierras; pero si yo tuviera toda la que deseara, no tendría miedo ni al mismo diablo.

Las mujeres, después de haber tomado el té, siguieron hablando de trajes; arreglaron la vajilla y después se fueron a acostar.

El diablo estaba sentado detrás de la estufa escuchándolo todo y se alegró de que la mujer del campesino hubiera dado pie a su marido para que éste le desafiase. ¿No se había alabado de que, si tuviera tierra, no tendría miedo ni del propio Satanás?

¡Está bien!—se decía—¡ahora nos veremos las caras! Voy a darte mucha tierra y por la tierra te cojeré.

*

Al lado del mujik vivía una *barinia* (°) que poseía ciento veinte deciatinas (°°) de tierra. Estaba en las mejores relaciones con los mujiks y no hacía mal a nadie, cuando tomó por administrador a un licenciado del ejército, que comenzó a abrumar a multas a los colonos.

A pesar de todas las precauciones de Pakhom, ya era un caballo que se mete en un campo de avena, ya la vaca que penetra en el jardín, o los terneros que entran a la pradera, y por todo ello multa al canto.

Pakhom pagaba, juraba y castigaba a los suyos. Durante todo aquel verano tuvo que sufrir muchas vejaciones del administrador, por lo cual vió con sumo gusto que volvía el tiempo de recoger el ganado, aunque lamentase el tenerlo que mantener; pero al menos, ya no tenía miedo a las multas y estaba tranquilo.

Durante el invierno, circuló el rumor de que la barinia vendía sus tierras y que el dvornik del camino real quería comprarlas.

Esto impresionó dolorosamente a los mujiks.

—Si la tierra vuelve a manos del dvornik—se decían—aún nos va a tratar peor que la barinia.

(°) Mujer perteneciente a la nobleza.

(°°) Aproximadamente 121 hectáreas.

Los campesinos, representados por los jefes de cada familia, fueron en masa a suplicar a la señora que no vendiese sus tierras al dvornik, sino a ellos, que estaban dispuestos a pagarlas más caras. Consintió la barinia y los mujiks se concertaron para que la compra al efectuarse el *mir*. (°) Reuniéronse una, dos veces, y el asunto casi no se arreglaba porque el diablo los dividió y les era imposible llegar a un acuerdo. Por último, decidieron comprar cada uno su parte, en la medida de sus recursos, y también accedió a ello la barinia.

Pakhom supo que su vecino había comprado veinte deciatinas y que la barinia le había concedido que pagase por años la mitad del precio de las tierras, y esto excitó su envidia.

—Van a quedarse con toda la tierra—se dijo— y yo sin nada.

Entonces consultó a su mujer.

—Todo el mundo compra—le dijo—y es preciso que nosotros compremos también una decena de deciatinas, porque de otro modo no podríamos vivir; ese administrador nos ha arruinado a fuerza de multas.

Luego reflexionó acerca del modo de hacer la adquisición.

Tenía ahorrados cien rublos, y vendiendo el potro, la mitad de las abejas y colocando a su hijo como mozo de labranza en una granja, pudo reunir la mitad de la suma.

Pakhom tomó el dinero, escogió quince deciatinas de tierra con un pequeño bosque, y fué a casa de la barinia a cerrar el trato, dejando cierta cantidad como señal. Fué a la ciudad para hacer la escritura de venta, y en ella hizo constar que daba la mitad del importe al contado, y en cuanto al resto se comprometía a pagarlo en dos años. Con esto Pakhom fué dueño de aquella tierra.

Para comprar semillas, pidió dinero a su cuñado; pero tan bien se dió la cosecha, que en sólo un año pagó la deuda a la barinia y a su pariente, y quedó como verdadero propietario. Al fin trabajaba en terrenos de su exclusiva pertenencia, en sus entrañas clavaba la reja del arado, y en ellos la diestra mano del sembrador hacía caer la lluvia de grano, que la fecunda savia de la madre tierra había de devolver centuplicada, y también de sus tierras procedían los maderos y la leña que, próvido, su bosquecillo le brindaba.

Cuando Pakhom va a labrar su terruño, cuando mira cómo crece su trigo y cómo el verdor cubre sus prados, la alegría le transfigura y le parecen sus plantas diferentes de las que nacen en las ajenas fincas y sus flores más bellas que las que brotan en los demás campos. En otro tiempo, cuando aquello no era suyo, le pa-

---

(°) Mir es la asociación de jefes de familia que rige los asuntos de la agrupación rural; especie de Municipio.

recía que nada tenía de extraordinario; pero ahora, cada día descubre nuevas cualidades en sus tierras.

*

Así vivía Pakhom dichoso. Todo iba bien, cuando los mujiks comenzaron a entrarse por los trigos y los prados de Pakhom, y aun cuando él les rogaba que no lo hicieran, ellos continuaban sus intrusiones. Unas veces los pastores dejaban a las vacas entrar en los prados, otras eran los caballos los que arrollaban los trigos, y Pakhom se contentaba con echarlos y les perdonaba, sin querer llevar el asunto ante la justicia.

Acabó por enfadarse, y fué en queja al tribunal de la comarca, aun cuando sabía que los mujiks no lo hacían por mala voluntad, sino porque estaban estrechos.

—Si los perdono siempre—pensaba—, acabarán por comerse cuanto poseo. Es preciso asustarlos para que tengan cuidado.

Hizo, en efecto, un primer ejemplo, y luego un segundo, llevando ante el tribunal a otro mujik. Los campesinos colindantes a Pakhom se disgustaron contra él, y entonces enviaban exprofeso a sus ganados a pacer en las tierras de aquél. Una noche fué uno al bosquecillo y cortó una docena de tilos para aprovechar la corteza. Al atravesar la floresta, advierte Pakhom algo blanquecino por el suelo, se acerca, ve por tierra unos tilos descortezados. Sólo quedaban plantadas las raíces. ¡Y si todavía no hubiera cortado los árboles de la orilla! ¡Si al menos hubiese respetado alguno! Pero no; el salteador los había cortado todos.

Pakhom se indignó.

—¡Ah! decía—. Si yo supiera quién ha hecho ésto, no le quedarían ganas de volver.

Comienza a pensar y se le ocurre que no puede haber sido otro que Seman. Va al corral de éste; pero nada encuentra. Riñe con Seman y se persuade aun más de que éste es el autor de la fechoría. Le cita a juicio y el mujik es absuelto por falta de prueba.

Pakhom se irritó más y llegó a decir al *starschina* (°) y al juez:

—Estáis protegiendo a los ladrones. Si cumplierais con vuestro deber no absolveríais a esa gente.

Pakhom se enfadó también con sus vecinos, y éstos, al fin, acabaron por amenazarle con el incendio. Pakhom podía vivir en sus tierras con más holgura; pero mal visto por los mujiks, se sentía estrecho en aquella zona.

En estos momentos circuló el rumor de que el pueblo emigraba.

Yo—dijo Pakhom—no necesito abandonar mis tierras; pero si

(°) Especie de alcalde.

algunos de los nuestros se fueran, los demás tendríamos más espacio. Compraría su tierra, la añadiría a las mías, y viviría mejor, porque me encuentro muy apretado aquí.

Un día en que Pakhom estaba en su casa, entró en ella un transeunte que pidió hospitalidad.

Se le dejó que pasara allí la noche, se le dió de comer, y luego le preguntaron a dónde iba. El mujik repuso que venía de allá abajo, de las orillas del Volga. De hilo en ovillo, el mujik cuenta cómo su pueblo ha emigrado a aquellas tierras. Los suyos se han establecido allí, se han inscrito en el municipio y se les ha distribuído diez deciatinas por persona.

—Y la tierra es tan buena—dijo—, que cuando se siembra en ella centeno, nacen unas espigas con unos tallos tan altos y tan espesos, que cubren a los caballos. Cinco puñados de espigas forman un haz. Un mujik pobre, que llegó con sólo sus brazos, labra ahora cincuenta deciatinas de tierra de pan llevar. El año último vendió su trigo en cinco mil rublos.

Y Pakhom pensaba con el corazón lleno de entusiasmo.

¿Por qué he de vivir aquí, estrecho, cuando puedo estar mejor en otra parte? Yo vendería tierra y casa, y con el dinero que me produjeran, edificaría allá abajo y me establecería allí, mientras que quedarme aquí, donde me encuentro tan estrecho, es un pecado. Lo único que hace falta, es que yo vaya a informarme en persona.

Hacia el verano se preparó y partió. Hasta Samara descendió el Volga en un barco de vapor; luego recorrió cuatrocientos verstas a pie, y por fin llegó a donde se proponía. Era, en efecto, cierto lo que le habían dicho. Los mujiks viven allí cómodamente. El municipio, muy hospitalario, da a cada persona diez deciatinas de tierra, y el que llega con dinero, puede, además del terreno concedido, por cierto tiempo, comprar tierra a perpetuidad, a razón de tres rublos la deciatina, y aun eso tratándose de terrenos de primera y pudiendo, además, adquirir tantos como deseara.

Pakhom se informó de todo esto, volvió a su casa hacia el otoño y se dispuso a vender sus bienes. Realizó su tierra con ventaja, vendió su casa, su ganado, se hizo borrar de las listas municipales, aguardó a la primavera, y se fué con su familia hacia el nuevo país.

*

Llega Pakhom con su familia y se inscribe en una gran aldea, convida a beber a los antiguos, según costumbre, y se pone en regla. Se recibe a Pakhom en debida forma y se le conceden, por las cinco personas que constituyen su familia, cincuenta deciatinas de tierras en diferentes lotes, sin contar los pastos. Pakhom edificó su casa y compró ganado. Ahora posee, sólo en tierras concedidas, dos veces más de la que antes tenía. Sus terrenos son fértiles, su vida en

comparación de la que antes hacía, es diez veces mejor. Entre tierras de labor y de pastos, tiene tanto como quiere.

Al pronto, y mientras edificaba y hacía su instalación, todo le parecía hermoso; pero cuando hubo vivido allí algún tiempo, ya se le figuró mezquino. Deseaba, como los demás, sembrar trigo blanco, el trigo turco, y precisamente, de la tierra a propósito, tenía poca en sus dominios. El trigo blanco se siembra en tierra virgen, en donde crecen los tallos plumosos, o en tierra de barbecho. Se la cultiva un año o dos y se la deja de nuevo hasta que esté en condiciones de dar nueva cosecha. De la tierra ordinaria tenía de sobra; pero en ella no se daba más que el centeno, pues el trigo necesita tierra fuerte, muy solicitada por todos, y como escaseaba, se la disputaban con empeño. Los más ricos quieren labrarla por sí mismos, y los más pobres la venden para pagar sus contribuciones. El primer año, sembró Pakhom trigo viejo en sus tierras y se dió bien, pero deseaba sembrar mucho y la extensión no se lo permitía. Como las restantes no eran buenas para aquello, quería mejorar su posesión y para ello fué a casa de un comerciante, con objeto de tomarle en arriendo tierra por un año. Sembró más y se dió bien; pero el campo estaba lejos del pueblo, tanto que para llegar a él había que andar una quincena de verstas. Advirtió Pakhom, que en aquel país, los comerciantes y campesinos tenían casas de campo y se enriquecían.

—He aquí—pensaba—cómo estaría yo si hubiera podido comprar tierra a perpetuidad y edificar casa de campo. Tendría todos mis terrenos a la mano.

No dejaba de pensar en los medios de adquirir la tierra a perpetuidad.

Así vivió Pakhom cinco años. Arrendaba la tierra y sembraba el trigo, los años eran buenos, el trigo se daba bien y él ganaba dinero. No había más que continuar; pero le molestaba arrendar todos los años la tierra, porque dondequiera que había una buena, los demás acudían para tomarla, y si no llegaba a tiempo, no hubiera tenido donde sembrar. Alguna vez le ocurrió también, que después de haber arrendado un campo y haberle labrado, los mujiks reclamaron en justicia contra él y perdió todo el trabajo hecho. Si la tierra hubiera sido suya, todo hubiera ido perfectamente.

Pakhom se informa en dónde comprar tierra a perpetuidad y encuentra a un mujik que poseía quinientas deciatinas, se había arruinado y vendía barato. Pakhom habla con él, regatea, y al fin llegan a un acuerdo, vendiendo la propiedad, el primero, en mil quinientos rublos, pagaderos mitad al contado y mitad a plazos. Ya estaba cerrado el trato, cuando cierto día se detuvo en casa de Pakhom un negociante, para dar de comer a sus caballos. Le invitó a tomar té, hablaron, y el negociante refirió que venía del territorio de los Baschkirs. Allí, decía, había comprado cinco mil deciatinas, y sólo le ha-

bían costado mil rublos. Pakhom preguntaba y el negociante respondía.

—Para esto no he tenido que hacer más—añadió el comerciante—, que halagar a los que se hallan establecidos en el país. Les regalé vestidos y tapices, por valor de cierta cantidad de rublos, una caja de té, y ofrecí de beber a todo el que quisiera. Entonces pude comprar a razón de veinte copeks la deciatina. Al decir esto, enseñaba el contrato de venta.

—La tierra—continuó—está situada al lado de un riachuelo, y por todas partes crecen los dorados tallos del trigo.

Pakhom no se cansaba de preguntar los más minuciosos detalles de todo.

—Hay tierra—decía el negociante—en tal extensión, que no es posible recorrer su contorno ni aun andando durante un año. Todo aquello es de los Baschkirs, que son inocentes como corderos; se podría adquirir sus tierras, hasta de balde.

—¡Ah!— se dijo Pakhom— ¿Para qué comprar, con los mil rublos que poseo, quinientas deciatinas y quedar aún debiendo, mientras que con el mismo dinero podré comprar, Dios sabe cuánto?

*

Se enteró Pakhom del camino que había que seguir para llegar a aquellas tierras, y en cuanto hubo despedido al negociante, hizo sus preparativos de marcha. Dejó la casa al cuidado de su esposa, y partió con su criado.

Fueron, por de pronto, a la ciudad a comprar una caja de té, regalos, vino y todo lo que el negociante le había dicho. Luego se pusieron en marcha, y habían recorrido ya quinientas verstas, cuando al séptimo día llegaban a un campamento de baschkirs. Todo era, en efecto, tal y como el negociante lo dijera. Las baschkirs viven en la estepa, cerca del arroyuelo, bajo las tiendas de tela de lana. No cultivan la tierra ni comen pan, y pasan la vida recorriendo la estepa con sus caballos y sus rebaños.

Detrás de las tiendas están atados los potros, y se les lleva a sus madres, dos veces al día. Se ordeña a las yeguas, y de su leche se hace el kumis. Las mujeres baten el kumis y hacen queso. Los baschkirs no saben más que beber kumis y té, comer carne de carnero y tocar la flauta. Todos están robustos, alegres, y pasan el verano en continua fiesta. Este pueblo es en absoluto ignorante, no conoce el ruso: mas, a pesar de su ignorancia, es afable y hospitalario.

A la vista de Pakhom, los baschkirs salieron de sus tiendas y rodearon al recién venido. Había entre ellos un intérprete, y por medio de él, les hizo saber Pakhom que venía para adquirir tierras. Los baschkirs le festejaron y le alojaron en una bonita tienda de campaña. Instaláronle sobre blandos tapices, le cubrieron de edre-

dones de pluma y le invitaron a tomar té y kumis. Se sacrificó un carnero y con su tierna carne agasajaron al recién llegado.

Pakhom sacó de su carro los regalos que traía y los distribuyó entre sus huéspedes. Estos, locos de contento, charlaban entre sí; luego ordenaron al intérprete que tradujera lo que decían.

—Me mandan decirte—exclamó el intérprete—que te han tomado afecto y que tenemos por costumbre tratar a un huésped lo mejor que podemos y devolver regalo por regalo. Tú nos has obsequiado con presentes y ahora vas a decirnos lo que deseas, para que nosotros te lo demos en cambio.

—Lo que más me agrada—repuso Pakhom—es vuestra tierra. En nuestro país no estamos bien, porque hay poca y está agotada, mientras que aquí tenéis mucha y buena. Jamás he visto ninguna semejante.

El intérprete tradujo lo dicho por el mujik, los baschkirs volvieron a conversar entre ellos, y aunque Pakhom no entendió lo que decían, vió que estaban contentos, que gritaban no sé qué y reían como descosidos. Luego callaron, volvieron a mirar a Pakhom y el intérprete dijo:

—Me encargan te manifieste que por tu generosidad se te dará con gusto tanta tierra como quieras. No tienes más que señalar con el dedo la que desees y será tuya.

Volvieron aquellas gentes a hablar entre sí y a discutir, y Pakhom preguntó de qué trataban, a lo cual repuso el intérprete:

—Dicen unos que hay que dar conocimiento de esto al starschina, porque sin su intervención no es posible hacer la cesión, y otros aseguran que puede presindirse de él.

*

Mientras los baschkirs discutían, apareció de pronto un hombre con gorra de piel de zorro. Todos enmudecieron y se levantaron.

—Ese es el starschina—dijo el intérprete.

Pakhom cogió en el acto su más bello traje y se lo ofreció al jefe baschkir, en unión de cinco libras de té. Aceptó el starschina y se colocó en primera fila. Inmediatamente los baschkirs le sometieron el asunto y él escuchó sonriente, y luego dijo:

—Pues bien, será como tú deseas. Aquí hay mucha tierra y puedes elegir la que tú quieras.

—¿Cómo podría tomar toda la que deseo?—se preguntaba Pakhom—. Es preciso que se me conceda en debida forma, porque si no me dirán: "esto es tuyo" y luego me lo quitarán.

Movido por esta idea, dijo al starschina:

—Os agradezco vuestras amables frases. Vosotros tenéis terrenos de sobra y yo no necesito muchos. Se trata solamente de saber qué tierras serán mías y para ello es preciso, de un modo o de otro,

marcar sus límites y regularizar la cesión, porque todos somos mortales. Vosotros, buenas gentes, las dáis, pero puede suceder que vuestros hijos las quiten.

El starschina se echó a reir.

—¡Como quieras!— dijo—. Lo haremos de manera que no haya nada tan en regla.

—Y Pakhom añadió:

—He oído decir que ha venido hasta aquí un negociante y que le habéis vendido terreno por medio de un contrato; pues bien, me daréis a mí otro. El starschina comprendió lo que Pakhom quería.

¡Conformes!— dijo—. Tenemos un *pissar;* (°) iremos a la ciudad, levantaremos acta y se pondrán en ella los sellos necesarios.

—¿Y cuál será el precio?—preguntó el mujik.

—Nuestro precio es único: mil rublos por jornada.

Pakhom no entendió aquella manera de medir la tierra.

—Y ¿cuántas deciatinas hará la jornada?

—No podemos precisarlo; pero nosotros lo que vendemos es una jornada de tierra. Todo lo que abarques marchando durante una jornada, será tuyo, y el precio de ello será mil rublos.

—¡Pero en un día—dijo Pakhom sorprendido—se puede rodear mucha tierra!

El starschina se echó a reir.

—Pues toda será tuya—repuso—; pero con una condición: si no vuelves en una jornada al punto de partida, pierdes tu dinero.

—Y ¿cómo poner jalones por los puntos donde pase?

—Nos colocaremos en el sitio que te plazca y allí permaneceremos mientras tú das la vuelta. Nuestros criados te seguirán a caballo, y allí en donde tú ordenes, plantarán jalones, y luego, de un jalón a otro, trazaremos un surco con el arado. Puedes hacer el recorrido tan grande como quieras, pero ten presente que has de cerrar la línea antes de la puesta del sol. Todo lo que encierres en tu carrera será tuyo.

Pakhom se avino a ello, y se decidió que la partida comenzase al alba siguiente. Se habló todavía un poco, se bebió kumis, se cenó carne de carnero y se volvió a tomar té.

Dieron a Pakhom un colchón de pluma, y luego los baschkirs se retiraron, después de haber prometido reunirse al día siguiente, al amanecer, y marchar al sitio convenido antes de la salida del sol.

*

Se acostó Pakhom sobre el colchón de pluma, pero no pudo dormir. Tenía siempre lo de la tierra en la imaginación.

(°) Especie de notario.

—¡Lo que he conseguido!— pensaba—. Voy a tener mañana un hermoso dominio, porque en una jornada puedo muy cómodamente andar cincuenta verstas, ya que el día, en esta estación, es tan largo como el año. Cincuenta verstas de perímetro harán seguramente unas diez mil deciatinas. Ahora sí que no tendré que inclinarme ante nadie. Ya me procuraré bueyes para dos arados y además tomaré mozos. Cultivaré la parte que me plazca y sobre el resto dejaré pacer el ganado.

En estas cavilaciones pasó la noche y hasta poco antes del alba no quedó medio dormido, y apenas comenzó a adormecerse cuando tuvo un ensueño.

Se vió acostado bajo la tienda en que estaba y oyó que alguien reía hasta desternillarse. Queriendo saber quién era el que de aquel modo tan estruendoso manifestaba su regocijo, se levanta, sale de la tienda y ve al propio starschina de los baschkirs sujetándose el vientre con ambas manos y riendo a mandíbula batiente. Se aproxima y pregunta: "¿De qué te ríes?" Entonces ve que aquel hombre no es ya el starschina baschkir, sino el negociante que fué a su casa a hablarle de las tierras, y ya tampoco era el negociante, sino el mujik que primero fué a verle. Y, por último, advierte Pakhom, que tampoco es el mujik, sino el diablo en persona, son sus cuernos y sus pies de cabra, riendo a más no poder y mirando atentamente algo. Y entonces piensa Pakhom: "¿qué mirará? ¿de qué se ríe?" Va de aquel lado para ver lo que era, y se encuentra un hombre tendido, con los pies desnudos, en camisa y calzoncillos, boca arriba y blanco como la nieve. Fija su vista Pakhom en el muerto y ve que es él mismo: en aquel momento lanza una exclamación y se despierta.

Al despertarse piensa: "¡Quién hace caso de sueños!" Se vuelve de otro lado y ve que comienza a clarear.

—Hay que despertar a los demás y partir—se dice.

Y Pakhom se levanta, llama a su criado, le da orden de enganchar y va a despertar a los baschkirs.

Estos se levantan, se reúnen, acude el starschina y se pone a beber kumis. Ofrecieron té a Pakhom; pero éste no quiso entretenerse.

—Puesto que hay que partir, partamos— dijo—. Ya es hora.

Reuniéronse los baschkirs, montaron unos a caballo y otros en carro, y partieron. Llegaron a la estepa y la aurora comenzaba a apuntar, cuando subieron a una pequeña colina. Los baschkirs se apearon de sus carros y se reunieron en un solo grupo. El starschina se acercó a Pakhom y mostrándole con la mano el país, le dijo:

—Todo cuanto la vista alcanza nos pertenece. Escoge, pues, la parte que más te convenga.

Brillaron los ojos de Pakhom. Toda la tierra estaba cubierta de tallos, llana como la palma de la mano, negra como la semilla de

la adormidera, y hasta las ramblas estaban cubiertas de hierbas diferentes, pero altas hasta el pecho.

El starschina se quitó la gorra de piel de zorra y la puso sobre lo más alto de la colina.

—Este—dijo—será el punto de partida. Tu criado va a quedarse aquí. Deposita el dinero. Vuelve, y aquello que hayas abarcado en tu carrera te pertenecerá.

Sacó Pakhom el dinero, le puso en la gorra del starschina, se quitó el caftán y no conservó más que el *poddiovka* o túnica ligera. Se ciñó fuertemente el cinturón, tomó un saquito con pan, ató al cinturón una botella de agua, se estiró las botas y se dispuso a partir. Estaba indeciso acerca de la dirección que había de tomar; pero como por todos lados la tierra era buena, se dijo:

—Puesto que por todas partes la tierra es igual, iré del lado de donde salga el sol.

Se colocó entonces en la dirección del Oriente y esperó la salida del astro del día. En tanto pensaba lo siguiente:

—No hay que perder tiempo: con el fresco la marcha es más fácil.

Los baschkirs, a caballo, estaban preparados para seguirle. En cuanto el borde del astro rey asomó por el horizonte, echó a andar Pakhom y penetró en la estepa seguido de los jinetes.

Iba el mujik con paso igual, ni lento ni rápido. Recorrió una versta, dijo que pusieran un jalón y continuó su camino. Cuando empezó a animarse aceleró la marcha. Después de haber andado algún tiempo, ordenó que pusieran otro jalón. Pakhom se volvió y pudo ver perfectamente la colina y en ella reunidos a los baschkirs.

Calculó el mujik que ya había recorrido cinco verstas, y como estaba sofocado, se quitó la túnica, se ciñó nuevamente el cinturón y continuó andando. Franqueó otras cinco verstas; hacía calor, miró al sol y vió que era la hora del almuerzo.

—Ya he hecho—se dijo—una cuarta parte de la jornada y como me quedan tres aún, no me parece tiempo de volver. Pero voy a quitarme las botas.

Se sentó, se quedó descalzo y prosiguió su camino. Iba muy animado pensando:

—Voy a andar todavía cinco verstas en línea recta y torceré a la izquierda. El sitio es admirable y cuanto más avanzo es mejor.

Siguió, pues, todo derecho: se volvió y apenas pudo ya columbrar la colina. Las gentes que en ella había, le parecían insectos.

—Ahora—se dijo Pakhom—ya es tiempo de volver de este lado. Ya he tomado bastante tierra.

Estaba bañado en sudor y sentía una sed abrasadora. Pakhom se puso la botella en los labios y bebió sin detenerse. Ordenó que pusieran otro jalón y dió vuelta a la izquierda. La yerba era alta,

el calor sofocante y Pakhom comenzaba a fatigarse. Miró al sol y vió que era llegado el momento de comer.

—Pues nada—se dijo—hay que descansar.

Se detuvo el ambicioso, comió un poco de pan; pero no se sentó.

—Si me siento—se dijo—acabaré por acostarme y quedarme dormido.

Se detuvo un momento, respiró y siguió la marcha. La comida le había devuelto las gastadas fuerzas y comenzó a caminar a paso acelerado; pero hacía mucho calor y le invadía el sueño. Pakhom estaba rendido, pero se decía:

—Es una hora de sufrimiento a cambio de un siglo de buena vida.

Aún marchó de aquel lado durante unas diez verstas; iba a volver a la izquierda, cuando vió una fresca cañada.

—Sería lástima—pensó—dejarla fuera. Aquí se dará bien el lino.

Y continuó marchando en línea recta abarcando la cañada en la cual plantó un jalón e hizo un segundo ángulo, volviéndose hacia la colina. Apenas se distinguía la gente que había en ella. Debía distar de allí lo menos quince verstas.

—He alargado en exceso los dos primeros lados—pensó—y es preciso que éste sea más corto.

Recorrió el tercer lado apretando el paso. Miró al sol y le vió próximo a declinar. No había más que dos verstas del tercer lado y la meta se hallaba aún a quince.

—Mi finca no va a ser regular—pensaba—, pues hay que ir derecho al límite porque ya tengo bastante tierra.

Y Pakhom marchó derecho a la colina.

*

El mujik se dirige al punto de partida; pero está rendido. Los pies no le dejan andar. Los lleva destrozados y siente que le flaquean las piernas. Descansaría de buena gana un poco; pero no puede si ha de cerrar la línea antes de la puesta del sol. Y éste no espera; al contrario, parece que alguien le empuja hacia el límite del horizonte.

—¡Ay de mí!— pensó Pakhom—tal vez me he equivocado abarcando demasiado terreno. ¿Qué va a ser de mí si no llego a tiempo? ¡Qué lejos está aún y que fatigado estoy! Con tal que no haya perdido en vano mi dinero y mi trabajo. Hay que hacer lo imposible.

Pakhom echa a correr, destrozándose los pies hasta saltarse la sangre, pero sigue trotando. Corre, corre, pero aún está lejos. Tira su túnica, sus botas, su botella y su gorro.

—¡Ay!—pensaba—he sido demasiado ambicioso y he perdido esta ocasión. No podré llegar antes de la puesta del sol.

Y de miedo se le cortó la respiración. Siguió corriendo el ambicioso; el sudor pega a su piel el vestido, tiene la boca seca; su pecho se levanta como un fuelle de fragua, su corazón golpea como un martillo contra su pecho, y no siente ya los pies.

Vacila. Ya no piensa en las tierras, sino en no morir de cansancio. Tiene miedo a la muerte; pero no se puede detener.

—He corrido ya tanto—se decía—que si ahora me detengo, van a tratarme de idiota.

Oye a los baschkirs silbar y gritar. Al oír estos gritos su corazón se inflama aun más, sigue corriendo y gasta sus últimas energías. El sol parece que se oculta a propósito y, sin embargo, el final de la carrera ya no está lejos. Pakhom ve ya a las gentes que hay en la colina. Se le hace señas con la mano para que apresure. Ve también en el suelo la gorra con el dinero y al starschina sentado en tierra, apretándose el vientre con las manos. Pakhom recuerda su sueño.

—He cogido mucha tierra—se dijo—. ¿Me permitirá Dios que viva? Creo que me he perdido yo mismo.

Continúa corriendo. Mira al sol y le ve rojo, agrandado; se acerca al límite de la tierra, ya su borde se oculta tras la estepa.

—¡Ay!—exclama Pakhom—. Creo que todo está perdido—; pero recuerda que si de abajo no ve ya el sol, el astro aún no se ha ocultado para los que están en lo alto de la colina.

Sube rápidamente, ve la gorra, ¡hela aquí! da un mal paso, cae, y con la mano alcanza el birrete del starschina.

—¡Bravo! ¡valiente!—exclama éste: —¡te has ganado mucha tierra!

El criado de Pakhom acude y quiere levantar a su amo; pero ve que la sangre fluye de su boca. Está muerto. El starschina incorporándose prorrumpe en carcajadas y se sujeta el vientre con ambas manos... se levanta, coge del suelo un azadón y se lo da al criado.

—Toma—dice—; entiérrale.

Todos los baschkirs se levantaron y se fueron.

Quedó sólo el criado y abrió para Pakhom una fosa de la longitud justa del cadáver: tres archinas de la cabeza a los pies, y allí lo enterró.

Conocimientos Prácticos

CARTAS SOBRE EL IMPUESTO UNICO

POR LEON TOLSTOI

PEDIS mi parecer respecto a la *actividad* (°) de Enrique George y su sistema del impuesto único; helo aquí:

La humanidad progresa sin cesar en el sentido del desarrollo de su conciencia y el establecimiento de las formas de la vida correspondientes a esa conciencia modificable. Por eso en cada período de la vida de la humanidad se observa, por una parte, el proceso del desarrollo de la conciencia, y por otra el de la realización en la vida de lo que está iluminado por la conciencia.

A fines del siglo XVIII, y a principios del XIX, surgió en la humanidad cristiana la luz de la conciencia con relación al orden de los obreros sometidos a diversas formas de la esclavitud y el proceso del establecimiento de nuevas formas en la vida correspondientes a la conciencia modificada: la abrogación de la esclavitud y su substitución por un trabajo de libre contrato.

Actualmente se desarrolla el proceso de la *iluminación* de la conciencia de los hombres con relación al disfrute de la tierra, y me parece que muy pronto debe florecer el de la realización de esa conciencia en la vida.

Y en esta iluminación de la conciencia con relación al disfrute de la tierra, así como en la realización de esa conciencia, principal problema de nuestro tiempo, el *pioneer* y caudillo del movimiento ha sido Enrique George. Su importancia es considerable y de primer orden. Con sus hermosos libros ha contribuído al desarrollo de la conciencia de los hombres, llevando esta cuestión al terreno de la práctica.

Pero durante la abrogación del execrable derecho de propiedad, se produce lo mismo que ocurrió, según mis recuerdos, durante la abolición de la esclavitud. El gobierno y las clases dominantes, conocedores de que la cuestión de la tierra está íntimamente enlazada con su ventajosa situación en la sociedad, fingen el mayor celo por el interés de los pueblos, fundan cajas obreras, nombran

(°) Actividad equivale aquí a modo de acción.

inspectores del trabajo, crean impuestos sobre la renta, llegan al extremo de establecer la jornada de ocho horas, pero nada dicen de la cuestión territorial, y con ayuda de su ciencia mentirosa que demuestra todo lo que es ventajoso para ellos, afirman que la expropiación territorial es inútil, perjudicial y aun imposible, y ocurre lo mismo que en tiempo de la esclavitud.

Los hombres de principios del siglo XIX y fines del XVIII conocen que la esclavitud es un anacronismo horrible y que subleva el ánimo. Pero la pseudo religión y la pseudo ciencia demostraban que en la esclavitud no hay nada malo, que era un mal necesario que no había llegado la hora de abolir. Ahora ocurre lo mismo con la propiedad territorial. De igual modo la pseudo religión y la pseudo ciencia prueban que en la propiedad territorial no hay nada malo y que no es necesario destruirla.

Creemos que debiera ser evidente para todo hombre instruído de nuestra época, que el derecho exclusivo a la tierra, ejercido por los hombres que no la cultivan y que privan de ella a centenares y millares de familias pobres, constituye un hecho tan cruel y odioso como la posesión de esclavos, y no obstante vemos que los que se llaman instruídos y refinados autócratas, ingleses, austriacos, prusianos, rusos, que gozan de ese derecho cruel e inicuo, no sólo no se avergüenzan de semejante posesión, sino que están orgullosos de ella.

La religión la bendice y la ciencia político-económica prueba que debe ser así para el mejor bien de los hombres.

El mérito de Enrique George consiste no sólo en haber destruído todos esos sofismas por los que la religión y la ciencia justificaban la propiedad, sino también en haber llevado la cuestión a tal grado de claridad que ya no cabe negar la injusticia más que tapándose los oídos. Tiene además el mérito de haber dado una respuesta precisa y directa a los motivos comúnmente invocados por los enemigos de todo progreso y que consisten en que las exigencias del progreso son ensueños no ya prácticos, sino irrealizables.

El proyecto de Enrique George destruye ese error planteando la cuestión de tal modo, que con poco trabajo podría un comité reunirse para discutir el proyecto y convertirlo en ley. En Rusia, por ejemplo, la discusión de la cuestión de compra de la tierra o de su expropiación gratuita por la nacionalización, podría empezar en seguida y ser con diversas peripecias resuelta, como lo fué hace treinta y tres años la cuestión de la emancipación de los siervos.

Aparece evidente no sólo la necesidad de un campo de situación, sino también su posibilidad (cabe introducir cambios y mo-

dificaciones en el sistema de *single tax,* pero la idea principal es realizable); y los hombres no quieren realizar aquello que comprenden. Es necesario que la idea se convierta en opinión pública y para esto debemos propagarla y engrandecerla. Como lo hacéis así, os envío la expresión de mi simpatía y os deseo un buen éxito.

El proyecto de Enrique George consiste en lo siguiente: Las ventajas y las comodidades del disfrute de la tierra no son iguales en todas partes, y como siempre habrá muchos aficionados a las tierras más fértiles, más cómodas y contiguas a los sitios bien poblados, y como este número aumentará a medida que sean mejores y más productivas las tierras, será necesario apreciarlas según sus ventajas: lo más ventajoso es lo más caro; lo menos ventajoso, más barato, y a menos ventaja mayor baratura. Y la tierra que no tenga muchos aficionados no será apreciada y se concederá gratis a los que quieran cultivarla personalmente.

Así estimada la tierra, sucederá que entre nosotros, por ejemplo, en la provincia de Tula, la tierra ventajosa y fértil será valuada en cinco o seis rublos la deciatina; las huertas en los alrededores de las ciudades, en diez rublos la deciatina; el campo de trigo, en quince rublos, etc. En las ciudades la tierra valdrá quinientos rublos la deciatina, y en Moscou o en Petersburgo, en buen paraje o cerca de los puertos de los grandes ríos, algunos millares o quizás algunas decenas de millares de rublos la deciatina. Al justipreciar de esta manera toda la tierra del Estado, Enrique George propone declarar por medio de una ley que a partir de determinada fecha la tierra ya no pertenecerá a los particulares, sino al Estado, a todo el pueblo, y que aquellos que poseen la tierra deben pagar por ella al Estado, es decir, a todo el pueblo, el precio en que se ha valuado la tierra; las cantidades obtenidas se emplearán en obras sociales y substituirán a todos los impuestos y gabelas interiores, exteriores y arancelarios. Según este proyecto el propietario que posee en la actualidad 2,000 deciatinas podrá seguir poseyéndolas, mas para esto deberá entregar al Tesoro, en Tula, de 12,000 a 13,000 rublos por año, porque tendrá tierras de pan llevar y verjeles. Pero como ningún propietario podrá soportar tal pago, renunciará a la tierra. Y en la misma comarca, el aldeano de Tula pagará unos dos rublos por deciatina—lo que paga en la actualidad—y dispondrá en torno suyo de tierra libre que podrá tomar por cinco o seis rublos; y además, no sólo no pagará ningún impuesto, sino que tendrá todos los productos que le son necesarios, rusos o extranjeros, sin derechos de aduanas. En las ciudades los propietarios de las casas y de las fábricas continuarán poseyendo sus bienes, pero tendrán que pagar al Tesoro según el justiprecio de los terrenos que ocupen.

He aquí las ventajas de ese estado de cosas:

1.° Que no habrá hombres privados de la posibilidad de gozar de la tierra.

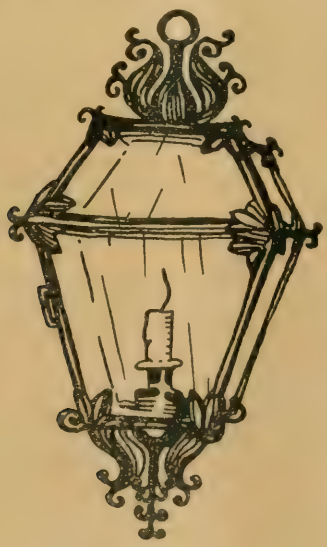
2.° Que no habrá gentes ociosas que posean la tierra y obliguen a otros hombres a trabajar por ellos en cambio del derecho de disfrute de la tierra.

3.° Que la tierra estará en poder de aquellos que trabajan y no en poder de aquellos que no trabajan.

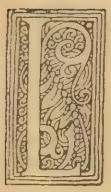
4.° Que los hombres del pueblo que puedan trabajar la tierra cesarán de contratarse como obreros en los talleres o criados en las ciudades, y se dispersarán por la campiña.

5.° Que ya no habrá inspectores ni cobradores de impuestos en los talleres, fábricas y demás establecimientos, ni aduanas, y que sólo se cobrará el impuesto de la tierra que no se puede ocultar y para la que es fácil comprobar los impuestos.

6.° Los hombres que no trabajan se librarán del pecado de gozar del trabajo ajeno, pecado del que no siempre son culpables, puesto que desde la infancia se han criado en la ociosidad y no pueden trabajar. Se librarán del pecado y además de todas las mentiras inventadas para justificarlo. Los obreros se librarán de las seducciones del pecado de la envidia, la ira y el despecho, contra los hombres que no trabajan. Y así desaparecerá una de las causas de la división de los hombres.



EL EJERCICIO



A actividad es una de las manifestaciones de la vida y una vida más larga es el premio de la actividad. La inmovilidad es la precursora de la muerte.

Esta ley de la vida es la misma para el funcionamiento de todos los órganos del cuerpo. Los músculos que se usan poco, se debilitan; los dientes que no trabajan, se pudren; los ojos que se ejercitan poco, pierden la fuerza; y otro tanto puede decirse de todos los demás órganos del cuerpo. Cumplen sus funciones respectivas con una fuerza que está en proporción directa al ejercicio que les corresponde. La causa principal de las debilidades y enfermedades es debida a la inactividad; la sangre se entorpece y deja de cumplir con sus funciones, que consisten ante todo, en quitar las materias gastadas y destruídas, provenientes de los órganos, músculos y huesos del cuerpo, y además en reconstruir con materiales nuevos y mejores, lo que se desgastó. Es imposible que la sangre haga este trabajo, si los pulmones no reciben aire puro y fresco y el cuerpo buen alimento; luego, el régimen de la vida debe ser tal, que la sangre corra vigorosamente hasta las últimas extremidades del cuerpo y pueda cumplir con su tarea de renovar constantemente el organismo.

El valor de un ejercicio regular e inteligente no puede ponderarse. Es la ley de la existencia para toda cosa viviente.

LA MEJOR HORA PARA HACER EJERCICIO

El ejercicio es bueno a todas horas del día, con la sola excepción de que no debe hacerse ejercicio violento inmediatamente después de la comida; y en verdad, el ejercicio violento no puede recomendarse a ninguna hora. Si la gente ocupada se atiene a la creencia necia de que el ejercicio debe hacerse sólo a determinadas horas del día, es muy posible que esa hora se ocupe en algún otro trabajo y entonces de hecho se abandona el ejercicio, como en el caso del filósofo perezoso, quien argüía que no era higiénico hacer ejercicio entre comida y comida.

La tendencia natural entre muchas personas y sobre todo entre los que trabajan con el cerebro, es tener pereza cuando se trata de hacer ejercicio. Mucha razón tenía aquel filósofo chino, que cuan

do le preguntaron: ¿En qué se parecen todas las naciones? contestó: "Todas son igualmente perezosas." A medida que los venenos se acumulan en el sistema, aumenta la inclinación a la pereza.

El ejercicio diario debe ser constante. Puede requerir bastante valor moral y determinación para hacer a un lado el deseo sordo e inexplicable de estar quieto; pero tiene que hacerse uno el ánimo de tomar algún ejercicio diariamente, si se quiere estar bien y ser fuerte. Una vigorosa caminata en la mañana, media hora de trabajo en el jardín; ir a pie a la oficina en vez de tomar el tranvía; una gimnasia ligera por unos momentos en la oficina, durante las horas de trabajo; una vigorosa ablución de cara y de manos, cuando se siente el cansancio de un trabajo excesivo; algún juego afuera con los niños, al volver a la casa por la tarde; ejercicios de respiración profunda a cualquier hora del día, todos estos medios pueden aprovecharse para hacer ejercicio sin perder casi nada de tiempo. Debemos someternos a una regla de ejercicio suficiente y que asegure una buena transpiración.

LA MEJOR CLASE DE EJERCICIO

Afortunadamente el ejercicio más provechoso es el trabajo físico, útil e interesante a la vez. Lo que vamos a decir sobre este particular, se refiere principalmente a los sedentarios y a los que trabajan con el cerebro. Los trabajadores endurecidos en sus quehaceres materiales, hacen bastante ejercicio y para ellos la cuestión del descanso es la de mayor importancia. El ejercicio que se toma como tal, es sin duda benéfico, pero la faena útil y el juego gozoso, son lo mejor que hay para la mente y para el cuerpo.

EL TRABAJO EN EL JARDIN, ASERRAR MADERA, ETC.

No hay ejercicio mejor para el hombre o la mujer, para los niños y las niñas, que los quehaceres domésticos; la jardinería, cortar madera con el serrucho o el hacha, cuidar los animales domésticos y hacer otros trabajos caseros, sencillos e interesantes. Se ha dicho que nadie sabe cuán dulce es el sabor de las habas y los nabos, hasta que uno mismo los ha sembrado y cuidado con sus propias manos. Toda persona que esté encerrada en la oficina debe tener, siempre que sea posible, un jardín y trabajar en él una o dos horas diarias. El ejercicio de aserrar madera es excelente para todos los músculos del cuerpo. Se cuenta de un afamado poeta, que en sus últimos días, cuando sufría de una enfermedad mortal, alargó su vida por varios meses, comprando un caballo y cuidándolo. La persona débil y anciana que no pueda hacer trabajos pesados, puede beneficiarse mucho en esas faenas sencillas y gratas.

Estos ejercicios al aire libre son de tanto provecho para la mujer como para el hombre y los niños. Las amas de casa deben pasar cuando menos una hora diaria trabajando al sol, cultivando flores y verduras o entreteniéndose en alguna otra faena ligera, al aire libre. No hay mejor ejercicio para los niños que cortar leña, rastrillar la tierra, lavar los platos y otras muchas cosas tan útiles como benéficas para la salud y mil veces mejores que la ociosidad.

EL EJERCICIO A PIE

No hay ejercicio que valga tanto como el de caminar a pie. Se dice de un famoso estadista inglés que caminaba diariamente legua y media. Si se tiene el cuerpo en una postura erguida, si se respira fuerte y desahogadamente y si los movimientos son vigorosos y enérgicos, el ejercicio resultará benéfico. Poco provecho se saca caminando perezosamente.

Que esté la cabeza bien erguida, la barba metida para dar un aire de dignidad. Piénsese en un punto encima de la cabeza, como a unos dieciocho centímetros detrás de la frente, dándose un estirón de cabello, si fuere necesario para fijar el punto en la mente. Téngase la cabeza y el cuerpo como si se tratara de levantar ese punto lo más alto posible. Aunque no se piense en los hombros, los brazos, el pecho, el cuello y la barba, si se piensa sólo en ese punto de la cabeza, todos los miembros del cuerpo tomarán una posición correcta y fácil.

RESPIRESE HONDAMENTE AL CAMINAR

Las caminatas deben de ser una oportunidad para dilatar el pecho y los pulmones y para alimentar la sangre con aire puro y fresco. La respiración honda es un ejercicio inmejorable. Al andar se debe respirar de lo hondo del pecho, parándose de vez en cuando, y haciéndolo con empeño. Por muy ocupado que esté uno, se puede practicar la respiración a todas las horas del día; esto avivará la circulación, aumentará la vitalidad, dará calor al cuerpo e impedirá los resfríos.

EL EJERCICIO DE REMAR

Es muy natural que cualquier forma de ejercicio agradable, tomado al aire libre y al sol, sea benéfico para la salud. Además de los beneficios físicos que se obtienen del ejercicio mismo y también el descanso del pensamiento, hay una renovación y estímulo para el ánimo, que a su vez da fuerza y vigor. El íntimo contacto con la naturaleza causa además un sentimiento de calma, bienestar y

descanso, que da temple a los nervios desequilibrados y cansados.

El ejercicio de remar es sobre todo un buen entretenimiento para dar fuerza y vida nuevas. Es inmejorable para todo el cuerpo, pues pone en acción gran número de músculos, principalmente los de los brazos, la espalda y el pecho. Muy frecuentemente el abuso del ejercicio en las carreras, anula todos los beneficios.

LA NATACION

La natación es uno de los mejores ejercicios. Casi todos los músculos se ponen en juego. Los músculos de la espalda sirven para tener la cabeza fuera del agua. De ahí sigue naturalmente que el ejercicio de la natación da un porte correcto y airoso. También corrige el defecto de la espalda encorvada. La respiración se mejora mucho, porque los pulmones toman más aire que de costumbre y se ensanchan lo más posible. Se estimula la circulación y todo el cuerpo se vigoriza. Los músculos, tanto de los brazos como de las piernas, se ejercitan activamente y el pecho se ensancha.

Todos los músculos de la respiración se ponen en juego. La presión del agua sobre el pecho es mayor que la presión del aire, así es que esta resistencia extra, tiene que vencerse. La respiración debe corresponder a los movimientos del nadador. Cuando las piernas se extienden se expira el aire; al encoger las piernas, vuelven los pulmones a tomarlo.

"No debe uno apresurarse nunca al nadar, pues así se gasta mucha fuerza con muy poca ventaja y no llega uno a su destino más pronto que cuando se dan las brazadas tranquilas y regulares.

"Además de nadar sobre el pecho, puede aprenderse a nadar de espalda o de lado. De espalda no se cansa uno tanto como cuando se nada de pecho; pero no se avanza tan rápidamente. Las piernas se ejercitan más cuando se nada de lado. Cuando se quiere descansar, no hay más que voltearse de espalda y quedarse flotando. Esta es la cosa más sencilla que se puede hacer en el agua.

"Conviene observar las siguientes precauciones:

"Nunca se debe nadar ni inmediatamente antes, ni después de comer. Que haya un intervalo de hora y media antes o después de la comida.

"Mientras no se sea un nadador experto, no se debe nadar nunca alejándose de la playa.

"Más vale quedarse poco tiempo en el agua que permanecer en ella demasiado.

"Nunca debe uno tratar de nadar cuando esté cansado.

"Al sentirse con frío, no debe uno quedarse en el agua.

"Después del baño y antes de vestirse conviene correr un poco."

LA GIMNASIA PESADA

Los médicos no recomiendan la gimnasia pesada más que en el caso de que se la ejecute con mucho cuidado. Los ejercicios de gimnasia ligera son mucho más apropiados para dar una forma simétrica a todas las partes del cuerpo. Los ejercicios demasiado fuertes, cansan, destruyen los músculos y son frecuentemente un verdadero peligro para la vida.

Los ejercicios deben ser siempre proporcionados a las fuerzas del individuo. Si pasan de ese límite, pronto se resienten. Entonces la cantidad de nutrición que recibe el cuerpo no corresponde a lo que ha gastado y sobreviene el decaimiento. Evítense los dos extremos, la falta de ejercicio y el exceso de ejercicio. Es preferible hacer el ejercicio frecuente y moderado hasta que la acción más enérgica de los nervios y de los vasos sanguíneos se haga permanente. Llegando a este punto, la nutrición que recibe el cuerpo excede a los desgastes y los órganos ganan en fuerza, grosor y actividad; pero si el ejercicio es excesivo, al grado de cansar y agotar la fuerza vital, entonces el desgaste orgánico excede a la nutrición.

Un ligero ejercicio físico, hecho con inteligencia y con oportunidad, es mucho mejor para el desarrollo simétrico del cuerpo que la gimnasia fuerte. El descubrimiento de esta verdad importante han causado el desarrollo, en los últimos años, de varios sistemas excelentes de cultura física.

(De *Salud y Hogar.*)

LA REPUBLICA ARGENTINA

A República Argentina, es un Estado de la América meridional, que confina al Norte, con las repúblicas de Bolivia, Paraguay y Brasil; al Este, con Paraguay, Brasil, Uruguay y el Océano Atlántico; al Sur, con los dos océanos, puesto que la zona oriental de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, son territorios de la República. y al Oeste, con la cordillera de los Andes. Argentina ocupa una superficie de 3.027,088 kilómetros cuadrados, de modo que es, después del Brasil, el mayor Estado de la América meridional.

REGIONES NATURALES.—La República Argentina se divide, geográficamente, en tres grandes regiones de aspecto y condiciones diversos. La región andina al Oeste, que es el territorio cruzado por las cordilleras de los Andes y por sus ramificaciones. La región de las llanuras y de las pampas, comprendida entre el estrecho de Magallanes y los ríos Paraná y Paraguay y los últimos declives de los Andes. La región interfluvial o *Mesopotamia Argentina*, entre los ríos Paraná y Uruguay, en que hay ondulaciones del terreno o *cuchillas* que cruzan el territorio en todas direcciones, y cuya máxima altitud no pasa de 100 metros.

La segunda región, o sea de las llanuras, puede subdividirse en tres partes: La primera, a la que pertenece el territorio del Chaco, está bien arbolada, cubierta de pastos excelentes y surcada por grandes ríos. Es la región más inmediata al trópico; el calor y las lluvias sostienen exuberante vegetación. La segunda, es la Pampa, inmensa llanura cubierta de gramíneas, en la que pastan numerosos rebaños y viven algunas tribus indígenas. En la parte occidental de la Pampa, hay otra vasta llanura de aspecto completamente distinto, pues parece la cuenca desecada de un mar. Es una llanura salitrosa, conocida con el nombre de *Desierto de las Salinas*. Forman la tercera región las planicies de la Patagonia, que se extienden desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes.

Los Andes, que separan las Repúblicas de Chile y Argentina, van aumentando de elevación, conforme avanzan hacia el Norte, y en los límites con Bolivia se encuentra la región más accidentada de la Argentina. Los picos alcanzan alturas considerables (alrededor de seis mil metros sobre el nivel del mar) y el agrupamiento de montañas nevadas, es uno de los más bellos espectáculos de la tie-

rra. Los Andes forman mesetas y altiplanicies de gran altitud y pasos o gargantas por donde pueden comunicarse las repúblicas argentina, chilena y boliviana.

RIOS.—La más importante de las redes fluviales argentinas. se forma por el río de la Plata y sus afluentes, los ríos Uruguay y Paraná, y numerosos tributarios de menor importancia. Deben mencionarse, sin embargo, el río Negro, formado por los ríos Encarnación y Nanquín, y que separa la Pampa y la provincia de Buenos Aires, de la Patagonia. El Chubut que riega la parte septentrional de la Patagonia, y el Santa Cruz, formado por los ríos Chalín y Chico, en cuya desembocadura se encuentra el puerto de su nombre.

CLIMA.—En conjunto y sobre todo en las latitudes centrales, es de los mejores del globo, menos riguroso en invierno, aunque a veces algo más caliente en verano, que el de Italia. Más seco en el interior que en el litoral, no se manifiesta en parte alguna del país ni el clima propiamente continental ni el marítimo puro, siendo en realidad una transición entre ambos tipos, o sea el clima que conviene a la salud del hombre y a la productividad de la tierra. Sólo a veces sopla con tanta violencia el viento SO. o *pampero*, que al rasar la pampa, en tiempo de prolongada sequía, levanta inmensos torbellinos de tierra vegetal. Inútil es decir que como país situado en el hemisferio austral, las estaciones son opuestas a las de nosotros.

Individuos de todas las razas, sin distinción de origen, pueden trasladarse a Argentina, sin aclimatación previa, y seguir sus costumbres de vida sin riesgo para su salud. No hay enfermedades endémicas malignas, y las epidémicas son más raras que en Europa. Sin embargo, son un poco más frecuentes las fiebres eruptivas, la disentería y las enfermedades del hígado.

POBLACION Y RAZAS.—Dos tercios de la población argentina son de origen europeo y el resto comprende individuos de raza africana e indígenas; siendo la población total de 7.122,000, de habitantes en 1911, y que debió aumentar considerablemente en los últimos diez años.

Los indígenas pertenecen a las razas guaraní, quechúa y araucana. Esta ocupa todavía la Pampa y la Patagonia y sus tribus principales son los Puelches, Tehuelches, Moluches, Ranqueles y Aucas. En la población europea predominan los italianos y siguen por importancia decreciente, españoles, franceses e ingleses. El idioma oficial es el español, pero se hablan varias lenguas y dialectos de la población indígena.

El gobierno argentino pone gran empeño en fomentar la inmigración y con tal objeto sostiene agentes en las principales naciones de Europa. Según las leyes especiales, los inmigrantes deberán ser de preferencia agricultores. El gobierno sufraga los gastos que

ocasione su desembarco, su residencia en los depósitos y su traslación hasta el punto de destino. A cada familia que se establece en los distritos coloniales, se le extiende un título de propiedad provisional de cierto número de hectáreas de terreno de cultivo, un rancho, y los instrumentos necesarios para el trabajo. Según el mayor o menor cultivo que hagan, adquieren derecho o más hectaras y a convertir en definitivo el título provisional. Pueden elegir el punto de la República donde prefieran fijar su residencia, e introducir libres de derechos, las prendas de uso, vestidos, instrumentos y herramientas. El bienestar económico de la Argentina se debe, en gran parte, a la colonización.

MINAS.—Los Andes argentinos y sus ramificaciones encierran riquísimas minas, sobre todo en la provincia de Catamarca, donde se han descubierto más de doscientas de oro, plata y cobre. En Tucumán y Córdoba, hay minas de oro, plata, hierro, cobre, arsénico, plomo, carbón de piedra y canteras de mármol. En Rioja, Mendoza, San Juan y San Luis, existen también minas y lavaderos de oro, plata, níquel y platino.

AGRICULTURA E INDUSTRIA.—La cría de ganados es la principal fuente de riqueza del país, sobre todo la de ganado lanar, vacuno y caballar. Los productos de la ganadería: lanas, cueros, carne, sebo, cerda, astas, huesos y cenizas de huesos, alimentan en conjunto el 95% del total comercio de exportación.

La agricultura, aunque tiene menos importancia que la ganadería, no sólo produce lo indispensable para el consumo, sino que resta, además, un considerable exceso para la exportación. El cultivo de maíz, sobre todo, da excelentes resultados. Comparando las cantidades cosechadas con las sembradas, se obtiene una proporción de 94 por uno. En la provincia de Buenos Aires, además de trigo, maíz, papas, etc., se cultivan árboles frutales y diversas plantas industriales. Los productos agrícolas que se exportan en mayor cantidad, son: trigo, lino, pasto seco, maíz, harina, papas y semilla de nabo.

Dadas las condiciones del país, es fácil comprender que no puede haber más industrias que las de primera transformación de la materia prima, para adaptar el artículo a posterior elaboración en los grandes centros industriales de Europa. Así es que fuera de los ingenios de azúcar, las destilerías y los molinos, no hay más industrias importantes que las de los saladeros, los curtidos y las fundiciones de minerales. La producción azucarera ha hecho en los últimos años, notables progresos, especialmente en las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy. La industria minera no ha conseguido gran desarrollo, porque el capital halla remuneración más inmediata y segura en la ganadería, en la agricultura y en el comercio, y además, porque en los distritos mineros escasean el combustible y las vías de comunicación.

COMERCIO.—Como país productor de materia prima en gran escala, y falto a la vez de bastantes industrias, necesariamente ha de alimentar un vasto comercio exterior, exportando los productos de la ganadería y de la agricultura que le sobran e importando artículos manufacturados. Los principales artículos que importa son: los empleados en la industria y materiales de construcción; tejidos de algodón, vinos, quincallería, ferretería, maquinaria, y objetos de arte; comestibles en general, ropa hecha, hulla, petróleo y sus derivados.

ORGANIZACION POLITICA.—La República Argentina es una república federativa, formada por 14 Estados, 10 territorios y un Distrito Federal. Los Estados autónomos, llamados *provincias*, tienen cada uno su Constitución propia, amoldada a la Constitución Nacional y cuyos principios deben respetar. Los fundamentales, son la abolición de la esclavitud, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la inviolabilidad de la propiedad, del domicilio y de la correspondencia epistolar, y la abolición de la pena de muerte por delitos políticos; los extranjeros gozan de los mismos derechos y prerrogativas civiles que los nacionales, y pueden nacionalizarse después de dos años de residencia en el país. Las constituciones provinciales deben asegurar a cada provincia su administración de justicia, su régimen municipal y la instrucción primaria. Las provincias eligen sus gobernadores, legisladores y demás funcionarios, sin intervención del Gobierno Federal, y las diferencias político-administrativas entre las provincias, las dirime la Corte Suprema de Justicia. Hay tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

CIUDADES.—Las ciudades más importantes de la República Argentina son: Buenos Aires (su capital) uno de los primeros puertos de la América del Sur, fundada en 1535 por Mendoza, en la orilla derecha del Río de la Plata y que cuenta actualmente con más de un millón y medio de habitantes; Rosario, capital del departamento de su nombre, en la provincia de Santa Fe, con 201,000 habitantes; Córdoba (95,000) capital de la provincia del mismo nombre; Santa Fe, fundada en 1573 por Juan de Garay, capital de la provincia, que tiene 48,000 habitantes; Mendoza, capital de la provincia de su nombre, fundada por el capitán español Pedro Castillo, y que cuenta con 39,000 habitantes y Paraná (30,000) capital de la provincia de Entre Ríos.

Aladino Sección de los niños

EL CABALLERO SIN MIEDO Y SIN TACHA

UN día de fines del siglo XV veíase un hermoso espectáculo ante un antiguo y noble castillo de Francia, el Castillo de Bayardo.

El anciano caballero de ese nombre, inválido a consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla, se sostenía apoyado en dos bastones, teniendo a su lado a su bella esposa y rodeado de un gran séquito de servidores. Los ojos del viejo guerrero brillaban, mostrando a la vez afecto y admiración. Todos sus servidores aplaudían.

La causa de su alegría era un muchacho de catorce años, que vestido de seda y terciopelo y adornado el birrete con hermosa pluma, hacía diestramente evolucionar a un caballo de poca alzada.

El caballero, herido e inválido, no podía adiestrar por sí mismo a su hijo en el arte de la caballería; así, pues, le había comprado un brioso potro, le había vestido suntuosamente, y Pedro (que así se llamaba el joven) partía para aprender el ejercicio de las armas, en la corte del duque de Saboya.

El muchacho se distinguió mucho en su nueva profesión por su valor y destreza, y conquistó el cariño de todos por su sencillez y generosidad.

En cierta ocasión quiso el duque hacer un magnífico presente al rey de Francia, y se le ocurrió mandarle a su valiente paje.

Estando un día el rey rodeado de su corte, apareció Pedro montado en su caballo con tanta gallardía y manejándolo con tanta habilidad, que daba gusto verlo.

—"¡Bravo! ¡Bravo! ¡Espolead de nuevo!"—exclamó el monarca, mientras aplaudía—. Y toda la corte repitió: "¡Bravo! ¡Bravo!"

Entonces Pedro dió de nuevo la vuelta al campo, llevando el caballo a medio galope, y todos prorrumpieron en exclamaciones de admiración ante su destreza como jinete.

Dejaremos sin mencionar muchas de las hazañas de este intrépido joven, puesto que llenarían varios volúmenes, y pasaremos a otra escena, en la que Pedro es ya hombre. Es alto, apuesto,

de ojos brillantes, y lleno de gracia y gentileza. Ha vencido a los más valientes caballeros de su tiempo y ha conquistado los más grandes honores en los campos de batalla. Se le llama el caballero *sin miedo y sin tacha.* Todos han oído hablar de él; todos conocen su valor indomable, su generosidad para con las mujeres, su bravura como caballero y su nobleza como cristiano.

La escena que vamos a describir, es la siguiente: acaba de tener lugar una gran batalla y el nuevo rey de Francia, que es todavía un adolescente, vuelve de su primer combate, envanecido por la victoria alcanzada. Desea sólo una cosa: ser armado caballero. Pero ¿quién podrá armarle tal? ¿No es él mismo el poder supremo que los crea?

Por la noche tiene lugar un maravilloso espectáculo ante la tienda del soberano. Los más valientes soldados de Francia forman un gran cuadro; flamean al aire las banderas y los heraldos hacen resonar sus trompetas. Los que han de recibir recompensas de manos del rey, ocupan la primera fila, embargados por la emoción. Todos esperan con alegría el comienzo de la ceremonia. El monarca, Francisco I, sale de su tienda y se dirige hacia Bayardo. Se arrodilla sobre la yerba ante él y Bayardo, dándole un espaldarazo, le arma caballero. El rey había escogido, para que le elevase a esta dignidad, al más valiente y cortés de todos sus vasallos.

Una de las mayores hazañas del gran Bayardo, fué la defensa del castillo de Brescia, contra tropas considerables. Cuando la reina, cuyas eran aquellas tropas, preguntó al general cómo era que con todos sus hombres y cañones no pudo tomar aquel débil palomar, el general respondió: "Señora, porque había en él un águila."

Y esta era precisamente la característica de Bayardo en la guerra: temperamento de águila. No temía salir al encuentro del enemigo, cualquiera que fuese. Volaba como un torbellino en auxilio del débil y destruía el poder de los tiranos. Pero en la paz era de carácter afable. En la guerra, un águila; en la paz, una paloma.

Bayardo murió de manera noble y heroica. En una batalla, luchando contra los españoles, el ejército francés tuvo que retirarse, y Bayardo, con un puñado de hombres, permaneció a retaguardia para proteger la retirada.

Allí le alcanzó una piedra disparada por una ballesta, la cual le partió la espina dorsal. Bajáronle del caballo y recostáronle en un árbol.

Ya moribundo, levantó el bravo caballero su espada y pronunció una breve oración. Luego aconsejó a sus amigos que se pusieran en salvo, y les rogó que le volvieran de cara al enemigo.

Así murió uno de los hombres más valientes que blandieron espada.

LA ENEIDA

ENTRE los príncipes troyanos que tomaron parte prominente en la gran guerra, se hallaba Eneas, y al cabo de unos ochocientos años después de haber escrito Homero aquellos dos grandes poemas en honor de Aquiles y Ulises, el poeta latino Virgilio, siguió el estilo de Homero, al componer el gran poema conocido por *Eneida*, que significa "referente a Eneas." El verdadero objeto de este poema fué el de halagar al pueblo latino y sus soberanos, demostrándoles que sus reyes descendían de ese gran príncipe troyano, la historia de cuya vida había dejado de ser verídica y se había convertido, en su mayor parte, en pura fábula. En ella vemos cómo consiguieron los griegos destruir la ciudad de Ilión, o Troya. Debióse a la inteligencia de Ulises, el que terminara en victoria el prolongado sitio. Fué él quien indujo a que se construyera un enorme caballo de madera, dentro del cual se escondieron gran número de soldados griegos. Esta mole tan extraña fué conducida sobre ruedas hasta las puertas de Troya y abandonada allí. Luego los demás soldados griegos volvieron a sus barcos, haciendo ver que se alejaban como si estuvieran cansados de la guerra. La curiosidad de los troyanos fué lo que les perdió, pues salieron de la ciudad y con gran trabajo consiguieron introducir en ella al caballo de madera. Durante la noche salieron del mismo los soldados griegos, sorprendiendo a los troyanos, mientras el resto del ejército, que había aparentado marcharse, retrocedía y penetraba en la ciudad. Troya ardió por los cuatro costados y sus habitantes fueron muertos o huyeron. La hermosa Helena, que había sido causa de la contienda, fué restituída a su esposo Menelao, y así terminó el famoso sitio.

En la *Eneida* no empieza su autor contándonos lo referido, sino que da comienzo con la descripción de una terrible tempestad que sorprende a Eneas, quien, después de la caída de Troya (de la cual había escapado llevando a su padre en hombros, pero perdiendo a su esposa), había reunido algunos hombres, haciéndose a la mar, y llegando a Italia al cabo de siete años.

Durante la gran tempestad naufragan algunos de los barcos; pero el suyo y seis más arriban a un puerto del Africa, en la rica y espléndida región de Cartago, a cuya reina, Dido, cuenta la caída de Troya y el ardid del caballo de madera, de que acabamos de ha-

blar. También le describe sus diferentes viajes, desde su huída hasta su llegada a Cartago. Dido no puede menos que admirar al noble príncipe, y desea casarse con él; pero Eneas abandona a Cártago, sin que puedan retenerle los agasajos de la reina. Esta, desesperada, se suicida.

Después de levar anclas con rumbo a Sicilia, donde celebra funerales en memoria de su padre, visita Eneas los Campos Elíseos, que son el lugar donde los antiguos creían que iban las almas después de la muerte, y allí encuentra a su padre, quien le hace ver la raza de héroes que descenderá de Eneas y que gobernará al pueblo latino.

Eneas parte de nuevo, y llega a la tierra del Lacio, o Italia, cuyo rey latino le agasaja y promete concederle por esposa a su única hija, Lavinia, heredera de la corona. Pero otro príncipe, llamado Turno, rey de los rútulos, pueblo latino, está enamorado de ella y es favorecido por la madre de ésta. Estalla entonces la guerra entre troyanos y rútulos, en la cual tienen lugar varias sangrientas batallas, y al final parece que los troyanos, en ausencia de su jefe, van a quedar completamente derrotados. Pero Eneas, que ha recibido un escudo hecho por Vulcano (el mismo dios mitológico que forjó la armadura de Aquiles) y en el que se hallan simbolizados las futuras glorias y triunfos de la nación latina, o romana, vuelve al combate y cambia la suerte de la guerra.

En la última batalla debe tener lugar un duelo entre Eneas y Turno; pero los soldados de éste consiguen herir al príncipe troyano. Sin embargo, Eneas es curado de su herida por su madre Venus (que era una de las diosas en que creían los romanos) y, después de curado, obliga a Turno a batirse con él, consiguiendo matarle.

Así termina la historia de las sorprendentes hazañas de Eneas, tal como se refieren en la *Eneida*.

CRISTOBAL COLON

RISTOBAL Colón llevó a cabo un descubrimiento mucho más importante de lo que él pensó; pues creía haber llegado a la India, y no fué este el país que encontró cruzando la gran extensión del desconocido Océano, sino una tierra enteramente nueva, a la que se ha llamado América, aunque el gran navegante murió antes que se la denominara con ese nombre.

Colón era muy pobre cuando muchacho, pero de gran despejo y afición al estudio; y así, por su propio esfuerzo, aprendió la geografía y leyó cuantas historias de viajes le fué posible; era asimismo, de valeroso corazón, de suerte que, habiéndose embarcado en edad muy temprana, navegó por los más lejanos mares, a la sazón conocidos. Una vez naufragó y a duras penas pudo salvarse de perecer ahogado. Siempre que se le ofrecía ocasión leía los viajes de Marco Polo y otros libros semejantes. Nacido probablemente en Génova, al llegar a la edad madura pidió a sus ricos compatricios un navío para viajar en busca de países desconocidos. Creyendo que la tierra era redonda, y no plana, como entonces universalmente se admitía, y sabiendo además que la India estaba situada a gran distancia de Italia, hacia el Sudeste, supuso que formaba parte de un gran continente a cuya extremidad occidental podría llegarse en virtud de la redondez de la tierra, navegando por el gran Océano Atlántico.

El pueblo genovés renunció a tener parte en este descubrimiento y Colón marchó a Portugal, y pidió al rey que le ayudara en su empresa. El monarca portugués había enviado diferentes flotas a explorar la costa africana y juzgó que hubiera algún fundamento en el proyecto que se le proponía. Dejándose llevar de su natural, perverso y desleal, envió secretamente, y por su cuenta, una expedición para comprobar la realidad del pensamiento de Colón; mas los marineros enviados por el monarca portugués eran cobardes y regresaron, aterrados por la inmensidad del gran Océano.

Cuando Colón tuvo noticia de este proceder, retiróse entre colérico y entristecido, y escribió al rey Enrique de Inglaterra en demanda de auxilio. Sin aguardar a recibir la contestación del monarca británico, pasó con su hijo, niño aún, a España; y por más que el rey de Portugal le envió mensajes rogándole que volviera, no quiso hacerlo. Recurrió primeramente a un magnate español, el

duque de Medinaceli, quien no pudiendo facilitarle el socorro solicitado, escribió a la reina Isabel y al rey Fernando, presentándoles al navegante. España estaba a la sazón en guerra con los moros de Granada y la empresa de Colón fué muchas veces apiazada, hasta que el pobre marino, cansado ya de tantos desengaños, resolvió partir del país y pasar a Francia. Tanta era su pobreza, que tuvo que emprender el viaje a pie y detenerse a la puerta de un monasterio, donde pidió por caridad un poco de pan para su tierno hijo. Los monjes le acogieron amigablemente y quedaron maravillados de su extraña conversación. Uno de los religiosos gozaba de gran crédito cerca de la reina de España; y muy gustoso le escribió para ponderarle la grandiosidad de los planes de Colón, instando a éste a que regresara a la corte. Así lo hizo, en efecto, sin otras resultas que sufrir un nuevo desengaño, porque la reina, muy ocupada en la campaña contra los moros, no pudo recibirle. Cansado, por fin, de tan larga espera, Colón resolvió marchar a Francia; pero persuadida, ya por entonces, la reina de la importancia de sus proyectos, llamóle y fletó para él tres pequeñas embarcaciones.

Hízose Colón a la vela con ellas, el viernes 3 de agosto de 1492, contando 46 años de edad. Atrevido era el viaje a través de un mar por el cual nadie hasta entonces se había aventurado. La tripulación, aterrorizada, pidióle repetidas veces que desistiera de llevar adelante su empresa y regresara a España; y Colón se vió en los mayores apuros para reducir a sus hombres a la obediencia. Dos meses y una semana duró la travesía; y, por fin, a las diez de la noche del día once de octubre, Colón, viendo lucir una luz en la obscuridad, pensó que habían llegado a vista de tierra, y a la mañana siguiente pudo confirmar que no se había engañado: los viajeros tenían ante sus ojos una hermosa isla; Colón, vestido de gran gala y enarbolando el pabellón castellano, echó pie a tierra con sus hombres, a quienes ordenó que a su ejemplo, se arrodillaran, y después de besar la tierra a que la Providencia los había guiado, dieran gracias al cielo por tan gran beneficio. Seguidamente tomó posesión de la isla en nombre del rey de Castilla, y luego prosiguió su navegación en busca de otras islas. Creyó que todas ellas pertenecían a un archipiélago occidental de la India, porque las Indias Orientales se encontraban en la otra parte del mundo y así llamó Indias Occidentales a las tierras descubiertas, e indios a sus moradores. He aquí como, a pesar de que tal denominación entrañaba una impropiedad, los pieles rojas de Norteamérica fueron denominados indios rojos o simplemente indios. Colón había descubierto la América, pero él estaba en la creencia de haber llegado a la India.

Descubrió otra isla, la de Cuba, y una tercera, a la que dió el nombre de Santo Domingo. Dejando en ésta algunos de sus hombres, regresó a España, donde fué recibido con grandes honores; y no mucho después emprendió un segundo viaje al país

descubierto. En esta navegación descubrió nuevas islas; y todavía más en otro tercer viaje. A pesar de haber llevado a cabo tan incomparable empresa, Colón tuvo enemigos implacables: la envidia inventó contra él las más absurdas calumnias; y en cierta ocasión se llegó al indigno extremo de encadenarle como un ladrón vulgar. El gran navegante murió en el aislamiento y en la pobreza.

América es el nombre que se dió al continente descubierto por Colón, después de la muerte de éste. Un explorador llamado Américo Vespucio, exploró las costas visitadas por Colón, y pudo demostrar que no eran las de la India. "Es un Nuevo Mundo"—exclamó—; y en efecto, por mucho tiempo designóse genéricamente aquel continente con el título de *El Nuevo Mundo*, hasta que se convino en darle el nombre del que había demostrado que no era la India, llamándosele América, de Américo, y no como era más justo, Colombia, en recuerdo del inmortal navegante que en 1492 lo había descubierto. El nombre de América no empezó a ser usado hasta 1506.

LA CAMARA PROHIBIDA

ABIA una vez un hechicero, que disfrazado de mendigo, iba recorriendo las casas, llevándose a las muchachas más bonitas que encontraba, ninguna de las cuales volvió jamás al hogar paterno.

Un día fué a pedir limosna a la puerta de un hombre que tenía tres hijas muy hermosas, la mayor de las cuales le dió una gran rebanada de pan.

Al volverse a ella el hechicero la tocó en el brazo, y aun contra su voluntad, la pobre muchacha se sintió obligada a entrar en la cesta que el mendigo conducía a cuestas; una vez dentro de ésta, el hechicero se la llevó a su casa, situada en medio de un espeso bosque. Todo era allí magnífico y había cuanto la muchacha pudiera apetecer.

Pasados algunos días, le dijo el hechicero que se veía precisado a emprender un viaje, por lo cual le entregaba las llaves de la casa, añadiendo que la dejaba en libertad para recorrer todas las habitaciones, excepto una, y previniéndole que si entraba en ella moriría. Al mismo tiempo le dió un huevo y le encargó sobremanera que no se le extraviara.

No bien el hechicero se hubo perdido de vista, empezó la joven a discurrir por toda la casa, encontrando todas las habitaciones llenas de bellos objetos. Por fin, llegó a la puerta de la cámara prohibida y, después de vacilar por un momento, la curiosidad la venció y traspasó sus umbrales. El espectáculo que se le ofreció a la vista la dejó aterrada: vió un sinnúmero de muchachas que habían sido hechas prisioneras, y todas ellas estaban como dormidas. La joven, impresionada por la inmovilidad de aquellos cuerpos, salió corriendo del cuarto, huyendo todo lo más lejos que le fué posible.

En su espanto dejó caer el huevo que llevaba en la mano, el cual no se rompió, pero cuando lo levantó del suelo advirtió que se le había manchado de rojo y a pesar de lo mucho que lo intentó, no pudo limpiarlo.

Pocas horas después volvió el hechicero, y al punto pidió a la joven las llaves y el huevo que le había dejado. Tan pronto como vió las manchas rojas en el huevo, comprendiendo que había entrado en el cuarto prohibido, la derribó al suelo y arrastrándola hasta la cámara secreta, la dejó allí encerrada con las otras.

El hechicero se dirigió de nuevo a la casa en que había pedido

el pan y esta vez se llevó a la hija segunda. También ella se dejó vencer por la curiosidad y corrió la misma suerte que su hermana.

El brujo, entonces, capturó y se llevó a la única hermana que quedaba, pero ésta era muy astuta, de tal manera, que cuando a su vez recibió el huevo y las llaves antes de que el hechicero saliera, sin la menor tardanza depositó el huevo con cuidado en una alacena. Cogió luego la llave y se dirigió a la cámara prohibida, para averiguar qué había en ella.

Con gran estupor vió que el suelo se hallaba cubierto de muchachas sumidas en profundo sueño y que entre ellas estaban sus dos hermanas. Como era más juiciosa que las otras, tuvo mucho cuidado en conservar el huevo bien limpio. Cuando el brujo regresó a casa, corrió la joven a su encuentro, llevando las llaves y el huevo; entonces, viendo él que éste estaba limpio, exclamó:

—Tú serás mi esposa, ya que has sabido resistir la prueba.

Pero el hechicero ya no podía obrar a su antojo, porque su prometida había roto el encanto y hacía lo que quería de él; valiéndose de ésto se fué al cuarto prohibido y despertó a las durmientes prisioneras que estaban allí encantadas. Luego dijo al brujo:

—Antes de que me case contigo debes llevar una cesta llena de oro a mis padres.

Tomó una cesta muy grande y mandó entrar en ella a sus dos hermanas, a las que cubrió con una capa de monedas de oro, para que no se las viera. Hecho esto dijo al hechicero que cargara con la cesta y que tuviera buen cuidado de no entretenerse por el camino, pues ella le estaría vigilando desde una ventana. El hombre se cargó la cesta a las espaldas y echó a andar, pero era la carga tan pesada, que se caía de fatiga. Sentóse, pues, para descansar, pero en el mismo momento oyó una voz que salía de la cesta y le decía: "Te estoy mirando desde mi ventana." Creyendo que era la voz de su futura esposa, se puso en marcha otra vez, haciendo no poco esfuerzo. Cada vez que trataba de descansar, ocurría lo mismo, hasta que por fin llegó a la casa de los padres, donde dejó la cesta. Mientras él hacía este camino, su prometida cogió una cabeza de cartón y la colocó en una ventana del piso superior, como si fuera alguien que vigilara. Luego dió libertad a todas las víctimas del hechicero y repartió invitaciones para la boda. Finalmente se cubrió el cuerpo con plumas, de modo que pareciese un pájaro raro y nadie pudiese reconocerla. Así salió de la casa. A poco encontró a algunos de los invitados, que le dijeron:

—¿De dónde vienes, ave tan hermosa?
—De la casa en que el brujo se desposa.
—¿Y qué hace, di, la linda prometida?
—Después de haberse puesto muy pulida,
con el traje nupcial engalanada,
a la ventana la dejé asomada.

Cuando volvió el brujo a la casa, miró hacia la ventana, y viendo la cabeza creyó que era su futura esposa. Entró precipitadamente; mas, apenas lo hubo hecho, los parientes y amigos de las tres hermanas, que le aguardaban allí para vengarse del mal que a ellas les había causado, cerraron las puertas y pegaron fuego a la casa.

Este fué el fin que tuvieron el hechicero y su cámara prohibida.

Poesía

TRES CANCIONES

CANTAR

TRISTURA e grant cuidado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asi man desanparado.

Asi man desanparado
sin los nunca merecer,
ca siempre ame plaser,
de alegria fuy pagado.
E agora por mi pecado
contra mi tomaron saña,
en esta tierra estraña
me dexaron olvidado. . . . .

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asi man desanparado.

Dexaronme olvidado
en una prision escura,
de cuydado e tristura
me fallaron muy penado
pues me vieron apartado,
nunca se parten de mi,
desde entonce fasta aqui
dellos ando acompannado.

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asy man desanparado.

Dellos ando acompannado
en mi triste coracón,
sienpre, e en toda sason

lo tienen muy bien guardado;
e veo que a su grado
de mi non se partiran,
e conmigo moraran
en cuanto fuere cuytado.

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asy man desanparado.

PERO LOPEZ DE AYALA

CANCION

SI tu deseas a mi
yo non lo sé;
pero yo deseo a ti
en buena fe.

E non e ninguna mas
asy lo ten:
nin es, ni sera jamas
otra mi bien.
En tan buena ora te vi
e te fable
que del todo te me di
en buena fe.

Yo soy tuyo, non lo dubdes,
sin fallir;
e non pienses al, ni cuydes,
sin mentir.
Después que te conoci
me captive,
e sesso e saber perdi
en buena fe.

A ti amo e amare
toda sazon,
e siempre te servire
con grand razon:
pues la mejor escoji
de quantas sé,
e non finjo nin fengi
en buena fe.

MARQUES DE SANTILLANA

CANCION

AMOR, yo nunca penssé,
aunque poderoso eras,
que podrias tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé.

Pensaba que conocido
te devia yo tener,
mas non podiera creher
que eras tan mal sabido,
nin tan poco yo penssé,
aunque poderoso eras,
que podrias tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé.

JUAN II

CANCION DE CASSANDRA

DIZEN que me case yo;
no quiero marido, no.
Mas quiero vivir segura
nesta sierra a mi soltura,
que no estar en ventura
si casaré bien o no.
Dizen que me case yo;
no quiero marido, no.

Madre, no sere casada,
por no ver vida cansada,
o quizá mal empleada
la gracia que Dios me dio.
Dizen que me case yo;
no quiero marido, no.

No sera ni es nacido
tal para ser mi marido;
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la so,
dizen que me case yo,
no quiero marido, no.

GIL VICENT

ROMANCES VIEJOS

ROMANCE DEL CONDE ARNALDOS

QUIEN hubiese tal ventura sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos la mañana de San Juan!
Con un halcón en la mano la caza yba cazar,
vio venir una galera que a tierra quiere llegar.
Las velas traia de seda, la ejercia de un cendal,
marinero que la manda diziendo viene un cantar
que la mar fazia en calma, los vientos haze amainar,
los pezes que andan, nel hondo arriba los haze andar,
las aves que andan volando en el mastel las faze posar.
Alli fablo el conde Arnaldos, bien oyreys lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero, digasme ora esse cantar—.
Respondiole el marinero, tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo esa canción sino a quien conmigo va.

ROMANCE DE BLANCA NIÑA

BLANCA sois, señora mia, mas que el rayo del sol:
si la dormire esta noche desarmado y sin pavor?
que siete años, habia, siete, que no me desarmo, no.
Mas negras tengo mis carnes que un tiznado carbon.
—Dormilda, señor, dormilda, desarmado sin temor,
que el conde es ido a la caza a los montes de Leon.
—Rabia le mate los perros y aguilas el su halcon,
y del monte hasta casa, a el arrastre el moron.
Ellos en aquesto estando, su marido que llego:
—Que hazeys, la Blanca-Niña, hija de padre traydor?
—Señor, peyno mis cabellos, peynolos con gran dolor,
que me dexeys a mi sola y a los montes os vays vos
—Essa palabra, la niña, no era sino traycion:
cuyo es aquel caballo que alla baxo relincho?
—Señor, era de mi padre, y envioosIo para vos.

—Cuyas son aquellas armas que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano y oy os las envio.
—Cuya es aquella lança desde aqui la veo yo?
—Tomadla, conde, tomadla, matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde, bien os la merezco yo.

ROMANCE QUE DICEN: DE FRANCIA PARTIO LA NIÑA

DE Francia partió la niña, de Francia la bien guarnida:
íbase para París, do padre y madre tenía.
Errado lleva el camino, errada lleva la guía:
arrimárase a un roble por esperar compañía.
Vió venir un caballero, que a París lleva la guía.
La niña desque lo vido de esta suerte le decía:
—Si te place, caballero, llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora, pláceme, dijo, mi vida—.
Apeóse del caballo por hacelle cortesía;
puso la niña en las ancas y él subiérase en la silla.
En el medio del camino de amores la requería.
La niña desque lo oyera díjole con osadía:
—Tate, tate, caballero, no hagais tal villanía:
hija soy de un malato y de una malatia; (°)
el hombre que a mi llegase malato se tornaría—.
El caballero con temor palabra no respondía.
A la entrada de París la niña se sonreía.
¿De qué vos reís, señora? ¿De qué vos reís, mi vida?
—Ríome del caballero, y de su gran cobardía,
¡tener la niña en el campo, y catarle cortesía!
Caballero con vergüenza estas palabras decía:
—Vuelta, vuelta, mi señora, que una cosa se me olvida—.
La niña como discreta dijo: Yo no volvería,
ni persona, aunque volviese, en mi cuerpo tocaría:
hija soy del rey de Francia y de la reina Constantina,
el hombre que a mi llegase muy caro le costaría.

ROMANCE DE ABENAMAR

ABENAMAR, Abenámar, moro de la morería,
el día que tu naziste grandes señales había!
Estaba la mar en calma, la luna estaba crecida:
moro que en tal signo naze... no debia dezir mentira!—
Allí respondiera el moro, bien oyreys lo que dezia:

(°) Malato, leproso.

—Yo te lo diré, señor, aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho mi madre me lo dezia:
que mentira no dixesse, que era gran villanía:
por tanto pregunta, rey, que la verdad te diria.
Yo te agradezco, Abenámar, aquessa tu cortesia:
Que castillos son aquellos? Altos son y reluzian!
—El alhambra era, señor, y la otra la mezquita;
los otros los Alixares, labrados a maravilla.
El moro que los labraba cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra otras tantas se perdía.
El otro es Generalife, huerta que par no tenia,
el otro Torres Bermejas, castillo de gran valia—.
Allí hablo el rey don Juan, bien oyreys lo que dezia:
—Si tu quisieses, Granada, contigo me casaria;
darete en arras y dote a Cordoba y Sevilla.
—Casada soy, rey don Juan, casada soy, que no viuda:
el moro que a mi me tiene, muy grande bien me queria.

ROMANCE DE ROSA FRESCA

ROSA fresca, rosa fresca, tan garrida y con amor,
quando vos tuve en mis brazos, no vos supe servir, no;
y agora que os serviria no vos puedo haber, no.
—Vuestra fue la culpa, amigo, vuestra fue, que mia no;
enviasteme una carta con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar el dixera otra razón:
que erades casado, amigo, alla en tierras de Leon:
que teneys mujer hermosa y hijos como una flor.
—Quien os lo dixo, señora, no vos dixo verdad, no;
que yo nunca entre en Castilla ni alla en tierras de Leon,
sino quando era pequeño, que no sabia de amor.

CUATRO SONETOS

QUEJASE DE LA SUERTE: INSINUA SU ADVERSION A LOS VICIOS Y JUSTIFICA SU DIVERTIMIENTO A LAS MUSAS...

EN perseguirme Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento,
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que vencida
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida;

teniendo por mejor en mis verdades,
consumir vanidades de la Vida,
que consumir la Vida en vanidades.

ENGRANDECE EL HECHO DE LUCRECIA

¡OH, famosa Lucrecia, gentil dama,
de cuyo ensangrentado noble pecho,
salió la sangre que extinguió, a despecho
del Rey injusto, la lasciva llama!

¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
tu virtud; pues por premio de tal hecho,
aun es para tus sienes cerco estrecho
la amplísima corona de tu fama!

Pero, si el modo de tu fin violento
puedes borrar del tiempo y sus anales,
quita la punta del puñal sangriento

con que pusiste fin a tantos males;
que es mengua de tu honrado sentimiento
decir que te ayudaste de puñales.

RESUELVE LA CUESTION DE CUAL SEA PESAR MAS MOLESTO EN ENCONTRADAS CORRESPONDENCIAS, ¿AMAR O ABORRECER?

QUE no me quiera Fabio al verse amado
es dolor sin igual, en mi sentido;
mas que me quiera Sylvio aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Sylvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida:
si de éste busco el agradecimiento,

a mí me busca el otro agradecida:
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

DE AMOR PUESTO ANTES EN SUJETO INDIGNO, ES ENMIENDA BLASONAR DEL ARREPENTIMIENTO

CUANDO mi error y tu vileza veo,
contemplo, Sylvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.

A mi mesma memoria apenas creo,
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término fatal de un mal empleo.

Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo;
mas luego la razón justa me advierte,

que sólo se remedia en publicarlo;
porque del gran delito de quererte,
sólo es bastante pena, confesarlo.

SÓR JUANA INES DE LA CRUZ

AL COMBATE

La tierra entibia primavera
y con retoños y con flores
tiembla en la brisa pasajera
y arde del sol a los fulgores.
Y es luz, matiz y ardor, la vida,
y hacia esto pugna hora por hora;
el que nó lucha se suicida,
y aquel que lucha se mejora.

El luchador del sol apura
calor, pujanza de la tierra;
del árbol, nuevo nacimiento,
y rapidez del raudo viento;
y halla en la libre sepultura
descanso al cabo de la guerra.

Todos los astros en el cielo
le dan fraterna compañía:
Las Siete Hermanas su consuelo,
Orión su cinto de energía.

Y cuando cruza la espesura
halla en cada árbol un hermano,
que al són del viento le murmura
y que lo lleva de la mano.

El raudo halcón que al sol caldea
y el buho, en sombras escondido,
le enseñan ambos a que sea
agudo en vista y en oído.

Le dice el tordo: "Hermano, hermano,
si es el postrero en tu garganta,
canta tu cántico temprano,
Hermano, canta!"

En horas de hosco sobresalto
dan su nobleza los bridones
antes del choque del asalto,
¡firmes y bravos corazones!

Y cuando el ígneo instante llega,
todo en la mente se levanta,
y un férreo júbilo lo ciega
y se le anuda en la garganta.

Y por tal júbilo y ceguera
sabe en su trágico camino,
que no hay acero que lo hiera
sino en la mano del destino.

Y aunque en los choques cotidianos
la muerte silba con sus balas,
el sol le tiende firmes manos,
como la noche suaves alas.

JULIAN GRENFELL

Flandes, abril 1915.

LIBROS QUE SE HALLAN A LA VENTA EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL - DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA -

TRADUCCIONES DIRECTAS DEL GRIEGO

HOMERO	LA ILIADA	2 Vol.	tela inglesa	Precio	$	2 00
,,	LA ODISEA	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00
ESQUILO	TRAGEDIAS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00
EURIPIDES	TRAGEDIAS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00
DANTE.	DIVINA COMEDIA	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00
PLATON.	DIALOGOS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD, NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana.

Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis, México, D. F.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al cuatro, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República o u Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante 3 o Apartado Postal 105 bis, México, D. F.

No existe mayor desgracia en el mundo que la ignorancia absoluta; un hombre que no sabe leer y escribir es el ser más dolorosamente herido por el infortunio, ya que la vida no representa para él sino el contraste brutal entre su actividad de bestia y la alegría radiante de quienes fundan su pequeña felicidad en el desarrollo progresivo de los espíritus.

Los que vivimos con cierto desahogo, en cierto nivel de cultura, somos cruelmente egoístas. Nos parece un ultraje descender desde nuestra vanidad a los niveles inferiores y consideramos despreciables a seres dotados de nuestras mismas capacidades y que sólo se diferencian de nosotros por una desventura más.

Veamos con ojos de benevolencia la condición de los ignorantes: Dotados, casi siempre, de una inteligencia natural, en algunos casos verdaderamente asombrosa, viven en un medio de oprobio y de desdicha. El trabajo no tiene para ellos aliciente alguno. Lo aceptan como una imposición de la necesidad de proporcionarse un alimento insuficiente y malsano, y el ocio no les brinda oportunidad de esparcimiento.

¿Es despreciable un hombre así? Nadie que tenga el corazón bien puesto puede convenir en ello; al contrario, la compasión más grande se despierta ante la desgracia indescriptible de seres que reconocemos iguales a nosotros y de cuya condición debe culparse a los que saben algo y pudiendo enseñarles un poco, se abstienen de hacerlo.

Os dirán necedades acerca de estos hombres desgraciados, quienes necesitan que sean así para explotarlos como bestias y contarlos entre sus animales más productivos por inteligentes. Si alienta en el alma del lector un sentimiento noble, se dará por llamado a impartir enseñanza con bondad, con cariño y entusiasmo, a estos hombres infortunados que constituyen por su mayoría el infortunio de nuestra Patria. Un impulso de nobleza se pide, lector, de tus virtudes de mexicano y tu integridad de hombre. La Universidad Nacional concede el título de profesores honorarios a todos los que deseen enseñar a leer y escribir y les proporciona los útiles indispensables. Pedid vuestros títulos o trabajad sin ellos; pero dad vuestro esfuerzo, el noble esfuerzo que se compensa a sí mismo creando la satisfacción de un acto bueno.

Todas las dudas sobre asuntos de la vida práctica, de educación, de organización familiar y social, etc., que se tengan, pueden ser estudiadas por los redactores de esta Revista. Haga usted sus preguntas con el más sincero propósito a la Dirección de "El MAESTRO," 1ª de Gante núm. 3, o Apartado Postal 105 bis, México, D. F., quien las contestará en el tono de sencillez y claridad que la pregunta exija.

MEXICO
EL MAESTRO
REVISTA DE CULTURA NACIONAL

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTORES:

Enrique Monteverde y Agustín Loera y Chávez

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

HISTORIA

HISTORIA UNIVERSAL — WILLIAM SWINTON

TEMAS DIVERSOS

SOCRATES

CRITON O EL DEBER DEL CIUDADANO — DIALOGO DE PLATON

LA INJUSTICIA DE LAS CONDICIONES SOCIALES — HENRY GEORGE

MEXICO Y PEREZ GALDOS — JOSE JUAN TABLADA

UNA CARTA DE GABRIELA MISTRAL

LITERATURA

COMO ANDA EL MUNDO — F. MARIE AROUET DE VOLTAIRE

CONOCIMIENTOS PRACTICOS

LA VENTILACION

APLICACIONES UTILES DE LA GEOMETRIA — JOSE ARTEAGA

LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO

ENFERMEDADES DE LA VACA LECHERA — H. RUIZ STANFORD

SECCION DE LOS NIÑOS

ALADINO — ROSAURA ZAPATA

POESIA

SIETE PINTURAS EN LAS QUE SONRIE MI HOMBRECITO — CHANG-WU-KIEN

MARGARITA — ROSALIA DE CASTRO

SOY EL ARBITRO DE MI DESTINO — ERNEST HENLEY

LAMENTACION-SONETO — EDNA ST. VINCENT MILLAY

PIECECITOS ..... HIMNO AL ARBOL Y EL POEMA DE LA MADRE — GABRIELA MISTRAL

EL MAESTRO
REVISTA DE CVLTVRA NACIO
NAL TOMO II - NVMERO III DI
CIEMBRE DE MCMXXI MEXICO

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8

MEXICO, DICIEMBRE DE 1921

Revista Editorial Informativa

LA INCONSCIENCIA DE LA HORA

LOS diarios más importantes de la capital publicaron, en sus ediciones de 5 de diciembre, un artículo del señor Presidente de la República, titulado **La Inconsciencia de la Hora**, y que reproducimos a continuación:

"Un ambiente de inconsciencia invade el espíritu de los hombres y de los pueblos.

"El vértigo de la fuerza atrofia las facultades mentales de los hombres y les hace perder la ruta por la que habían logrado encauzar sus actividades y que habían trazado con la experiencia de muchos siglos.

"Los intereses materiales han levantado sus más altas tribunas, y es el eco de sus dictados el que trata de imponer sus doctrinas.

"A la última tragedia acudieron hombres de todas las latitudes de la tierra, de todos los idiomas y de todos los colores, quienes decían sumar su esfuerzo para conservar al mundo la libertad que intentaba arrancarles el militarismo de los países centrales, y así se realizó, en nombre de ideales abstractos, la inmolación de millones de seres humanos que, si bien es cierto que poseían distintos idiomas y tenían la tez de distinto color, en cambio, la sangre que todos ellos derramaron fué igualmente roja e igualmente trágico el sello que la muerte dejó en sus rostros.

"En esa lucha, los sacrificios fueron proporcionales a la potencialidad combativa de cada uno de los países arrastrados a la contienda, y se suponía que los derechos conquistados serían para todos. Sin embargo, cuando la tragedia hubo terminado; cuando apenas se disipaba el humo de la pólvora; cuando todos se preparaban a recoger el fruto del más grande sacrificio ofrecido por la humanidad, en holocausto a sus empeños generosos, aparecieron los números sobre la carpeta de las discusiones, y el cálculo, frío y matemático, ahuyentó los ideales. Los más grandes estadistas de nuestra época no alcanzan a descubrir los medios de resolver el problema y desvanecer con su resolución el fantasma trágico que se perfila más allá de nuestro presente y al que una ley fatal nos acerca cada día.

"Las conferencias de Wáshington hicieron nacer una esperanza antes de que fueran conocidas las bases que se establecerían para la discusión; pero esta esperanza viene apagándose con la rapidez de un crepúsculo, dejando una sombra de desaliento y de dolor. La humanidad

toda parece no darse cuenta de lo trágico de la hora. Hombres y pueblos, casi con indiferencia, contemplan hundirse su última esperanza, sin interponer ningún esfuerzo para evitar el naufragio, porque todos obedecen a sentimientos mezquinos.

"Es seguro que los enemigos de los Estados Unidos, cediendo a sus egoístas pasiones, se sienten halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, porque creen que entrañan solamente un fracaso político para los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá los enemigos del Japón se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, porque abrigan la esperanza de que un choque, producido entre los Estados Unidos de Norteamérica y aquel país lejano, pudiera determinar la supremacía del primero sobre éste. Quizá los enemigos de Francia se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, con la esperanza de que una guerra entre el Japón y los Estados Unidos reste a Francia uno de sus aliados más formidables. Quizá, igualmente, los enemigos de Inglaterra se sientan halagados por el fracaso de las Conferencias de Wáshington, porque sus intereses mezquinos encuentren en ello una conveniencia. Y así, cada pueblo cuyo interés inmediato y particular pueda obtener algún provecho de ese fracaso, hará votos indudablemente porque éste se realice; lo cual explica que sean muchos los críticos que anuncian el fracaso de las Conferencias de Wáshington y que todavía no hayamos oído una sola voz que acomseje un remedio.

"Es necesario que todos los pueblos y todos los hombres se den cuenta de que el fracaso definitivo de las Conferencias del Desarme entraña el fracaso universal de muchas generaciones; que la chispa podrá encenderse entre dos países cualesquiera; pero que la conflagración tendrá que envolver y desolar al mundo. Que los que ahora se regocijan por la perspectiva de un fracaso que, según sus criterios, solamente restaría personalidad a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrían que lamentar su error demasiado tarde.

"La hora exige que todos los hombres de buena fe aporten su contingente de luz para iluminar las conciencias obscurecidas y volver a los hombres y a los pueblos al punto de partida, al punto aquel donde se encontraban antes de extraviar su derrotero, para evitar que una nueva tragedia venga a ensombrecer, definitivamente, nuestro futuro, y a superar en pesimismo aquella denominación que hicieron los primeros cristianos al llamar **Valle de Lágrimas** a lo que tendrían que denominar, los que sobrevivieran a la catástrofe, **Valle de Sangre y de Exterminio.**

"¡Pensadores de todos los confines del mundo, exigid a vuestros cerebros el contingente máximo de luz, y aportadlo, noble y desinteresadamente, en esta hora solemne que puede convertirse en trágica!

"¡Hijos, madres y esposas, juntad vuestras manos y alzadlas al infinito, evocando los manes de los apóstoles de todas las épocas y de todos los credos, para que inspiren a los congresistas y sean retirados los números de la carpeta de las discusiones, substituyéndolos por los más puros ideales de amor y confraternidad, y declaren que el camino fué equivocado y que se acepta,

de la manera más solemne, que todos los hombres son iguales, y que sobre esas nuevas bases se renovará la convocatoria a las Conferencias del Desarme!''

NO SE HA PEDIDO EL RECONOCIMIENTO

CON motivo de ciertas informaciones, publicadas por diarios de los Estados Unidos y de esta capital, que suponen que nuestro Gobierno pide ser reconocido por los Estados Unidos, con insistencia de mendicante, el Secretario de Relaciones Exteriores declaró: Que no es cierto que el actual Gobierno de México haya mendigado o esté mendigando su reconocimiento por el de los Estados Unidos. Que nuestro Gobierno no paga ni un centavo ni un privilegio por la actitud favorable del periodista norteamericano William R. Hearst. Que es falso que el señor Elmer Dover sea agente del general Obregón, como se asegura en el **New York American,** poderoso diario amarillo, de la propiedad de Hearst, que en los años de más dura prueba para México no perdió oportunidad para calificar al pueblo mexicano de salvaje, irredimible y necesitado de la intervención armada de los Estados Unidos.

El señor Dover vino a México con una carta del Presidente Harding para el Presidente Obregón, y en tal correspondencia, simplemente, no fué más que un amable portador.

El carácter de esa correspondencia se define con claridad en los telegramas cambiados entre el Presidente Obregón y el señor Dover. El primero dice: ''**New York American** hoy publica declaraciones Dover, diciendo haber sido portador tres ocasiones cartas Presidente Obregón a Wáshington pidiendo reconocimiento, sin ser contestadas por Presidente Estados Unidos. Juzga futuro México depende pronto reconocimiento.

''Como considero hay error en declaraciones referencia, suplico a usted atentamente formule rectificación, haciendo más honor la verdad, **pues Ejecutivo mi cargo no ha solicitado en ninguna carta cruzada con H. Presidente Harding, reconocimiento México,** habiéndose limitado expresar sus ideas sobre este tópico. Permítome recordarle, además, que cartas dirigidas propio H. Harding hanme sido contestadas con toda oportunidad.''

Lo que sigue es la respuesta de Dover:

''Contestando su telegrama, manifiéstole informe cita sobre mi entrevista está enteramente equivocado. No tengo conocimiento de que háyase publicado declaración atribúyeseme, la que naturalmente nunca hice. **Los hechos son como usted los relata,** y así se entiende en todos Estados Unidos. En una entrevista dije haber sido portador tres comunicaciones amistosas entre Presidentes Obregón Harding, y que he urgido reconocimiento, considerándolo conveniente, tanto para intereses México como Estados Unidos.''

EL ERROR DEL DIA

DE LA Prensa de esta capital tomamos un artículo del señor Presidente de la República, publicado bajo el título de **El Error del Día.** Es el se-

gundo de una serie que se propone escribir el señor Presidente para exponer sus opiniones personales sobre asuntos de interés nacional. Dice:

"La solidaridad, que significa uno de los principales factores, si no el primero, para el desarrollo de las sociedades y de los pueblos; la solidaridad, que en el hogar, en la sociedad y en la vida toda, significa el refugio de los débiles, que atenúa muchos dolores y robustece muchos esfuerzos, está siendo, en los actuales tiempos, desvirtuada, equivocando por completo su verdadera significación, para tratar de convertirla en fuerza bruta, para imponer con su presión, ya no las tendencias más o menos nobles de determinadas agrupaciones gremiales, sino los caprichos o errores que algunos de sus miembros pueden cometer.

"La solidaridad incondicional que está empezando a proclamarse por las asociaciones gremiales, no ya sólo en México, sino en muchas partes del mundo, entraña un absurdo que bien pudiéramos llamar **El Error del Día.**

"La solidaridad incondicional, comprometida previamente como pacto intergremial, equivale a proclamar la infalibilidad de todos y cada uno de los componentes de los diversos gremios que constituyen toda una sociedad. Y así vemos con qué frecuencia un individuo o un grupo, que no son sino partes integrantes de una asociación gremial, ejecuta un acto, ya sea en forma de protesta contra un gobierno o contra una ley, ya en forma de protesta contra una empresa o contra un artículo de prensa, y recibe en seguida protestas de adhesión y de apoyo **por espíritu de solidaridad,** sin conocer siquiera los factores verdaderos que han inspirado el acto, ni conocer siquiera el alcance de los actos mismos, y, en muchos casos, sin conocer siquiera el asunto de que se trata.

"Este error, que ha venido tomando cuerpo, alcanza en los últimos tiempos un aspecto muy serio que, en mi concepto, amerita un estudio minucioso de parte de la prensa independiente que tiene a su cargo, como una de las principales obligaciones, la de señalar los errores, estudiar su origen y proponer las formas de conjurarlos. Y digo que en los últimos tiempos alcanza proporciones alarmantes, porque ya no son, solamente, las manifestaciones de solidaridad incondicional que se registraban entre las clases laborantes, que en sus errores tienen que ser seguramente más disculpadas, porque sus integrantes, por lo general, carecen de la instrucción suficiente y de la preparación necesaria para obrar con más reposo y más acierto; sino que ahora estas manifestaciones empiezan a presentarse entre gremios que por su cultura, su preparación y su experiencia, están obligados, seguramente, a cometer menos errores que las clases menos cultas.

"Los acontecimientos últimamente desarrollados en Puebla dan un aspecto curioso al fenómeno de que me vengo ocupando:

"La Legislatura de aquel Estado aprobó una ley; el ciudadano Gobernador del mismo la promulgó; y la Cámara de Comercio de Puebla elevó una protesta por dicha ley, en forma inadecuada, apoyando su protesta con procedimientos inadecua-

dos también. Y, cosa curiosa, un día después se recibían en la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo y en la Presidencia de la República, un sinnúmero de telegramas de Cámaras de Comercio de distintos lugares del país, protestando su apoyo decidido, **por solidaridad**, a la Cámara de Comercio de Puebla, sin conocer muchas de estas Cámaras siquiera la ley diz que origen de su protesta; sin conocer el texto y la forma en que dicha protesta fué hecha, declarando en la mayor parte de los casos que lo hacían únicamente por **espíritu de solidaridad.**

"Si este error siguiera tomando cuerpo, todas las asociaciones agremiadas cometerían la aberración, o de proclamar la infalibilidad de todos sus componentes, o de estar resueltos a apoyar, por espíritu de solidaridad, todos los errores que sus componentes pudieran cometer.

"Es tiempo de que todas las asociaciones gremiales estudien cuidadosamente el alcance de la palabra **solidaridad,** que estudien todas las ventajas que a sus asociados, a la sociedad y a la humanidad entera reportará tan noble precepto si es usado con las limitaciones que la moral y la discreción exigen, apoyando todos y cada uno de los actos de sus coasociados que estén dentro de esa misma moral y dentro de la más estricta equidad; y los trastornos que reportaría si este concepto se desvirtuara y si tratara de convertirse en fuerza bruta, para imponer, en forma incondicional, con toda la que pueden tener a sus alcances los gremios que la proclamen, aquellos actos de sus coasociados que signifiquen un error."

LA REPUBLICA ARGENTINA Y LA LIGA DE LAS NACIONES

A MEDIADOS de marzo de 1919, cuando se le hubo dado forma definitiva al Pacto de la Liga de las Naciones, incorporado en el Tratado de Paz firmado en Versalles el 29 de junio de ese año, los hacedores de ese convenio, representantes de los países aliados vencedores en la gran guerra, invitaron a una conferencia privada y enteramente sin carácter oficial a algunos Gobiernos de los países neutrales, para darles una oportunidad de expresar su punto de vista respecto de la Liga antes de que fuese adoptada esa convención definitivamente. Se deseaba que desde sus comienzos esos países invitados formaran parte de la Liga. A este respecto la Argentina expresó, por medio de su Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Honorio Pueyrredón, que el Gobierno argentino aceptaba, en principio, la formación de la Liga propuesta por el Presidente Wilson, y que en reuniones privadas no debía su Gobierno adelantar opinión sobre sus condiciones; pero que tratándose de una Liga que había de establecer y regir la paz futura entre todos los pueblos, no cabía ya el distingo entre beligerantes y neutrales; es decir, que la Liga debiera ser obra de todas las naciones y no sólo del grupo de potencias triunfantes en la guerra europea.

Después de firmar el Tratado de Versalles y de habérsele hecho invitación oficial al Gobierno argentino para adherirse al pacto de la Liga, el señor Pueyrredón comunicó a su Ministro en París que el Poder Ejecutivo de la República Ar-

gentina había resuelto adherirse sin reserva alguna. Sin embargo, para que la Argentina integrara en esa corporación en toda forma, era necesaria la ratificación de su adhesión por la Asamblea Nacional, y esto no se había hecho al reunirse la Asamblea de la Liga, en Ginebra, a mediados de noviembre de 1920. El Gobierno argentino, antes de resolverse a ser parte constitutiva de la Liga, deseaba que en ella se fijasen ciertos principios. El doctor Pueyrredón, presidente de la delegación de su país a la Asamblea de la Liga, precisó, en su discurso de noviembre 17, los postulados y puntos de vista de su Gobierno, a saber:

"1.º Es esencial que todos los Estados soberanos, reconocidos por la comunidad internacional, sean admitidos a formar parte de la Liga de las Naciones, de tal modo que su no incorporación sea el resultado de una decisión voluntaria de su parte;

"2.º Todos los miembros del Consejo deberían ser elegidos por la Asamblea, de conformidad con el principio de la igualdad de los Estados, para que en un espacio de tiempo dado todas las naciones que forman parte de la Liga hayan estado representadas en el Consejo, y

"3.º Debe establecerse el principio del arbitraje obligatorio para todos los conflictos, salvo las cuestiones que afectasen los preceptos de la constitución política de los Estados; y debe establecerse una Corte de Justicia, investida de jurisdicción y sobre el principio de la igualdad de los Estados."

En la sesión del 2 de diciembre, 1920, de la Asamblea de la Liga, se decidió aplazar hasta otra reunión de la Liga la consideración de las enmiendas al Pacto presentadas por diversas naciones y entre las cuales eran las enmiendas argentinas quizás las más importantes. El señor Pueyrredón comunicó entonces al Presidente de la Asamblea, de Ginebra, que "el objeto principal" del Gobierno argentino al enviar a esa Asamblea una delegación, era "el de colaborar con enmiendas al Pacto, a la Constitución de la Carta, en la que esperaba hallar inscritos los ideales y principios que la Argentina ha sostenido siempre en materia internacional y de los que no puede apartarse;" y que "desaparecida esa tarea por el aplazamiento de las enmiendas," la delegación argentina debía "cesar en su colaboración," es decir, retirarse, quedando de hecho fuera de la Liga.

El Ejecutivo argentino apoyó entonces, y antes había inspirado, la actitud de su delegación. Al tener noticias de lo hecho por el señor Pueyrredón, el Presidente de la Argentina, doctor Hipólito Irigoyen, cablegrafió a su plenipotenciario, por medio del Ministro de Relaciones Exteriores, expresándole su conformidad. De ese telegrama tomamos los siguientes párrafos:

"La permanencia de la Delegación habría implicado una desviación de los principios sustentados y una verdadera profanación a la integridad de ellos, que ninguna sanción posterior adoptada por el Gobierno argentino habría llegado a justificar.

"La nación argentina, parte integrante del mundo, nacida a la existencia con tantos títulos como cada una de las demás, no está con nadie contra nadie, sino con todas para el bien de todas. Ha asistido a la

Asamblea de la Liga sin prejuicios ni inclinaciones algunas, llevando en su definición de conceptos de una nueva vida universal, la unión santa que siente y profesa profundamente.

"Se ha encontrado sola en la hora de las deliberaciones sobre los ulteriores destinos de la paz humana, no buscando adhesiones y aun declinando las que gentilmente se le ofrecieran, porque no deseaba comprometer a nadie en la defensa de sus postulados, por sagrados que sean; pero sintiéndose poderosa para llevar al seno de la humanidad el aporte de su concurso, no debió omitir sus esfuerzos, y los deja cumplidos, íntimamente convencida de que, al fin, la suprema justicia se impondrá en el mundo."

Como los compañeros de delegación del señor Pueyrredón no estuvieran de acuerdo con él, opinando que la Argentina no debía retirarse, sino antes bien que el Congreso argentino debía ratificar la adhesión de su país a la Liga; y como le telegrafiaran al Presidente Irigoyen expresándole su parecer, éste se dirigió a uno de ellos en una carta que hubo de convencerlos, de la cual extractamos lo siguiente:

"Usted conoce, por la delicadeza infinita de la amistad que nos vincula, todo el alcance de mis designios. Debíamos reintegrar la patria a la plenitud de su autoridad moral, al ejercicio soberano de sus fueros y al normal funcionamiento de sus facultades constitutivas, para que volviera a derivarse, más allá de los tiempos, tal como surgiera en las emancipaciones y redenciones humanas, y restaurando todo lo perdido en el desastre pasado, fecundara su vida en progresiones superiores hacia sus infinitos destinos.

"Así como en una poderosa concepción política nos propusimos redimirla de todos sus males y desgracias, así también, por magnos juicios y actitudes concordantes, buscamos afirmar y consolidar su personalidad, en el orden internacional, elevándola al templo del honor, de la razón y de la justicia. Y es ese apostolado de fundamental esenciabilidad, el que ha tenido la virtud de culminar tan esplendentes soluciones, por lo que, de hoy más, la Argentina vibrará en la tarea renovadora de todos los perfeccionamientos y de los aspectos perdurables de la humanidad.

"Esta es la síntesis de mis profundos convencimientos, robustecidos por la más notoria evidencia de sus inmensos beneficios, que han hecho a nuestra patria eminente, grandiosa y hasta privilegiada del mundo, y símbolo de la más justa y sublime inspiración en pos de la paz universal."

CAMBIO DE GOBIERNO EN GUATEMALA.

CENTROAMERICA está dividida de dos modos: geográfica e ideológicamente. Estas dos divisiones no coinciden. La geográfica separa, por ejemplo, al nicaragüense del hondureño; pero si ambos pertenecen a uno de los dos partidos políticos que constituyen la otra división centroamericana, la diferencia de patria desaparece; en todo caso es menos honda que la diferencia entre dos hondureños de partidos opuestos o entre dos nicaragüenses lo mismo. La divi-

sión geográfica sólo ha servido para mantener cinco gobernantes, quienes, para sostenerse en el Poder, han creado conflictos patrioteros: cuestiones de límites, etc. La división ideológica es la división verdadera. Los centroamericanos se dividen en liberales y conservadores. En el fondo todas sus luchas no han sido sino esfuerzos de uno y otro bando para dominar en todos los cinco Estados. Viendo las cosas con ojos claros, resulta falso hablar de guerra entre Honduras y Nicaragua, por ejemplo. No ha habido más que guerra de un gobierno liberal nicaragüense, al que se han unido los elementos liberales de Honduras, contra un gobierno conservador hondureño, al que se han unido los elementos conservadores de Nicaragua. Tal fué el caso en 1894. Tal fué el caso en 1907. Así ha obrado siempre la política centroamericana, y sólo El Salvador y Costa Rica se han apartado a veces del partidarismo ideológico, entablando sus pleitos políticos sobre base personalista, lucha de candidatos más bien que de partidos.

En un tiempo, cuando Morazán, liberal, y cuando los antiguos Chamorros, conservadores, esos partidos eran relativamente puros. Los hombres de los últimos treinta años han hecho degeñerar ambos partidos. Tuvieron la culpa primero los liberales, cuyos gobiernos se convirtieron en horrorosas tiranías, siendo la de Zelaya en Nicaragua y la de Estrada Cabrera en Guatemala las más duras; y después los conservadores, con sus pactos con banqueros yanquis; de modo que ser liberal ahora significa no lo que antes—tener ideas avanzadas, separación de la Iglesia y del Estado, enseñanza laica obligatoria, abolición de la pena de muerte; en una palabra, liberalismo verdadero,—sino monopolios, robos, asesinatos políticos, concupiscencia en todo sentido; y ser conservador quiere decir otro tanto, añadiéndose, a semejantes títulos vergonzosos, el de "vende-patria."

Bandidos por un lado, bandidos por otro, esa es ahora la división en política—porque otra división verdadera no hay— que existe en Centroamérica. Hombres justos debe de haber, ya que no ha llovido fuego en esas tierras. Y si salvación tiene esa cara porción del continente latinoamericano, en esos hombres estriba. ¿Quiénes serán?

Seguramente no lo son los antiguos secuaces de los tiranos liberales; no lo son los que han vendido a Nicaragua, y tratan de vender a Guatemala y a El Salvador, por medio de empréstitos bochornosos, ni lo son tampoco los que se oponen a la Unión centroamericana, fuente de idealismo de la que sí podrá brotar un nuevo sentimiento de patriotismo puro.

Los sucesos recientemente ocurridos en Guatemala son, por esto último, dolorosos. No se lamenta el cambio de un gobierno conservador por un gobierno liberal: se lamenta un cuartelazo que ha hecho zozobrar la Unión parcial de Centro-América, pactada este año y que iba a llevarse a efecto a principios de 1922, cuartelazo que, además, ha sido causa de que un gobierno de raza no latina se entrometa en cuestiones latinoamericanas.

Los hechos ocurridos en Guatemala han sido los siguientes: Con fecha 5 de diciembre de 1921, el partido liberal federalista del Estado de

Guatemala hizo circular un manifiesto al pueblo guatemalteco, haciéndole un llamamiento para que así como derribó el régimen de Estrada Cabrera en marzo de 1921, se aprestara a cambiar por otro el régimen conservador que con don Carlos Herrera como jefe existía desde la caída de aquél. A la media noche de ese día, fuertes grupos de ciudadanos armados empezaron a recorrer las calles, instigados por generales del ejército. Estos se presentaron ante don Carlos Herrera y le pidieron que resignase el mando y ordenara que los cuarteles no hicieran oposición al movimiento de cambio de gobierno. Obligado a ello, el Presidente Herrera se resignó a deponer el mando. Acto continuo los cabecillas levantados organizaron un consejo de dictadura militar, presidido por el general José María Orellana, quien, desde ese momento, quedó constituído en jefe provisional del Poder Ejecutivo, con los generales José María Lima y Miguel Larrave, encargados de las Secretarías de Estado. Los miembros del Gabinete del Presidente Herrera fueron encarcelados "para contestar cargos que se les harían." También se hicieron cambios de jefes en los cuarteles y de personal en las oficinas del Gobierno, y se aprisionó a muchos ciudadanos. Toda la noche del 5 al 6 hubo tiroteos en las calles, causando pánico en la población, de los que resultaron un número de muertos y heridos.

El consejo militar en ejercicio del Poder Ejecutivo, publicó el 6 de diciembre un decreto convocando para sesiones extraordinarias a la Asamblea Legislativa, disuelta en septiembre de 1920 por los conservadores que bajo égida del unionismo habían derrocado a Estrada Cabrera. Reunióse ese cuerpo al día siguiente para tratar de la renuncia de don Carlos Herrera y designar su sucesor, la que fué presentada y aceptada, no sin la protesta enérgica de algunos diputados, el 8 de diciembre. El general Orellana y el licenciado Alberto Mencos fueron nombrados designados primero y segundo para ejercer la presidencia de la "República" de Guatemala.

La Unión de Centroamérica, tantas veces pactada y roto el pacto, quedó de hecho disuelta una vez más con el cuartelazo de los generales, pues la Asamblea del nuevo régimen aceptó el mensaje que le dirigió el Consejo Militar, en el cual se declaraban nulas, por "inconstitucionales," las negociaciones unionistas del gobierno del señor Herrera y se recomendaba la reconsideración de "todo lo relativo a la Unión Centroamericana."

En México la Unión de Centro-América había sido motivo de fraternal regocijo y entusiasmo, ya que, reconociendo su misión como avanzada de la raza latinoamericana, el pueblo mexicano no puede menos de interesarse como de cosa propia de todo lo que ocurre que afecte nuestro Continente. Las noticias del cuartelazo guatemalteco produjeron honda y amarga impresión. Expresando ese sentir general, la Cámara de Diputados de México, con fecha 15 de diciembre, aprobó una moción que dice así:

"Envíese por la Cámara de Diputados, mensajes a cada uno de los cuerpos legislativos de los países latinoamericanos, excitándolos a protestar por la intromisión del preto-

rianismo en la República de Guatemala, manifestándole a la vez a este país hermano que, con nuestro carácter de genuinos representantes del pueblo, declaramos nuestra su causa y hacemos votos por su pronta libertad.''

Bolivia, Costa Rica y El Salvador contestaron a este mensaje; pero no se tiene noticia en la redacción de **El Maestro** de que hayan obrado en conformidad con la excitativa mexicana. Pero en vista de que ni en Guatemala ni en el resto de la América Latina se vería con buenos ojos a un gobierno destruidor de la Unión Centroamericana, aun cuando contra ese gobierno no se levantara ni una voz, la asamblea que aceptó la renuncia del señor Herrera y que había declarado todos sus actos inconstitucionales, ha simulado aprobar lo hecho por el renunciante obligado, respecto a la Unión de Centroamérica.

Como se dijera que El Salvador y Honduras—los Estados que con Guatemala habían pactado la Unión —se alistaban militarmente para luchar si era necesario contra el nuevo régimen guatemalteco en caso de que éste quisiera desligar a Guatemala de la Unión, los Estados Unidos, que sostuvieron larga y cruenta guerra civil para mantener su unión cuando, siendo Lincoln Presidente, en 1861, los Estados del Sur proclamaron su separación de los Estados del Norte, dirigieron, sin embargo, una nota oficial al Gobierno de El Salvador, notificándole que el Gobierno norteamericano se sentía ''obligado a declarar que los Estados Unidos verían con la mayor preocupación toda tentativa de un país centroamericano, encaminada a ingerirse en los asuntos de alguno o de algunos de los otros países, ya sea por medio de invasión o bien ayudando a cualquiera de los partidos políticos de uno de ellos. Si alguno de los gobiernos de Centro-América ejecutara un intento de esa naturaleza, incurriría, por el hecho mismo, en las más graves responsabilidades consiguientes a embrollar a Centroamérica en una guerra que no podría dejar de causar el descrédito de dichos países a los ojos de todo el mundo civilizado. El Gobierno de los Estados Unidos tiene la más firme convicción de que ninguna unión federal podría ser impuesta por la fuerza. Por consiguiente, espera que el Gobierno de El Salvador, en sus relaciones con sus vecinos, durante la presente emergencia no faltará a cumplir los principios que fueron consignados en los Tratados de Wáshington en 1907.''

Los Tratados de Wáshington, pactados para diez años, se dieron por terminados en 1917, no renovándose debido a que los Estados Unidos se negaron a reconocer un fallo de la Corte de Justicia Centroamericana, tribunal establecido en virtud de esos tratados.

EL CONFLICTO SUDAMERICANO DEL PACIFICO

DESDE la independencia de Chile, Perú y Bolivia, las fronteras de estos países limítrofes habían sido causa de controversias entre Chile y Perú, por una parte, y Chile y Bolivia, por otra. Por un tratado secreto, de alian-

za ofensiva y defensiva que se firmó en Lima en 6 de febrero de 1873, se comprometieron el Perú y Bolivia a marchar unidos contra cualquier enemigo que amenazase su independencia, soberanía o integridad territorial. Por otro tratado, no secreto, del siguiente año, entre Chile y Bolivia, éste se comprometía a no imponer nuevos derechos por un período de veinticinco años a las industrias establecidas por los chilenos en la región del desierto minero de Atacama, sobre la cual Bolivia proclamaba soberanía. Sin embargo, alegan los chilenos, en 14 de febrero de 1878, el Ejecutivo de Bolivia sancionó una ley imponiendo tales derechos. Contra ese proceder se entablaron reclamaciones, las que tuvieron por resultado que el Gobierno boliviano, por decreto de 1.º de febrero de 1879, suspendiera las contribuciones que había impuesto, pero al mismo tiempo se desentendiera del tratado de 1847, y anulara los títulos de propiedad de la Compañía Chilena de Salitres y del Ferrocarril de Antofagasta, decretando la confiscación de sus bienes. Chile inmediatamente (11 de febrero, 1879) retiró su representante en Bolivia y rompió las hostilidades, desembarcando en Antofagasta un cuerpo de su ejército que impidió el despojo decretado por Bolivia. En 1.º de marzo se hizo público en Bolivia el desembarco de tropas chilenas en territorio de la República, se declaró el estado de guerra con Chile y se decretó la expulsión de todos los chilenos.

Perú trató de varios modos de intervenir en la discordia como pacificador; pero al mismo tiempo armábase para dar la ayuda contratada a Bolivia, por lo que, en 5 de abril, las Cámaras nacionales chilenas hicieron solemne declaración de guerra al Perú. Chile comenzó esta guerra estableciendo el bloqueo de Iquique, puerto principal de la provincia de Tarapacá, y de Antofagasta. Después de sangrientas campañas por mar y tierra, en las que derrotaron los chilenos a los aliados, Chile quedaba, en junio de 1880, en posesión del territorio que yace al Sur del Departamento peruano de Moquegua, y emprendía su avance hacia la capital del país invadido. A fines de octubre de 1880 parecía cercano el triunfo definitivo de Chile, y plenipotenciarios de las tres repúblicas beligerantes se reunieron en Arica, por mediación de los Estados Unidos de Norteamérica, y celebraron allí, a bordo de un buque norteamericano, algunas conferencias que fueron inútiles, porque bolivianos y peruanos rechazaron las condiciones de cesión de territorio que imponía Chile.

La campaña chilena contra Lima terminó con la rendición de esta plaza capital y de la del puerto de Callao, a mediados de enero de 1881. No por esto quedó el Perú rendido. Antes bien, la encarnizada guerra se extendió durante más de dos años por toda la costa peruana y por una gran parte del interior, llegándose a dar la última batalla, de Guamachuco, a 10 de julio de 1883. Victoriosos los chilenos, ocuparon poco después y sin resistencia alguna los últimos baluartes del Perú, en Arequipa, Puno y Cuzco.

El 20 de octubre de ese año se celebró el famoso tratado de Ancón, haciendo la paz entre Chile y Perú, por el cual tratado la República peruana cedía a Chile, incondicional-

mente, el territorio de Tarapacá y convenía en que Tacna y Arica continuasen en poder chileno durante diez años, al cabo de los cuales sus mismos habitantes decidirían en votación popular, a cuál de las dos naciones habían de pertenecer definitivamente, debiendo, la que se quedara con Tacna y Arica, dar a la otra en cambio una suma de 10.000,000 de pesos.

Desde la batalla de Tacna (26 de mayo de 1880), Bolivia, por escasez de medios, no pudo auxiliar efectivamente al Perú en el curso posterior

El área sombreada de este mapa indica el territorio de Tacna y Arica, corazón de la disputa sudamericana del Pacífico.

de la guerra. Cuando vió que su aliado quedaba enteramente vencido, ella también entró en negociaciones con Chile y en abril de 1884 se convino en un pacto de tregua en el que se estipulaba que el litoral boliviano seguiría sometido a la jurisdicción chilena.

El plebiscito en Tacna y Arica, pactado para llevarse a cabo en 1894, no ha tenido lugar hasta esta fecha, debido a que en aquel año y más tarde no han llegado a ponerse de acuerdo los litigantes con respecto a la manera de hacer efectiva esa parte del tratado de Ancón. Han pretendido los chilenos que en la votación se admita a todos los residentes, y los peruanos que sólo a los nativos de Tacna y de Arica. Mientras tanto, Chile ejerce soberanía sobre esa rica comarca. Desde 1910 han mantenido rotas sus relaciones diplomáticas esas dos repúblicas, y desde antes de ese año la cuestión que las divide ha sido explotada por los políticos de uno y otro país para encariñarse con la patriotería, no sin la protesta viril contra esos modos de proceder, de muchos grupos de trabajadores, intelectuales y estudiantes.

La tregua firmada entre Chile y Bolivia en 1884 se mantuvo hasta 1895, año en que se firmó un tratado de paz entre las dos naciones. En este tratado, que no se llegó a ratificar, se estipulaba que en caso de triunfar Chile en el plebiscito en Tacna y Arica, ese país daría a Bolivia un puerto de mar en la provincia ganada. En 1904 se formuló otra tratado que sí se ratificó, por el cual Bolivia cedía definitivamente a Chile la provincia de Antofagasta, y Chile, en cambio, asumía el pago de ciertas deudas del Gobierno boliviano. Al mismo tiempo, para dar a Bolivia salida al mar, Chile construyó un ferrocarril de La Paz a Arica. Sin embargo, Bolivia desea tener puerto propio y recobrar, si le es posible, la provincia perdida. El Perú no ha dejado de protestar contra lo que asegura es prueba de la mala fe chilena: la construcción de un ferrocarril chi-

leno a través de un territorio de ninguna manera chileno por completo. En 1919 parecía inevitable la renovación de la guerra sudamericana del Pacífico. Había llegado al poder en Bolivia un gobierno revolucionario resuelto a recobrar el suelo boliviano antes cedido a Chile, y en el Perú el Congreso Constituyente del dictador Leguía declaraba nulo el tratado de Ancón.

En las sesiones de 1920 de la Asamblea de la Liga de Naciones, en Ginebra, Perú pidió que ese cuerpo internacional dirimiera su controversia con Chile. Como la Liga se inclinara a postergar la discusión de esta moción, el Perú se decidió a retirarla. En septiembre de 1921, Bolivia presentó a la Liga el mismo problema, pidiéndole que "revisara el tratado de 1904, de modo que le fuese devuelta la provincia de Antofagasta, con lo cual tendría el libre acceso al mar a que tiene derecho." Chile se opuso a que la Liga tratara de esta cuestión, y en septiembre 15 Bolivia retiró su alegato. Recientemente se ha querido que los Estados Unidos intervengan en ese pleito de familia, como árbitros del litigio. Sobre esta nueva fase del conflicto sudamericano del Pacífico, dolorosa para toda la América Latina, ya que toda diferencia entre pueblos hermanos la debieran resolver ellos mismos sin apelar a extraños, daremos amplia noticia próximamente.

SOLUCION DEL PROBLEMA IRLANDES

EN ESTA sección del número de noviembre de **El Maestro**, analizamos la cuestión irlandesa y dijimos las dificultades que para su solución tenían los políticos de Inglaterra e Irlanda. La última conferencia de plenipotenciarios de ambas partes, celebrada en Bírmingham, Inglaterra, durante el mes de noviembre y la primera semana de diciembre, por fin logró llegar a una acuerdo en la noche del 5 de diciembre, y al día siguiente la noticia de que Irlanda sería "Estado libre" electrizó al mundo.

En efecto, reconociendo por una parte que era justa la ambición irlandesa de ser un pueblo libre, y por otra la absoluta necesidad de no despedazar el Imperio Británico, los conferencistas acordaron dar su libertad a Irlanda; pero quedando ésta dentro del Imperio como "uno de los Estados libres (Canadá, la Confederación del Africa del Sur, Australia y Nueva Zelandia) que forman y constituyen la comunidad de naciones del Imperio Británico."

A Irlanda se le otorga tener parlamento propio con poderes para formular y dictar las leyes del Estado, un Poder Ejecutivo responsable ante ese parlamento, y propia representación diplomática. En su relación con la corona inglesa, Irlanda queda en igual posición que el dominio del Canadá, en virtud de lo cual, Inglaterra tendrá en Irlanda un gobernador general como representante del Imperio. En proporción a su población dentro del Imperio, Irlanda asume corresponsabilidad de la deuda de guerra de Inglaterra; pero, en cambio, Inglaterra indemnizará a Irlanda por las pérdidas ocasionadas a ésta en su dura lucha por la libertad en los últimos tres años.

Irlanda podrá tener ejército y armada propios, pero nunca mayores, con relación a su población que los

de Inglaterra. Irlanda concede a Inglaterra el libre uso de sus puertos y radas en caso de guerra o de peligro de guerra, e Inglaterra se compromete a defender a Irlanda contra toda invasión. Finalmente, Irlanda pacta dar entera libertad de religión.

Ulster, la región norteña de Irlanda, cuya población es enteramente de origen inglés, y protestante, queda incluída en el nuevo Estado libre; pero puede retirarse si así acuerda desde un principio, en el cual caso seguirá siendo provincia del Reino Unido de la Gran Bretaña, como hasta la fecha, y de ningún modo se le concederá ser Estado libre.

La prensa de todo el mundo alaba el arreglo y ve en Lloyd George, el primer ministro inglés, un sagaz político que ha sabido salvar de inminente disrupción el Imperio Británico. De ser aprobado ese tratado, y la opinión universal es que tanto el "Daily Eireann," de Dublín, como el parlamento de Londres, lo aprobarán, Irlanda queda en libertad para negociar su unión de Norte y Sur. Ulster, que ha sido separatista y antiindependiente, en vista del cambio de política de Inglaterra sin duda cambiará de opinión y, tarde o temprano, se solidarizará con el Sur de Irlanda.

EL CARDENAL MERCIER, DE SANTO DOMINGO

(Traducido de THE NATION, de Nueva York)

L hombre mejor parecido, o el más querido en Santo Domingo, así llaman los dominicanos a su Arzobispo. Efectivamente, ni la grave enfermedad que lo aquejó recientemente y cubrió de nieve su cabeza y aniquiló su organismo, pudo quebrantar su espíritu y su valor que salen a raudales por sus ojos cafés, colocados en el rostro más bondadoso y venerado. Es fácil darse cuenta de por qué dicen que es el "hombre más querido en Santo Domingo," pues ni el cariño que el pueblo dominicano tiene a su valiente y abnegado Presidente, el doctor Henríquez y Carvajal, excede al que se profesa a Monseñor Nouel.

Al domingo siguiente a la llegada de la Comisión Investigadora del Senado norteamericano, se cantó un solemne Te Deum, por el pronto restablecimiento de Monseñor Nouel, en la histórica catedral, bajo cuyas naves se encuentra la tumba de Cristóbal Colón, símbolo que une dos épocas memorables en nuestro hemisferio. Cuando el "peregrino" más anciano de los que arribaron a playas de Norteamérica a bordo del "May Flower" aún no había nacido, Santo Domingo se encontraba ya floreciente. El Arzobispo Nouel ha sido el partidario más decidido y el defensor más abnegado de esta civilización y esta cultura. No ha sido posible acallar la voz de este Cardenal Mercier del Mar Caribe.

Cuando estuve a visitarle se encontraba muy débil aún y temí provocar un esfuerzo perjudicial a su salud, presentándole con tal motivo un cuestionario, que contestó en una forma clara y precisa, ampliando sus respuestas con un dejo de humor que medio apaga el fuego inextinguible que no han podido sofocar cinco años de ley marcial. El señor Arzobispo ha llevado a cuestas una cruz pesada. Los sufrimientos de su pueblo, las persecuciones y torturas de que ha sido víctima, también han sido suyas. Ni él mismo puede substraerse a esta persecución.

El Arzobispo Nouel es un notable historiador, y en el año de 1918 pidió a Sevilla algunos documentos originales importantes para ampliar la segunda edición de la historia de Santo Domingo, escrita por él. Las fuerzas invasoras encontraron en el paquete que

le fué enviado al señor Arzobispo, algunos documentos que se relacionaban con "Carlos V, Emperador de Alemania." ¡Horror! Documentos alemanes.....Fueron confiscados y posteriormente destruídos, considerándose al señor Arzobispo como persona sospechosa. Culminó este incidente cuando las autoridades militares no le quisieron entregar un ejemplar del "Directorio de Misas" para el año siguiente. Este libro estaba impreso en latín y le había sido enviado a Monseñor Nouel de Roma; forzosamente debía ser algún tratado alemán en clave. ¡Hermosa lógica y manera de pensar de las autoridades militares que controlaban la administración de Santo Domingo para que pudiera subsistir la democracia mundial!

¿Quién, después de haber visto a Adolfo Nouel, puede dudar que Santo Domingo recobrará su libertad?, a pesar de las comisiones de disimulo, del militarismo, del imperialismo financiero y de la incesante propaganda con que se pretente comprobar que todos los habitantes de Santo Domingo y Haití sienten cariño por los invasores. Un puñado de agitadores políticos y de descontentos constituyen la única excepción. Para estos individuos y para quienes creen como ellos, el Arzobispo Nouel es un agitador político y un descontentadizo. Efectivamente lo es —¡Dios lo bendiga!— Está descontento con la tiranía extranjera y con la opresión. Es un agitador que predica la libertad, la justicia, el derecho divino de los pueblos para ser dueños de sus destinos, animado por el mismo espíritu que en el año de 76 prevaleció en los Estados Unidos de la América del Norte.

Damos a continuación el cuestionario y las respuestas del Arzobispo Nouel:

¿Cuáles son sus deseos en lo que se refiere a la República de Santo Domingo y a la ocupación norteamericana?

—Mi deseo es ver esta república disfrutando libremente de su independencia, libertad y soberanía.

¿En su concepto es ese el deseo general del pueblo de Santo Domingo?

—Es el deseo unánime del pueblo dominicano.

¿Cree usted que está justificada de alguna manera la ocupación militar de la isla?

—Creo que la invasión norteamericana no está basada en ninguno de los principios del derecho y la justicia, y que por ningún motivo está justificada.

¿Cree usted que los cinco años de ocupación militar han beneficiado en alguna forma a los dominicanos?

—No creo que hayan obtenido ningunas ventajas ni beneficios de la intervención; por el contrario, considero que se han defrau-

dado completamente las esperanzas del pueblo de Santo Domingo con respecto a la ocupación norteamericana.

¿Qué sabe usted del estado de ánimo en la América Latina con motivo de la ocupación norteamericana y los sentimientos que abriguen las otras repúblicas latinoamericanas hacia los Estados Unidos?

—Cuando estuve en Roma, el año pasado, tuve oportunidad de hablar con varios señores arzobispos y obispos de diferentes partes de Sur y Centroamérica, y la opinión de estos señores fué siempre que la intervención es injustificada. Más aún, se expresaron con franqueza, diciendo que sus países deben estar listos porque nadie sabe a quién le toque después.

¿Qué mensaje quiere usted enviar al pueblo de los Estados Unidos, amante de la libertad y de la justicia, es decir, casi en su mayoría, o por lo menos hasta hace poco ignorante de lo que ha ocurrido en Santo Domingo y Haití durante los últimos cinco años?

—El único mensaje que quiero enviar al pueblo de los Estados Unidos que ama la libertad y la justicia, es que, en mi concepto, parece imposible que el mismo pueblo que derramó generosamente su sangre y segó lo más granado de su juventud en defensa de la libertad, quiera, al mismo tiempo, privar a un pueblo débil y pequeño de esa misma libertad e independencia que le corresponde por herencia desde hace casi un siglo.

¿Qué conducta cree usted que debe seguir el pueblo dominicano, si el Gobierno de los Estados Unidos no satisface sus aspiraciones?

—La única conducta que yo puedo aconsejarle, es que confíe en Dios, dueño de nuestros destinos, y que espere con paciencia.

Historia

LA MUERTE DE DON SANTOS DEGOLLADO

POR ALFONSO TEJA ZABRE

A vida heroica de don Santos Degollado parece una constante lucha en contra de la adversidad, desde la infancia pobre y obscura y la juventud ardorosa enervada entre la penumbra de una sacristía, hasta su época de caudillo y de reformador, en la que los fracasos militares se transforman en desastres, los errores políticos se convierten en crímenes de lesa patria, las buenas intenciones son retorcidas por la calumnia, y las propias virtudes sirven de pasto a la envidia. Pero el último capítulo de esta vida golpeada, parece reunir y aglomerar en un tiempo brevísimo una lluvia de adversidades. Ya no es la mala suerte, sino algo superior y más trágico, los sucesos corren con velocidad fulgurante, los errores se entrelazan con las torpezas y las imprevisiones se anudan con las casualidades, como para urdir una red mortuoria. Es la aparición del viejo Destino que fragua sin cesar sobre la cabeza de los mortales sus rayos de tormenta; es el antiguo Destino invisible de las tragedias helénicas, más fuerte que los dioses, y que busca para destruir con su fuego los corazones más puros y las fuentes más altas.

La relación de tales hechos no sólo debe interesar por su aspecto dramático y su desarrollo emocionante, ni es tampoco algo de pura importancia personal, digno únicamente de encerrarse entre los límites de una biografía; y aunque por estas solas circunstancias merece recordación, puesto que la víctima en este drama es un gran mexicano, y los rasgos biográficos que aparecen son los de una gran personalidad humana, en este caso deben agregarse el interés de las enseñanzas sociales que encierra y el de los delicados problemas morales que suscita.

Hay en los sucesos que precedieron y ocasionaron la muerte de don Santos Degollado circunstancias tan reveladoras, que pueden servir de lección para todos los tiempos: celos políticos, imprevisiones militares, lentitudes administrativas, toda una trama de esa gran telaraña que ha ceñido el cuerpo de la Nación desde la época colonial, y ha estorbado su marcha hacia el progreso. Tal vez sea útil exponer una vez más esta lección, consagrada por la sangre de aquel de nuestros héroes que mejor supo sacrificarse por la

Patria, y del cual no solamente puede decirse que murió por ella, sino más aún, que sufrió por ella toda su vida.

Los actos de la obscura tragedia que vamos a relatar se sucedieron en unos cuantos días. El 3 de junio de 1861 se supo en la ciudad de México que don Melchor Ocampo había sido capturado en Pomoca, y el día 4 que sus mismos aprehensores lo habían asesinado. El clamor público se encendió airadamente, y don Santos Degollado, que no tenía motivos especiales de afecto para el mártir de Pomoca, pero que nunca dejó de ofrecerse en cuerpo y alma para servir de paladín a las causas justas, quiso inmediatamente salir en busca de los asesinos.

Si hubiera obedecido a sus primeros impulsos, el mismo día 4 de junio, con unos cuantos amigos, tal vez sin más compañero que su fiel ayudante José María Gómez, o seguido por don Benito Gómez Farías, — que fué como el escudero de este caballero andante, — habría hecho su última salida como desfacedor de agravios, sin ver para dónde acometía, mal guiado por sus ojos enfermos y sus nervios temerarios, sin más preparaciones que ceñir al cinto la pistola y montar en su caballo consentido, *El Pollo,* que precisamente en aquellos días disfrutaba en una pensión de merecidas vacaciones. Y sus contendientes que esperaban, acechando entre los montes, eran los guerrilleros sin ley, los hombres que tenían por capitanes a Leonardo Márquez, el de la roja fama, y a los torvos salteadores Lindoro Cajiga, José María Gálvez y el Chato Alejandro.

Seguramente hubiera salido a pesar de todo, tan mal pertrechado como el Caballero de la Triste Figura, pero lo retenían en la ciudad de México muy vulgares obstáculos. Había sido el General en Jefe del ejército liberal, pero su jerarquía se hallaba sujeta a un lento juicio, sabiamente enmarañado entre jurisdicciones, competencias y moratorias. Era un General y podía menos que un soldado. Estaba en México, no sólo bajo la autoridad de los tribunales militares y de las Comisiones Instructoras de la Cámara de Diputados, sino ante el gran jurado de la opinión y de la prensa, y tenía que responder a la justicia rígida, al sectarismo y a la mala fe. Todo era bueno para echárselo al rostro con violencia: el asunto Forbes-Barrón y el robo de la conducta de Laguna Seca, la derrota de la Estancia de las Vacas y el malhadado proyecto de pacificación de Mr. Mathew. Y como nadie, o casi nadie, se alzaba para defender a un general procesado, sin mando de tropas, pagado a medias, con muy pocos recursos y menos amigos todavía, él mismo tenía que hacer de periodista y de defensor.

Para allanar todas las trabas, el propio día 4 de junio se presentó Degollado en el Congreso, y en una sesión tumultuosa y memorable, obtuvo permiso para salir a campaña.

El día 5 de junio escribió al Ministerio de la Guerra un ocurso perentorio, solicitando que se aprovecharan desde luego sus servicios en el ejército. En esta conducta aparentemente ansiosa, no hay ese deseo de obrar en caliente de los que tienen miedo de arrepentirse, sino que se advierte una templada decisión, un impulso férreo, enérgico y sereno. Esta firme rapidez de don Santos Degollado, hacía contraste con la firme lentitud del que era entonces la figura política más alta de la República, del Presidente de bronce, don Benito Juárez. Y tal vez el choque sordo de estas dos firmezas contradictorias, tuvo parte en los incidentes más penosos de la vida pública de Degollado, y es posible que hasta en los sucesos trágicos que precedieron a su muerte.

Ha habido algún historiador, apasionado enemigo de Juárez, que insinúe la idea de que la inacción en las esferas administrativas superiores, la falta de elementos que perdió a Degollado, no fueron extrañas a la mala voluntad que tenía el Presidente para el ex-General en Jefe y ex-Ministro de la Guerra. (Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma, por Francisco Bulnes.)

Ya veremos en el curso de este relato cómo tales conjeturas no son más que suposiciones muy problemáticas, y cómo la catástrofe que costó a Degollado la vida, es el desenlace de una larga serie de pequeños sucesos, y no la obra deliberada y directa de una sola mano.

Lo que sí es imposible negar es que la falta de acuerdo entre don Benito Juárez y don Santos Degollado, se hizo más visible que nunca en esta ocasión. La Cámara de Diputados, sin rehabilitar a Degollado, lo dejó en aptitud "de prestar sus servicios a la causa constitucional" y el Ministro de la Guerra lo nombró General en Jefe de "las fuerzas que deben obrar sobre los asesinos Zuloaga, Márquez y demás facciosos que merodean por el rumbo de Toluca." Dichas fuerzas, según la minuta de contestación que el mismo Ministro ordenó se enviara a Degollado, deberían componerse del Batallón de Rifleros de San Luis, Regimiento Defensores de la Libertad, media batería de montaña de la División de Zacatecas, y la caballería que el Gobernador del Estado de México pudiera proporcionar.

Esto era en el papel timbrado del Ministerio de la Guerra. En realidad fué mucho menos. El mismo Degollado llama a las tales tropas que se le iban a confiar "una pequeña brigada." Pero ya hemos dicho que era bien capaz de salir a un combate sin más elementos que los propios, y hasta manifestó expresamente su decisión de pelear como simple guerrillero en el oficio que dirigió al Ministerio de la Guerra. Así es que el día 7 de junio salió para Tacubaya y el 8 para Lerma; en este punto pernoctó la tropa, según dice el mismo General en el cuaderno de sus apuntes, que se encontró en

su cadáver. Y agrega: "Nos detuvimos dos horas en el llano de Salazar tiroteando al enemigo. Yo me adelanté a Toluca."

El mismo día 9 de junio en que llegó a Toluca estudió un plan de campaña, en unión del Coronel O'Horán, lo aprobó y lo remitió a México, y comenzó desde luego los trabajos para la organización de su "brigadita".

Aquel organizador de los ejércitos que lidiaron en la Guerra de Tres Años, el que supo sacar de la carne del pueblo las columnas liberales que después de foguearse en múltiples derrotas, conocieron al fin el triunfo definitivo en Calpulálpam, se dispuso a formar un núcleo de tropas, como siempre lo había hecho, sacándolo de la nada.

Para que se comprendan los esfuerzos humildes de aquellos últimos ocho días, para convencerse de la buena fe con que el gigantesco luchador trató de ajustarse las piezas de una exigua armadura, es necesario leer los renglones de su libro de apuntes, y la carta que el mismo día 9 de junio envió al General González Ortega.

La "mínima brigada" se reducía al Batallón de Rifleros de San Luis y al cuerpo llamado Lanceros de la Libertad. El General Berriozábal, Gobernador del Estado de México, sólo pudo proporcionarle *catorce dragones*. El parque para rifle alcanzaba a cuatro paradas por plaza, y eso en malas condiciones. Las piezas de artillería tenían cincuenta tiros cada una, y para la media batería de montaña no había ni un solo oficial. Los haberes apenas eran suficientes para llegar al 15 de junio, y de los pocos oficiales disponibles, algunos necesitaban caballos y equipo. Los proveedores rapaces no dejaban de aparecerse de vez en cuando, aunque la presa que espiaban no era muy codiciable por su riqueza; vale la pena mencionar estos datos curiosos y reveladores, que demuestran al mismo tiempo la atención cuidadosa que empleaba Degollado en sus tareas: "Junio 12.—Compré un caballo alazán en ciento cincuenta pesos y un prieto en ochenta y cinco.—Junio 14. Devolví el caballo prieto por estar lacrado." (Del cuaderno de apuntes.)

Todavía fué necesario disminuir el efectivo de la brigada, enviando a México una sección, y con ella a los Coroneles Agustín Cruz y Tomás O'Horán, para gestionar el envío de oficiales, parque y recursos, y hacer presentes al mismo Ministro todas las necesidades de la tropa.

Al fin llegaron noticias de que auxilios enviados de la ciudad de México iban a ponerse en camino. Según los informes recibidos en Toluca, el 15 de junio a las seis de la mañana saldría de Tacubaya un convoy militar, llevando parque y armas, y a las órdenes del Coronel O'Horán. Como este convoy era preciso en aquellos momentos, y tenía que atravesar por lugares de mucho

peligro, sin ser suficiente para defenderse por sí mismo, Degollado se dispuso a protegerlo. No tenía otra custodia que ofrecer a sus auxiliadores, más que un puñado de hombres mal pertrechados, y creyó servir mejor a los que venían en su auxilio, exponiendo para ello su propia persona.

El Coronel jefe del Batallón de Rifleros de San Luis, don Félix Vega, que se hallaba en Lerma con sus tropas, recibió órdenes escritas de don Santos Degollado, en la noche del día 14, para estar listo a las seis de la mañana del día siguiente. Antes del alba salió el mismo General Degollado de la ciudad de Toluca, a pesar de que algunos amigos le suplicaron que no asistiera personalmente a la expedición. Lo acompañaba el Gobernador Berriozábal, resultando que los dos generales llevaban a sus órdenes, al salir de Toluca, un escuadrón de caballería de los lanceros de la Libertad y una pequeña pieza de montaña.

Es de presumirse que el General Berriozábal no concurría con gran entusiasmo a la maniobra que Degollado había concebido, y esta suposición parece confirmarse por el tono de sus partes oficiales, dirigidos después de los sucesos al Ministerio de la Guerra.

Así como ha habido quien haga indirectamente culpable a Juárez del desastre que vamos a referir, y del mismo modo que el Ministerio de la Guerra atribuyó toda la culpabilidad al Coronel O'Horán, no ha faltado quien señale vagamente a Berriozábal como uno de los factores determinantes de la desgracia. (Partes relativos al Coronel Vega, publicados en la Colección de Documentos de don Genaro García.—El Libro Rojo.—Santos Degollado, por Angel Pola.—Págs. 392-93.) Como ya se ha dicho, toda inculpación en este caso viene de temeridad o de informes parciales, pues si se juzga con equidad, sólo se encuentra esa cadena de hechos insignificantes, que se van juntando fatalmente hasta causar las supremas catástrofes. Que se suprima un eslabón de esta cadena, que O'Horán salga puntualmente de Tacubaya, que los exploradores descubran oportunamente la presencia del enemigo, que los guías no lleven a la tropa por el peor sendero, que los clarines no se apresuren a tocar diana antes de tiempo en la cima del Monte de las Cruces, que la descubierta de los Rifleros de San Luis no quede cortada del grueso de la tropa, que se suprima un solo eslabón, y no hay fuerza humana tan poderosa, así sea la mano de hierro de don Benito Juárez, que pueda reunir los tramos rotos de la cadena del Destino.

Antes de las siete de la mañana llegaron a Lerma los Generales Berriozábal y Degollado con su gente, se reunieron en este punto con el Batallón de Rifleros de San Luis, y continuaron inmediatamente su marcha.

Tomaron el camino real de México, y antes de llegar a un

paraje llamado El Portezuelo, donde se hizo un alto, Degollado explicó al Coronel de Rifleros los planes de la expedición.

Mostró al mismo Coronel Vega una carta, en la cual se le avisaba la salida del convoy, a las órdenes de los Coroneles Cruz y O'Horán. Se dispuso la marcha de columna, de acuerdo con el General Berriozábal. Los planes no eran muy complicados, porque ni las circunstancias, ni los elementos disponibles se prestaban para mayores combinaciones. Una pequeña exploración, destinada a no encontrar ni huella de aquellos enemigos que sabían pelear en forma de guerrillas invisibles; marchar después por el camino real hasta los llanos de Salazar, en este punto desviarse y ascender por la serranía, despejar las alturas y seguir por ellas hasta el llamado cerro de la Pila, y en este sitio, que era el más peligroso para el convoy esperado, por ser guarida y reparo habitual de los bandoleros, hacer la reunión de las dos columnas, y continuar ya juntos con dirección hacia Toluca.

El Coronel Vega indicó que, no habiendo seguridad de que el convoy hubiera salido de Tacubaya a las seis de la mañana como estaba dispuesto, era preferible esperar la diligencia de México, y obtener de los pasajeros datos precisos a este respecto. Llegó la diligencia de México, y el ayudante Francisco Taboada comunicó a Degollado que, según sus noticias, el convoy todavía estaba en Tacubaya a la hora en que la diligencia salió de dicha población.

Era prudente esperar algún aviso, o retrasar el avance, y el General Berriozábal lo mismo que el Coronel Vega, hubieran con mucho gusto aplazado la expedición, y hasta parece que el primero de estos jefes llegó a indicar la conveniencia de retroceder hacia Lerma. Lo que pensó Degollado no lo sabremos nunca de un modo preciso, porque todos estos sucesos no se saben más que por testigos interesados o por presunciones, y es seguro que si conocemos algo de la verdad, nunca conoceremos toda la verdad.

Pero es necesario apurar la imaginación para adivinar los pensamientos y las resoluciones de Degollado en el trance que vamos refiriendo. El, que era el soldado menos militar, tenía sin embargo las más altas virtudes que honran a un soldado: disciplina, bravura y abnegación.

Tenía que proteger el paso de un convoy, que iba a pasar bajo los fuegos de un enemigo emboscado, con crueldades y astucias de fiera montaraz. Se habían cambiado comunicaciones y órdenes, se habían formado planes, y aunque el convoy saliera con retraso de Tacubaya, tendría que salir de todos modos, seguiría el camino real de Toluca, y al pasar por los puntos que domina el cerro de la Pila, llevarían O'Horán y Cruz la confianza de que entre aquellas alturas intrincadas, eran custodiados y protegidos por tropas amigas y que desde ese lugar ya no caminarían solos el resto del viaje,

sino que lo harían reforzados por la columna de auxilio, con su General en Jefe a la cabeza.

Para Degollado, retroceder a Lerma o detener su avance, era exponer al convoy de refuerzos a un ataque doblemente peligroso; continuar hacia adelante, era exponerse a no encontrar el convoy, y a lidiar con fuerzas desconocidas en terreno desconocido, en la propia madriguera de los facciosos.

Degollado aceptó con toda naturalidad la situación más peligrosa para sí mismo, y sin duda por esto se empeñó en marchar personalmente con el Batallón de Rifleros, a pesar de las indicaciones contrarias del Coronel Vega.

Y la fatalidad seguía entretejiendo sus ligaduras invisibles: aunque los exploradores no anunciaban la presencia del enemigo, sí pudieron después de un ligero examen dar cuenta de que la marcha de la columna no se podría realizar según el proyecto, porque las veredas y senderos que subían hacia la parte más elevada de la serranía no eran accesibles para los jinetes, y menos aún para la pieza de artillería. Fué preciso dividir la columna en dos partes: los hombres del Batallón de Rifleros subirían al monte y seguirían por el filo de la sierra hasta el cerro de la Pila; la caballería y la pieza de montaña quedarían a las órdenes del General Berriozábal, con instrucciones de esperar a que el Batallón de Rifleros ganara las cimas, y continuar después su camino hasta encontrar el convoy o reunirse con Degollado al pie del cerro de la Pila. Para servir de sostén a la pieza de montaña, todavía se disminuyó el Batallón de Rifleros desprendiéndose de treinta hombres, que por una circunstancia de mal augurio se quedaron con la bandera del mismo batallón, como si previeran el desastre y quisieran salvar cuando menos la insignia.

Seguramente la nueva disposición de marcha agradó menos aún que todos los sucesos anteriores a Berriozábal y a Vega. Pero este último, como buen soldado a quien se confía una misión peligrosa, se dispuso a obedecer dignamente, y del mismo modo el General Berriozábal se aprestó a cooperar en el movimiento, quedando entendido de que la señal anunciadora de que el Batallón de Rifleros estaba posesionado de las alturas, sería el toque de diana.

Se escogió un guía, elegido por Degollado de entre los hombres del Escuadrón de Lanceros, y sin esperar más, los infantes del Coronel Vega, el General en Jefe con algunos de sus oficiales que fungían como miembros de su Estado Mayor, entre ellos el Ayudante José María Gómez, comenzaron su ascensión hacia la muerte.

El guía, como un inconsciente instrumento de la adversidad, los condujo por una vereda tortuosa, muy honda y accidentada.

Las tropas de Berriozábal, apostadas abajo, en el camino, vieron al último hombre perderse entre los matorrales. Después de una gran pausa llena de ansiedad, se escuchó repentinamente una descarga de fusilería, que anunció la presencia de los facciosos El Coronel Vega dió órdenes para apresurar la ascensión, hizo adelantar la descubierta a las órdenes del Comandante Soberón, y movió hacia el flanco izquierdo una compañía. Después de una lucha rápida y heroica, llegó el Batallón de Rifleros a la cima, y los soldados lanzaron vítores y gritos de triunfo, dejándose oír los toques de una diana jubilosa.

El General Berriozábal oyó con satisfacción la diana, y se puso en marcha desde luego, sin darse cuenta de que el triunfo que le anunciaba aquella música era efímero.

En efecto, la descubierta que se adelantó a las órdenes del Comandante Soberón fué tan rudamente tiroteada, que resultaron heridos el mismo Comandante y varios oficiales, y numerosos muertos, heridos y dispersos entre la tropa; al llegar a la cima los hombres de Soberón, en vez de esperar a sus compañeros, tal vez desmoralizados por el estrago que habían sufrido, con sus jefes inmediatos heridos, volvieron a emprender su camino en sentido opuesto, y comenzaron a descender hacia la llanada, con el deseo de reunirse nuevamente a la caballería de Berriozábal y a los infantes que se quedaron de sostén con la pieza de montaña.

Pero ya el General Berriozábal debía encontrarse mucho más lejos, porque cuando terminaron su descenso estos soldados de la descubierta, después de bajar casi en huída, sin que el enemigo dejara de fusilarlos, ya no pudieron encontrar el apoyo que creían, y comenzaron a dispersarse francamente, a pesar de los esfuerzos que hacían para contenerlos sus oficiales, casi todos heridos.

El desastre se fué precipitando. Eran cerca de las doce de la mañana, y a esa hora aún no salía el convoy, y Berriozábal iba ya muy adelantado en su camino hacia México, creyendo que las tres columnas se unirían con toda felicidad al pie del cerro de la Pila. Y en realidad, los hombres que quedaban del Batallón de Rifleros, con el General Degollado y el Coronel Vega a la cabeza, quedaban acorralados en lo alto del monte, casi sin parque y sin más esperanza que un auxilio imposible. Se intentó el último recurso, enviando al Ayudante don Perfecto Soto para que alcanzara a Berriozábal y lo hiciera retroceder en auxilio de la fuerza de Soberón y del mismo Batallón de Rifleros.

Ya era demasiado tarde, porque el General Berriozábal se había movido tan eficazmente, que cuando el Ayudante Soto pudo alcanzarlo, a las cuatro y media de la tarde, cerca de la Hacienda del Contadero, ya la tropa de Soberón había desaparecido por muerte y dispersión, y era imposible regresar en auxilio de los Rifleros,

que en aquellos momentos ya estaban muy próximos a sucumbir. En cuanto al deseado y esperado convoy, salió de Tacubaya entre cuatro y cinco de la tarde, se unió poco después a Berriozábal, y no pudieron las dos columnas juntas intentar más auxilios que una exploración del camino real con dirección hacia Toluca, hecha por el Escuadrón de Lanceros de la Libertad y después por los Lanceros de Lerdo, mandados por O'Horán. Pero muy pronto estos mismos socorros tuvieron que detenerse, paralizados por la noche y por las noticias y datos que iban descubriendo en el tránsito.

Así es que don Santos Degollado se encontró desde el mediodía en las espesuras del Monte de las Cruces, bien rodeado por las partidas que capitaneaban bandoleros sin alma y casi sin nombre, llamados reaccionarios porque combatían contra el gobierno liberal, pero realmente sin más bandera que la del pillaje. Entre los jefes que aquel día lograron cercar al Batallón de Rifleros, pueden citarse los nombres de José María Gálvez y el Chato Alejandro.

La escasez de parque, anunciada como un peligro de muerte al Ministerio de la Guerra por Degollado, se dejó sentir con aterradora evidencia. Mientras los soldados tuvieron balas en sus fusiles, lograron detener a su invisible enemigo. Los jefes les infundían valor con la esperanza de un auxilio próximo, con el regreso de Berriozábal, con la llegada de Cruz y de O'Horán..... Pero a las tres de la tarde se disparó el último cartucho, y ya la resistencia sólo fué sostenida por la desesperación, tan cegadora como la esperanza. Con el Batallón de Rifleros estaba nada menos que el antiguo General del gran Ejército Republicano, el vencedor de Guadalajara y de Cuevitas, el caballero Bayardo de la causa liberal. No era posible rendirse a unos salteadores de caminos. Era necesario luchar hasta la muerte.

Los oficiales llegaron a hacer creer a aquellos valientes que podían defenderse con las bayonetas, y a la bayoneta fué defendido el punto más importante que hasta entonces habían conservado, una eminencia que sobresalía y dominaba el resto del monte; allí se combatió cuerpo a cuerpo, en peleas singulares, hasta que el jefe del destacamento defensor, el Capitán Juan Guerrero, cayó en poder de los asaltantes.

Ya éstos habían ofrecido entrar en tratos para la rendición, por medio del toque militar de "parlamento admitido", pero el Coronel Vega, que obedecía las órdenes del General Degollado, no a endió a la señal de dichos toques, y continuó intentando sostener el ánimo de su gente.

Todos se daban cuenta de que en el llano, cerrando todas las bajadas, la misma caballería enemiga que había destrozado a la tropa de Soberón, estaba ya esperando el descenso de los fugitivos

para coronar y rematar con su persecución aquella jornada. Cuando se perdió la eminencia que defendía el Capitán Guerrero, cuando ya no era ni físicamente posible resistir, autorizó Degollado que se diera el toque de retirada.

¡Sálvese el que pueda! Ya no hubo entonces ni generales, ni coronel, ni soldados, sino hombres en fuga. Por una ironía final de la suerte, todavía pudo Degollado ir descendiendo con trabajo por los senderos escabrosos, llevando su caballo por la brida, con la pistola en la mano y defendiéndose personalmente. A su lado murió su Ayudante José María Gómez, y en la ansiedad de la derrota los oficiales que lo habían acompañado tuvieron que irse separando de él, para seguir cada quien la ruta que le marcaba la necesidad.

Fué como un milagro que el jefe vencido pudiera llegar con vida hasta el llano, todavía acompañado por el Teniente Coronel Castañeda, el único que había podido seguirlo, y fué más insólito aún que ambos pudieran sortear la cadena que sus enemigos formaban al pie del cerro.

El Coronel Vega, que también había podido salvarse por otro rumbo, los vió desde lejos, y se dió cuenta de cómo salieron de aquella barrera mortal, combatiendo palmo a palmo, hasta ganar los montes vecinos y perderse en la espesura. Llegó a creer que podían salvarse.

Pero detrás de ellos se lanzó con furia la persecución de los salteadores, que no se resignaron a perder la presa más codiciable. Conocían como verdaderas alimañas de la tierra aquellas fragosidades, y no tardaron en alcanzar a Degollado. Todavía se defendió el héroe con los últimos tiros de su pistola, pero al fin fué cogido y obligado a caminar entre sus aprehensores. En aquellos momentos de confusión, nadie pudo ver más: por informes muy vagos sabemos que un indio apellidado Neri le disparó por detrás con rifle, que el Chato Alejandro le dió una lanzada en el cuello, y algún otro lo remató, disparándole a quemarropa en el pecho. Las heridas que se encontraron después en su cadáver confirman estas versiones, o son tal vez la causa de que estas versiones se hayan formado.

La Historia sólo puede recogerlas a falta de mejores datos, pero sí puede asegurarse con firmeza que nunca fué más exacta la frase que el laconismo guerrero coloca en los partes de honor: "Murió combatiendo".

En cuanto a la suerte que tuvieron los restos del famoso General de la Guerra de Tres Años, desde el despojo de sus vestidos, su entierro transitorio en Huixquilucan, el simbólico anillo que un soldado arrancó de su mano ya muerta y que tenía esta inscripción "Todo por Ti," abajo del escudo nacional, sus honras

fúnebres en la montaña, su tumba en el Cementerio Inglés, que se creyó provisional y va resultando definitiva, deben ser motivos de otra relación.

La suerte que han tenido los restos mortales de Degollado, lo mismo que su nombre y su fama, está íntimamente reunida con un fenómeno que se ha designado con la frase de "ingratitud nacional". Seguramente hay mucho en México de esta ingratitud, como la hay en todo organismo colectivo y humano, pero la figura de don Santos Degollado obliga a pensar en los problemas no resueltos aún del choque entre la moral personal y la moral social, en el destino de los redentores populares, en la omnipotencia del éxito y en otras incógnitas que no pueden dilucidarse sin emprender previamente hondas investigaciones y largos debates de dudoso éxito.

Pero en el corazón de todo mexicano, cuando conozca en verdad la existencia del héroe más puro de nuestra Historia, todas las incógnitas quedarán como interrogaciones para los eruditos, y se desvanecerán con estas palabras:

¡Sufrió por la Patria y murió combatiendo!

HISTORIA UNIVERSAL

EL IMPERIO PERSA

ERA conveniente relacionar la historia de los medos con la de los persas por dos razones: 1.ª El pueblo de ambos países pertenecía a la misma raza; 2.ª Aun cuando Media y Persia tuvieron en un tiempo gobiernos separados, sin embargo, Media fué absorbida pronto por Persia.

121.—En la planicie oriental de la cadena Zagros — la llanura de la antigua *Irán* — habitó una raza fuerte, la de los medos, y una raza afín, la de los persas. Ambas eran arias puras.

Origen de las Razas

Eran inmigrantes del asiento original nordoriental del tronco ario. Por varios movimientos sucesivos, a los que no se dió fin hasta el siglo VIII a C., se establecieron en las montañas de Media y Persia.

122.—Se tiene noticia de los primeros medos en relación con los asirios. Por el año de 710, a. C., Sargón, monarca asirio, conquistó una parte del territorio de Media, y estableció en ella colonias, en las cuales instaló a los israelitas de las ciudades de Samaria, que habían sido llevados como cautivos por los asirios.

Medos Primitivos

123.—Pero los asirios no pudieron mantener en sujeción a los medos, quienes crecieron en poder y establecieron una gran monarquía meda bajo Cyaxares, 635 a. C. Cyaxares fué un rey conquistador: al invadir Asiria destruyó Nínive, en 625 a. C., e hizo avanzar a las armas medas hacia el Oeste, hasta penetrar al Asia Menor. Este rey, fundador de la monarquía meda, fué sucedido por su hijo Astiajes, bajo cuyo breve reinado en Media se abrió paso al gobierno de Persia, bajo Ciro el Grande.

Elevación y Caída

124.—Durante este primitivo período de la monarquía meda, los persas habían establecido también un reinado (en Persis, o la antigua Persia, propiamente dicha); pero, hasta cierto punto, estaba sujeta a Media. Cuando Astiajes era rey de los medos, Cambises lo era de los persas; pero Cambises reconoció a Astiajes como su soberano, y

Persas Primitivos

le pagó tributo. La hija del monarca medo Astiajes casó con el príncipe persa Cambises, y de esa unión nació un hijo, llamado Ciro. Ciro vivió como en calidad de rehenes en la corte de su abuelo Astiajes, y no podía dejarla sin permiso.

125.—Así, pues, gran parte de la vida de Ciro es verdaderamente *historia;* pero, si escudriñamos más adelante, nos encontramos inmediatamente sumergidos en la fábula.

Leyenda de Ciro

Tanto Herodoto como Jenofonte (*) exaltaron a Ciro a la categoría de un héroe de novela. Lo que sigue es lo generalmente aceptado como historia de su vida primitiva: Astiajes había soñado que su nieto llegaría a conquistar toda el Asia, por lo que confió a un cortesano, Harpago, el encargo de dar muerte al pequeño Ciro. Harpago entregó al niño a un pastor, quien le prometió exponerlo en las montañas. Pero al pastor se le ocurrió sustituir al príncipe vivo por su propio hijito muerto. El príncipe creció desempeñando un humilde oficio. El secreto fué descubierto cuando Ciro empezó a dominar sobre sus camaradas de juegos y a golpearles. El hijo de un noble se quejó al rey y el vástago real fué reconocido. Astiajes tomó una bárbara venganza sobre Harpago: hizo guisar al hijo del cortesano, haciéndole servir como vianda para que el padre participase de ella. Ciro fué enviado a su padre y Harpago consagró el tiempo a preparar su venganza. Cuando todo estuvo bien meditado, envió un mensaje a Ciro, quien invadió Media, fué aclamado por multitud de tropas desertoras y, con su ayuda, subvirtió el trono de Media, en 558, a. C. No hay necesidad de descubrir qué fundamento de verdad, si hay alguno, pueda haber en esta leyenda. Un hecho es cierto: que bajo Ciro llegó a ser Persia la potencia gobernadora del mundo.

126.—Al principio de su reinado, en 558 a. C., Ciro subyugó primero todas las provincias septentrionales y occidentales del antiguo reino medo. El más formidable enemigo

Conquistas de Ciro

que encontró en la frontera occidental fué Creso, rey de Lydia, en Asia Menor. Creso, tomando la ofensiva, condujo su ejército desde Sardis, su capital, a través del río Halys (que formaba los límites entre Persia y el territorio de Lydia), y, cerca de Sínope, hubo un combate indeciso. Pero Ciro le persiguió y con la derrota de Creso y la captura de Sardis anexó, al dominio persa (554 a. C.), **toda el Asia Menor, al Oeste del** Halys (°). Después fueron subyugadas la mayor parte de las ciu-

---

(*) Jenofonte, historiador griego, nació el año 444 a. C. y fué discípulo y amigo de Sócrates. Escribió una obra sobre Ciro, llamada Cyropaedia (literalmente, Educación de Ciro); **pero es más bien un romance político que una historia auténtica.**

(°) Esta es la fecha de la caída de Creso, según Rawlinson. La mayoría de otros cronologistas la señalan 546 a. C.

dades y colonias griegas, así como las islas adyacentes. El remoto Oriente llamaba ahora la atención de Ciro y, entre los años 553-540, a. C., se consagró a la sujeción de las tribus de la región comprendida entre Persia y el Indo: Parthia, Bactriana, Sogdiana, etcétera. Faltábale sólo una gloria aún mayor: la de haber reducid la formidable potencia de Babilonia; ésta se alcanzó con la captura de Babilonia (538 a. C.) como ya se ha descrito.

Extensión de su Imperio

127.—Durante su carrera de veintinueve años, Ciro extendió el dominio persa desde el Indo hasta el Helesponto, desde el Jaxartes hasta la costa de Siria; y, ciertamente, dejó a sus sucesores sólo la tarea de completar y consolidar su obra, porque sus propios esfuerzos habían hecho de Persia la gran potencia imperial del Asia.

Carácter de Ciro

128.—En toda la línea de los monarcas persas, Ciro fué el más grande, y su carácter es muchísimo más digno de respeto que el de cualquiera de sus sucesores. Fué un gran conquistador sin ser un gobernante cruel, y a sus notables aptitudes como soldado unió muchos rasgos de nobleza como hombre.

Cambises

129.—A Ciro sucedió su hijo Cambises. A otro hijo suyo, llamado Smerdis, le había dado Ciro el dominio sobre algunas importantes provincias. Esta medida costóle la vida a Smerdis al despertar los celos de su hermano, quien, desde muy al principio de su reinado, lo mandó ajusticar en secreto. El principal acontecimiento del reinado de Cambises fué su conquista de Egipto, 525 a. C. En Egipto se portó Cambises con gran impudor y crueldad. Obligó a beber veneno al rey de Egipto, Pasanménito; horrorizó a los egipcios apuñaleando a una ternera que ellos consideraban como sagrada; y en una ocasión, cuando un cortesano le refirió, atendiendo a sus instancias, que el rumor popular le vituperaba por beber con exceso, probó la firmeza de su pulso y de sus ojos hiriendo en el corazón co una flecha al hijo de este cortesano.

130.—La ausencia de Cambises dió por resultado una revolución en la capital de Persia. Un mago, llamado Gomates, arrogándose los derechos del hermano asesinado, Smerdis, encabezó una conspiración que le elevó al trono. Cuando Cambises oyó las nuevas, se apresuró a dirigirse a Persia, pero murió en el camino: algunos dicen que por suicidio, mientras otros afirman que fué por una herida accidental de su propia daga, en 522 a. C., habiendo reinado menos de ocho años.

El reinado del falso Smerdis fué breve; Darío, hijo de Histaspes, gobernador de una de las provincias persas, y perteneciente él mismo a la familia real, encabezó una insurrección y el impostor fué derrocado después de un reinado de ocho meses.

131.—Darío I (Darius Hystaspes), quien ascendió al trono en 521 a. C., fué, después de Ciro, el más grande de los monarcas persas. Completó la obra que había empezado Ciro. Ciro por sus conquistas *fundó* el imperio; Darío lo *organizó*. A él corresponde el mérito de haber dado al imperio persa ese peculiar sistema político y de organización que le mantuvo en una posición brillante por casi dos centurias.

Reinado de Darío

132.—Darío dividió todo el imperio en veinte *satrapías* o provincias; los antiguos reyes tributarios fueron desposeídos, y cada provincia gobernada por un funcionario persa llamado *sátrapa*. Una proporción fija del tributo substituyó a arbitrarias exacciones. Se establecieron *caminos reales* y se organizó un sistema de correos, por medio del cual recibía la corte rápidas noticias de todo lo que ocurría en las provincias. Los grandes centros del poder persa se habían fijado en Susa, residencia de primavera del rey Ecbatana, en donde habitaba durante el verano, y Babilonia, su cuartel de invierno.

Gobierno Persa

133.—El acontecimiento más interesante del reinado de Darío es el principio de las invasiones persas de Grecia. Algunas de las ciudades griegas de Jonia y Asia Menor, que habían sido sometidas por Ciro al dominio persa, se sublevaron; los atenienses les alentaban en esta sublevación, y esto dió por resultado una colisión entre Persia y Grecia, en las llanuras de Maratón, 490 a. C. (Como casi todo lo que es sorprendente en la historia posterior de Persia se entremezcla con los asuntos de Grecia, la narración de esta batalla la haremos más bien en conexión con la historia griega.)

Relaciones con Grecia

134.—Los persas pertenecían al mismo tronco que los medos; pero parecen haber sido arios más puros todavía y el término *ario* es, en sí mismo, una palabra persa que significa *noble*. Cuando por primera vez los encontramos en la historia, son una raza de audaces montañeses, valientes en la guerra, rudos en sus maneras, sencillos en sus costumbres, abstinentes del vino, y desdeñosos de todo lujo en la alimentación y en la indumentaria. Aun cuando no eran de una intelectualidad superior, sí eran los persas de ingenio sutil, vivaces y afectos a la poesía y al arte. Ciertamente, en muchos respectos, parecen prototipos de los griegos, de quienes eran afines por una común descendencia aria. Más tarde, perdieron sus más nobles rasgos de carácter y se convirtieron en una servil raza asiática; pero durante su alborada osada y virtuosa fué cuando hicieron todas sus conquistas.

Civilización Persa. Carácter Persa.

135.—Si se considera a los persas como constructores y artistas, debe tenérseles como inmediatos discípulos de los asirios y

babilonios. Los magníficos templos y palacios de Nínive y Babilonia tenían ya muchos siglos de existencia antes de que los persas empezaran a hacer algo en cosas de arte. Y no fué sino hasta que estuvieron en contacto con los asirios y babilonios cuando empezaron a erigir insignes construcciones.

Aún, entonces, sin embargo, no hicieron más que imitar; *adaptaron* hasta llegar a darle forma a un estilo arquitectónico enteramente sayo. Puede decirse de este estilo que oscila entre la solemne y aplastante grandeza de la arquitectura egipcia y asiria y la perfecta belleza de los griegos. Las grandes obras maestras de las construcciones persas consisten en *palacios* y *tumbas*, ya que su poca elevación sobre el mundo material y la simplicidad de su culto estaban lejos de inspirarles la erección de *templos*. Las reliquias más famosas de la arquitectura persa son las ruinas de los palacios reales de Persépolis. Los rasgos que caracterizaban a éstos son la solidez y hermosura de sus plataformas de piedra, las majestuosas escalinatas ricamente esculpidas con bajorrelieves y la profusión de columnas de piedra, ligeras y elegantes.

136.—Los persas no sobresalieron en las artes mecánicas. Su empeño principal consistía en formar soldados que ganaran con sus espadas una posición privilegiada, respecto de los productos y mercaderías de otras naciones. Mientras las alfombras y telas de Babilonia y Sardis, los chales de Cachemira e India, el lino de Egipto y las diversas manufacturas de Fenicia, se vaciaron continuamente en Persia, la población nativa no necesitó dedicarse a la industria manufacturera.

Artes

137.—Los persas tenían una religión más noble y pura que la de los egipcios, asirios, babilonios y fenicios. No eran idólatras. Sin duda, en el período primitivo el rasgo principal de su religión era el reconocimiento y adoración de un solo Dios supremo. — *el Señor Dios de los cielos.*—Pero esto, más tarde, originó la doctrina de un perpetuo conflicto entre dos grandes principios primordiales: el de la luz y el de la obscuridad, personificados bajo los nombres de Ahura-Mazda u Ormuz, y Ahrimán.

Religión

De Persia nació la idea católica del diablo, del espíritu malo, que no tenían los antiguos hebreos y griegos y que no se halla en los libros sagrados de los judíos.

138.—La religión persa se corrompió, más tarde, por la mezcla de un sistema de adoración de los elementos, sistema que los medos aprendieron de los escitas y que últimamente desvirtuó las más puras doctrinas de los persas. El rasgo principal era la adoración del fuego, o *magia* (de mago, nombre de los sacerdotes de este rito).

Adoración del Fuego

En lo más alto de las montañas fueron erigidos altares en que ardía una llama perpetua, vigilada constantemente, a fin de que no expirara, y que se creía encendida por los cielos. Allí, día a día, los magos decían sus encantamientos, extendían sus varas de virtud y practicaban aquellas artes llamadas, después de ellos, *artes mágicas.*

Gobierno

139.—El gobierno de Persia, dominador de muchos otros países, significaba un adelanto en la teoría del gobierno sobre otros imperios orientales. Era algo más que una simple agrupación de reinos: era un verdadero dominio imperial. El gobierno se ejercía sobre todo el conjunto de manera singularmente moderada, y era el más noble y el mejor de todos los imperios de la antigüedad.

Literatura

140.—No cabe duda acerca de que los persas tuvieron una literatura considerable; pero son pocos los fragmentos que les sobrevivieron. El más antiguo monumento literario de la raza iránica, es la colección llamada *Zend-Avesta,* que contiene los libros sagrados de los persas y que fueron reunidos por Zoroastro, su gran legislador religioso. Podemos obtener una idea de la antigua poesía persa de un poema llamado el *Shah Nameh,* compuesto por Firdousi, el gran poeta de Persia, en la mitad del siglo X, a. C. Aunque escrito largo tiempo después de la grandeza de Persia, es, sin embargo, valioso documento que atestigua esa grandeza, pues se basa en viejas tradiciones y fragmentos de poesía y de historia. Juzgando la capacidad poética de los persas por este poema, diríamos que se distingue más bien por una fantasía vivaz y delicada, que por la verdadera imaginación creadora que distingue a los griegos, o por la gran inspiración de los profetas y bardos hebreos.

Diversos Temas

DIEZ CAPITULOS DE LA HISTORIA DE CRISTO

POR GIOVANNI PAPINI

(*Traducción directa del italiano.*)

EL ESTABLO

JESUS nació en un Establo.

Un Establo, un verdadero Establo, no es el alegre pórtico ligero que los pintores cristianos han edificado al Hijo de David, como avergonzados de que su Dios yaciese en la miseria y en la suciedad. Y no es tampoco el Pesebre de yeso, que la fantasía confitera de los figuristas ha imaginado en los tiempos modernos; el Pesebre pulido y delicado, gracioso de color, con la artesa linda y aseada; el Burrito estático, y el compungido Buey, y los Angeles sobre el techo con el festón ondulante y los muñequitos de los reyes con mantos, y de los Pastores con capuchas, de rodillas a los dos lados de la escena. Este puede ser el sueño de los novicios, el lujo de los curas, el juguete de los niños, la "posada vaticinada" de Alejandro Manzoni; pero no es, en verdad, el Establo donde nació Jesús.

Un Establo, un Establo verdadero, es la Casa de las Bestias, la prisión de las Bestias que trabajan para el Hombre. El antiguo, el pobre Establo de los países antiguos, de los países pobres, del país de Jesús, no es el Alojamiento con pilastras y capiteles, ni la Cuadra higiénica de los ricos de ahora, ni es la Choza bonita de los altares de Navidad. El Establo es sólo: cuatro muros toscos, un empedrado sucio, un techo de viguetas y lámina. El verdadero Establo es obscuro, sucio, maloliente: lo único limpio en él, es la Artesa donde el amo mezcla heno y trigo.

Los prados de primavera, frescos en las serenas mañanas, ondeantes al viento, asoleados, húmedos, olorosos, fueron segados; cortadas con el fierro las yerbas verdes, las altas hojas finas; segadas también las bellas flores abiertas: blancas, rojas, amarillas, celestes. Todo se marchitó, se secó, tomó el color pálido y único del heno. Los bueyes acarrearon a casa los despojos muertos de mayo y de junio.

Ahora aquella yerba y aquellas flores, aquellas yerbas tornadas

áridas, aquellas flores que siempre aromaron, están allí en la Artesa, para saciar el hambre de las Bestias, Esclavas del Hombre. Los Animales las enguyen despacio, con los grandes labios obscuros, y más tarde el prado florido vuelve a la luz, sobre la paja que les sirve de lecho, cambiado en estiércol húmedo.

Este es el verdadero Establo donde nació Jesús. El lugar más Asqueroso del mundo fué la primera habitación del único Puro entre los nacidos de mujer. El Hijo del Hombre, que debía ser devorado por las bestias que se llaman Hombres, tuvo, como primera cuna, la Artesa donde los Brutos rumian las flores milagrosas de la Primavera.

No por azar nació Jesús en un Establo. ¿El mundo no es, acaso, un inmenso Establo donde los hombres comen y estercolan? Las cosas más bellas, más puras, más divinas, ¿no las cambian, acaso, por infernal alquimia, en excremento? Después se tienden sobre los montones de estiércol y llaman a aquello "gozar de la vida."

Sobre la tierra, chiquero precario donde todos los embellecimientos y los perfumes no pueden esconder el estiércol, apareció una noche Jesús, sin más arma que la Inocencia, nacido del vientre de una Virgen sin mancha.

EL BUEY Y EL ASNO

Los PRIMEROS que adoraron a Jesús fueron animales y no hombres.

Entre los hombres buscaba a los sencillos, entre los sencillos a los niños, más sencillos que los niños y más mansos, lo acogieron los Animales domésticos. Aunque humildes, aunque siervos de seres más débiles y feroces que ellos, el Asno y el Buey habían visto arrodillarse, delante de ellos, las multitudes. El pueblo de Jesús, el pueblo de Jehová, el pueblo santo que Jehová había librado de la servidumbre de Egipto, el pueblo que el Pastor había dejado solo en el desierto cuando subió a hablar con el Eterno, había forzado a Araón a hacerle un Buey de Oro para adorarlo.

El Asno era consagrado en Grecia al Dios Ares, a Dionisos, a Apolo Iperbóreo. La burra de Balaam había salvado con sus palabras al profeta, más sabia que el sabio; Ocós, rey de Persia, puso un Asno en el Templo de Fta y lo hizo adorar.

Pocos años antes de que naciese Cristo, su futuro amo, Octaviano descendiendo hacia su flota la víspera de la batalla de Azio, encontró un burrero con su asno. La bestia se llamaba Nicón, el Victorioso, y después de la batalla el emperador hizo erigir un asno de bronce en el templo que recordó la victoria.

Reyes y Pueblos se habían, hasta entonces, postrado ante Bueyes y Burros. Eran los Reyes de la Tierra, los Pueblos que preferían la Materia. Pero Jesús no nacía para reinar sobre la Tierra ni para

amar la Materia. Con él terminará la adoración de la Bestia, la debilidad de Araón, la superstición de Augusto. Los Brutos de Jerusalem lo matarán; pero, en tanto, aquellos de Belem lo calientan con su aliento.

Cuando Jesús llegue, para la última Pascua, a la ciudad de la Muerte, cabalgará un asno. Pero él es profeta, más grande que Balaam, venido a salvar a todos los hombres y no sólo a los hebreos, y no cambiará su camino aunque todos los mulos de Jerusalem relinchen contra él.

LOS PASTORES

Despues de las Bestias, los Guardianes de las Bestias. Pues aun cuando el Angel no hubiese anunciado la gran Natividad, ellos hubieran acudido al Establo para ver al Hijo de la Recién llegada.

Los Pastores viven casi siempre solitarios y distantes. No saben nada del mundo lejano ni de las Fiestas de la Tierra. Cualquier acontecimiento acaecido cerca de ellos, aunque pequeño, los conmueve. Velaban los rebaños en la noche larga del solsticio cuando fueron heridos por la luz y las palabras del Angel.

Y apenas percibieron en la poca luz del Establo una Mujer joven y bella, que contemplaba en silencio a su Hijito; y vieron al niño con los ojos abiertos entonces; sus carnes sonrosadas y delicadas; su boca, que no había aún comido, les enterneció el corazón.

Un nacimiento, el nacimiento de un nuevo hombre, una alma que hace pocos instantes ha encarnado y viene a sufrir con otras almas, es siempre un milagro tan doloroso que conmueve aun a los sencillos que no lo comprenden. Y aquel recién nacido no era, para esos advertidos, un ignorado, un niño como todos los otros, sino el que, por miles de años, esperaba su pueblo doliente.

Los Pastores ofrecieron lo poco que tenían, aquel poco que es mucho si se da con amor; llevaron los blancos regalos del pastoreo: la leche, el queso, la lana, el cordero. También hoy, en nuestras montañas, donde están muriendo los últimos vestigios de la hospitalidad y de la fraternidad, apenas una esposa ha dado a luz, acuden las hermanas, las mujeres, las hijas de los pastores y ninguna con las manos vacías: quién tiene dos pares de huevos todavía tibios del nido, quién una botella de leche ordeñada ha pocos momentos, quién un queso que apenas empezaba a hacer corteza, quién una gallina para hacer el caldo a la parturienta. Un nuevo sér ha aparecido en el mundo y ha comenzado su llanto: los vecinos, como para consolar a la madre, le llevan sus ofertas.

Los pastores antiguos eran pobres y no despreciaban a los pobres; eran sencillos como niños y gozaban en contemplar a los niños; habían nacido de un pueblo engendrado por el Pastor de Ur, salvado por el Pastor de Madián. Pastores habían sido sus pri-

meros Reyes: Saúl y David. Pastores de rebaños antes que Pastores de tribus. Pero los Pastores de Belem, "desconocidos del mundo," no eran orgullosos. Un Pobre nacía entre ellos, y ellos lo miraban con amor y le daban, con amor, aquellas pobres riquezas. Sabían que aquel Niño, nacido de Pobres en la Pobreza, nacido Sencillo en la Sencillez, nacido del Populacho en medio del Pueblo, sería el rescatador de los Humildes, de aquellos hombres de "buena voluntad" para quienes el Angel había invocado la paz.

También el Rey Desconocido, el vagabundo Odiseo, por ningún otro fué acogido con tanta alegría como por el Pastor Eumeo en su Establo; pero Ulises iba a Itaca para tomar venganza, retornaba a su hogar para dar muerte a sus enemigos. Jesús nacía, al contrario, para condenar la Venganza, para mandar el Perdón a los enemigos. Y el amor de los Pastores de Belem ha relegado al olvido, sobrepasándola, la piedad hospitalaria del porquero de Itaca.

LOS TRES MAGOS

Algunos días después, tres Magos llegaban de Caldea y se arrodillaban delante de Jesús.

Venían, quizá, de Ecbatana, tal vez de las orillas del Mar Caspio; jinetes en sus camellos, con las alforjas llenas colgadas de las sillas, habían vadeado el Tigris y el Eufrates, atravesado el gran desierto de los Nómadas, costeado el mar Muerto. Una estrella nueva — parecida al cometa que reaparece de vez en cuando en el cielo para anunciar el nacimiento de un Profeta o la muerte de un César, — los había guiado hasta Judea.

Venían para adorar un Rey, y encuentran sólo un Niño de pecho, mal fajado, oculto en un Establo.

Casi mil años antes que ellos, una Reina de Oriente había venido en peregrinación a Judea y había traído también ella sus dones: oro, aromas y piedras preciosas; pero había encontrado un gran Rey en el trono, el más grande Rey que haya reinado en Jerusalem y de él había aprendido lo que ninguno le había sabido enseñar.

Los Magos, en cambio, que se creían más sabios que los Reyes, encontraron un Niño de pocos días, un Niño que no sabía aún ni preguntar ni responder, un Niño que desdeñaría, de grande, los tesoros de la Materia y la ciencia de la Materia.

Los Magos no eran Reyes; pero eran, en Media y en Persia, amos de los Reyes. Los Reyes mandaban a los Pueblos; pero los Magos guiaban a los Reyes. Sacrificadores, Intérpretes de Sueños, Profetas y Ministros, nadie más que ellos podía comunicarse con Ahura-Mazda, el Dios Bueno; sólo ellos conocían el Futuro y el Destino. Con sus propias manos mataban los Animales enemigos del Hombre y de las Mieses: las serpientes, los insectos nocivos, las

aves nefastas. Purificaban las almas y los campos: ningún sacrificio era aceptado por Dios si no era ofrecido por sus manos; ningún Rey hubiera emprendido guerra sin haberlos escuchado. Poseían los secretos de la Tierra y los del Cielo: privaban sobre toda su gente en nombre de la Ciencia y de la Religión. En medio de un pueblo que vivía para la Materia, representaban la parte del Espíritu.

Era justo, pues, que fuesen a postrarse ante Jesús. Después de las Bestias, que son la Naturaleza; después de los Pastores, que son el Pueblo, esta tercera Potencia — el Saber — se arrodilla ante el Pesebre de Belem. La vieja casta sacerdotal del Oriente hace acto de sumisión al nuevo Señor, que mandará sus anunciadores hacia Occidente; los Sabios se arrodillaron delante de Aquel que someterá la Ciencia de las Palabras y de los Números a la nueva Sabiduría del Amor.

Los Magos en Belem significan las viejas Teologías que reconocen la definitiva revelación, la Ciencia que se humilla delante de la Inocencia, la Riqueza que se postra a los pies de la Pobreza.

Ellos ofrecen a Jesús el Oro que Jesús hollará: no se lo ofrecen por que María, pobre, lo pueda necesitar para el viaje, sino para obedecer, de antemano, los consejos del Evangelio: "vende aquello que poseas y dalo a los pobres." No ofrecen el Incienso para vencer el mal olor del pesebre, sino porque sus liturgias están por terminar y ya no tendrán más necesidad de humos y perfumes para sus altares. Ofrecen la Mirra, que sirve para embalsamar los Muertos, porque saben que este Niño morirá joven y que la Madre, que ahora sonríe, necesitará aromas para el Cadáver.

Vestidos con suntuosos mantos reales y eclesiásticos, hincados sobre la paja del pienso, ellos, los Poderosos, los Doctos, los Divinos, se ofrecen como Prenda de la obediencia del Mundo.

Así obtuvo Jesús, para siempre, todas las investiduras a las cuales tenía derecho. Apenas partidos los Magos, comenzaron las persecuciones de los que le odiarían hasta la muerte.

OCTAVIANO

Cuando Cristo apareció sobre la Tierra, los Criminales reinaban, obedecidos, en ella. El nacía sujeto a dos Amos: uno, más fuerte y lejano, en Roma; el otro, más infame y cerca, en Judea. Una Canalla aventurera y afortunada se había apoderado violentamente, a precio de estragos, del Imperio; otra Canalla aventurera y afortunada se había apoderado, también violentamente, a precio de estragos, del Reino de David y de Salomón.

Las dos habían llegado al poder por caminos perversos e ilegítimos, a través de guerras civiles, traiciones, cuartelazos, crueldades y crímenes; habían nacido para entenderse; eran, en efec-

to, amigos y cómplices en cuanto lo permitía el vasallaje del Malvado subalterno hacia el Malvado superior.

El hijo del estrangulador de los veletros, Octaviano, se había mostrado bellaco en la guerra, vengativo en las victorias, traidor en las amistades, cruel en las represalias. A un condenado que le pedía al menos sepultura, respondió: "Esa es tarea de los enterradores." A los perugínos asesinados que pedían gracia, gritaba: *moriendum esse!* (¡mueran ésos!) Al Pretor Q. Galio, por una simple sospecha, quiso sacarle los ojos por sí mismo antes de hacerlo degollar. Dueño del Imperio, muertos y dispersos sus enemigos, obtenidas todas las magistraturas y los poderes, se había puesto la máscara de la mansedumbre y no le había quedado de los vicios juveniles más que la lujuria. Se contaba que en su juventud había vendido por dos veces su virginidad, la primera vez a César, la segunda en España a Irzio, por trescientos mil sextercios. Ahora se divertía divorciándose muchas veces, celebrando nuevas bodas con las mujeres que raptaba por medio de sus amigos, en adulterios casi públicos, y en fingir la comedia de restaurador del pudor.

Este hombre, sucio y enfermizo, era el amo del Occidente cuando nació Jesús, y no supo jamás que había nacido quien debía, al fin, disolver su régimen.

Le bastaba la fácil filosofía del plagiario, gordo y pequeño Horacio: "Gocemos hoy, vino y amor; la muerte, sin esperanza, nos espera; no se pierda un día." En vano Virgilio, que era celta, el hombre de campo, el amigo de las sombras, de los plácidos bueyes, de las abejas doradas, que había descendido con Eneas a contemplar los castigos del Infierno y desahogaba su inquieta melancolía con la música de la palabra, en vano Virgilio, el amoroso, el religioso Virgilio, había anunciado una nueva edad, un nuevo orden, una nueva raza, un Reino de los Cielos, más profano y menos vivo que el que Jesús anunciaría, pero igualmente más noble y puro que el Reino del Infierno que estaba preparándose. En vano, porque Augusto había visto en aquellas palabras una fantasía pastoral y había tal vez creído, él, el corrompido protector de corrompidos, ser el Salvador anunciado, el restaurador del reino de Saturno.

Pero un presentimiento del nacimiento de Jesús, del verdadero Rey que venía a echar abajo a los Reyes del Mal, lo tuvo quizá antes de la muerte, el gran cliente oriental de Augusto, su vasallo de Judea, Herodes el Grande.

HERODES EL GRANDE

Herodes era un Monstruo: uno de los monstruos más pérfidos salidos de los abrasadores desiertos del Oriente, que también habían engendrado más de uno, horribles a la vista.

No era hebreo, ni griego, ni romano: era un idumeo, un bár-

baro que importunaba delante de Roma e imitaba a los griegos para asegurar mejor su dominio sobre los hebreos. Hijo de un traidor, había usurpado el reino a sus señores, a los últimos malvados asmoneos. Para legitimar su traición casó con su sobrina, Mariamne, a quien después mató por injustas sospechas. No era su primer delito; había hecho antes ahogar a traición a su cuñado Aristóbulo; había condenado a muerte a otro cuñado, José, y a Ircano Segundo, último reinante de la dinastía vencida. No contento con haber hecho morir a Mariamne, hizo matar también a la madre de ésta, Alejandra, y por último a los hijos de Baba, nada más porque eran lejanos parientes de los Asmoneos. Entretanto se divertía en hacer quemar vivos a Judas de Sarite y a Matías de Margaloth, junto con otros jefes fariseos. Más tarde tuvo temor de que los hijos tenidos de Mariamne quisiesen vengar a su madre y los hizo estrangular; cercano a la muerte, dió orden de matar también a un tercer hijo, Arquelao. Lujurioso, desconfiado, impío, ávido de oro y de gloria, no tuvo jamás paz ni en su casa, ni en Judea, ni consigo mismo. Para que olvidasen sus asesinatos, hizo al pueblo de Roma un donativo de trescientos talentos para gastarse en fiestas, se humilló delante de Augusto para que consintiese sus infamias y, al morir, le dejó 10.000.000 de dracmas, y además, una nave de oro y otra de plata para Livia.

Este soldaducho revestido, este árabe mal pulido, pretende conciliarse y conciliar helenos y hebreos; llegó a comprar los degenerados discípulos de Sócrates, que en Atenas llegaron al punto de levantarle una estatua; pero los hebreos lo odiaron hasta la muerte. Inútilmente reedificó a Samaria y restauró el Templo de Jerusalem: él era siempre, para ellos, el Pagano y el Usurpador.

Tremebundo como los malhechores que envejecen y los príncipes nuevos, cada rumor de hoja, cada agitar de la sombra, lo hacían estremecerse. Supersticioso como todos los orientales, crédulo en los presagios y en los vaticinios, pudo fácilmente creer a los Tres que venían del fondo de Caldea, conducidos por una estrella, hacia el país de que él se había apoderado por medio del fraude. Cualquier pretendiente, por fantástico que fuese, podía hacerle temblar. Y cuando supo por los Magos que un Rey de Judea había nacido, su corazón de bárbaro inquieto aceleró sus latidos. No viendo volver los Astrólogos a enseñarle el lugar donde había aparecido el nuevo hijo de David, ordenó que todos los niños de Belem fuesen muertos. José Flavio calló esta última hazaña del Rey; pero aquel que había hecho matar a sus propios hijos, ¿sería tal vez capaz de perdonar a quienes no lo eran?

LOS INOCENTES

Ninguno supo jamás cuántos fueron los niños sacrificados

al pavor de Herodes. No era la primera vez que en Judea eran pasados a cuchillo hasta los lactantes, todavía prendidos al pecho de las madres. El mismo pueblo hebreo había castigado, en los antiguos tiempos, a las ciudades enemigas con el asesinato de los ancianos, de las esposas, de los jóvenes y de los niños: no perdonaba más que a las vírgenes para hacerlas esclavas y concubinas. Dios mismo, el celoso Jehová, había dado a menudo la orden de la destrucción, y ahora el idumeo aplicaba la ley mosaica del talión al pueblo que la había aceptado.

No sabemos cuántos fueron los Inocentes; pero sabemos — si Maclovio amerita fe — que entre ellos había un hijo pequeño de Herodes que se estaba criando en Belem.

Nadie sabe tampoco si esto sirvió de castigo para el viejo monarca, uxoricida e infanticida; quién sabe si ni siquiera padeció cuando le llevaron la noticia del error. Poco después él mismo debía de dejar la vida, asaltado de males asquerosos. El cuerpo se le pudría en vida; gusanos le consumían los testículos; tenía los pies abrasados, la respiración sofocada, el aliento insoportable. Repugnándose a sí mismo, intentó matarse con un cuchillo estando a la mesa, y finalmente, murió después de haber ordenado a Salomé dar muerte a muchos jóvenes que tenía prisioneros.

La Matanza de los Inocentes fué la última hazaña del corrompido y sanguinario viejo; esta inmolación de Inocentes cerca de la cuna de un Inocente; este holocausto de sangre para un recién nacido que ofrecerá su sangre para el perdón de los culpables; este sacrificio humano, para aquel que a su vez será sacrificado, tiene un sentido profético. Millares de millares de Inocentes deberían morir después de su muerte por el solo delito de haber creído en su Resurrección: nacía para morir por los otros, y he aquí a millares de nacidos que mueren por él, como para expiar su nacimiento.

Hay un tremendo misterio en esta oferta sangrienta de Inocentes, en este diezmo de coetáneos. Pertenecían a la generación que lo debía traicionar y crucificar; pero aquellos que fueron degollados por los soldados de Herodes ese día, no lo vieron, no llegaron a ver matar a su Señor. Lo salvaron con su muerte, y se salvaron para siempre. Eran Inocentes, y han permanecido Inocentes para siempre. Sus padres, sus hermanos supervivientes, un día los vengarán; pero serán perdonados "porque no saben lo que hacen.".

EL DESTIERRO EN EGIPTO

Un poeta cristiano, italiano, cantaba a Jesús recién nacido, este arrullo:

Duerme, niño, no llores;
Duerme, niño celeste;
Sobre tu cabeza rugir
No osen las tempestades.

Pero el hijo de María no se hizo carne para dormir. Y aunque las tempestades rujan, no le darán miedo.

Mejor que de Siddharta, merece el sobrenombre de Despierto. No podrá dormir en el Establo donde el Burro rebuzna — precursor de todos los Burros que rebuznen detrás de sus pasos; — donde el Buey muge — esperando que otros Bueyes hablen a su vista; — donde los Pastores interrogan, donde los Magos bendicen. No podrá dormir mientras se aproximan los pasos de los asesinos enviados por Herodes. No dormirá jamás hasta la última noche, cuando esté bajo los Olivos, angustiado entre los cuerpos de los Once adormecidos.

Y María no puede dormir. De tarde, apenas las casas de Belem se esfuman en la oscuridad y se encienden las primeras luces, la Madre parte a escondidas como una fugitiva, como una ladrona, como una perseguida. Roba una vida al Rey; salva una esperanza al Pueblo; estrecha contra su pecho al niño, su riqueza, su pena.

Vuelve hacia el Occidente la mirada; atraviesa la vieja tierra de Canaán, y llega por pequeñas etapas — los días son cortos, — a la vista del Nilo, a aquella tierra de Mizraim que tantas lágrimas había costado a sus padres catorce siglos antes.

Jesús, el continuador de Moisés, pero, al mismo tiempo, el Ante Moisés, rehace, a su modo, el camino del primer Redentor. Los hebreos habían estado bajo el yugo de los egipcios; esclavos mal comidos, mal tratados y vejados.

El Pastor de Madián se hizo Pastor de Israel y, a través del desierto, condujo a la gente de la cerviz dura a la vista del Jordán y de las viñas maravillosas. El pueblo de Jesús había salido de Caldea con Abraham y había llegado, con José, a Egipto; Moisés lo había llevado de Egipto hacia Canaán; ahora el más grande de los Libertadores volvía amenazado a las orillas de aquel río, donde el primer Salvador había sido salvado de las aguas y había salvado a sus hermanos.

Egipto, tierra de todas las infamias y magnificencias de las Primeras Epocas, India africana donde las olas de la Historia se perdían en la muerte, — Pompeyo y Antonio en pocos años habían terminado sobre sus playas el sueño del imperio y la vida misma, — este país prodigioso nacido del agua, quemado del sol, regado de tantas sangres de pueblos diversos, habitado de tantos dioses en forma de bestias, este país absurdo y sobrenatural era, por razón de contraste, el asilo predestinado del fugitivo.

La riqueza de Egipto estaba en el fango, en el grueso limo que el Nilo vertía cada año sobre el desierto. La idea fija de Egip-

to era la muerte; los burgueses egipcios no querían morir, negaban la muerte; pensaban vencerla con la simulación de la materia, con los embalsamamientos, con las estatuas que esculpían sus escultores, retratando los cuerpos de carne. El rico, el ventrudo egipcio, el hijo del lodo, el adorador del Buey y del Cinocéfalo, no quería morir. Fabricaba para la segunda vida las inmensas necrópolis, llenas de momias vendadas y perfumadas, de imágenes en madera y mármol, y erigía pirámides sobre los cadáveres para que la duración de las piedras los resguardase de la consumación.

Jesus, cuando pueda hablar, pronunciará la sentencia contra Egipto: el Egipto que no está solamente sobre las riberas del Nilo, el Egipto que no ha desaparecido aún de la faz de la tierra con sus reyes, con sus gavilanes, con sus serpientes. Cristo dará la respuesta definitiva y eterna al terror de los egipcios. Condenará la riqueza, que viene del lodo y vuelve al lodo, y todos los fetiches de los ventrudos ribereños del Nilo; y vencerá a la muerte sin féretros esculpidos, sin regios funerales, sin estatuas de granito y basalto. Vencerá a la muerte, enseñando que el pecado es más voraz que los gusanos, y que la pureza del espíritu es el único perfume que preserva de la corrupción.

Los adoradores del Fango y de lo Animal, los servidores de la Riqueza y de la Bestia, no podrán salvarse. Y sus sepulcros, así sean tan altos como montañas, adornados como gineceos de reinas, blancos y cubiertos de flores como aquellos de los fariseos, no conservarán más que Ceniza, cieno que se transforma como la carroña de los Animales. No se triunfa de la muerte copiando la vida con piedra o con madera: la piedra se desmorona y se vuelve polvo; la madera se apolilla y se vuelve polvo, y ambas son fango, eterno fango.

EL PERDIDO ENCONTRADO

El destierro en Egipto fué breve. Jesús fué transportado en brazos de la Madre, mecido todo el largo camino por el paso lento de la cabalgadura, a la casa paterna de Nazaret, pobre casa y taller donde el martillo golpeaba y la lima chirriaba hasta la puesta del sol.

Los Evangelistas canonizados no dan noticias de estos años: los apócrifos dan muchas, pero casi difamatorias.

Lucas, sabio médico, se contenta con escribir que el niño "crecía y se robustecía;" que no era, entonces, débil y macilento. Muchacho bien desarrollado, sano, lleno de salud, como debía ser aquel que habría de dar a los otros alivio con sólo tocarlos con la mano.

"Todos los años, cuenta Lucas, los padres de Jesús iban a Jerusalem para la Fiesta del Pan sin Levadura, recuerdo de la sa-

lida de Egipto. Iban en masa vecinos, amigos, familiares, para hacer el viaje en compañía, para engañar mejor lo largo y fastidioso del camino. Iban contentos, más como si fuesen a un Festival que a la solemnidad memorable de un padecimiento, porque la Pascua se había convertido, en Jerusalem, en una inmensa Consagración, en una junta de todos los judíos dispersos en el Imperio."

Doce Pascuas habían pasado desde el nacimiento de Jesús. Aquel año, después de haber partido de la ciudad santa los vecinos de Nazaret, María advirtió que su hijo no estaba con ellos. Todo el día lo buscó, preguntando a cuantos conocidos encontraba si lo habían visto; pero ninguno pudo darle razón. A la mañana siguiente volvió atrás, rehizo el camino andado, se dirigió por las calles y las plazas de Jerusalem, fijando los negros ojos sobre cada muchacho que se encontraba, interrogando a las madres en los umbrales de las puertas, recomendando a los paisanos que no habían partido aún que la ayudasen a seguir la pista del perdido. Una madre que ha perdido a su hijo, no tiene descanso hasta que lo encuentra: no piensa más en sí; no siente el cansancio, el sudor, el hambre; no se sacude el polvo del vestido, no se arregla el cabello, no se cuida de la curiosidad de los extraños, y sus ojos extraviados no ven más que la imagen de aquél que ya no está cerca de ella.

Finalmente, al tercer día, subió al Templo, espió en los corredores y vió por fin, en la sombra de un pórtico, un corrillo de ancianos que hablaban; se acercó vergonzosa — que aquellas largas capas y largas barbas parecían de gente de importancia que no hubiese escuchado a una pobre mujer de Galilea, — y descubrió, en medio del círculo, los cabellos rizados, los ojos esplendentes, la faz morena, la fresca boca de su Jesús. Aquellos ancianos hablaban, con su Hijo, de la Ley y de los Profetas; lo interrogaban y él respondía, y, después de haber respondido, preguntaba a su vez y aquéllos lo instruían, maravillados de que un muchacho de tan poca edad conociese tan bien las palabras del Señor. Pero él se acordaba de los Libros que había escuchado leer en la pequeña sinagoga de Nazaret; y su memoria no había perdido una sílaba.

María permaneció por algunos momentos contemplándolo, y casi no creía lo que veían sus ojos: su corazón, que un momento antes latía con ansia, ahora latía más fuerte, con estupor. Pero no pudo resistir más y, de improviso, lo llamó por su nombre en alta voz; los ancianos se apartaron y la mujer atrajo a su hijo hacia el pecho y lo estrechó fuertemente en silencio, humedeciéndole el rostro con las lágrimas retenidas hasta entonces.

Lo cogió, se lo llevó para siempre, segura de tenerlo consigo, de haberlo recobrado, de tenerlo cerca, de no haberlo perdido; la madre feliz se acuerda de la madre desesperada.

—¿Por qué has hecho esto? He aquí que tu padre y yo, acongojados, andábamos en busca de ti.

—¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?

Graves palabras, especialmente si son dichas por un niño de doce años a una madre que ha padecido tres días por él.

"Y ellos — prosigue el Evangelista — no comprendieron aquello que les había dicho." Pero nosotros, después de tantos siglos de experiencia cristiana, podemos comprender aquellas palabras que parecen, a primera vista, duras y soberbias.

¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que yo no puedo perderme, que yo no estaré jamás perdido para ninguno, ni siquiera para aquellos que me sepulten dentro de la tierra? Yo estaré en todas partes donde alguien crea en mí, aunque no me vean con los ojos; no puedo estar perdido para ningún hombre con tal que me tenga en el corazón. No estaré perdido cuando esté solo en el Desierto, cuando esté solo sobre las aguas del Lago, cuando esté solo en el huerto de Olivos, cuando esté solo en el Sepulcro. Si me escondo, vuelvo; si muero, resucito; quien me pierde, no puede hacer otra cosa que volverme a encontrar.

¿Y quién es aquel padre del cual me habláis? Es el padre según la ley, según los hombres. Pero el verdadero Padre está en los cielos; es el Padre que ha hablado a los Patriarcas cara a cara, que ha puesto las palabras en la boca a los Profetas. Yo debo saber lo que ha dicho a ellos de mí, sus voluntades eternas, las leyes que ha impuesto a su pueblo, los pactos que ha firmado con todos. Si debo de hacer lo que ha mandado, debo ocuparme de aquello que verdaderamente es suyo. ¿Qué cosa es un vínculo legal, temporal, comparado con una liga mística, con una liga espiritual, con una liga eterna?

EL CARPINTERO

Pero no había llegado, para Jesús, la hora de la evasión definitiva. La voz de Juan no se había oído, y él volvió a tomar, con el padre y la madre, el camino de Nazaret, y volvió al taller de José para ayudarlo en su trabajo.

Jesús no estuvo en las escuelas de los Escribas ni en las de los griegos. Pero no le faltaban maestros: conoció los tres más grandes Doctores: el Trabajo, la Naturaleza y el Libro.

No se olvide que Jesús fué un Obrero e hijo adoptivo de un Obrero: no se debe ocultar que nació Pobre, entre gente que trabajaba con sus propias Manos, que ganaba su pan con el trabajo de las Manos, y que él se ganó el Pan cotidiano, antes de transmitir la Anunciación, con el trabajo de sus Manos: aquellas Manos que bendijeron a los humildes, que sanaron a los leprosos, que

iluminaron a los ciegos, que resucitaron a los muertos. Aquellas Manos que fueron agujereadas por los clavos sobre la madera, eran Manos que bañó el sudor del trabajo, Manos que sintieron el entorpecimiento del trabajo, Manos encallecidas en el trabajo, Manos que habían manejado las herramientas del trabajo, que habían clavado clavos en la madera: Manos de oficio.

Jesús fué un Obrero de la Materia antes de ser un Obrero del Espíritu; fué Pobre antes de llamar los Pobres a su mesa, a la fiesta de su Reino. No nació entre gente adinerada, en casa lujosa, en lecho cubierto de lana y de púrpura. Descendiente de Rey, vivía en la casa de un Carpintero; hijo de Dios, nació en un Establo. No pertenecía a la casta de los Grandes, a la aristocracia de los Guerreros, a la sociedad de los Ricos, al consejo supremo de los Sacerdotes. Nació en la ínfima clase del Pueblo, aquella que no tiene, bajo de sí, más que los Vagabundos, los Mendigos, los Prófugos, los Esclavos, los Criminales, las Prostitutas. Cuando ya no sea Obrero manual, sino espiritual, descenderá aún más bajo a los ojos de las Personas Respetables y buscará sus amigos entre la malvada chusma, aun inferior a la Plebe. Esperando el día en que bajará al Infierno de los Muertos, Jesús bajará al Infierno de los Vivos y figurará, en la jerarquía de las castas que dividen eternamente a los hombres, como un pobre Trabajador y nada más.

El oficio de Jesús fué uno de los cuatro más antiguos y más sagrados. Los del Campesino, del Albañil, del Herrero y del Carpintero son, entre las artes manuales, las más afines con la vida del hombre, las más inocentes y religiosas.

El Guerrero degenera en Saqueador, el Marinero en Pirata, el Comerciante en Aventurero; pero el Campesino, el Albañil, el Herrero y el Carpintero no traicionan, no pueden traicionar, no se corrompen. Manejan las materias más familiares y deben transformarlas, a los ojos de todos, para el servicio de todos, en obras visibles, sólidas, concretas, verdaderas. El Campesino rompe la tierra, y saca el Pan que comen el Santo en su gruta y el Homicida en su cárcel. El Albañil talla la piedra y construye la Casa, la Casa del Pobre, la Casa del Rey, la Casa de Dios; el Herrero pone al fuego el Fierro y le da forma, para dar la Espada al Soldado, el Arado al Campesino, el Martillo al Carpintero; el Carpintero corta y clava la Madera para construir la Puerta que protege la casa de los Ladrones, para fabricar la Cama sobre la cual los Ladrones y los Inocentes morirán.

Estas simples cosas, estas cosas ordinarias, comunes, usuales, tan usuales, comunes y ordinarias que no las miramos jamás, que pasan desapercibidas bajo nuestros ojos acostumbrados a más complicadas maravillas, son las más sencillas creaciones del hombre;

pero más milagrosas y necesarias que todas las otras inventadas después.

El Carpintero Jesús vivió, en su juventud, en medio de estas cosas y las fabricó con sus manos, y entró por la primera vez, por medio de estas cosas, hechas por él, en comunión con la vida cotidiana de los hombres, con la vida más íntima y sagrada: la del hogar. Fabricó la Mesa, a la cual es tan dulce sentarse en la noche con los amigos aunque haya, entre ellos, un traidor; la Cama donde el hombre respira la primera y última veces; la Caja donde la mujer de la campiña encierra sus pobres andrajos, los delantales y los pañuelos de las fiestas, y las blancas y planchadas camisas de su hombre; la Artesa donde se amasa la harina que la levadura esponja, a fin de que esté pronta para el horno; la Silla donde los viejos, en la noche, se sientan al fuego a hablar de la juventud que no puede volver.

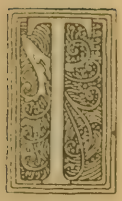
A menudo Jesús, mientras las virutas claras y ligeras se enroscaban bajo el filo del cepillo, y el aserrín caía en tierra al áspero ritmo de la lima, debió pensar en las promesas del Padre, en los pronósticos de los Profetas, en un Trabajo que no era de sierras y de reglas, sino de espíritu y verdad.

El oficio le enseñó que vivir significa transformar las cosas muertas e inútiles en cosas útiles y vivas; que la materia más vil, golpeada y transformada, puede volverse preciosa, amiga servicial para los hombres; que para salvar, en suma, es necesario cambiar; y que así como se saca de un torcido tronco de olivo, costrudo y terroso, el lecho del niño y de la esposa, se puede hacer, del vil adinerado y de la pobre ramera, dos ciudadanos del Reino de los Cielos.

INQUIETUD, REBELDIA, PERFECCION

POR JOSE INGEGNIEROS

I. Inquietud



ODA juventud inquieta elabora gérmenes de renovación. —Insatisfecha del pasado o anhelosa del porvenir, cada generación anuncia la posibilidad de algo mejor, presintiendo el ritmo de lo que vendrá, aunque no acierte a definirlo en precisos ideales. Inquietud es vida; inquietud es voluntad; inquietud es esperanza.

Los portavoces de la moral quietista, destinada a obstruir todo espíritu de progreso, contemplan el universo como una obra harmónica y de ello infieren que la vida humana se desenvuelve en la mejor de las formas posibles, en el más perfecto de los mundos; ese rancio optimismo de envejecidos metafísicos, que llevaría a mirar como grandes bienes las guerras y las epidemias, el dolor y la muerte, ha merecido críticas risueñas, jamás contradichas eficazmente.

La moral meliorista es el presupuesto necesario de todos los que tienen ideales y opone al quietismo abstracto la creencia activa en la perfectibilidad; optimismo no significa ya simple satisfacción frente a lo actual, sino confianza en la posibilidad de perfecciones infinitas. Lo existente no es perfecto en sí; pero marcha hacia un perfeccionamiento que, para el hombre en particular, se traduce en dignificación de su vida. Todo lo humano es susceptible de mejoramiento progresivo y es natural el devenir de un bien mayor, mensurable por el conjunto de satisfacciones en que los hombres hacen consistir la felicidad.

Afirmar que vivimos en una sociedad perfecta implica prescribir al hombre una mansedumbre de siervo. De esa premisa escéptica partieron en todo tiempo los más hipócritas defensores de los intereses creados; mirar el instable equilibrio actual como un orden definitivo, implica desconocer que en la sociedad pueden existir desharmonías eliminables por una incesante perfección.

Cada nueva generación reconoce la existencia de injusticias reparables y afirma con su rebeldía que no hay orden social preestablecido sino relaciones humanas destinadas a variar en el devenir infinito. Su moral optimista no mira hacia atrás, sino hacia

adelante; no es para corazones seniles, que ya no pueden perfeccionar el ritmo de sus latidos. Frente a la pasiva aquiescencia de los viejos al mal presente, el destino de los pueblos florece en manos de los jóvenes que saben sentir la infinita inquietud de bienes venideros.

2. *Todo esfuerzo renovador deja un saldo favorable para la sociedad.*—La lluvia que fecunda el surco no cuenta sus gotas ni teme caer en exceso; aunque una generación sólo realice una parte mínima de sus ideales, esa parte justifica sobradamente la totalidad de su esfuerzo. Renovarse o morir, dijeron en su tiempo los renacentistas; renovarse o morir, repita siempre la juventud que entra a vivir en un mundo sin cesar renovado. Esa, y ninguna otra, será la fórmula de los hombres y de los pueblos que aspiren a tener un porvenir mejor que su pasado.

La inquietud de saber más, de poder más, de ser más, renueva al hombre incesantemente; cuando ella cesa, deja él de vivir, porque envejece y muere. La personalidad intelectual es función, no es equilibrio; siguiendo un curso lógico, tiende a una integración permanente, enriquecida sin cesar por una experiencia que crece y un sentido crítico que la rectifica. Renovarse es prueba de juventud funcional, revela aptitud para aumentar y expandir la personalidad sin apartarse de sus caminos hondamente trazados; lo que es muy distinto del variar con la moda, que sólo denuncia ausencia de ideas propias y pasiva adhesión a las ajenas. La incapacidad de perfeccionar su ideología permite sentenciar el envejecimiento de un pensador; implica la declinación de esas aptitudes asimiladoras e imaginativas que ensanchan el horizonte elevando los puntos de vista.

En la sociedad, como en el hombre, la inquietud de mayor libertad, de mayor justicia, de mayor solidaridad, es la fuerza motriz del mejoramiento social; cuando ella deja de actuar, las sociedades se envilecen, marchando a la disolución o a la tiranía. El progreso es un resultado de la inquietud implícita en todo optimismo social; la decadencia es el castigo de las épocas de escéptico quietismo.

3. *Lo bueno posible se alcanza buscando lo imposible mejor.*—Dice la Historia que ninguna juventud renovadora ha visto íntegramente realizados sus ensueños; la práctica suele reducir sus ideales, como si la sociedad sólo pudiera beber muy diluída la pura esencia con que aquélla embriaga su imaginación. Es cierto; pero dice, también, que en las exageraciones de los ilusos y utopistas están contenidas las realizaciones que, en su conjunto, constituyen el progreso efectivo. ¡Alabados sean los jóvenes que equivocándose como ciento auguran un beneficio igual a uno! ¡Alabados sean los que arrojan semillas a puñados, generosamente, sin preguntarse

cuántas de ellas se perderán y sólo pensando en que la más pequeña puede ser fecunda!

Para el perfeccionamiento humano son inútiles los tímidos que viven rumiando tranquilamente, sin arriesgarse a tentar nuevas experiencias; son los innovadores los únicos que sirven descubriendo un astro o encendiendo una chispa. Podrá ser más cómodo no equivocarse nunca que errar muchas veces; pero sirven mejor a la humanidad los hombres que, en su inquietud de renovarse, por acertar una vez aceptan los inconvenientes de equivocarse mil.

Los quietistas aconsejan dejar a otros la función peligrosa de innovar, reservándose el pacífico aprovechamiento de los resultados; los epicúreos de todos los tiempos han resuelto la cuestión según su temperamento. Pero los inquietos renovadores de las ciencias, de las artes, de la filosofía, de la política, de las costumbres, son los arquetipos selectos, las afortunadas variaciones de la especie humana, necesarias para revelar a los demás hombres alguna de las formas innumerables que devienen incesantemente.

La juventud es, por definición, inquietud renovadora; la virilidad misma sólo se mide por la capacidad de renovar las orientaciones ya adquiridas. Cuando se apaga, cuando se miran con temor las ideas y los métodos que son piedras miliares en el sendero del porvenir, podemos asegurar que un hombre o un pueblo comienza a envejecer. Y si el quietismo se convierte en odio sordo, en suspicacia hostil a toda renovación, debemos mirarlo como un signo de irreparable decrepitud.

II. Rebeldía

1. *Rebelarse es afirmar la propia personalidad.*—Tres yugos impone el espíritu quietista a la juventud: rutina en las ideas, hipocresía en la moral, domesticidad en la acción. Todo esfuerzo por libertarse de esas coyundas es una expresión del espíritu de rebeldía.

La sociedad es enemiga de los que perturban sus "mentiras vitales". Frente a los hombres que le traen un nuevo mensaje, su primer gesto es hostil; olvida que necesita de esos grandes espíritus que, de tiempo en tiempo, desafían su encono, predicando "verdades vitales".

Todos los que renuevan y crean, son subversivos: contra los privilegios políticos, contra las injusticias económicas, contra las supersticiones dogmáticas. Sin ellos sería inconcebible la evolución de las ideas y de las costumbres, no existiría posibilidad de progreso. Los espíritus rebeldes, siempre acusados de herejía, pueden consolarse pensando que también Cristo fué hereje contra la rutina, contra la ley y contra el dogma de su pueblo, como lo fuera antes

Sócrates, como después lo fué Bruno. La rebeldía es la más alta disciplina del carácter; templa la fe, enseña a sufrir, poniendo en un mundo ideal la recompensa que es común destino de los grandes perseguidos; la humanidad venera sus nombres y no recuerda el de sus perseguidores.

Siempre ha existido, a no dudarlo, una conciencia moral de la humanidad, que da su sanción. Tarda a veces, cuando la regatean los contemporáneos; pero llega siempre, y acrecentada por la perspectiva del tiempo, cuando la discierne la posteridad.

2. *El espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos.*—Creencias que el tiempo ha transformado en supersticiones, siguen formando una atmósfera coercitiva que impide el desenvolvimiento de la cultura humana; en cada momento de la historia se yergue heroico contra ellas el espíritu de rebelión, que es la crítica, libre examen, iconoclastia.

Atrincherarse en la tradición significa renunciar a la vida misma, cuya continuidad se desenvuelve en un constante devenir; la obsecuencia al pasado cierra la inteligencia a toda verdad nueva, aparta de la felicidad todo elemento no previsto, niega la posibilidad misma de la perfección. Maniatarse ante los intereses creados, en el orden moral lo mismo que en el material, significa renunciar al advenimiento de una humanidad moralmente mejor. ¿Por qué — se pregunta el filósofo — seguiremos bebiendo aguas estancadas en pantanos seculares, mientras la naturaleza nos ofrece en la veta de sus rocas el chorro de fuentes cristalinas, que pueden apagar nuestra sed infinita de saber y de amor? Las aguas estancadas son los dogmas consagrados por la tradición; las fuentes de roca son las fuerzas morales que siguen manando de nuestra naturaleza humana, incesantes, eternas. Esas fuerzas rebeldes no han dejado de brotar nunca; viven, crean todavía, cada vez mejores; renunciar a ellas, como quiere el tradicionalismo, es decir ¡alto! a la vida misma; es decir ¡no! a los futuros ideales de la humanidad.

El espíritu de rebeldía es la antítesis del dogma de obediencia que induce a considerar recomendable la sujeción de una voluntad humana a otras humanas voluntades. En ese inverosímil renunciamiento de la personalidad, la obediencia no es a un sér sobrenatural sino a otro hombre, al Superior; ilustres teólogos han dado de ella una explicación poco mística y muy utilitaria, mirándola como uno de los mayores descansos y consuelos, pues el que obedece no se equivoca nunca, quedando el error a cargo del que manda. Este dogma lleva implícito un renunciamiento a la responsabilidad moral; el hombre se convierte en cosa irresponsable, en instrumento pasivo de quien lo maneja, sin opinión, sin criterio, sin iniciativa.

3. *La rebeldía intelectual es eterna y creadora.*—La leyenda

bíblica personifica en Satanás al ángel denunciador de las debilidades y corrupciones de la humanidad; y es Satanás en la poesía moderna el símbolo más puro del libre examen, del derecho de crítica, de todo lo que significa conciencia rebelde a la cuadriculación previa del pensamiento humano.

No es admisible ninguna limitación al derecho de buscar nuevas fuentes que fertilicen la vida. Obra de bienhechora rebeldía es descubrirlas, afirmarlas, aprovecharlas para el porvenir, impregnando la educación, ajustando a ellas progresivamente la conducta de los hombres. La sabiduría antigua, hoy condensada en dogmas, sólo puede ser respetable como punto de partida para tomar de ella lo que sea compatible con las nuevas creencias que florecen incesantemente; pero acatarla como inflexible norma de la vida social venidera, confundiéndola con un término de llegada que estamos condenados a no sobrepasar, es una actitud absurda frente al eterno mudar de la naturaleza.

El arte y las letras, la ciencia y la filosofía, la moral y la política, deben todos sus progresos al espíritu de rebeldía. Los domésticos gastan su vida en recorrer las sendas trilladas del pensamiento y de la acción, venerando ídolos y apuntalando ruinas; los rebeldes hacen obra fecunda y creadora, encendiendo sin cesar luces nuevas en los senderos que más tarde recorre la humanidad.

Juventud sin espíritu de rebeldía, es servidumbre precoz.

III. Perfección

1. ***En todo lo que existe actúan fuerzas de perfección.***—La perfectibilidad se manifiesta como tendencia a realizar formas de equilibrio, eternamente relativas e instables, en función del tiempo y del espacio. Nada puede permanecer invariable en un cosmos que incesantemente varía; cada elemento de lo inconmensurable varía para equilibrarse con todo lo variable que lo rodea y en esa adecuación funcional a la harmonía del todo consiste la perfección de las partes. El sistema solar varía en función del universo; el planeta, en función del sol que lo conduce; la humanidad, en función del planeta que habita; el hombre, en función de la sociedad que constituye su mundo moral. La más imprecisa nebulosa, la estrella más brillante, las cordilleras y los océanos, el roble y la mariposa, los sentimientos y las ideas, lo que conocemos y lo que concebimos entre la vía láctea y el átomo, está en perpetua renovación y perfeccionamiento. La muerte misma es palingenesia renovadora: sólo nos parece quietud y estabilidad porque suspende funciones que, en una parte mínima de lo real, llamamos vida.

Cuando esa perfectibilidad incesante es inteligida por la mente humana, engendra creencias aproximativas acerca de la perfección

venidera: se concibe como futuro lo mejor de lo presente, lo susceptible de variar en función de nuevas condiciones de equilibrio, lo que sobrevivirá selectivamente en formas siempre menos imperfectas. Los ideales son hipótesis de perfectibilidad, simples anticipaciones del eterno devenir.

Toda perfección en el mundo moral se concibe en función de la sociedad, sacudiendo la herrumbre del pasado, desatando los lazos del presente. Una visión de genio, un gesto de virtud, un acto de heroísmo, son perfecciones que se elevan sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres de su época; no pueden pensarse sin inquietud, ni pueden actuarse sin rebeldía.

2. *La perfectibilidad humana es privilegio de la juventud.*— Sólo puede concebir una futura adecuación funcional la mente plástica y sensible al devenir de la realidad; sólo en los jóvenes nace el sentimiento de perfección, como deseo que invita a creer y como esperanza que impulsa a obrar. El anhelo temprano de lo mejor dignifica el carácter y eleva la personalidad; la concepción meliorista de la vida social impide al joven acomodarse a los intereses creados y lo pone en tensión hacia el porvenir.

La perfectibilidad es educable, como todas las aptitudes. El hábito de la renovación mental, extendiendo la curiosidad a lo infinito que nos rodea, observando, estudiando, reflexionando, puede prolongar la juventud en la edad viril. El hombre perfectible, si considera incompleta su doctrina o insegura su posición, busca fórmulas nuevas que superen el presente, en vez de cerrar los ojos para volver a los errores tradicionales. La juventud, cuando duda, rectifica su marcha y sigue adelante; la vejez, incapaz de vencer el obstáculo, desiste y vuelve atrás.

En todos los campos de la actividad humana el deseo de perfección impone deberes de lucha y de sacrificio; el que dice, enseña o hace, despierta la hostilidad de los quietistas. No afrontan esa contingencia los hombres moralmente envejecidos; han renunciado a su propia personalidad, entrando a las filas, marcando el paso, vistiendo el uniforme del conformismo. Si son capaces de esfuerzo, será siempre contra los ideales de la nueva generación, aunándose en defensa de los intereses creados y sintiéndose respaldados por el complejo aparato coercitivo de la sociedad.

Amar la perfección implica vivir en un plano superior al de la realidad inmediata, renunciando a las complicidades y beneficios del presente. Por eso los grandes caracteres morales se han sentido atraídos por una gloria que emanara de sus propias virtudes; y como los contemporáneos no podían discernirla, vivían imaginativamente en el porvenir, que es la posteridad.

3. *Camino de perfección es vivir como si el ideal fuese realidad.*—Fácil es mejorarse pensando en un mundo mejor; está cerca

de la perfección el que se siente solidarizado con todas las fuerzas renovadoras que en su rededor florecen. Es posible acompañar a todos los que ascienden, sin entregarse a ninguno; se puede converger con ideales afines sin sacrificar la personalidad propia. No es bueno que el hombre esté solo, pues necesita la simpatía que estimula su acción; pero es temible que esté mal acompañado, pues las imperfecciones ajenas son su peor enemigo. Hay que buscar la solidaridad en el bien, evitando la complicidad en el mal.

El hombre perfectible sazona los más sabrosos frutos de su experiencia cuando llega a la serenidad viril, si el hábito de pensar en lo futuro le mantiene apartado de las facciones henchidas de apetitos. En todo tiempo fué de sabios poner a salvo su juventud moral, simplificando la vida entre las gracias de la Naturaleza, propicias a la meditación. Lejos del pasado que se defiende en vano, fácil es, como desde una cumbre, abarcar a las nuevas generaciones en una mirada de simpatía, no turbada por la visión de sus pequeñas imperfecciones.

Quien tiende hacia la perfección procura harmonizar su vida con sus ideales. Obrando como si la felicidad consistiera en la virtud, se adquiere un sentimiento de fortaleza que ahuyenta el dolor y vence la cobardía; todos los males resultan pequeños frente al supremo bien de sentirse digno de sí mismo. El virtuoso no puede ser infeliz: *beatitudo non praemium virtutis, sed ipso virtutis.* La santidad es de este mundo; entran a ella los hombres que merecen pasar al futuro como ejemplos de una humanidad más perfecta.

DE LA JUSTICIA

DIÁLOGO DE PLATÓN

I

SÓCRATES REFUTA LA MAXIMA DE QUE "ES JUSTO HACER EL BIEN A SUS AMIGOS Y HACER EL MAL A SUS ENEMIGOS"

FUIMOS a casa de Polemarco, en donde encontramos a sus dos hermanos, Lidias y Eutidemo, con Trasímaco de Calcedonia, Carmántido, del barrio de Peaneo, y Clitofonte, hijo de Aristónimo; Céfalo, el padre de Polemarco, también se encontraba allí. Como yo no le había visto desde hace mucho tiempo, me pareció que había envejecido bastante. Estaba sentado, con la cabeza apoyada sobre un cojín, y llevaba una corona, porque ese día había celebrado un sacrificio doméstico. Tomamos asiento a su lado, en los bancos que estaban colocados en círculo. Tan pronto como me vió, me saludó.

CEFALO.—No vienes con frecuencia al Pireo, Sócrates; sin embargo, tus visitas nos serían gratas. Si yo tuviera fuerzas suficientes para ir a la ciudad, te ahorraría el trabajo de venir aquí, e iría yo mismo a buscarte. Pero ahora te corresponde venir más a menudo, porque has de saber que todos los días hallo nuevos encantos en la conversación, a medida que los placeres del cuerpo disminuyen y me abandonan. Ten, pues, por mí esta condescendencia. Reúnete a estos jóvenes, y ven a menudo a ver a tus devotos amigos.

SOCRATES.—Yo también, Céfalo, hallo suma complacencia en la compañía de los ancianos. Como ya se encuentran al fin de una carrera que a nosotros corresponderá seguir un día, me parece natural obtener informes de ellos acerca de si la ruta es fácil o penosa. Y como tú estás ahora en esa edad que los poetas llaman el umbral de la vejez, me será grato oír lo que me digas acerca de ella y si la consideras como la época difícil de la vida.

CEFALO.—Te diré mi pensamiento, Sócrates, tal como él viene a mi espíritu. Suele ocurrir, según el antiguo adagio, que me

encuentre entre gentes de mi edad; todo el tiempo que con ellos paso se va en quejas y en lamentaciones de su parte; recuerdan con pesar los placeres del amor, los de la mesa, y todos los demás de ese carácter de que disfrutaban en su juventud. Se conduelen de estar privados de todos aquellos bienes que les parecieron tan preciosos. Al oirlos, se llega a la conclusión de que la vida que entonces llevaban era feliz, y de que en la actualidad ya no viven. Algunos se quejan de las ofensas a que les expone la vejez, de parte de sus vecinos; y no cesan de repetir los innúmeros males que su avanzada edad les depara diariamente. En cuanto a mí, Sócrates, creo que ellos no acusan la verdadera causa de su mal; porque, si ella fuese la vejez, yo, y todos aquellos que llegan a mi edad, deberíamos sentir los mismos efectos. Además, he conocido otros de una disposición muy diferente; y recuerdo que un día que me encontraba con el poeta Sófocles, habiéndole preguntado alguien en mi presencia si la edad le permitía aún disfrutar los placeres del amor, repuso: "A Dios no le place, y experimento la mayor satisfacción de haber sacudido el yugo de ese amo apasionado y brutal." Juzgué entonces que él tenía razón al hablar de esta suerte, y el tiempo no ha modificado mi pensamiento. En efecto, la vejez es un estado de reposo y de libertad de los sentidos. Tan luego como las pasiones dejan de hacer sentir su aguijón, y, por decirlo así, quedan en suspenso, lo dicho por Sófocles se comprueba plenamente: se liberta uno de una multitud de pasiones tiránicas. Con respecto a estas quejas de los viejos y a sus pesares domésticos, no es en la vejez, Sócrates, sino en el carácter de los viejos, en donde hay que buscar la causa. Con costumbres apacibles y tranquilas encuentra uno soportable la vejez. Con un carácter opuesto, la vejez y la juventud son igualmente difíciles.

Me encantó su respuesta y quise hacerle hablar más.

SOCRATES.—Estoy convencido, Céfalo, de que cuando tú hablas de esa manera, la mayor parte de los hombres no aprueban lo que dices, y que piensan que encuentras menos recursos contra las incomodidades de la vejez en tu carácter que en los grandes bienes que posees; porque se dice que los ricos tienen muchos consuelos.

CEFALO.—Dices bien: no me escuchan; la verdad es que hay algo de cierto en lo que ellos dicen, pero mucho menos de lo que ellos piensan. He aquí la bella respuesta que dió Temístocles a un serifio que le atribuía su reputación a la ciudad en que había nacido más que a sus propios méritos: "Verdad es, repuso, que si yo fuese de Serifo, no sería conocido; pero tú no lo serías más si fueses hijo de Atenas." Podría darse la misma respuesta a los ancianos poco ricos y quejumbrosos, diciéndoles que la pobreza haría

la vejez insoportable hasta para los mismos sabios; pero que, sin la sabiduría, las riquezas no podrían hacérsela jamás más dulce.

SOCRATES.—Pero estos grandes bienes que tú posees, ¿los has heredado de tus antepasados o los has adquirido tú en su mayor parte?

CEFALO.—¿Me preguntas qué he adquirido yo, Sócrates? Mis bienes de fortuna me dan un promedio entre la de mi abuelo y la de mi padre; porque mi abuelo, cuyo nombre llevo — habiendo heredado un patrimonio poco más o menos igual a mi actual fortuna,— hizo adquisiciones que sobrepasan en mucho los haberes que había recibido. Mi padre, Lisanias, me dejó, por el contrario, menos bienes de los que ahora poseo. Quedaría contento si mis hijos reciben de mí una herencia que no sea ni inferior ni superior a la que yo mismo he heredado.

SOCRATES.—Lo que me ha llevado a hacerte esta pregunta, es que no me parece que tú tengas mayor apego a las riquezas; cosa que es común a aquellos que no son los artífices de su propia fortuna; en tanto que aquellos que la deben a su industria, sí tienen mayor apego a ella, porque la aman por ser obra suya, así como los poetas aman los versos y los padres a sus hijos; aparte de que, como todos los demás hombres, sienten apego a las riquezas por los bienes que ellas les proporcionan. Por tanto, los hombres de que te hablo son de un trato difícil y no tienen estimación sino por el dinero.

SOCRATES.—Perfectamente. Pero dime: ¿cuál es, en tu opinión, la mayor ventaja que las riquezas procuran?

CEFALO.—Mi opinión a este respecto es precisamente la que con dificultad aceptarían muchas gentes. Sabrás, Sócrates, que cuando un hombre cree próximo el fin de su vida, experimenta temores e inquietudes que en otro tiempo no le preocupaban. Teme que aquellas cosas que hasta entonces ha considerado como fábulas, sean en realidad otras tantas verdades; y bien puede ser que esta aprensión provenga de la debilidad consiguiente a la edad, o de que el alma las vea entonces más claramente a causa de su proximidad. El hombre es presa, entonces, de dudas y temores, y repasa en la memoria todos los actos de su vida a fin de averiguar si ha hecho, o no, mal a nadie. Aquel que al examinar su conducta la encuentra llena de injusticias, despierta a menudo sobresaltado, como los niños durante la noche; tiembla, y vive en una inquieta expectativa. Pero aquel que nada tiene que reprocharse, abriga siempre una dulce esperanza que le sirve de nodriza en su vejez, según Píndaro. Ve ahora lo que dice — empleando una imagen, la más graciosa y admirable —al hablar de un hombre que ha llevado una vida justa y santa:

"La esperanza le acompaña haciendo palpitar dulcemente su corazón y amamantando su vejez,
La esperanza que nutre sin tropiezos
El espíritu flotante de los mortales."

Ahora bien; es porque la riqueza prepara este porvenir por lo que tiene tanto valor a mis ojos; y no para todos los hombres, sino solamente para los sabios; porque es a la riqueza a lo que en gran parte se debe el no hallarse expuesto a engañar a persona alguna involuntariamente, ni a mentir. Ella nos proporciona, además, la ventaja de salir de este mundo libres de todo temor de no haber hecho ciertos sacrificios a los dioses o por no haber pagado algunas deudas a los hombres. Tiene ella, además, otras ventajas indudables; pero, al considerarlas una por una, creo que todo hombre sensato no vacilará en dar a ésta preferencia marcada sobre las demás.

SOCRATES.—Lo que acabas de decir, Céfalo, es muy bello; pero ¿es propio definir la justicia haciéndola consistir simplemente en decir la verdad y en dar a cada cual lo que hemos recibido? ¿O no es ello más justo, o más injusto según las circunstancias? Por ejemplo, si alguien que hubiese confiado sus armas a un amigo, pidiese su devolución después de haber enloquecido, todo el mundo convendría en que no sería conveniente devolvérselas, y que habría injusticia en hacerlo. Todo el mundo convendría, además, en que sería perjudicial no disfrazarle la verdad en el estado en que se encuentra.

CEFALO.—Eso es cierto.

SOCRATES.—No consiste, pues, la justicia, en dar a cada uno lo suyo.

POLEMARCO.—Pero, si hemos de creer a Simónides, en eso precisamente es en lo que consiste la justicia.

CEFALO.—Os dejo que continuéis la discusión; es preciso que yo vaya a concluir mi sacrificio.

SOCRATES.—Entonces será Polemarco quien ocupará tu lugar.

CEFALO (*sonriendo*). Sí.

Y diciendo esto, salió Céfalo para ir a terminar su sacrificio.

SOCRATES.—Infórmame, pues, Polemarco, ya que tomas el lugar de tu padre, acerca de lo que dice Simónides con respecto a la justicia, y en qué puntos apruebas sus opiniones.

POLEMARCO.—Dice él que es propio de la justicia dar a cada uno lo suyo, y en este punto hallo que tiene razón.

SOCRATES.—Es bien difícil no estar de acuerdo con Simónides; era un sabio, un hombre divino. Pero ¿acaso comprendes tú, Polemarco, lo que ha querido él decir con eso? En cuanto a mí, yo no lo comprendo. Es evidente que él no quiere decir que uno

esté en la obligación de devolver, como lo decíamos hace un momento, un depósito, cualquiera que éste sea, cuando aquel que lo reclama ha perdido el juicio, y, sin embargo, ese depósito es una deuda, ¿no es así?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Y, por tanto, es necesario cuidarse de devolverlo, cualquiera que sea, a aquel que no tiene razón de reclamarlo.

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Simónides, pues, ha querido decir otra cosa cuando ha dicho que es justo devolver a cada cual lo que se le debe.

POLEMARCO.—Sin duda, una vez que él piensa que uno debe hacer siempre el bien a sus amigos y no hacerles nunca mal.

SOCRATES.—Ya lo oigo. Devolver a un amigo lo que se le debe, devolverle, por ejemplo, el dinero que nos ha confiado aun cuando no pueda recibirlo sino con perjuicio suyo. ¿No es esa la interpretación que das tú a las palabras de Simónides?

POLEMARCO.—Absolutamente.

SOCRATES.—Pero ¿debe uno devolver a sus enemigos aquello que uno crea deberles?

POLEMARCO.—Sí, lo que uno les deba; pero uno no debe a su enemigo sino aquello que cuadra con la enemistad, es decir, lo que le cause daño.

SOCRATES.—Simónides se ha explicado, pues, sobre la justicia en estilo poético y de una manera enigmática; ha creído, a lo que parece, que la justicia consiste en dar a cada cual lo que le conviene. Pero, en lugar de decir esto, ha dicho que consiste en dársele lo que se le debe.

POLEMARCO.—¿Piensas tú que ha querido él decir otra cosa?

SOCRATES.—¿Qué crees tú que hubiese contestado Simónides si alguien le hubiese formulado la siguiente pregunta?: ¿A quién da el arte que llamamos medicina lo que debe dar y lo que conviene dar, y qué es lo que ella da?

POLEMARCO.—Contestaría que ella da al cuerpo los remedios, los alimentos y las bebidas convenientes.

SOCRATES.—Y el arte culinario, ¿a quién da lo que debe y lo que conviene dar?; ¿qué es lo que él da?

POLEMARCO.—Sazona los manjares.

SOCRATES.—Y lo que se llama justicia, ¿a quién da lo que conviene, y qué es lo que da?

POLEMARCO.—Si hemos de atenernos a lo dicho anteriormente, la justicia consiste en hacer el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos.

SOCRATES.—¿Considera entonces Simónides, que es de justicia hacer el bien a sus amigos y hacer el mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—Paréceme que sí.

SOCRATES.—¿Quién puede hacer el mayor bien a sus amigos y el mayor mal a sus enemigos en caso de enfermedad?

POLEMARCO.—El médico.

SOCRATES.—¿Y en el mar, en caso de peligro?

POLEMARCO.—El piloto.

SOCRATES.—¿Y en qué ocasión y de qué manera puede el hombre justo hacer el mayor bien a sus amigos y el mayor mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—Paréceme que en la guerra, atacando a los unos y defendiendo a los otros.

SOCRATES.—Perfectamente. Pero, mi querido Polemarco, nada tiene uno que hacer con el médico cuando no está enfermo.

POLEMARCO.—Así es la verdad.

SOCRATES.—Ni tiene necesidad de piloto cuando no se halla en el mar.

POLEMARCO.—También es eso cierto.

SOCRATES.—Siguiendo este mismo razonamiento, ¿es lo justo inútil cuando no hace uno la guerra?

POLEMARCO.—No lo creo así.

SOCRATES.—¿Sirve entonces la justicia también en tiempo de paz?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—La agricultura también sirve en esta estación, ¿no es cierto?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Para la recolección de los bienes que nos brinda la tierra?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Es útil también el oficio de zapatero?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Dirás tú que para proveerse de calzado?

POLEMARCO.—Sin duda.

SOCRATES.—Del mismo modo me dirás con qué objeto y en servicio de qué puede ser útil la justicia durante la paz.

POLEMARCO.—Para el comercio.

SOCRATES.—¿Entiendes tú por comercio la asociación para los negocios o para alguna otra cosa?

POLEMARCO.—Me refiero a las asociaciones.

SOCRATES.—Tratándose de la construcción de una casa, ¿será un hombre justo un socio mejor y más útil que un arquitecto?

POLEMARCO.—De ningún modo.

SOCRATES.—Si el músico vale más que el hombre justo para el estudio de la música, ¿cuál es, entonces, el género de asociación en la cual vale el hombre justo más que el músico?

POLEMARCO.—Me parece que tratándose de asuntos de dinero.

SOCRATES.—Si no es el caso de que haya necesidad de hacer uso de él; si hay que comprar o que vender un caballo, creo yo que el negociante en caballos será el mejor socio, ¿no es así?

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Si se tratase de un barco, el constructor o el piloto serían los mejores asociados.

POLEMARCO.—Así me parece.

SOCRATES.—¿En qué caso, pues, será el justo más útil que los otros cuando la asociación haya de usar de su dinero?

POLEMARCO.—Cuando se trata, Sócrates, de ponerlo en depósito y de conservarlo.

SOCRATES.—Es decir, cuando sea necesario no hacer ningún uso de él, sino dejarlo ocioso.

POLEMARCO.—Exactamente.

SOCRATES.—Así pues, cuando el dinero se hace inútil, comienza a ser útil la justicia.

POLEMARCO.—Quizás.

SOCRATES.—Y cuando sea necesario conservar una pequeña podadera, será útil la justicia al interés común y al interés particular. Mas cuando se trate de servirse de ella, lo que será útil será el arte del viticultor.

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Tú dirás, pues, que cuando se trate de conservar un escudo, o una lira, sin hacer uso de ellos, será útil la justicia; pero si es preciso servirse de ellos, serán la esgrima y la música las que serán útiles.

POLEMARCO.—Necesariamente.

SOCRATES.—Y en general, trátese de lo que se tratare, la justicia será inútil cuando uno se sirve de un objeto, y útil cuando no se sirve de él.

POLEMARCO.—Bien puede ser.

SOCRATES.—Pero, querido, la justicia no será, pues, de gran de importancia si sólo nos es útil tratándose de aquellas cosas de que no hacemos uso ninguno. Estudiemos esto un poco más: aquel que sea más hábil para escapar a los golpes en una batalla, en la lucha, o en cualquiera otro caso, ¿no es, también, el más diestro para guardarse de los golpes que le asedien?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Y aquel que es más hábil para precaverse de una enfermedad y para prevenirla, ¿no es, al mismo tiempo, el más capaz para dársela a otro?

POLEMARCO.—Así lo creo.

SOCRATES.—¿Cuál es el hombre más adecuado para pro-

teger un ejército? ¿No será aquel que sepa descubrir los designios y las maniobras del enemigo?

POLEMARCO.—Sin duda.

SOCRATES.—Por consiguiente, el mismo hombre apto para conservar una cosa lo será también para robarla.

POLEMARCO.—Así me parece.

SOCRATES.—Así pues, si el justo es apto para guardar el dinero, lo será, asimismo, para sustraerlo.

POLEMARCO.—Al menos es esa la consecuencia inevitable de tu razonamiento.

SOCRATES.—El hombre justo está, pues, convencido de ser un diestro ladrón, y antójaseme que tú has tomado esta idea de Homero, quien elogia demasiado a Autólico, abuelo materno de Ulises, de quien dice que sobrepasa a todos los hombres en el arte de despojar y de mentir bajo la fe de juramento. Por consiguiente, según Homero, Simónides y tú, la justicia no es otra cosa que el arte de despojar para bien de los amigos y para el mal de los enemigos, ¿no es así como la entiendes tú?

POLEMARCO.—¡Por Júpiter, que no! No es eso lo que he querido decir. Sin embargo, siempre me parece que la justicia consiste en ser grato a tu amigo y en causar perjuicio a tu enemigo.

SOCRATES.—Mas ¿qué entiendes tú por amigos? ¿Aquellos que parezcan ser gentes de bien, o los que realmente lo sean aunque no lo parezcan? Lo propio digo de los enemigos.

POLEMARCO.—Paréceme natural amar aquellos a quienes crea uno gente de bien y odiar a los que crea malos.

SOCRATES.—¿No es lo ordinario que los hombres se engañen sobre este punto y que juzguen que es honrado un hombre, cuando no lo es sino en apariencia, o que se tome por pícaro al que en realidad es hombre honrado?

POLEMARCO.—Convengo en ello.

SOCRATES.—Quienes así se engañan, ¿toman por enemigos a las gentes de bien y por amigos a los perversos?

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Así, pues, para ellos la justicia consiste en hacer el bien a los perversos y el mal a los buenos.

POLEMARCO.—Eso es evidente.

SOCRATES.—Pero las gentes de bien son justas e incapaces de perjudicar a nadie.

POLEMARCO.—Esa es la verdad.

SOCRATES.—De acuerdo con tu razonamiento, resulta entonces justo hacer el mal a quien no lo merece.

POLEMARCO.—De ningún modo, Sócrates; es criminal hablar así.

SOCRATES.—Entonces lo que es justo es hacer el mal a los malos y hacer el bien a los buenos.

POLEMARCO.—Ese lenguaje me parece más razonable que lo que decíamos hace un momento.

SOCRATES.—Pero, Polemarco, sucederá que para todos aquellos que se engañan en su juicio acerca de los hombres, será justo perjudicar a sus amigos, desde el momento en que pueden considerarlos malos, y hacer el bien a sus enemigos porque los consideran como gentes de bien. Y con esto llegamos a una conclusión directamente contraria a la que atribuíamos a Simónides.

POLEMARCO.—Ello es rigurosamente exacto; pero cambiemos en algo la definición que hemos dado de amigos y de enemigos, y en ese caso no me parece que sea exacta la conclusión.

SOCRATES.—Recapitulemos, Polemarco; ¿qué decíamos?

POLEMARCO.—Decíamos que podíamos considerar como amigo a aquel que nos pareciese hombre de bien.

SOCRATES.—¿Cómo quieres tú que cambiemos esa definición?

POLEMARCO.—Yo diría que debiéramos considerar como amigo al que no sólo parezca hombre de bien, sino que lo sea en efecto; que aquel que lo parece, sin serlo, no es amigo sino en la apariencia. Lo propio habría que decir del enemigo.

SOCRATES.—Según esto, el amigo verdadero será el hombre de bien, y el hombre malo el verdadero enemigo.

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Tú quieres, pues, que modifiquemos también algo respecto de lo que decíamos de la justicia, o sea que ella consistía en hacer el bien al amigo y el mal al enemigo; y ahora quieres que agreguemos "si el amigo es hombre honrado y si el enemigo no lo es."

POLEMARCO.—Sí, encuentro que eso está bien dicho.

SOCRATES.—¡Pero cómo! ¿es que debe un hombre justo hacer el mal a quienquiera que sea?

POLEMARCO.—Sí, a lo menos debe hacer el mal a sus enemigos, si ellos son perversos.

SOCRATES.—Aquellos caballos a quienes se martiriza, ¿se tornan mejores o peores?

POLEMARCO.—Peores.

SOCRATES.—¿Se debe esto al carácter propio de su especie o al que es propio de los perros, por ejemplo? Y aquellos perros a quienes se martiriza, ¿se tornan peores por razón del carácter propio a su especie y no por razón del carácter que es propio de los caballos?

POLEMARCO.—Necesariamente.

SOCRATES.—¿No podemos decir también que los hombres

a quienes se hace el mal se tornan peores debido a los sentimientos propios del hombre?

POLEMARCO.—Ello no admite contradicción.

SOCRATES.—¿No es la justicia un sentimiento propio del hombre?

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Es también evidente, caro amigo, que los hombres a quienes se hace mal se tornan más injustos.

POLEMARCO.—Así parece.

SOCRATES.—Un músico, por virtud de su arte, ¿puede convertir a cualquiera en un ignorante de la música?

POLEMARCO.—Eso es imposible.

SOCRATES.—¿Puede un maestro de equitación, por virtud de su arte, inhabilitar a alguien para montar a caballo?

POLEMARCO.—Imposible.

SOCRATES.—¿Puede el hombre justo, por razón de su sentimiento de justicia, convertir a otro en un hombre injusto? En general ¿pueden los buenos, por razón de su virtud, convertir en malos a los otros?

POLEMARCO.—Eso no puede ser.

SOCRATES.—Porque la acción de enfriar no me parece ser efecto del calor, sino de lo contrario al calor.

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—La humedad no es efecto de un ambiente seco, sino del agente contrario.

POLEMARCO.—Sin duda alguna.

SOCRATES.—El efecto del bien no es tampoco el de causar perjuicio, sino el efecto de lo que es contrario al bien.

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Pero el hombre justo es bueno.

POLEMARCO.—Ello no admite contradicción.

SOCRATES.—No es, pues, propio del hombre justo el mortificar a sus amigos, ni a nadie, acto que corresponde a su antítesis, es decir, al hombre injusto.

POLEMARCO.—Paréceme, Sócrates, que tienes completa razón.

SOCRATES.—De suerte que si alguien dijese que la justicia consiste en dar a cada cual lo que le corresponde, ello implicaría que el hombre justo sólo debe hacer el mal a sus enemigos, así como el bien a sus amigos; pero no es ese el lenguaje de un hombre sensato, porque no está conforme con la verdad, y acabamos de ver que no es nunca justo causar perjuicio a nadie.

POLEMARCO.—Convengo en ello.

SOCRATES.—Y si alguien se atreve a sostener que máxima

semejante ha sido expuesta por Simónides, por un Bias, o por un Pítaco, o por cualquier otro sabio, tú y yo lo negaríamos.

POLEMARCO.—Estoy pronto a sostener la lucha contigo.

SOCRATES.—¿Sabes tú de quién es esa máxima de que es justo hacer el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—¿De quién?

SOCRATES.—Creo que esa máxima ha sido expuesta por Periandro (1), por Perdicas de Jerjes (2), por Ismenio el Tebano (3), o por cualquiera otro rico personaje embriagado de poder.

POLEMARCO.—Dices bien.

SOCRATES.—Pero si la justicia no consiste en eso, ¿quién nos dirá en qué consiste?

(1) Tirano de Corinto.
(2) Rey de Macedonia, padre del rey Arquelao.
(3) Poderoso ciudadano de Tebas.

Literatura

DEMOCRACIA CRIOLLA

POR RUFINO BLANCO-FOMBONA

L PUEBLECITO de Camoruco es la puerta de los Llanos. La carretera parte el pueblo en dos, recta y clara, como la crencha en la cabeza de un elegante. El pueblucho, tendido en la sabana, consiste en dos hileras de casas a lo largo del camino. Las casucas, en ringla, a las veras de la vía, se asoman como a ver al caminante. Parecen una doble fila de golondrinas asoleándose en dos alambres paralelos del telégrafo.

Cerca del pueblo corre el Guárico, copiosa regadora de la pampa, en cuyas arenas duerme la raya; a cuya orilla sestean, entreabierta la boca, los perezosos caimanes.

Las lluvias de invierno fertilizan la sabana, quemada en el verano del sol. Verdea la hierba con la lluvia invernal; rebosan los abrevaderos, y la piel de los caballos y de los toros salvajes se torna lucia. Pero esas lluvias, al mismo tiempo que un bien, causan al hombre un mal. Depositadas en la llanura, forman pozos, y primero que el padre sol las evapore, se convierten en criaderos de mosquitos palúdicos. Y de esos mortales pozos emerge la malaria con todas sus ponzoñas; la malaria que anemia la sangre, florece de úlceras el cuerpo, y mina, hasta la destrucción, los organismos.

Por eso los habitantes de Camoruco son, en su mayoría, de una palidez mortal.

*

Era época de elecciones. Se trataba de elegir al presidente del Estado. Circunstancias de la política interesaban a buena parte de la República en aquella elección de un mero prefecto, de un gobernador seccional.

"El Faro," periodiquillo fundado *ad hoc,* y del cual apenas vieron la luz dos ediciones, decía en su primer número: "Quizás por la primera vez en Camoruco, las elecciones dejarán de ser la obra de un grupo de politicastros, fabricantes de votos; por la primera vez acaso en Camoruco hilarán la tela eleccionaria las manos limpias del pueblo."

Los candidatos se reducían a dos.

La víspera de votar, los cabecillas o directores, ricos ganaderos, aportaban al vecino pueblo, al pueblo que servía de centro a los hatos comarcanos, nubes de peones, trabajadores sufridos, buenos y simples llaneros, ignorantes de todo, hasta de la función electoral que iban a practicar al día siguiente.

Esos peones, traídos como recuas, eran los ciudadanos, es decir, los votantes. El traje de la mayor parte consistía en un pantalón de dril y una camisa listada. En los pies, alpargatas; en la cabeza, el sombrero cogollo de alas tendidas y el "pelo de guama" azafranado; a la cintura, terciada como un tahalí, la "cobija" azul y roja; el nunca desamparado machete, el arma del campesino, en la diestra mano, como un bastón.

Algunos, cloróticos, palúdicos, ulcerados, cadavéricos, gente de hospital, tenían algo de fantoches macabros. Otros, buena parte, de estatura medianeja, musculosos, bronceados del sol y de la sangre mestiza, recordaban a los llaneros clásicos, a los genuinos llaneros del Apure y del Arauca, a los terribles centauros del general Páez, en los ejércitos de Bolívar, a aquellos épicos llaneros que tomaban los barcos españoles a caballo, a punta de lanza, que arremetían en número de ciento cincuenta contra siete mil soldados de Morillo, como en las *Queseras del medio,* a aquellos héroes de nuestras pampas, que viven en la historia, en el lienzo, en el romance, en la epopeya y, sobre todo, en la imaginación popular.

Los partidos eran dos, como los candidatos. El interés de cada jefe de partido, estribaba en reunir el mayor golpe de gente posible. De este modo obtendría, para su candidato, el triunfo numérico de votos, a la mañana siguiente, en la plaza pública.

En Camoruco se acuarteló cada bando en su distrito: el uno al Norte, el otro al Sur del poblacho. Como a cada momento llegaban nuevas recuas de peones, los cabecillas se espiaban mutuamente los ingresos de votantes.

—Anda, fulano, solían decir a algún peón de confianza; anda y échales una ojeada a esos pendejos.

Algunos *leaders* explicaban, de grupo en grupo, en qué consiste la función de elegir el pueblo a un ciudadano.

Pero los rústicos manifestaban, a pesar de la explicaciones, cierto recelo. Muchos creían que se trataba de un alzamiento en armas contra el Gobierno. En uno de los grupos, mayormente, la desconfianza ganaba terreno. Se sostenían conversaciones curiosas.

—¡Elecciones! — exclamaba un vaquero, rechoncho y moreno como un chorizo; — muy pronto escucharemos: ¡pum! ¡pum! ¡Y a estacar cueros!

A este buen humor lúgubre, ante la tragedia probable, otro vaquero añadía:

—Sí; ya no tarda aquello de "muchachos, dos tiros y al machete."

La frase les era a todos familiar, y muchos sonreían con amargura al recuerdo de aquella expresión: "muchachos, dos tiros y al machete." Tal era la voz de los oficiales revolucionarios al tiempo de la pelea.

Careciendo por lo general de pertrechos, los revolucionarios disparan uno o dos tiros y corren al arma blanca sobre los batallones enemigos. Los máuseres del Gobierno producen pronto su estrago, y el campo queda cubierto en minutos de cadáveres de insurrectos. Pero los pocos rebeldes que llegan con vida al batallón, vengan a los caídos. En la lucha cuerpo a cuerpo, el máuser, según los guerrilleros, no ayuda, sino estorba, al infante, y contra el machete iracundo no vale bayoneta, no vale nada, morir o correr.

De ahí la impresión que produce la frase del vaquero: "muchachos, dos tiros y al machete."

—A mí lo que me disgusta, expresaba un peón, es que no le digan a uno la verdad. Si vamos a la guerra, vamos; pero que no nos lo oculten.

Todos convenían en que el quejoso estaba en lo cierto. Sabiendo la verdad, pudieran, al menos, despedirse de sus mujeres, de sus hijos, de sus madres.

—Es que lo creen a uno gallina.

—No, gallina no, sino pájaro.

—Sí; no temen que corramos a escondernos como gallinas o mujeres, sino que "cantemos" al comisario o al jefe civil; que les denunciemos el alzamiento.

Cierto mulato ya provecto, la cabeza grisácea, la frente partida por una cicatriz honda como una zanja, empezó a conciliar ánimos.

—Estas cosas se hacen así, muchachos. El 92, cuando nos alzamos en *El Totumo* con el general Crespo...

Y se engolfó en sus recuerdos militares. Se le oía con agrado. El viejo llanero era un *causer*.

Uno de los *leaders*, desde lejos, empezó a llamar al anciano llanero charlador:

—¡Eh, Ramón, viejo Ramón!

Y el viejo Ramón, antes de acudir, terminó su relato, abreviándolo:

—Entonces entramos en Villa de Cura. El general Crespo, cuando vió al general Zuloaga, tendido muerto al pie de una trinchera, exclamó: *¡Pobre hombre! ¡Qué guapo era!*

El cacique llamaba de nuevo:

—Véngase acá, viejo Ramón.

Se trataba de que el viejo Ramón hiciese comprender "a los muchachos," y comprendiese él mismo, que no era aquél asunto de guerra, sino de elegir presidente de Estado.

La tarde comenzó a caer. La noche batía sus alas de sombra sobre la campiña. La obscuridad corría sus cortinajes de terciopelo fúnebre sobre la llanura verde, sobre la carretera, amarillenta en parte, a trechos colorada, sobre el azul radioso del cielo.

Empezaban a oírse, a distancia, los ruidos de la noche: soplos de brisa, mugidos de vacas, canto de grillos, croar de ranas.

Las despertadas estrellas agujereaban las primeras sombras, y descendían a lavarse los ojos luminosos en el Guárico. Y, reflejando el oro de las estrellas, el Guárico se deslizaba en la noche, dulcemente, dorado como un Pactolo.

El pueblecito de Camoruco se despierta con el alba; pero también cierra los ojos cuando empiezan a abrir los suyos las estrellas.

Suenan las ocho... Camoruco se recoge; Camoruco va a dormir. Solamente en los cuarteles de los bandos sigue escuchándose, ya el rasgueo de una guitarra, ya la quejumbre de un galerón.

Las botellas han circulado profusamente por la tarde, y esa inquietud, y ese desvelo, y esa guitarra quejosa y el plañir de ese canto, no son sino el aguardiente llanero que, cuando no es feroz, es melancólico, y si no vierte sangre, vierte lágrimas.

Las coplas cruzan el aire:

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí:
El último de mi madre
Y el primero que te dí.

En la puerta de la cárcel
Hay escrito con carbón:
"Aquí el bueno se hace malo
Y el malo se hace peor."

De pronto, uno de los *leaders* se presentó ante el grupo de cuyo centro surgía el canto.

—A ver, uno que quiera ir a echar un vistazo por allá.

"Por allá," era el otro bando. Mil voces respondieron:

—Yo.

—Yo.

—Yo.

El escogido fué un pastor de algunos veinticinco años, moreno, robusto, lampiño, los ojos pequeñitos y negros como dos paraparas.

Entonces empezaron los chistes despechados de los pospuestos.

—¡Cómo envían esa vaca!

—Llora, sabes, cuando quieras que vayamos a defenderte.

—Aquí hay una señora que puede acompañarte.

El cabecilla intervino:

—Calma, señores, calma. Y a dormir todo el mundo. Mañana venceremos al enemigo.

A pesar de la presencia del cacique, el muchacho electo repuso tres o cuatro groserías a sus compañeros, y partió.

Por el camino fué pensando:

—¿Qué imaginarán esos sinvergüenzas? ¿Que mañana venceremos al enemigo? ¡Ojalá fuera esta noche la trifulca! Piensan que tengo miedo. Lo que tengo es paciencia para oírlos. ¡Canallas!

El camino estaba desierto. La sombra lo cubría todo. El muchacho caminaba pensativo. Empezó a caer una fina lluvia. De lejos, de muy lejos, llegaron al espía, en las alas pluviosas de la brisa, rachas de música.

Era que también los del bando contrario se divertían.

El llanerito volvió a pensar en las burlas de sus compañeros y rugió:

—¡Canallas!

De repente le pareció distinguir un bulto en la sombra, y se puso en acecho. El bulto adelantaba en sentido contrario al llanerito. Ya muy cerca, reconoció el muchacho a un viejo del bando enemigo. El mozo y el viejo se encontraron.

—¿A dónde va, viejo?

—Cogiendo fresco por aquí.

—¡Cogiendo fresco! Usted es un espía. Y va a espiarnos.

—Espía será tu madre, sinvergüenza.

No hubo más. Los machetes tajaron la sombra, y el anciano quedó tendido en el fango, bajo la lluvia, muriéndose como un perro, la cabeza partida en canal.

El muchacho corrió a su jefe y relató, en presencia de todos, lo ocurrido, no sin cierta jactancia.

Matar a un viejo, dijo uno; ¿por qué no matar a una vieja?

El cacique censuró rudamente al llanerito.

—Has cometido un crimen, un crimen inútil. Te perseguirán. Yo nada puedo hacer por ti; anda, coge el monte.

El vaquero se desconcertó. ¿Cómo irse al monte, darse a huír como una fiera? ¡Luego era verdad que aquello era un crimen! Pero diablos, ¿no se trataba de un enemigo?

—Una voz benévola dijo:

—Vete, fulano; yo avisaré en tu rancho.

Y el muchacho partió, recatándose en la sombra, bajo la lluvia sutil.

La huída lo denunció. A la postre, cansado de vivir una vida trashumante y azarosa, se presentó "a la justicia." Y la mañana en que lo sentenciaron, cuando se vió irremisiblemente condenado a presidio, se echó a llorar el pobre llanero delante de todo el mundo, murmurando:

—Pero, ¿no se trataba de vencerlos? ¿No eran enemigos?

LECTURAS ESCOLARES

POR GABRIELA MISTRAL

LA CHARCA

RA una charca pequeña, toda pútrida. Cuanto cayó en ella se hizo impuro. Las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas. En los bordes, ni una brizna verde.

El árbol vecino i unas grandes piedras la rodeaban de tal modo, que el sol no la miró nunca, ni ella supo de él en su vida.

Mas, un buen día, como levantaran una fábrica en los alrededores, vinieron obreros en busca de las grandes piedras.

Fué esto en un crepúsculo. Al día siguiente, el primer rayo cayó sobre la copa del árbol i se deslizó hacia la charca.

Hundió el rayo en ella su dedo de oro, i el agua, negra como un betún, se clareó, fué rosada, fué violeta, tuvo todos los colores: ¡un ópalo maravilloso!

Primero, un asombro, casi un estupor, al traspasarla la flecha luminosa; luego un placer desconocido mirándose transfigurada; después... el éxtasis, la callada adoración de la presencia divina descendida hacia ella.

Los vermes del fondo se habían enloquecido en un principio por el trastorno de su morada; ahora estaban quietos, perfectamente sumidos en la contemplación de la placa áurea que tenían por cielo.

Así, la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el dueño del nido, sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención que se realizaba junto a ellos. Esa fisonomía de la charca, toda gloriosa, se les antojaba una cosa insólita.

I al descender el sol, vieron una cosa más insólita aún.

La caricia cálida fué, durante todo el día, absorbiendo el líquido impuro lenta, insensiblemente. Con el último rayo subió la última gota. El hueco gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado.

Cuando el árbol i pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible i algodonosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire fuera su camarada, la charca de vientre impuro.

Para las demás charcas de aquí abajo ¿no hai obreros providenciales que quiten las piedras ocultadoras del sol?

EL CARDO

Una vez un lirio de jardín, de jardín de rico, preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón, de viva púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vez sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca—agregó un jazmín menudo i fragante—, i ningún espíritu delicado ha dejado de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo—añadió todavía la camelia, fría e impasible. Será un patán; yo he estado en el pecho de los hombres i las mujeres hermosas....

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, i mi dueño lo ha recordado al mirarme, esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hai que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo. Vive a la orilla del camino i conoce a cuantos pasan, i a todos saluda con su cabeza cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da una flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad—contestó el lirio—. Sin duda el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas i es feo como un malhechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos cuando pasan los rebaños.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz, gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

I vino en el viento la voz, cansada i como rota, del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino i le he tocado los vestidos, yo, un triste cardo!

—¿I es verdad que se me parece?

—Sólo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. El la lleva un poco inclinada; pero su manto es albo como tu copo i eres harto feliz de parecértele. Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso.

—Di, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho—dijo.

—Es un color demasiado crudo—, dijo el lirio.

—¿I qué lleva en las sienes por guirnalda cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda—dijo la camelia—. Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo?—prosiguió el lirio, turbado. —¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo—repuso el cardo, echando a volar las plumillas luminosas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo—dijo el lirio—, querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino—respondió éste. El va siempre por las sendas sin reposo. Al pasar me ha dicho: "Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante". Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosa de Serón, que él cortó de niño, por las colinas; ni la madreselva trenzada, quisieron hacerse cardos del camino, i como los príncipes i las mujeres mundanas, que rehusaron seguirle por las llanuras requemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

EL NIDO DE AGUZANIEVES

POR SELMA LAGERLOF

HATTO el ermitaño oraba a Dios en el desierto. Era un día de tempestad: la luenga barba y la cabellera hirsuta flotaban alderredor de su cara como mechón de hierbas en lo alto de una vieja ruina; pero Hatto no hacía el menor movimiento para apartar los cabellos de sus ojos o sujetar su barba a la cintura, pues sus brazos estaban levantados al cielo. Desde el alba alzaba los brazos peludos y nudosos tan infatigablemente como un árbol tiende sus ramas, y parecía estar dispuesto a permanecer así hasta el anochecer.

Era un hombre que había aprendido a conocer la maldad de los hombres. El mismo había sido perseguido y atormentado; pero los tormentos y persecuciones que había sufrido eran superiores a lo que su corazón podía soportar. Habíase retirado, pues, al páramo enorme, cavando en la arena de la orilla del río una especie de cueva, donde llegó a ser un santo cuyas oraciones subían hasta el trono de Dios.

Hatto el ermitaño rezaba delante de la caverna la gran oración de su vida. Pedía a Dios que hiciera brillar el día del juicio sobre esta tierra maldita. Llamaba a los ángeles que con las trompetas sonoras anunciarán el fin de este reino del pecado; pedía los torrentes de sangre que ahogarán las iniquidades del mundo; llamaba a la peste que llenará los cementerios.

A su derredor el erial se extendía desierto y lóbrego y el huracán soplaba como una prodigiosa amenaza sobre la desnuda tierra; pero un poco más arriba crecía un viejo sauce de tronco enano y corto, que formaba en su extremidad un grueso nudo del que partían haces de verdes ramas. Cada otoño los habitantes de la planicie lo despojaban de su fresco ramaje, y cada primavera el árbol lanzaba nuevos y flexibles retoños que los días de gran viento se agitaban como la cabellera y la barba de Hatto el ermitaño.

La pareja de aguzanieves que había acostumbrado hacer ahí su nido, quería ese mismo día comenzar a construirlo: llegaba con briznas de paja, fibras de raíz de junco del pasado estío; pero entre los ramajes que crujían azotados por el viento, los pájaros no hallaban ninguna seguridad, y después de muchos vuelos se vieron obli-

gados a regresar. Fué entonces cuando se dieron cuenta del viejo Hatto que pedía a Dios que la tempestad aumentara y barriera así el nido del pajarillo como el de águila.

Seguramente las gentes de hoy se afligirán al pensar cómo un viejo ermitaño de aquel tiempo podía estar nudoso, negro y mohoso, y cuán poco se parecía a un hombre. La piel restirada sobre la frente y los carrillos, le daba el aspecto de una cabeza de muerto, en la que sólo al fondo de las órbitas dos pequeños destellos luminosos indicaban aún la vida. Los músculos desecados se untaban alderredor de sus miembros, y sus brazos no eran más que largos huesos cubiertos de una corteza de carne áspera y arrugada. Llevaba un viejo hábito negro muy ceñido. Tostado por el sol y ennegrecido por el lodo, sólo sus cabellos y su barba eran claros; el sol y la lluvia les había dado los mismos tonos verde y gris que tiene el envés de las hojas del sauce.

Los pájaros, que buscaban un lugar para su nido, tomaron a Hatto el ermitaño por otro sauce igualmente viejo, al que un hachazo había destruído en su avance hacia el cielo. Volaban, se alejaban, volvían, giraban y daban vueltas a su derredor, tomando puntos de referencia; calcularon su situación con respecto a las aves de rapiña y a las tempestades, y la hallaron poco favorable; pero la proximidad del río y de los cañaverales, su almacén de provisiones y su leñera, los decidió. Una de las aguzanieves se arrojó como flecha a la mano levantada de Hatto y depositó su fibra de raíz.

La tempestad soplaba y la pequeña brizna se voló. Pero los aguzanieves regresaron e intentaron insertar los armazones de su nido entre los dedos callosos del viejo ermitaño. De improviso un pulgar grueso y rudo se colocó sobre las briznas de hierba con objeto de detenerlas y cuatro dedos encorvándose encima de esa mano formaron como un tranquilo nicho donde los pájaros podían establecerse.

Y Hatto continuaba sus oraciones: "Oh Señor, ¿dónde están tus nubes de fuego que asolaron a Sodoma? ¿Cuándo lanzarás las celestes cataratas que elevaron el Arca de Noé hasta las cumbres del Ararat?"

Y en el cerebro calenturiento del anacoreta surgieron las visiones del Juicio Final. El suelo temblaba, el firmamento se enrojecía; pero mientras esas visiones fúnebres fascinaban su alma, sus ojos principiaron a seguir el vuelo de las aguzanieves que revolaban sin cesar y que en cada vuelo, lanzando un ligero pío de satisfacción, consolidaban su nido con una nueva brizna de hierba.

El anciano no se movía, pues para constreñir al Señor a oír sus ruegos, había hecho voto de permanecer inmóvil y en oración desde el alba hasta la noche. Y a medida que su fatiga aumentaba, sus sueños de visionario se avivaban. Oía estruendos de casas que se derrumban y de muros desplomados. Multitudes despavoridas y voci-

ferantes pasaban ante sus ojos, perseguidas por los ángeles de la destrucción, ángeles de rostro terriblemente bello, acorazados de plata y oro y galopando en negros caballos, con relámpagos por látigos.

Las pequeñas aguzanieves continuaban construyendo y fabricando sin cesar. Para nada les faltaban los materiales sobre el páramo, donde crecían grupos de árboles secos, y cerca del río bordeado de juncos y carrizos. Y sin tomar el descanso del medio día, antes de entrar la noche, llegaron al techo de su construcción. Pero antes de que llegara la noche, Hatto, cuyos ojos habían seguido a las aves mucho tiempo, se interesó en su trabajo: las reprendía por su lentitud, se indignaba de las rachas de viento que entorpecían su tarea y, ciertamente, no hubiera tolerado que descansaran. El sol se puso y los pájaros tornaron a los carrizales del río.

Luego que amaneció, las aguzanieves creyeron que los acontecimientos de la víspera no habían sido sino un dulce sueño. Habían tenido ocasión de determinar sus puntos de referencia, volando en todos sentidos, elevándose hacia el cielo y escudriñando con la vista la inmensidad del páramo: el nido y el árbol habían desaparecido. Se colocaron sobre dos piedras que sobresalían del agua y se pusieron a discutir el caso, agitando las cabecitas y sacudiendo sus largas colas. Pero el sol no se había levantado a una altura mayor de una mano sobre la otra ribera, cuando su árbol vino a colocarse en el mismo lugar de la víspera. Era él sin duda: como siempre, nudoso y negro y levantando el nido en su especie de rama tosca y truncada. Y las aguzanieves reanudaron su trabajo sin ocuparse más tiempo en profundizar las maravillas de que la naturaleza es tan rica.

Hatto el ermitaño, que espantaba de la caverna a los chiquillos y que les gritaba que hubiera sido mejor que nunca hubieran nacido, este Hatto de quien los campesinos temían les hiciera *mal de ojo*, cuidaba de no hacer nada que pudiera espantar o molestar a las pequeñas aguzanieves. Sabía que en las cosas que Dios permite en la naturaleza, sucede lo mismo que en todas las sílabas de la Biblia: cada una tiene su sentido misterioso y místico. Y había descubierto lo que significaba aquel nido comenzado a edificar entre sus dedos. Era evidentemente la promesa de Dios de que si permanecía en oración, con los brazos levantados hasta que los pájaros hubiesen incubado a sus hijuelos, su plegaria sería oída y el mundo destruído.

Ese día, sin embargo, fué menos asaltado por visiones lúgubres. Sus ojos apenas se separaban del trabajo de los pájaros. Veía terminarse el nido, hacer experiencias a los pequeños arquitectos y a guisa de aplanado y pintura, pegar al exterior algunos líquenes recogidos en el verdadero sauce. Cuando fué preciso pensar en amueblarlo y en instalarse, buscaron el vello de las plantas más

sedosas y la aguzanieves arrancó algunos de sus plumones para rellenar mejor el interior de su casa.

Los campesinos que temían el funesto poder de las oraciones del ermitaño, procuraban aplacar su cólera llevándole pan y leche. Y ese día lo encontraron de pie, los brazos levantados y el nido en la mano: *¡Mirad,* dijeron, *cómo ama a los pajarillos ese santo hombre!* y no le temieron más; levantaron hasta su boca el cántaro de la leche y colocaron pedazos de pan en sus labios. Cuando Hatto hubo comido y bebido, despidió a los hombres con ásperas palabras; pero ellos no respondieron a las maldiciones sino con bondadosas sonrisas.

Desde hacía mucho tiempo su cuerpo era ya esclavo de su voluntad. Con maceraciones y ayunos, con genuflexiones de todo un día e insomnios de toda una semana, lo había reducido a la obediencia. Sus músculos de fierro sostuvieron los brazos rígidos días y días, y cuando la aguzanieves no dejó el nido para nada, ni siquiera volvió al anochecer a acostarse en su caverna, sino que durmió sentado y con los brazos tendidos hacia el cielo. Nunca un anacoreta en el desierto hizo sacrificios más duros.

Se había habituado a esos ojillos inquietos que le miraban por encima del borde del nido y los protegía contra la lluvia y el granizo.

Y he aquí que un día la aguzanieves se levantó y saltó sobre el frágil muro y presto se reunió con el macho que temblaba de gozo. Los dos celebraron consejo regocijadamente, mientras el nido se llenaba de píos desesperados. Un momento después se lanzaron él y ella a una caza desenfrenada de moscas y mosquitos. Y a medida que las moscas y los mosquitos atrapados eran llevados al nido, los píos aumentaban, a tal punto que el piadoso ermitaño perdió el hilo de sus oraciones. Entonces, lentamente, lentamente, con las articulaciones que habían casi perdido el poder de funcionar, sus brazos se abatieron y sus ojos de ascua se hundieron en el nido tumultuoso. Jamás había visto nada tan lastimosamente feo y miserable: pequeños cuerpos desnudos, sin ojos, sin alas, pero seis grandes picos, ampliamente abiertos. Recibió una extraña impresión; pero tal como estaban, sintió por ellos una infinita ternura. De aquí en adelante, al rogar a Dios que salvara al mundo por la devastación, hizo una silenciosa excepción en favor de esos pequeños seres sin defensa. Y cuando las campesinas le llevaban alimentos, no volvió más a agradecérselos con deseos de muerte. Se sentía satisfecho de que no lo dejaran morir de hambre, puesto que su vida era necesaria a la nidada que piaba en su mano.

Luego, seis cabezas redondas se estiraban todo el día sobre los bordes del nido. Y cada vez más frecuentemente los brazos del viejo Hatto descendían hasta sus ojos. Veía las plumas que brotaban de la piel roja, los ojos que se abrían y la forma del cuerpo que prin-

cipiaba a redondearse. Y de sus labios la oración se elevaba siempre más vacilante. Dios le había prometido, estaba seguro, que la destrucción sobrevendría luego que los hijuelos de las aguzanieves supieran volar. Y entretanto buscaba pretextos, pues le parecía imposible inmolar a esos pequeños seres cuya eclosión había protegido. Hasta entonces nada había existido fuera de él, y el amor de los débiles y los humildes, insinuándose en su corazón, lo hacía vacilar. Por momentos hubiera querido arrojar toda la nidada al río. ¿Qué cosa más hermosa que morir sin haber conocido el dolor y el pecado? Hubiera salvado así a esas pobres criaturas de las aves de rapiña, del hambre, del frío, de todos los peligros de la vida. Pero mientras pensaba en esas cosas, un gavilán se arrojó sobre las pequeñas aguzanieves y Hatto no tuvo tiempo más que para agarrar al rapaz con la mano izquierda y arrojarlo del lado del río.

Al fin llegó el día en que los pequeñuelos debieran aprender a volar. Una de las aguzanieves se esforzaba en colocarlos al borde del nido, mientras la otra volaba en todo el derredor para demostrarles cuán fácil era y cómo bastaba con intentarlo. Pero los pequeños tenían miedo y se negaban. Entonces los dos padres desplegaron a la vista de su prole todos los recursos de su arte: volteaban y viraban con un brusco golpe de alas, o como las alondras, se elevaban en línea recta hacia el cielo y se sostenían inmóviles en el aire, con las alas violentamente trémulas. Los pequeños se negaban siempre. Y Hatto el ermitaño no resistió a la tentación de intervenir y les dió con el dedo un ligero capirotazo y ¡he ahí el asunto resuelto! Fuera del nido, batiendo y golpeando el aire a manera de murciélagos, vuelan con torpe ala, se derriban, caen, se levantan y se valen de sus primeros conocimientos para volver a ganar su morada lo más pronto posible. Los padres llegan arrogantes y gozosos y el viejo Hatto sonríe de contento: para algo había servido.

Sonrió, y después se preguntó seriamente si Dios no tendría otro propósito que violar su promesa... ¿Quién lo sabe? Dios, el Padre, tenía acaso esta tierra en la mano derecha como un nido de pájaros y tal vez había acabado por amar a todos los que en ella viven. Y en el momento de aniquilarla, acaso experimentaba por ellos la misma piedad que el solitario del páramo por los pajarillos. Los pájaros valían más seguramente que los hombres, pero Hatto comprendía igualmente que Dios podría sentir que su corazón se apiadaba de la especie humana.

Al día siguiente el nido estaba vacío y la amargura y la soledad invadían el alma del solitario. Lentamente el brazo bajaba a su costado y le parecía que toda la naturaleza contenía el aliento en espera de las trompetas del Juicio Final. Pero en ese momento las aguzanieves retornaron colocándose familiarmente sobre su cabeza y sus hombros. Y la luz se hizo en el cerebro turbado del viejo anacoreta. ¡El, que había ofrecido permanecer inmóvil, había

bajado los brazos! ¡Cuán poco se había fijado en eso! Cada día había abatido los brazos para mirar el nido. Y en pie, mientras que los seis pequeñuelos revolaban y jugaban a su derredor, meneaba la cabeza dirigiéndose a un sér invisible: *"¡Estás relevado de tu promesa,* dijo, *estás relevado! ¡Yo no he cumplido con mi palabra y no tienes obligación de sostener la tuya!"*

Y le pareció entonces que las montañas cesaban de temblar y que el río se extendía tranquilo en su lecho, con una inmensa seguridad...

Conocimientos Prácticos

SANTO DOMINGO

POR SALOMON DE LA SELVA

A ISLA de Santo Domingo, que se dividen la República Dominicana y la República de Haití, está en el Mar Caribe y es, con Cuba, Puerto Rico y Jamaica, una de las Antillas Mayores. Su forma parece la de una tortuga con patas, cabeza y cola fuera de la concha. Su formación geológica puede ser una terminación de Venezuela. Lazos históricos también la unen con ese país. Los antepasados de Bolívar, el Libertador, que vinieron de España a América, tuvieron su primer hogar americano en Santo Domingo. Y la forma del español que se habla en esa República isleña, corresponde a la venezolana, como la forma mexicana corresponde a la de Centroamérica, que es en efecto una prolongación de México.

La superficie de la isla es de entre 77 a 78 mil kilómetros cuadrados, de los cuales unos 28 mil corresponden a la República de Haití y el resto a la Dominicana. Los límites entre ambos países no están aún definidos satisfactoriamente para ambas partes. La figura de la isla es muy irregular y su contorno forma varias penínsulas que a su vez comprenden numerosas bahías admirables para bases navales, y por eso, afirma el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*, son "grandemente codiciadas por los norteamericanos."

La población de Haití la forman negros en su mayor parte, y su idioma es el francés. En la República Dominicana el idioma es el español; predomina la raza blanca, y hay también, además de sangre africana, mucha sangre india. En el interior del país, que está casi sin explorar ni explotar, existen pueblos de indígenas, descendientes de los hombres que encontró Colón, cuando, en 1492, descubrió esa isla, a la cual dió el nombre de Española.

El cronista Juan López de Velasco, que escribió por 1571, dice de lo que es hoy la República Dominicana que, "por sus cualidades

y por haber sido primera en su descubrimiento y población, antiguamente fué como principio y cabeza de todas las demás Indias del Mar Océano," y que "tuvo en su distrito a Yucatán y parte de Tierra Firme (Venezuela) y otras provincias que se iban descubriendo."

Durante los siglos XVI y XVII, corsarios franceses empezaron a establecerse en la parte occidental de la isla, y a substituir con negros a los diezmados indígenas. Hacia fines del XVII España tuvo que reconocer ese territorio como colonia francesa. En 1795 el resto de la isla, lo que es hoy República Dominicana, también pasó,

en virtud del tratado de Basilea, al poder francés. A principios del siglo XIX la parte primeramente cedida a Francia declaró su independencia bajo el famoso caudillo negro Toussaint L'Overture. Por esa época, de invasión de España por Napoleón, la parte española de la isla repugnó el dominio francés y se declaró española. Esta reincorporación fué espontánea y duró hasta 1821, en el cual período, llamado de "la España boba," Santo Domingo, aun cuando se consideraba colonia, se rigió por sí misma. En 1821 la parte española también se declaró independiente de España; Haití sostenía que todo el territorio isleño era indivisible, y un año después los blancos de origen español sufrieron una terrible invasión de parte de los antiguos esclavos franceses. A esta lucha de razas se debe

que el progreso tanto social como económico de Santo Domingo se haya retrasado. Los negros mataban, robaban, destruían sin piedad. Innumerables familias huyeron del país, abandonando hogar y hacienda, y muchos nombres ilustres de Cuba, su principal refugio, son de origen dominicano; el nombre de Heredia, por ejemplo. En 1844 logró la antigua colonia española deshacerse por completo del yugo haitiano. En 1861, la nueva República se anexionó

Entrada principal de la Catedral de Santo Domingo, Primada de América

a España otra vez. Duró esta unión sólo cuatro años, y en 1865 se restauró la República Dominicana. La anexión a España carecía de espontaneidad y unanimidad de parte de los dominicanos, quienes en ruda lucha protestaron contra ella hasta lograr una separación definitiva.

En la nueva República existían graves divisiones políticas. Pronto volvió a reinar la anarquía como había reinado en tiempos

anteriores, y como había de reinar, substituida por tiranías o, a largos trechos de tiempo, por buenos pero débiles gobiernos, hasta 1915. Ocurría en Santo Domingo lo que en Centroamérica. Sucediéronse varios presidentes, o caciques con ese título, y hasta hubo dominicanos, de los antiguos anexionistas a España, que pensaron, como lo había pensado antes la República de El Salvador, en una anexión a los Estados Unidos de Norteamérica.

En 1869 y otra vez en 1870, el Presidente Grant, de los Estados Unidos, propuso esa anexión a su Congreso; pero entonces el espíritu imperialista de los norteamericanos no se empeñaba, como ahora, en obtener posesiones insulares, y la anexión fué rechazada. Sin embargo, la bahía de Samaná estuvo en poder de las autoridades navales de los Estados Unidos, por algún tiempo. En 1874 cayó del poder el tirano General Buenaventura Báez y en ese año se extingue por completo toda idea anexionista en Santo Domingo y se solidariza para siempre jamás el invencible espíritu de independencia dominicana.

Los malos o débiles gobiernos, tras la pobreza tristísima en que había quedado el país después de la invasión haitiana, consumaban su fracaso económico. Banqueros norteamericanos facilitaron al Gobierno dominicano empréstitos bajo contratas que contenían artículos de dudosa interpretación. Valiéndose de estos medios y proclamando cariño para el pueblo dominicano, que venía siendo víctima de continuas revoluciones, los Estados Unidos de Norte-América, en 1915, se posesionaron traidoramente de esa República latinoamericana, establecieron en ella un salvaje gobierno militar y obligaron a su Presidente Constitucional a abandonar el país. Esa es todavía la dolorosa condición de la tierra americana más querida del descubridor, patria de Máximo Gómez, libertador, con José Martí, de Cuba; patria también de la primera poetisa latinoamericana, Sor Leonor de Ovando, y de otra gran poetisa de habla española, doña Salomé Ureña de Henríquez.

La República de Haití está en iguales condiciones que la República Dominicana.

Cabe decir aquí que no todo el pueblo norteamericano está de acuerdo con los procedimientos imperialistas de su gobierno, y que fuertes órganos de su opinión, como *The Nation* de Nueva York, abogan incansablemente por la justicia y por los derechos atropellados de los pueblos débiles.

EL BAÑO

ES concedido actualmente por todos, que los baños frecuentes, disfrutados con inteligencia y oportunidad, desempeñan un papel muy importante en la economía de la salud. Toda casa debe estar provista de las comodidades propias para tomar los baños necesarios. Cuando se construye y se amuebla una casa, conviene proveer estos requisitos, aun cuando sea menester privarse de algún objeto de lujo. La imposibilidad de conseguir esas comodidades, no obstante, no excusa el que se desatienda esa necesidad higiénica, pues el agua abunda y puede aprovecharse sin dichas comodidades.

Los siguientes breves informes referentes a la importancia de bañarse frecuentemente, han sido tomados de una buena revista de salud:

"La epidermis, o sea la envoltura superficial que cubre todo el cuerpo, está penetrada en toda su extensión por unas aberturas pequeñas, llamadas poros. En la totalidad de la superficie del cuerpo hay más de dos millones de tales poros. Cada uno de éstos es el orificio externo de un tubo capilar que sirve de caño de desagüe para llevar toda materia gastada, descompuesta y muerta, fuera del cuerpo. Cada uno de estos órganos de purificación está en constante trabajo, a no ser que de algún modo se obstruya la boquilla. Son especialmente activos en verano, y despiden grandes cantidades de sudor, el cual tiene en solución las materias ofensivas.

"Ahora veamos qué es lo que sucede si no hacemos caso al revestimiento natural con que bondadosamente hemos sido dotados. El sudor o transpiración insensible, cargado de impurezas, sale por dos millones de orificios y se extiende sobre la superficie del cuerpo. La parte acuosa se evapora, dejando tras sí todas las impurezas que contenía y que se adhieren a la piel. Esto es lo que sucede el primer día. Al día siguiente se deposita igual cantidad y de la misma manera, formando con lo que se había depositado antes, una capa delgada de suciedad que cubre la piel. El tercer día la cantidad ha aumentado tomando la consistencia del barniz. El cuarto día todo el cuerpo está completamente forrado con una capa cuádruple de inmundicias orgánicas. Desde el quinto día co-

mienza la fermentación, y puede notarse ya un olor acre y desagradable. Al sexto día se agrega material nuevo a la suciedad acumulada, aumentado aún más la intensidad del hedor que se escapa. El punto culminante se alcanza en el séptimo día. El hedor acre y penetrante se hace ya intolerable. El individuo se siente como si se hubiera bañado en miel y vinagre. Al acercarse a los amigos, éstos tratan de ver si no se le ha quedado un pedazo de carroña en el tacón de la bota. Empero, el individuo mismo está inconsciente del mal olor, habiéndosele acostumbrado la nariz a la fetidez; o si acaso lo advierte, hará de cuenta que no viéndole nadie el pellejo, se librará del descubrimiento. Vana ilusión. Toda persona cuyo sentido del olfato no haya sido destruído completamente con el rapé o con un catarro crónico, lo advertirá tan presto, como el perro olfatea la comadreja."

La cara y las manos que se lavan diariamente y a menudo varias veces al día, no necesitan tanto el lavado como las otras partes del cuerpo que se hallan cubiertas con la ropa. La ropa intercepta la luz del sol y el aire, de suerte que las substancias venenosas y las escamas se juntan en la epidermis, se secan y endurecen, y tapan los poros, hasta que uno se siente muy desaseado.—*Rossiter.*

Sea que una persona esté bien o que esté enferma, la respiración es más desahogada y fácil si se acostumbra uno al baño. Por medio de él se hacen más flexibles los músculos; el cuerpo y la mente se desarrollan armónicamente, la inteligencia se abrillanta y todas las facultades tienen mayor animación. El baño es un calmante para los nervios. Promueve la transpiración, aviva la circulación, vence las obstrucciones del sistema y obra con provecho sobre los riñones y los órganos urinarios. Los baños ayudan las funciones del vientre, del estómago y del hígado, dando energía y vida nueva a cada órgano. Facilita también la digestión, y lejos de debilitar el sistema, lo fortalece. Lejos de aumentar la propensión a los resfríos, si se toma el baño como se debe, protegerá contra el resfrío; porque la circulación se mejora y los órganos uterinos, que se hallan más o menos congestionados, se alivian, porque la sangre es atraída a la superficie, y una corriente más libre y más regular se establece por todos los vasos sanguíneos.—*La señora E. G. White.*

"Al descuidar el baño diario los poros se tapan; los desperdicios y materias gastadas y fétidas, en vez de ser eliminadas, son en parte reabsorbidas, convirtiéndose en causa prolífica de enfermedades.

"Un cutis limpio es una de las condiciones esenciales para la salud y la hermosura, y nada ayuda tanto a ello como la costumbre

de bañarse a menudo y frotarse vigorosamente. Así se mantendrá suave el cutis y vigoroso todo el cuerpo."

Se debe tomar el baño todas las mañanas, a no ser que haya alguna causa física anormal que lo impida. La mejor hora para el baño, que es afortunadamente la mejor para todo el mundo, es en la mañana, antes de vestirse. No es necesario que ese baño sea muy complicado, ni que ocupe más de cinco minutos de tiempo. Un caballero que ha sacado mucho provecho de esos baños matutinos, dijo que su baño consistía de una parte de agua, cuatro partes de frotamiento con una toalla áspera, y cinco partes de frotamiento con la mano. Casi todo el mundo puede darse un baño así y aprovecharse de él. Las personas que se resentirían gravemente con baños fríos de inmersión, pueden casi siempre tomar este baño con gran provecho.

Si hace mucho frío no es necesario quitarse toda la ropa a la vez. Se deja caer hasta la cintura; mójense las manos y salpíquense la cara, los brazos y el cuerpo. El agua no debe ser demasiado fría; siempre que sea fácil obtenerla templada, debe preferirse. En la mayoría de los casos, sin embargo, si se usa muy poca agua, lo frío no causaría ninguna sensación desagradable, ni entrará el frío si se frota uno vigorosamente. Este baño puede durar un minuto, refregándose después vigorosamente con una toalla afelpada muy áspera, hasta quedar seco. Una toalla tersa de algodón o de lino, sirve tanto para secar a uno como el papel abrillantado sirve para secar la tinta.

Así se termina la mitad del baño, conforme a las reglas dadas. Luego vienen las frotaciones de mano. Comenzando con las muñecas, frótense los brazos, el cuello y el cuerpo, suave pero rápidamente, hasta que toda la superficie quede ardiente. Si la temperatura de la pieza es demasiado fría, abríguese uno entonces con una camisa de lana u otro material. Cuídese bien de no tener reacción o resfriarse. Báñese luego el resto del cuerpo de la misma manera. Aunque al principio estos baños tempranos parezcan algo desagradables, en unos pocos días se acostumbra uno tanto que no puede pasarse sin ellos. Este ejercicio es fortificante, estimula la piel, entona todos los órganos y los templa para los trabajos del día; el calor que se desarrolla en el interior del cuerpo quitará el deseo de calentar excesivamente la casa, por medio de fogones, para avivar un sistema entorpecido.

El baño de agua fría, con enérgicas frotaciones de mano, no es suficiente para tener el cuerpo en completo aseo. Debe tomarse al menos una vez por semana un baño caliente o tibio para limpiar bien el cuerpo. Debe usarse una buena clase de jabón de tocador, uno que no perjudique la piel.

El baño neutral de todo el cuerpo, con una temperatura de unos treinta y siete grados, es un calmante excelente para los nervios, después de un día de arduo trabajo intelectual. El baño frío o de frotamiento de mano, es por lo general estimulante y puede impedir el sueño, mientras que el baño neutral aquieta los nervios y llama el sueño. Llénese bien la tina; cerciórese de que la temperatura sea correcta, y permanézcase tranquilamente en el baño mientras uno se sienta a gusto y descansado.

Los baños fríos estimulan y endurecen a las personas fuertes, las que reaccionan vigorosamente. Aquellos que pueden tomarlos sin malos resultados, hallarán en ellos un preventivo excelente contra los resfriados. Empezando con agua que no sea demasiado fría y desagradable, puede ir bajándose la temperatura hasta que el baño frío sea grato y benéfico. La gente que, debido a la mala circulación y poca resistencia, se resfría y no puede entrar en reacción y sentir un calor fuerte y grato, no debería nunca tomar estos baños. Si no está uno acostumbrado al baño frío, conviene empezar cautelosamente.

SUGESTIONES GENERALES

1. Un frotamiento vigoroso suele ser lo mejor del baño.

2. Si por cualquier motivo no puede uno obtener agua, o si ésta no debe usarse, una frotación en seco con una toalla áspera o la mano desnuda, estimulará la piel y refrescará y fortificará el cuerpo.

3. El baño neutral es el mejor cuando se siente uno cansado física o mentalmente.

4. Nunca debe uno bañarse sino pasadas dos o tres horas después de haber comido.

5. Nunca debe entrarse al baño cuando el cuerpo esté muy caliente. Una zambullida en esa condición, aunque muy agradable, es realmente peligrosa. Siempre se debe mojar la cabeza antes de entrar al agua fría.

6. Acabando de bañarse uno en agua tibia o caliente, es bueno dejar correr el agua fría, para enfriar el baño poco a poco, a fin de cerrar los poros y aminorar el peligro de los resfríos. Este método para enfriar es más suave que el de la regadera fría, la ducha o la zambullida, puesto que no causa un choque violento.

Aladino Sección de los niños

EL VIOLIN MAGICO

GRIMM

HABÍA una vez un viejo usurero, muy rico y muy avaro, y según lenguas, algo ladrón. Tenía a su servicio un joven honrado y trabajador llamado Martín.

Todas las mañanas el buen muchacho se levantaba el primero y era el último en acostarse por la noche. Al mismo tiempo se le veía siempre del mejor humor.

Al terminar el primer año de su servicio, su amo, con el cual no había convenido salario alguno, no le dió ni un solo centavo, pensando que, sin dinero, Martín no podría abandonar su casa.

Martín no dijo una palabra y siguió trabajando alegre y entusiasta.

Al fin del segundo año tampoco le pagó su amo salario alguno y Martín no protestó.

Al cabo del tercer año, el amo, movido por un impulso generoso, echó mano al bolsillo para recompensar a su fiel criado, pero la avaricia lo detuvo y sacó del bolsillo las manos vacías.

Entonces Martín le dijo:

—Mi amo, durante tres años os he servido lo mejor que he podido y ahora deseo irme a correr el mundo, para lo cual necesito el dinero que ha ganado. ¿Quisierais ser tan bueno de entregármelo?

—Verdaderamente estoy contento de ti, muchacho, y voy a recompensarte dignamente. Toma estas tres pesetas nuevecitas, una por cada año que has estado a mi servicio.

Martín, que se contentaba con todo y que, además, ignoraba el valor de la moneda, creyendo que llevaba un capital con el cual podía mucho tiempo vivir holgadamente, se despidió de su amo y se fué por montes y valles, saltando y cantando, alegre como un pájaro.

Al pasar por las inmediaciones de una espesura, vió salir a un enanillo anciano y muy encorvado, que le gritó:

—¡Oh, alegre joven, parece que no tienes muchas preocupaciones!

—¿Y por qué he de estar triste? —contestó Martín—llevo en mi bolsillo mi salario de tres años de servicio.

—¿Y a cuánto asciende tu tesoro?

—A tres pesetas nuevecitas, que suenan como el oro, cuando golpeo mi bolsillo.

—Oye—dijo el enano—dámelas. Yo soy un pobre viejo que no puede trabajar. En cambio tú estás lleno de vida y fácilmente encontrarás qué comer.

Martín, que tenía buen corazón, se apiadó del enano y le entregó sus tres pesetas.

—Por ser tan bueno y caritativo—le dijo el viejecillo—te voy a conceder tres cosas que desees. Pídelas, y serán cumplidas en el acto.

—Yo sé que únicamente en los cuentos de hadas sucede tal cosa; pero, en fin, te voy a probar. Quiero una flecha que le dé a todo aquello a que apunte y un violín que haga bailar a todo el que lo escuche; quiero también que todos se obliguen a concederme la primera cosa que yo les pida.

—Has sido modesto en tu petición—dijo el enano—, y sacó del bolsillo la cerbatana y el violín.

—Toma—le dijo—y sábete que de hoy en adelante nadie podrá negarte la primera cosa que pidas.

Martín, cantando alegremente, continuó su camino.

Poco tiempo después se encontró con su antiguo amo que, embelesado, se había detenido para escuchar el canto de un ruiseñor que estaba posado en la rama de un árbol.

—¡Esto es maravilloso!—decía;—parece increíble que un animal tan pequeño cante tan fuerte! ¡Algo daría yo por tenerlo en una jaula!

—Yo puedo complaceros—contestó Martín, y, apuntando con su cerbatana al ruiseñor, lo hizo caer atarantado sobre la maleza.

—Id por el pájaro—dijo Martín—, os pertenece.

El viejo se metió entre las zarzas, abriéndose camino con dificultad.

De pronto se le ocurrió a Martín tocar su violín con ánimo de divertirse.

En el acto el avaro se puso a brincar frenéticamente, enganchándose en las zarzas que le despedazaban sus ropas en jirones, propinándole, al mismo tiempo, un sinnúmero de arañazos en la cara.

—¡Calla ese maldito violín! —gritaba desesperado el viejo. ¿No ves cómo me está torturando?

Pero Martín no cesaba de tocar, mientras decía:

—¡Has despellejado a tanta gente, infame usurero, que no estará de más que te despellejes tú hoy!

Y se puso a tocar cada vez más aprisa. El viejo, obligado a seguir el compás, daba saltos y volteretas, desollándose la cara y despedazándose el traje.

De pronto exclamó:

—¡Pára, por caridad, y te daré una bolsa llena de oro!

—¡Trato hecho! —dijo Martín guardando el instrumento—; pero debo advertirte que eres un notable bailarín. Después, tomando la bolsa que el avaro le arrojó con todo su pesar, siguió su camino cantando alegremente.

El viejo se echó a correr, con objeto de llegar a la ciudad antes que Martín.

Una vez allí, corrió a casa del juez y, arrodillándose a sus pies, exclamó:

—¡Pido que se me haga justicia, señor magistrado! Acabo de ser asaltado en el camino por un facineroso que, después de haberme golpeado brutalmente, me ha despojado de una bolsa llena de monedas de oro que representaba los ahorros de toda mi vida! ¡Por Dios, señor juez, haga usted aprehender a ese bandido y que se me devuelva lo que es mío!

—¿El ladrón le ha puesto en ese estado? —preguntó el juez.

—Sí señor, me ha arañado con sus uñas. El ladrón es joven y lleva una cerbatana y un violín. Con estas señas lo reconocerán fácilmente.

El juez envió inmediatamente sus alguaciles a la puerta de la ciudad, y bien pronto encontraron a Martín, que tranquilamente iba a entrar en ella.

Se le condujo ante el tribunal, donde se encontraba el avaro, que repitió su acusación.

—Yo no he tocado a este hombre—dijo Martín—ni le he quitado su bolsa por la fuerza: al contrario, me la ofreció voluntariamente para que cesara de tocar mi violín, cuyas notas le crispaban los nervios.

—¡Miente!—gritó el judío. ¡Yo no le he dado la bolsa!

—El juicio ha terminado—exclamó el juez—jamás se ha visto a un avaro dar un centavo, sólo por no oír música mala. Señor Martín, usted ha asaltado y robado en un camino real, y va usted a ser ahorcado en el acto.

El verdugo se apoderó del muchacho y lo llevó a la horca. Toda la ciudad estaba en la plaza para presenciar la ejecución.

El avaro, que estaba en primera fila, exclamaba enseñando el puño a Martín:

—¡Vas a recibir el premio de tu falta, bribonazo!

Martín, muy sereno, subió por su pie las escaleras de la horca y, cuando estuvo en lo alto, se volvió al juez y le dijo:

—¿Queréis concederme un favor antes de que muera?

—Siempre que no sea el que se te perdone, está concedido.

—No pido tanto: sólo deseo tocar una piececilla en mi violín.

Al oír estas palabras, el avaro lanzó un grito de espanto y dijo:

—¡No se lo permitáis, señor juez! ¡En nombre del cielo, no se lo permitáis!

—¿Y por qué—dijo el juez—no he de concederle esa pequeñez? ¡Que le traigan su violín!

El viejo, al oír esto, trató de marcharse; pero sin conseguirlo a causa de la muchedumbre que llenaba la plaza.

—Atame las piernas a un madero y te daré una moneda de oro—dijo al ayudante del verdugo.

Pero en aquel momento Martín comenzó a tocar, y todos los asistentes, incluso el juez, el escribano y el avaro, se sintieron estremecer, con unas ganas feroces de bailar; al segundo compás todos levantaron la pierna y comenzaron a hacer cabriolas.

El juez y el avaro saltaban como cabritos.

Jóvenes y viejos, gordos y delgados, todos danzaban que era un gusto, y hasta los perros, de pie sobre sus patas traseras, eran de la partida.

Martín aceleró el compás y aquello era una locura, se atropellaban unos a otros y se pisaban, lanzando alaridos de dolor. El juez, con la lengua fuera por la fatiga, gritó:

—Pára de tocar ese infernal instrumento y te concedo la vida!

Martín obedeció y, guardando su violín, bajó las escaleras y se colocó junto al avaro, que jadeante se había tirado al suelo para cobrar aliento.

—¡Bandido! —exclamó—. ¡Ahora mismo vas a decir de dónde has cogido esa bolsa que me diste esta mañana! ¡No mientas, porque si lo haces, cojo mi violín y toco una galopa que acabe con tu vida!

—¡La he robado! ¡La he robado!—exclamó el viejo lleno de espanto.

El juez volvió a entrar en funciones y el avaro fué ahorcado inmediatamente.

Martín continuó su camino y le sucedieron miles de aventuras; pero, como no se escribieron, se ha perdido su memoria.

LA CAJA DE PANDORA

HACE muchos, muchísimos años, cuando aún el mundo estaba en su infancia, había un niño llamado Epimeteo, que nunca había tenido padre ni madre, y para que no estuviera solo, fué llevado a vivir con él una niñita llamada Pandora, procedente de un lejano país.

La primera cosa que vió Pandora, al entrar en la casa de Epimeteo, fué una gran caja, y casi inmediatamente después de haber atravesado el umbral, preguntó qué había en ella.

—Pandora querida—contestó el niño—es un secreto. Dejaron aquí esa caja para que estuviera bien guardada y yo mismo ignoro lo que contiene.

—Pero ¿quién te la dió?—preguntó Pandora. ¿De dónde procede?

—Una persona de aspecto risueño e inteligente la puso en el umbral de mi puerta, momentos antes de tu llegada.

—Ya sé quién es—dijo la niña—es Mercurio. Este fué el que me trajo y probablemente habrá traído, para mí, esa caja, y probablemente contiene hermosos trajes, juguetes y golosinas.

—Es posible—contestó Epimeteo alejándose;—pero hasta que Mercurio regrese y nos autorice para ello, no tenemos el derecho de abrirla.

—¡Qué muchacho tan poco animoso!—exclamó Pandora cuando el niño salió de la casita—. Me disgusta su timidez.

Y en cuanto Epimeteo se alejó, la niña se acercó a la caja, objeto de su curiosidad.

Las esquinas de la caja estaban talladas primorosamente. En los lados había figuras de hombres, mujeres y lindísimos niños. La cara más bonita había sido esculpida en el centro de la tapa. Ninguna otra particularidad se advertía, exceptuando la riqueza de la madera con que estaba hecha.

La caja estaba bien cerrada y no por cerradura u otro medio semejante, sino con un cordón de oro, cuyos extremos estaban atados de un modo tan complicado que parecía imposible deshacer el nudo. Sin embargo, parece que esa dificultad avivó la curiosidad de Pandora y se puso a examinarlo a fin de averiguar cómo estaba hecho.

—Creo—se dijo—que podré deshacerlo y atarlo otra vez, y como de ello no ha de resultar ningún daño....

Trató de levantar la tapa. La elevó algunos centímetros de un lado y la dejó caer, produciendo ruido.

Un momento después le pareció oír que dentro se removía algo. Aplicó el oído y escuchó. Se percibía dentro algo así como murmullos velados.

Al retirar la cabeza, sus ojos se fijaron en el nudo del cordón de oro.

—Yo creo—se dijo—que la persona que hizo este nudo debe haber poseído una destreza y una inteligencia poco comunes; pero si yo me dedico, comprendo que podré deshacerlo. Lo intentaré.

Apenas la niña había tocado el cordón, cuando éste se desató por sí mismo, como por arte de magia.

—¡Qué cosa tan extraña!—exclamó Pandora—. ¿Qué va a decir Epimeteo? Hizo algunas tentativas para volver a hacer el nudo, pero sin conseguirlo. Así, pues, nada podía hacer sino dejar la caja desatada hasta el regreso de Epimeteo.

Al mismo tiempo pensó que su amigo iba a figurarse que había mirado el interior de la caja, y no siéndole posible borrar esa sospecha, lo mejor sería satisfacer su curiosidad... Así, pues, se acercó a la caja, y ya iba a levantar la tapa cuando le pareció que algunas voces murmuraban dentro de ella:

—¡Querida Pandora, déjanos salir! Seremos inseparables compañeros de tus juegos! ¡Déjanos salir!

—¿Quién será?—pensó Pandora. Sin duda hay alguien dentro. Voy a dar una mirada, sólo una, y volveré a cerrar.

Entretanto Epimeteo, que había tratado de divertirse solo, se aburría y decidió volver adonde estaba Pandora.

En el momento en que iba a entrar en la casita, la niña tenía la mano a punto de levantar la tapa de la caja. Epimeteo la vió. Si le hubiera dado un grito, tal vez Pandora habría retirado la mano de la caja y tal vez aún no fuera conocido el fatal misterio que encerraba.

Pero no lo hizo así, y Pandora levantó la tapa, obscureciéndose el aire con una nube negra que salió de ella y que ocultó completamente el sol. Luego, durante algunos minutos, se escucharon murmullos que poco a poco fueron aumentando hasta transformarse en un fragor de tempestad...

Pero Pandora no se intimidó por eso y levantó completamente la tapa para ver bien el contenido de la caja. Una multitud de seres alados salieron, rozándole el rostro, y en el mismo instante se oyeron gritos de dolor que Epimeteo exhalaba.

—¡Me han picado! ¡Me han picado! ¡Oh! ¿Por qué has abierto esa maldita caja? La niña dejó caer la tapa e incorporándose miró

a su alrededor para ver qué le había ocurrido a Epimeteo. Nada pudo distinguir en un principio; pero cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la imperfecta luz que reinaba, vió un enjambre de asquerosas figuras provistas de alas de murciélagos y armadas de terribles aguijones en sus colas, una de las cuales fué la que picó a Epimeteo. Instantes después, también Pandora empezó a quejarse; pero sus quejas fueron más ruidosas que las de su compañero. Un repugnante monstruo se posó en su frente, y la habría herido, tal vez de gravedad, si Epimeteo no lo hubiera impedido.

Ahora es tiempo ya de que digamos quiénes eran aquellos repugnantes seres evadidos de la caja en que estaban prisioneros. Eran las malas pasiones, los dolores, las tristezas, las enfermedades, y todas las formas de maldad que es dable imaginar.

Tanto Pandora como Epimeteo habían sido gravemente picados y sufrían mucho, cosa que les parecía tanto más intolerable cuanto que era el primer dolor que sentían desde que existe el mundo. Por esta razón estaban de mal humor y muy disgustados uno de otro.

Epimeteo se sentó en un rincón dando la espalda a Pandora, y ésta, por su parte, se dejó caer al suelo, apoyando la cabeza sobre la fatal caja. Lloraba amargamente. De pronto oyó un golpecito procedente del interior de la caja.

—¿Quién será?—preguntó Pandora dirigiéndose a Epimeteo; pero éste o no había oído la pregunta o estaba demasiado preocupado para atenderla. Sea como fuere, no contestó.

—¿Por qué no me contestas?—exclamó Pandora sollozando.

Y entonces se oyó de nuevo el golpecito. Era tan suave que parecía como si lo dieran las manos de una hada.

—¿Quién eres?—preguntó Pandora con cierta curiosidad.

Una vocecita dulce contestó a sus palabras, diciendo:

—¡Levanta la tapa y lo verás!

—No, no—dijo Pandora echándose a llorar de nuevo—. Ya estoy escarmentada de haber abierto la caja! ¡Si estás encerrada, ahí te quedarás!

Y miró a Epimeteo solicitando su aprobación; pero el muchacho sólo murmuró que tal prueba de buen juicio era tardía.

—¡Abreme!—dijo nuevamente la vocecita—no soy como esos monstruos que tienen aguijones en la cola. Ven, hermosa Pandora. Estoy segura de que me dejarás salir.

Y había un encanto tal en el tono de aquella voz, que casi era imposible negarse a lo que pedía. Pandora, al oírla, sentía disiparse su tristeza, y Epimeteo, que continuaba en su rincón, volvió la cabeza mostrando en su aspecto mejor humor que antes.

—Querido Epimeteo—exclamó Pandora—¿has oído esa vocecita?

—Sí—contestó él, todavía malhumorado—¿y qué?

—¿Te parece que abra otra vez la caja?

—Obra como quieras—replicó Epimeteo—. Después de lo hecho, nada importa que repitas tu imprudente acción.

—Podías hablarme con alguna bondad—...murmuró la niña enjugándose los ojos.

—¡Si estás deseando verme, Epimeteo!—gritó la vocecita—. Abre, porque tengo gran prisa por consolarte.

—Suceda lo que quiera, estoy resuelta a abrir la caja—exclamó Pandora.

—Y, como la tapa está pesada, yo te ayudaré—dijo el niño.

Y así los dos niños unieron sus fuerzas para abrir nuevamente la caja. Salió de ella un personaje sonriente, cuyo cuerpo parecía formado con rayos de sol.

Empezó a revolotear por la estancia, iluminando los lugares en que se posaba. Se llegó a Epimeteo y tocó ligeramente con uno de sus dedos el lugar donde le había picado el dolor y en el acto el niño dejó de sentir sufrimiento alguno.

Luego besó a Pandora en la frente, y el daño que le causara el mal fué también inmediatamente curado.

—¿Quién eres, divina criatura?—exclamó Pandora.

—Soy la Esperanza—contestó el brillante sér.

—Tus alas tienen el color del arco iris—añadió la niña—. ¡Qué hermosa eres!

—Sí, son como el arco iris—dijo la Esperanza—porque aunque mi naturaleza es alegre, estoy formada de lágrimas y de sonrisas.

—¿Querrás quedarte para siempre a nuestro lado?—preguntó Epimeteo.

—No me moveré mientras me necesitéis. Sí, queridos niños, sé que más tarde os será otorgado un dón inapreciable.

—¡Oh, dinos cuál!

—No me preguntéis—repuso la Esperanza poniéndose un dedo en sus rosados labios. Pero no desesperéis aun cuando nunca gozaseis en esta vida de la felicidad que os he anunciado.

—¡Creemos en ti!—gritaron a coro Epimeteo y Pandora.

Y así lo hicieron, y no solamente ellos, sino que todo el mundo ha confiado en la Esperanza, que desde entonces vive en el corazón de los hombres.

LAS VENTANAS DE ORO

RICHARDS

URANTE las horas del día el pobre niño trabajaba sin descanso en el corral y en los sembrados, pues sus padres eran muy pobres y no podían pagar a un jornalero para que desempeñase esas faenas.

En las tardes, al ponerse el sol, disfrutaba de una hora, toda suya, cedida a él por su padre para que hiciese durante ella lo que le viniera en gana. A algunos kilómetros de distancia y sobre un cerro igual a aquel donde su casa se construyó y frente a ella, había una casita cuyas ventanas llamaban fuertemente la atención del niño. Las veía brillar como si fueran de oro y de diamantes, a la luz del crepúsculo, y en su contemplación permanecía todas las tardes en la hora de asueto que su padre le daba, hasta que unas persianas inconsecuentes le cubrían aquel tesoro.

Una mañana, muy temprano, su padre lo llamó y le dijo:

—Has sido un buen muchacho y con tu conducta irreprochable tienes ganado un día de fiesta. Este te pertenece, empléalo como gustes; pero ten presente que Dios te lo concede para que saques de él algún provecho.

El niño, muy agradecido y satisfecho, se despidió de sus padres y hermanitos, puso un pedazo de pan en el bolsillo, y salió de su casa encaminándose con dirección a la casita de ventanas de oro.

Fué una excursión deliciosa.

Sus desnudos pies dejaban una huella en la arena, dando al niño la ilusión de que sus piececitos lo seguían sin abandonarlo un instante.

La sombra suya lo acompañaba también, unas veces corriendo, otras brincando; de acuerdo siempre con los movimientos del niño.

¡Qué divertido era todo eso!

A poco andar sintió hambre, y sentándose a la orilla de un arroyo, sacó el pan de su bolsillo y comenzó a comerlo, bebiendo, a la vez, del agua cristalina que corría en el arroyo.

Continuó su marcha, y transcurridas algunas horas, llegó a una verde colina en cuya cima se veía una casita. ¡La misma que él había admirado tantas veces!

Desgraciadamente las inconsecuentes persianas estaban echadas y no le permitían contemplar las ventanas de oro. Así, al menos, lo pensaba el niño, mientras a pasos acelerados traspasaba la distancia que lo separaba de la casa.

Llegó a ella, y grande fué su decepción al ver unas ventanas de vidrio en lugar de las de oro y diamantes que él había admirado tantas veces.

Una mujer salió a la puerta, y al ver al niño, le preguntó con dulzura qué era lo que deseaba.

—Vine—dijo el niño—con el objeto de ver de cerca las ventanas de oro que, desde mi casa, contemplo todas las tardes; pero me encuentro con que no son tal y como yo las veía.

—Somos muy pobres—exclamó la mujer—y no podríamos tener oro en nuestras ventanas, cuando tanta falta nos hace en los bolsillos. Además, el vidrio permite ver a través de él todos los objetos, y el oro hasta la luz impediría entrar. Ven, niñito, siéntate a descansar y después jugarás con mi hija, que tiene aproximadamente tu edad.

Al llamado de la señora se presentó una simpática nenita, descalza y vestida pobremente; pero con los cabellos dorados como las ventanas que él había visto desde su casita, y con los ojos de un azul tan claro como el que tiene el cielo a mediodía.

Invitó al niño a que pasaran al corral y allí le enseñó su ternerita negra, en cuya frente lucía una estrella blanca; platicaron de los conejitos recién nacidos, de la gallina clueca que pacientemente esperaba en su nido la salida de los pollitos.

Partieron entre los dos una manzana, y convertidos así en buenos camaradas, el niño le habló de las ventanas de oro, preguntándole, a la vez, si ella las había visto.

La niña inclinó su cabeza afirmando. Sí que las conocía y bien; pero para llegar a ellas era preciso tomar el camino contrario al que el niño había seguido.

—Ven conmigo—le dijo tomándolo de la mano—y te mostraré la casita con ventanas de oro. Los dos niños se dirigieron hacia una colina que estaba situada a espaldas del rancho, y a medida que caminaban, la niña iba haciendo explicaciones sobre la hora en que mejor lucían las ventanas de oro.

El niño estaba de acuerdo con ella; era a la hora del crepúsculo cuando las ventanas lucían en todo su esplendor.

Al llegar a la cima de la colina, la niña señaló con su mano una montaña lejana, en cuya cumbre estaba una casita con ventanas que brillaban como si fueran de oro y de diamantes.

Fijóse bien el niño y reconoció en ella a la casita suya, donde tan feliz vivía con sus amados padres.

Se despidió de la niña, dejándole como recuerdo un precioso

guijarro blanco, veteado de rojo, que hacía un año guardaba en su bolsillo; la besó y le hizo la promesa de volver a visitarla; pero no le comunicó la lección que había recibido.

El camino era largo, y ya la noche estaba avanzada cuando llegó a su casa. La luz de la lámpara y el fuego de la chimenea brillaban, a través de los vidrios, con reflejos de oro y de diamantes.

Abrió la puerta y se encontró en los brazos de su madre, rodeado de sus cariñosos hermanitos y de su buen padre, que con dulzura le preguntó:

—¿Te has divertido mucho? ¿Has tenido alguna buena lección?

—¡Sí, padre!—contestó el muchacho entusiasmado—. ¡Que las ventanas de nuestra casita son de oro y de diamantes!

Poesía

JOSE MARIA HEREDIA

DON José María Heredia nació en Santiago de Cuba en 1803. De familia acomodada, tuvo la suerte de poder recibir una educación de lo más aventajada que entonces podía ser, aunque, desde luego, formalista y metafísica, a pesar de la labor de don Félix Varela, que dicen había acabado en Cuba con el silogismo aristotélico.

Le fué fácil dedicarse a sus aficiones y, discípulo de sacerdotes, primero en Santiago y luego en la Habana, podía, a los ocho años, traducir a Horacio, a los diez hacer versos (incluso en el idioma de Cicerón) y a los quince optar con éxito por el bachillerato en Derecho.

Hijo de español, sentía, no obstante, como patriota cubano. Le tocó vivir en aquel período revolucionario del mundo entero. Triunfante Napoleón; después de haber triunfado la Revolución francesa; independientes o guerreando los pueblos sudamericanos; agitada y vacilante España; germinando en Cuba la idea libertaria, siguió la corriente forzosa, y figuró en la conspiración cubana de "Los Rayos y Soles de Bolívar," denunciada al general Vives (1823). Apenas contaba entonces veinte años. Huyó a los Estados Unidos. En este país estaba, cuando, en 1825, precisamente el año en que el gobierno español daba plenos poderes al general Vives en Cuba, pasó a México, solicitado por el general Guadalupe Victoria, Presidente de esta República, y en su gobierno prestó inapreciables servicios administrativos en el desempeño de altos cargos.

La mayor parte de su producción literaria fué en México. En los Estados Unidos apenas estuvo dos años, y a Cuba sólo volvió por dos meses, a la muerte de Fernando VII de España, ocurrida en 1833. Por esta época contaba Heredia treinta años. En México murió en la ciudad de Toluca, el año de 1839, a los treinta y seis de edad.

Heredia fué un literato universal, que (sin duda por la circunstancia de haber pasado la segunda mitad de la existencia fuera de su país, precisamente en época en que se hacía su personalidad) se apartó del tipo del poeta cubano, en sus tendencias. Los poetas cubanos han sido siempre, hasta la última guerra de independencia, caracterizados por dos leit-motivs: el amor casto y melancólico, y el patriotismo quejumbroso y rebelde, sin que deje de haber buenos líricos. Pero Heredia puede decirse que fué el más lírico de todos, ca-

si exclusivamente lírico. De aquí que su Oda al Niágara *haya dado tono a esa personalidad.*

El Niágara *es su obra maestra, si bien sus otras odas son tan conceptuosas como aquélla; pero menos inspiradas. El* Niágara, *sin duda, no es la joya impecable que los fanáticos quieren presentarnos, porque tiene defectos, acaso hijos de la inspiración; pero, de cualquier manera que sea, es un justo timbre de gloria para él y para Cuba.*

*

AL OCEANO

¡QUE! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi pecho estremecido!
¡Otra vez en el mar!... Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡Cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! Felice torno a saludarte
Tras once años de mortal ausencia.
¡Salve otra vez! A tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fío.
A las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás, donde me esperan,
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.
Me oyes ¡benigno mar! De fuerza lleno
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,
Y las bate: la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,

Y cual flecha del arco despedida
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave como débil pluma
Ante el fiel Aquilón que la arrebata.
Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.
¡Espectáculo espléndido, sublime
De rumor, de frescura y movimiento;
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiración reanime!
Ya cual mágica luz brillar la siento;
Y la olvidada lira
Nuevos tonos armónicos suspira.
Pues me torna benéfico tu encanto
El dón divino que el mortal adora,
Tuyas, glorioso mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.
¡Augusto primogénito del Caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno;
Y al empezar el mundo su carrera,
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.
Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvida tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes,
Ya sordas a tu voz: tu brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto.
Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la natura.
¡Divino esposo de la madre tierra!
Con tu abrazo fecundo
Los ricos dones desplegó, que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro, inagotable,
De humedad y de vida,
¿Qué fuera?—Yermo estéril, pavoroso,
De muerte y aridez sólo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso

Los vapores que en nubes condensados,
Y por el viento ligeros llevados,
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.
¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En ti la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por ti, férvido mar, los habitantes
De Venus, Marte o Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta que tus brazos ciñen,
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro vívido reflejo.
¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre
A cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestuosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino
Desde la edad primera;
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste a mi culto noble objeto:
Hoy a tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en delicioso olvido
Me deja respirar. —Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.

A BOLIVAR

¡LIBERTADOR! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni a los tiranos,
Escucha su himno de loor, que inspira
Ferviente admiración. Alto, severo
Será por siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América: no temo
Al cantar tus hazañas inmortales
Que me escuchen los genios celestiales
Y juzgue el Sér Supremo.

¿Qué era, decid, el vasto continente
Que Colón reveló? Bajo la saña
De la terrible España,
Tres centurias gimió su opresa gente
En estéril afán, en larga pena,
En tinieblas mentales y cadena.
Mas el momento, vencedor del hado,
Al fin llegó; los hierros se quebrantan,
El hombre mira al sol, osado piensa,
Y los pueblos de América, del mundo
Sienten al fin la agitación inmensa,
Y osan luchar, y la victoria cantan.

Bella y fugaz aurora
Lució de libertad. Desastre inmenso
Cubrió a Caracas de pavor y luto.
Del patriótico afán el dulce fruto
Fatal superstición seca y devora.
De libertad sobre la infausta ruina
Más osado y feroz torna el tirano,
Y entre la gran desolación, insano
Amenaza y fulmina.
Pero Bolívar fué. Su heroico grito
Venganza, patria y libertad aclama.
Venezuela se inflama
Y trábase la lucha
Ardua, larga, sangrienta,
Que de gloria inmortal cubre a Bolívar
En diez años de afán. La fama sola
A la posteridad los triunfos cuenta
Que le vió presidir, cuando humillaba
La feroz arrogancia,
La pujanza española,
Y su genio celebra y su constancia.
Una vez y otra vez roto y vencido,
De su patria expelido,
Peregrino en la tierra y oceano.
¿Quién le vió desmayar? El infortunio
Y la traición impía
Se fatigaron por vencerle, en vano.
Su genio inagotable
Igualaba el revés a la victoria,
Y le miró la historia
Empapar en sudor, llenar de fama,
Del Golfo triste al Ecuador sereno,
Del Orinoco inmenso al Tequendama.

¡Bolívar inmortal! ¿Qué voz humana
Enumerar y celebrar podría
Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?
Colombia independiente y soberana
Es de tu gloria noble monumento.
De vil polvo, a tu voz, robusta, fiera,
De majestad ornada,
Ella se alzó, como Minerva armada
Del cerebro de Júpiter saliera.
Mas a tu ardor sublime
No bastan ya de Araure y Carabobo,
De Boyacá y de Quito los laureles.
Libertad al Perú volar te ordena.
La espada ardiente que tu mano esgrime,
Rayo al poder de España,
Brilla donde su saña
A servidumbre o destrucción condena
La familia del Sol, en cuyo templo
Inexorable y fiera
Alzaba ya la Inquisición su hoguera.

Entre guerra civil e iberas lanzas
Aquel pueblo infeliz vacila triste,
Cuando el poder dictatorial te viste,
Y te manda salvar sus esperanzas.
La discordia feroz huye aterrada,
El sumiso Perú tu genio adora,
Y de venganza y libertad la aurora
Luce en Junín al brillo de tu espada.

Tu espíritu feliz a Sucre llena;
Y un mundo por tu genio libertado
En Ayacucho al fin ve destrozado
El postrer eslabón de su cadena.
Allí el ángel de América la vista
Dilata por sus llanos
Desde la nube umbrosa en que se asienta,
Y con terror involuntario cuenta
Seis mil patriotas y diez mil tiranos.
Mas eran los patriotas colombianos,
Alumnos de Bolívar y la Gloria;
Tu generoso ardor los abrasaba,
Y fué suyo el laurel de la victoria.

Allí termina la inmortal campaña,
Y al colombiano pabellón glorioso,
Sangriento y polvoroso
Cede y se humilla el pabellón de España.

¡Libertad a la patria de los Incas!
¡Libertad de Colón al hemisferio!
¡Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo
Las vírgenes preciadas,
Libres del afrentoso cautiverio,
Himnos de triunfo entonan a Bolívar.
Los pueblos que feliz libra y aduna
Manco nuevo le llaman,
Y con ardiente gratitud le aclaman
El genio de la guerra y la fortuna.

Y resuenan su voz, y soberana
Se alza Bolivia bella,
Y añádese una estrella
A la constelación americana.

¡Numen restaurador! ¿Qué gloria humana
Puede igualar a tu sublime gloria?
¡Oh, Bolívar divino!
Tu nombre diamantino
Rechazará las olas con que el tiempo
Sepulta de los reyes la memoria;
O de tu siglo al recorrer la historia
Las razas venideras,
Con estupor profundo
Tu genio admirarán,
Tu ardor triunfante,
Viéndote sostener, sublime Atlante,
La independencia y libertad de un mundo.

AL NIAGARA

TEMPLAD mi lira, dádmela: que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,

Sólo tu faz sublime ya podría
Tornarme el dón divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Océano
Azotado del austro procelloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé; mas su fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde,
Al contemplar la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... el abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua, y salta, y una nube

De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista.
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino.
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: a ti la suerte
Guarda más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
¡Dios, Dios de la verdad! en otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban:
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,

Y tu profunda voz baja a mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz a tus aguas despeñadas
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Miró tus aguas que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días
Y despierta el dolor.... ¡Ay! ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
Mi mísero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor... ¿Podría
Un alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz?... ¡Oh! ¡Si una hermosa
Digna de mí me amase
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla en mis amantes brazos!...

¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.
¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Puede piadoso,

Al contemplar tu faz algún viajero,
Dar un suspiro a la memoria mía.
Y yo al hundirse el sol en Occidente,
Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

JOSE MARIA HEREDIA

AP 63 M2 t.2 no.1-3

El Maestro

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 20 10 13 002 4